

MARI PAU
DOMÍNGUEZ



El
Diamante
de la
Reina

EL AMOR FRANCÉS DE FELIPE II

Lectulandia

Isabel de Valois, con sólo trece años, se ve abocada a abandonar su hogar en Francia y viajar a España para conocer a su marido, el severo Felipe II, con quien ha contraído matrimonio por poderes.

El monarca más poderoso del mundo anhela para la corona un heredero sano y trata de ganarse el amor de la joven con el máspreciado de los regalos: un soberbio diamante tallado expresamente para ella, *El Estanque*.

La rígida corte constriñe el ánimo de la joven reina, que sólo hallará consuelo en los ojos del apuesto Juan de Nápoles, encargado de la custodia de la joya. Entretanto, una misteriosa mujer ambiciona la piedra preciosa y el poder que ésta representa en el reino de los Austrias.

Lectulandia

Mari Pau Domínguez

El diamante de la reina

El amor francés de Felipe II

ePub r1.0

Liete 07.09.13

Título original: *El diamante de la reina*
Mari Pau Domínguez, 2008

Editor digital: Liete
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

*A mi hija Berenice,
mi Reina.*

*In memoriam
A mi abuela Antonia,
las alas de la vida.
Su recuerdo me devuelve siempre
a la Osuna arrebatada.*

*Y a su hija,
mi madre.*





PRÓLOGO

Entre los días 2 y 3 de abril de 1553, España y Francia firmaron La Paz de Cateau-Cambrésis en la localidad francesa del mismo nombre, ubicada al norte del país, precisamente la zona por donde España había empezado a invadir Francia.

La firma de dicha paz ponía fin a años de lucha y de disputas por territorios entre ambos imperios, que habían culminado con el triunfo español en la batalla de San Quintín, una de las mayores hazañas de Felipe II.

El fin de las hostilidades incluía un acuerdo matrimonial: Enrique II de Francia entregaba al rey de España a su hija Isabel, de trece años, prometida al príncipe Carlos. Al haber enviudado de su segunda esposa la reina inglesa María Tudor, el monarca español decidió casarse con Isabel de Valois sin importarle que fuera la novia de su hijo.

La Paz de Cateau-Cambrésis fue el tratado de mayor trascendencia para la Europa del siglo XVI. Pero lo que el rey Felipe desconocía entonces era que la niña con quien se casaba respondiendo al cumplimiento del deber, con el tiempo se iba a convertir en la mujer a la que más amaría en toda su vida.

PRIMERA PARTE

El viaje: de París a Toledo

Nueve años antes...

I

Aranjuez, domingo 3 de octubre de 1568

El desgarrido grito lanzado al aire por la voz rota de la joven los calla a todos. Es un grito doloroso, como si de repente un rayo fatal hubiera partido el tiempo en dos: un antes y un después. Hay seis hombres, médicos. Llevan la preocupación dibujada en cada gesto que realizan. Tres mujeres asisten a la muchacha de cuya vida tiran los espíritus del sueño eterno. Les sorprende esa reacción, tan acostumbrados los tiene a la prudencia y la mesura en sus comportamientos. Uno de los doctores, el más veterano, corre junto a la enferma en un vano intento de averiguar el origen de ese grito proveniente de lo que parece ser la antesala de la muerte. Ella, la muerte, es la presencia más temida en el inmenso espacio de la habitación inundada de penumbra desde hace horas.

Las damas se han arrinconado lejos, llorando. Ayudada por el médico que se mantiene a su lado, la joven se dirige a ellas con fuerzas que ya no le asisten como antaño:

—¡Dejad de llorar! No son plañideras lo que necesito ahora...

El esfuerzo la vence. Aparece un ahogo que la empuja hacia atrás, haciendo necesaria para acomodarla la ayuda de los otros doctores, quienes se percatan inmediatamente de que el color ha huido de su rostro dejándola sumida en una espantosa palidez. Y entonces arranca también ella a llorar; un llanto que no es de pena, porque ya no ha lugar.

Cuando ve el escarpelo en manos de Juan Fragoso no tiembla como meses atrás temiendo lo que entonces desconocía. Ahora ya sabe en qué consiste esa bárbara práctica de la sangría con la que le sacarán la que seguramente sea la última sangre que le quede en las venas. Ni fuerzas tiene para negarse. Esta vez se disponen a hacerlo en la sien izquierda. Si estuviera aquí el doctor Montguyon los echaría a todos sin dilaciones. Qué lástima que Dios lo tenga ya en su gloria, piensa antes de cerrar los ojos y dejarse hacer.

Pero con la sangría nada se consigue.

—Son los riñones, os lo vengo diciendo desde hace semanas —sentencia uno de los hombres.

—Yo no lo creo.

—Ni yo. ¿A qué, si no, la tos de días atrás...?

—Y la fiebre imparable.

Acaríciame, Juan, no dejes que ninguno de estos carniceros que se dicen

médicos sigan poniendo sus rudas y torpes manos sobre mi cuerpo, que era tuyo enaltecido.

—Está preñada.

Un enorme silencio, tan repentino como el que se hizo tras el grito de la joven, se adueña del espacio. Todos miran a este hombre bajito, de barba blanca y grandes manos que se preocupa en ocultar mientras habla, debido a un tic nervioso que tiene en la diestra.

—¡Qué locura! —replican.

Luis de Lemos se ve obligado a proseguir:

—Cuando una mujer tiene varias faltas es que está encinta.

—Pero en este caso cualquiera de las dolencias que padece podría, por sí misma, causar dichas ausencias de sangre, no digamos ya si se dan al mismo tiempo y originan una complicación como ésta que la tiene aquí postrada —dice Segarra.

—Estoy de acuerdo —es Juan Bravo, venido de Salamanca como los otros colegas—. Sus riñones se encuentran al límite, apenas si funcionan de lo castigados que están.

—Unido a que los gases del intestino la están matando.

—¡No digáis eso, por Dios! —Luis del Toro se santigua—. Que nadie miente la muerte en esta estancia.

La conversación se interrumpe con la llegada de la duquesa de Alba, la camarera mayor. La acompaña Juan Maldonado, uno de los más prestigiosos galenos de la época, que está visitando a la enferma desde el pasado mes de junio. Pero su intervención poco viene a arreglar. Entre todos hablan ahora, como ya hicieran entonces, de que podría ser tuberculosis, dada la tos nocturna que ha tenido durante las últimas semanas y el cansancio que delata su cuerpo casi inerte.

—Y no olviden tampoco el mal de ijada que le dejó tan tocado el riñón derecho en septiembre. Es difícil que se haya recuperado. Más bien me inclino a creer que no ha hecho sino empeorar y pasársele también al izquierdo. No hay más que ver su aspecto.

—Pero tal vez tendríamos que considerar que...

Las palabras de la ciencia son cortadas de cuajo por estas otras, tal vez las más certeras de todas cuantas se llevan dichas en muchas horas:

—Me muero... —el rostro casi infantil de los trece ha sido usurpado por el envejecimiento prematuro que acarrea el sufrimiento acumulado durante nueve años.

No se sabe si es el prolongado letargo de la enfermedad, o la conciencia sabia de quien ya no siente su alma en esta tierra, pero el caso es que la joven se ve asomada al abismo de la verdad última. Los asistentes a la agonía se movilizan alrededor del vacío que ya se presiente, mientras la duquesa manda a una de las damas a llamar a la

princesa de Éboli, Ana de Mendoza, y le dice a Maldonado que es inexcusable la presencia de un marido en semejante trance. «No es necesario, no hay que alarmarse», responde él contrariando, así, el curso de los acontecimientos.

Le colocan cojines en la espalda para incorporarla y paliar el implacable daño de la asfixia. La fiebre, lejos de remitir, va subiendo a una velocidad considerada extremadamente grave. Rechaza cualquier remedio que le quieran suministrar por la boca; al fin y al cabo lleva ya tantos brebajes en el cuerpo que no confía en que nada le pueda aliviar. Las náuseas se agudizan. Comienzan los espasmos.

Haciendo un esfuerzo verdaderamente sobrehumano, invoca los Santos Sacramentos. Todo ocurre con suma rapidez. Fray Diego de Chaves acude solícito a darle la extremaunción, dispensándole de la confesión, por más que ella se empeña, que ya tuvo lugar la tarde anterior. Evita cansarla más. En su joven cuerpo, la fuerza ha quedado reducida a un hilillo de exigua vida que sólo le permite una cada vez más difícil respiración. No obstante, fray Diego le da la comunión, pero sus carnes no están dispuestas a permitir la entrada a nada, ni siquiera a Dios. Se agita sudorosa sin hallar la paz necesaria y acaba por vomitar.

Solamente permanece en mí lo que tú quieras dejarme dentro. Sólo tú, Juan, me inundarás eternamente.

Los doctores no cejan en sus respectivas porfías, difieren de si es oportuno, o no, avisar, de una vez por todas, al marido, viendo lo grave que se ha tornado la situación. Pero la preocupación de un esposo es capaz de ganar la partida a cualquier discusión por muy de altos vuelos que ésta sea, y, así, irrumpen en la estancia el esposo, traído por la amiga íntima de la moribunda, Ana de Mendoza, quien, al comprobar su estado, se enfurece y reprende en voz alta a todos por no haberles avisado antes.

Sobre el lecho y apenas cubierta por las sudadas sábanas, la muchacha se revuelve de dolor. Apenas si puede hablar. Le hace un gesto a su marido para que le acerque el oído a los labios, resquebrajados por la sequedad de la boca. A él le entristece pensar en cuántos besos ha depositado en ellos cuando permanecía aún intacta la inocencia, y en los juegos en los que han participado esos labios haciendo de su cuerpo el mejor y más clamoroso campo de batalla. Hasta que apareció Juan, mi amado Juan, para revolucionar lo más íntimo de su ser. Unos juegos y una vida que en estos momentos parecen ya definitivamente olvidados.

—Siento... no haberte podido ser... vir —el habla se hace dificultosa— con un hijo... varón.

La tristeza, tan instalada como está en el corazón del hombre, sólo permite que, tras sellar sus labios con los dedos para que no siga hablando, le declare una vez más,

aunque sea la última, el amor que siente por ella, como por ninguna otra mujer ni esposa que ha tenido.

—Y... nuestras hijas, tan pequeñas... Catalina, ni un año ha cumplido aún —es necesario que le permitan decir lo que, de quedarse dentro, se pudriría con ella— cubrid... mi ausencia... Me llevo con... migo la pena de dejarlas sin madre.

Arrastrado con sus últimas palabras, un rojo tan intenso como alarmante empieza a teñir las blancas sábanas de lino y algodón, que alguien retira bruscamente para descubrir el horror en parte anunciado por uno de los médicos. Irguiendo con dificultad la cabeza, ella se mira el lugar donde en otra época intentó adivinar la pureza. Esa zona de su cuerpo que acaba de entrar en erupción.

Juan... Juan, te siento aquí dentro, metido en las entrañas que me queman al abrirse.

De forma espontánea, las piernas de la joven se separan, en un gesto natural pero dramático, para dejar paso a un río de sangre.

Juan, querido, ¿dónde estás...? Acércate, ven, toma mi mano, que yo parto a tu encuentro. Ya es la hora, amado mío.

El marido la agarra fuerte y ella, a su vez, se coge a los brazos de él como si fueran dos potentes faros que habrán de sostenerla y mostrarle el ingrato camino que se le ofrece por delante. Él se pega literalmente a su pecho sin importarle que la sangría lo abarque casi por completo y le manche piel y ropas, porque, al fin y al cabo, es sangre de su sangre. Ante el estupor de todos, sin distinción, bien se trate de galenos o de damas, y entre gritos y lamentos difíciles de contener, un feto emerge sin consideración alguna para con la madre, cuya vida se va a escapar con él.

De nada valen los «ya lo dije», «qué podía ser si no un preñado», «las faltas nunca se equivocan». «Tal vez nosotros sí...», se oye en la voz muy quebrada de uno de los hombres, que apenas deja adivinar de quién proviene en mitad de tanto alboroto. De repente, la joven expirante se convierte en una suerte de bestia que brama y empuja poderosamente para soltar lo que le arde en las entrañas. La respiración se altera, le falta el aire y el cuerpo se le deshace en sudor y miedo.

Son las diez y media de una mañana precedida de la madrugada más oscura de cuantas puedan imaginarse. Llega la matrona. Junto a dos médicos corre a ocuparse de la criatura. Es una niña que, por el aspecto y tamaño, parece parida de cinco meses. Aunque eso es sólo aventurar. Hay quien resuella tranquilo con su venida al mundo, creyendo que ése era el origen del mal de la madre y convencido de que ésta se recuperará. Ignoran que la esperanza es algo absurdo cuando surge de la nada. Allí

mismo, en el peor escenario donde vida y muerte se devoran mutuamente, en un macabro baño de sangre, fray Diego se ha hecho traer agua bendita y bautiza a la pequeña ante el absoluto desinterés por parte del padre que permanece agarrado a la madre mientras nadie puede impedir que se desangre.

—El averno —musita cabizbajo el esposo—, el averno que se quiere instalar entre nosotros...

—¡Callad, por Dios!, no habléis de infiernos ni invoquéis a los espíritus de los muertos.

Es la princesa de Éboli quien se atreve a hablarle así. No cura el espanto de la muerte eludir la posibilidad de que pueda presentarse, como si al bordear una orilla tuviéramos la oportunidad de evitar caer al agua y morir ahogados. La muerte no tiene orillas, ni admite otras posibilidades que no sean su existencia inequívoca y sin dobleces. No hay maneras de interpretar lo que quizás sea lo más rotundo e incontestable de la vida.

Hora y media más tarde el bebé deja de respirar. Y, aunque nadie lo menciona en voz alta a fin de no empeorar el estado de la madre, ésta, en brazos del marido y sin haber sido capaz de expulsar la placenta, exhala en ese preciso instante el último suspiro para intentar descansar por fin en paz. Él se aferra al cuerpo inerte como quien se aferra a la vida cuando está a punto de morir. Lo atrae hacia sí con todas sus fuerzas y se atreve con los labios a probar la sangre que los cubre a ambos. Hay un momento en que sus músculos se aflojan hasta permitirle resbalar, poco a poco y en silencio, hacia los muslos de la esposa muerta. Se abraza a ellos y apoya la cabeza en su vientre, negándose a apartarse de ese espanto, como le suplican los médicos y la amiga. En un acto de delirio, va lamiendo, de nuevo, la sangre que su lengua encuentra al paso y se restriega en ella, en una escena que obliga a muchos de los allí presentes a abandonar la estancia al no soportar la brutal sensación de repugnancia que les produce. Sólo Ana se compadece y avanza unos pasos hacia él, pero sin atreverse a tocarlo.

Las manos del marido impenitente navegan ahora a la deriva entre los pechos que tan bien conoce, mientras continúa revolcándose en sangre. Hasta que la muerte se le echa encima. La siente irreversible, se rinde a la evidencia y después cae exhausto y llorando a los pies de Isabel.

Entonces sí, Ana se arrodilla junto al hombre derrotado, y reza.

La muerte no sabe de edades ni de clases. Felipe se pregunta por qué muerte y sufrimiento atacan sin contemplaciones aunque se tengan veintidós años y se trate de una reina, Isabel de Valois, conocida como Isabel de la Paz, su esposa.

El monarca español hace gala de que en su imperio no se pone el sol. Sin embargo, a tan sólo unos pocos pasos de su cama, la oscuridad; tan contraria al brillo

del sol imperial, cubre con un manto de negrura y de pena la poca vida que Isabel le ha dejado a partir de hoy.

II

París, catedral de Notre Dame, 22 de junio de 1559

Aquella mañana iba a ser para Isabel la más intensa y extraña de cuantas había vivido. París se despertó en calma, no así la Casa de los Valois. El rey, falto de horas de sueño, deambulaba taciturno, las manos anudadas a la espalda, de un lado a otro del Hôtel des Tournelles, la residencia real, obsesionado por un único pensamiento: «Se llevan a mi hija para siempre».

La reina Catalina, sin embargo, se mantenía tranquila mientras cepillaba los cabellos de su pequeña con la parsimonia de quien se despide en silencio. A solas estaban madre e hija. No era habitual que las damas de compañía desatendieran ni por un momento a la novia en semejante circunstancia, pero así lo había querido la reina francesa para apurar sin injerencias externas sus últimos minutos como madre de una niña antes que de una futura reina. A pesar de su vocación y su más que probada capacidad para criar a hijos y convertirlos en dignos mandatarios, llegado el momento irreversible del adiós, resultaba inevitable que prevaleciera el instinto protector que considera simples cachorros a los frutos de la propia carne. Aunque, ciertamente, en el caso de Catalina de Médicis ese sentimiento durara lo que tarda en consumirse el cabo de una vela.

Faltaban dos horas para que comenzara la ceremonia de los esponsales, y aquella habitación era el único espacio en el que imperaba el sosiego, no pareciendo que fuera día de boda. En el resto del palacio el intenso ir y venir de criados y ayudantes acabó por obligar al rey a recluirse en sus aposentos para que el generalizado trastorno no horudara aún más su ánimo maltrecho. Contrariamente a lo que ocurriría en cualquier familia, no consideraba el día más feliz de su vida éste en el que iba a entregar en matrimonio a su adorada hija Isabel. En ese momento poco le importaba que el marido fuera el monarca más poderoso de Europa y que su influencia no supiera de fronteras en los confines del mundo. Aun siendo él también rey, el poder le parecía poca cosa comparado con el derecho a ver cada mañana la alegría en el rostro de Isabel. Y reprenderla con cariño cuando escandalizaba al personal de palacio con las carreras en las que retaba a sus hermanos varones. Nada como la satisfacción que le producía la sagacidad de la niña al esconderse por los jardines de Blois, a orillas del Loira, para que no la encontraran sus hermanas, o a veces hasta él mismo, y entonces, aguantándose la risa, contemplaba el enrojecimiento de sus mejillas al verse descubierta.

Qué difícil se le hacía en ocasiones conjugar al padre y al rey en una misma persona...

El tañido de las campanas de la catedral anunciando el comienzo de la ceremonia animaba a los parisinos pero oprimía cruelmente el acongojado corazón de la chiquilla de trece años que iba a casarse por poderes con el rey de España. De Felipe II no había llegado ni a ver siquiera un retrato para conocer, al menos, su aspecto; los rasgos físicos del hombre con quien estaba condenada a vivir el resto de sus días. Porque eso, una condena y no otra cosa, era para ella lo que iba a suceder en cuanto pusiera un pie en Notre Dame, el inmenso templo gótico devenido en el corazón de la ciudad de París, escenario a lo largo de los siglos de tantos ceremoniales de las familias reinantes en Francia. Isabel era hija de reyes, es cierto, pero niña, al fin y al cabo.

De las tres puertas de la fachada principal, el cortejo hizo su entrada por la central, el Portal del Juicio, presidido por la figura de Cristo como juez del universo a quien acompañan dos ángeles y la Virgen María junto a san Juan, de rodillas ambos. La creencia popular interpretaba la fachada como la Puerta del Cielo. Tan lejos, en este caso, del sentimiento de estar entrando en el infierno, con el que Isabel realizó el recorrido solemne por la pequeña isla en la que se erige Notre Dame, dueña y señora de las calmas aguas del Sena por las que navegaban los deseos de volar de la pequeña.

Todo, tan blanco. Tan puro, todo. Y el daño en la herida que poco a poco se iba agrandando en menoscabo de su inocencia.

Adornaban el paso de la comitiva nupcial hileras interminables de flores inmaculadas dispuestas a saludar su nueva vida. Era su padre quien correspondía al clamor popular alzando permanentemente su mano derecha, porque de sobra conocía la impotencia de su hija en aquellas horas tan decisivas. El cuerpo agarrotado de la chiquilla delataba un temor natural como la vida: el de abandonar la seguridad que proporcionaban los brazos paternos cuando todavía no se había acabado de formar como la persona adulta que le tocaría ser.

La planta de Notre Dame, en forma de cruz romana, se orienta a occidente. Hacía años que no la visitaba. Al fondo de la impresionante nave central, bajo la altísima bóveda atravesada por un gran crucero, se erguía la enjuta figura de un hombre de elevada estatura y puntiaguda barba, que la esperaba a los pies del altar. Era el todopoderoso duque de Alba, don Fernando Álvarez de Toledo, que venía a representar legalmente al ausente novio. Su prominente nariz aguileña le confería un aire altivo que disgustó a Isabel desde el primer momento en que él le presentó sus respetos. Su vestimenta, de gala a la española, se le hizo extraña. Le gustaba más la francesa, sin dudarlo. Aquel caballero rondaba los cincuenta y le pareció viejo y

arrogante. «Eso es lo que me espera», pensó. Las noticias que le habían llegado de Toledo respecto a esa cuestión no eran nada alentadoras: su marido tenía treinta y tres años, veinte más que ella. Ahora, en el supremo instante, al enfrentarse a la cruda realidad reflejada en el rostro del duque, espejo que le devolvía una amedrentadora imagen de lo que iba a ser su vida a partir de ese momento, creyó imposible que algún día pudiera llegar a amar al rey español.

«¿Qué tonterías son éstas de que es demasiado mayor para ti?», había sido la categórica respuesta de su madre a sus tímidas quejas. Catalina de Médicis era una mujer de robusto carácter con ideas muy claras acerca del papel que a cada uno le confiere el destino. Desde pequeña le inculcaron que la ira de Dios puede desatarse y ser nefasta con quien se atreva a desafiar los designios del azar, tras los que se esconde siempre la mano divina. Ella misma, que procedía de la familia florentina de mayor influencia de todos los tiempos, los Médicis, ascendió al trono de Francia como consorte del rey gracias a que así lo concertó su tío, el papa Clemente VII.

Los Médicis, los grandes mecenas de Florencia, no eran unos banqueros como los demás. Se habían convertido con mucha rapidez en la familia más acaudalada de Europa debido al enorme negocio que suponía la gestión de las finanzas de la Iglesia, cuyo inmenso poder espiritual tenía una muy sustanciosa versión terrenal, tanto en la posesión de una considerable parte del suelo de Italia como en la persistente acumulación de gran cantidad de monedas, piedras y materiales preciosos.

Durante años —tantos como tenía—, estuvo cayendo sobre Isabel, como el martillo golpea en el yunque, el relato cansino de cómo su madre se había hecho a sí misma tras quedar huérfana de padre y madre, rotando por un sinfín de conventos en los que se fue curtiendo para ser digna de representar un papel relevante en la sociedad. Y ¿acaso había algo más relevante en este mundo que ser reina? Tras alcanzar su sueño, Catalina se había dedicado a preparar a sus hijos para que cada uno de ellos tuviera el suyo propio, lo acariciara con sus manos y finalmente lo hiciera realidad.

Sin embargo, ahora que le había llegado a Isabel el momento de afrontar lo dispuesto para ella, no entendía por qué tenía que acatarlo sin vacilaciones. Por qué si era demasiado pequeña para participar en los preparativos de su boda, no lo era para ser la protagonista de la misma. La Historia, como la vida, en definitiva, está plagada de contradicciones, y así seguirá siendo.

A pesar de su tristeza imposible de disimular, Isabel estaba preciosa, radiante en aquella mañana de un junio atemperado en calores. En su cuerpo delgado, cubierto por un manto de satén rosa palo, pero que parecía casi blanco de tan pálido como era, brillaba la vistosa pedrería de los Valois. De entre todas las joyas que ostentaba llamaba la atención una perla magnífica que nunca antes se había mostrado en la

corte francesa. Era *La Peregrina*, traída expresamente desde España para la ocasión. Pero en aquellos momentos, por más valiosa que fuera, a la novia le pesaba sobre el pecho como una roca.

El padre, por cuya expresión cualquiera habría dicho que lamentaba hallarse allí, la condujo del brazo hasta el altar. A pasos cortos, queriendo no llegar nunca ninguno de los dos. Padre e hija caminaban juntos sobre las brillantes baldosas del suelo de la catedral. Y juntos permanecían bajo el mismo sentimiento de inminente y dolorosa separación. Al casarla con Felipe, Enrique entregaba a la Historia a su hija más querida. A cambio, Isabel era arrebatada del sincero cariño de su padre, del amparo de su madre y de los juegos con sus hermanas y hermanos. Isabel y Enrique pensaban en todo ello mientras se dirigían hacia el nuevo rumbo de sus vidas que en aquellos solemnes instantes partía del corazón de París.

Caminando tras ellos, la madre permanecía atenta al cumplimiento de la ceremonia según lo dispuesto. Siguiendo las directrices del protocolo, junto al duque de Alba se situaban el príncipe de Orange y los condes de Egmont y Mérito. El boato y la pompa en el oficio religioso estaban a la altura de una futura reina. Por eso Catalina sonrió satisfecha al ver a su marido, el mismísimo rey de Francia, entregar a su pequeña al aristócrata español. A pesar de su inteligencia, era incapaz de advertir el cansancio y la fatalidad reflejados en la mirada de su hija, que denotaba que, si no era suficiente acatar que los padres —en este caso, la madre— amañaran su matrimonio sin haberle dado tiempo a abandonar los juegos de la infancia, le suponía una carga mayor la obligación de aceptar que decidieran cambiarle el esposo a su libre antojo. Isabel de Valois había estado en un principio destinada a casarse con el príncipe Carlos, único hijo del monarca español. Pero cuando éste enviudó de la reina inglesa María Tudor, su tía carnal, se decidió que fuese con él con quien se uniera Isabel. Los intereses sucesorios estaban por encima de cualquier otra consideración y esta boda venía a bendecir la paz, tan difícil hasta ese momento, acordada entre Francia y España.

Muy poco tiempo le dieron para que asimilara que aquel matrimonio de conveniencia seguía en pie aunque cambiara el hombre al que iba a ser entregada. Fue la escueta e incuestionable decisión, mucho más que las cansinas explicaciones de su madre, lo que le hizo entender con rapidez que el rumbo de los acontecimientos marcan a la fuerza el destino de los privilegiados que están llamados a entrar en las páginas centrales de la Historia y que suelen rubricarse con fatiga y renuncia. Catalina de Médicis jamás hubiera permitido que la mayor de sus hijas quedara relegada a convertirse en un simple renglón. Su nombre, no sólo debía ser marcado con la tinta más espesa destinada a estampar en pergaminos los símbolos de la realeza, sino que, de haber sido necesario, lo hubiera escrito incluso con sangre.

Aquel cambio de destino matrimonial de última hora había caído sobre sus

ilusiones como una tormenta de verano, inesperada, que arrasó el esfuerzo realizado durante meses por Isabel para aceptar su suerte. Ya conocía la apariencia de quien inicialmente era su novio, gracias a un retrato que le hicieron llegar con tiempo suficiente como para que se fuera haciendo a la idea y abrigara la eventualidad de un posible enamoramiento. No le disgustaba la fisonomía de Carlos, seguramente porque la pintura enviada desde la corte española no mostraba el cuerpo del heredero más allá de los hombros. La imagen acababa justo donde comenzaba la deformación de su espalda y su extremadamente corto talle.

El retrato era una copia reducida de la obra original del artista valenciano Alonso Sánchez Coello, insigne pintor real que retrató al príncipe Carlos cuando éste apenas contaba doce años de edad. Lo plasmó majestuoso con una preciosa capa de armiño y en pose un tanto arrogante que le otorgaba una innata autoridad.

Hay que entender que a Isabel le gustara, en parte también, porque aquella pintura ocultaba el alma de un joven de su misma edad que, sin que ella todavía lo supiera, padecía una extraña enfermedad mental de la que ya se hablaba en voz baja y que iba a generar en la época tormentes de cábalas y conjeturas, siempre malsanas. Todavía era pronto para que le alcanzaran los rumores a los que tan dados eran los españoles. París quedaba lejos. Tiempo tendría para saber de sus estragos, aunque poco iba a tardar en sufrir en propia carne lo que una maledicencia puede llegar a originar en la mente de alguien que todavía no conoce la maldad.

«Vivir es aceptar la vida que otros han dispuesto para nosotros. Cuando nos envían a este mundo traemos un equipaje cargado de esperanzas ajenas, aunque el sufrimiento, sin embargo, habrá de ser nuestro y de nadie más.» Enrique de Francia había hablado de esta manera a su hija dos días antes de que se convirtiera en reina de España.

Asegurándose de que todos, incluido su padre, se hallaban entretenidos entre charlas y felicitaciones antes de abandonar el templo, Isabel se alejó del recinto principal y caminó con rapidez hasta dar con una estancia apartada del bullicio y bañada en oscuridad, en la que se amontonaban sillas viejas y antiguos candelabros en desuso. Allí fue capaz de encontrar el refugio que se le hacía tan necesario después de que en el momento del intercambio de las arras le invadiera una especie de sofoco nacido en las entrañas, que escaló hasta la garganta abrasándole el habla. Era la expresión del miedo.

Oyó pasos y temió ser sorprendida. Entreabriendo la puerta comprobó que quien quiera que fuese no se encontraba demasiado cerca, así que se arremangó las pesadas y complicadas faldas que la ceñían y emprendió desorientada una carrera que la llevó a ascender en dirección a la torre sur, mientras el rumor de los invitados que permanecían en la nave central apenas era un eco lejano que se evaporaba en la espesura del aire.

Conforme subía, iba contando escalones. De esa manera dejaba de pensar, siquiera unos segundos, en lo que tanto daño le estaba haciendo. Aparcaba momentáneamente esa ceremonia, para ella del absurdo. ¿Cómo iba, con su matrimonio, a proporcionar ninguna paz a ningún reino?

Poco a poco notó el cansancio en las piernas y ello, curiosamente, la hizo sentirse mejor. Estaba exhausta porque había decidido emprender la huida. Una decisión que, aunque pudiera parecer infantil en una reina, la dotaba de las energías que se le habían ido escapando desde que supo que su definitivo marido sería el padre de su prometido. Era capaz de hacer algo decidido sólo por ella, aunque fuera una huida. Estaba segura de la fulminante reacción de su madre en cuanto se enterase.

Sin embargo la realidad siempre se impone. El ascenso empezó a resultarle demasiado duro y se arrepintió de haber elegido ese camino y no otro en la planta baja entre la hilera de capillas del lado norte.

Miró hacia arriba. No se atisbaba claridad alguna que le indujera a pensar que el final se encontrara cerca. Pero si echaba la vista atrás y pensaba en los más de trescientos escalones que llevaba contados, se le quitaba cualquier intención de regresar. Huyendo de una situación que no admitía más interpretaciones que la de ser pura verdad —su boda—, se había topado con una encrucijada. Salir de ella era lo único importante en aquel momento en que creyó que sólo si lo conseguía podría sobrevivir ya que nadie iba a adivinar que estaba atrapada en esa escalera infernal.

Quería vivir, pero veía que lo tenía difícil porque el aire empezaba a faltarle y nadie la auxiliaría. Se asustó. Empezaron a fallarle las fuerzas y eso hacía que perdiera el control de la cuenta de escalones. Para salir de allí era imprescindible mantener la cabeza en su sitio. Y para conseguirlo, sabía que sería de gran ayuda no dejar de contar los peldaños que subía.

Se detuvo en un descansillo que mostraba una minúscula abertura en la pared, no llegaba a ser ni un ventanuco, para tomar algo de aire y acompasar la respiración. La imagen que se le presentó al mirar al exterior le encogió el corazón. Como fantasmas expulsados del infierno para azotar cualquier conciencia en una visión dantesca, gigantescas gárgolas que coronaban el edificio miraban al infinito del cielo de París con los ojos de un terror que imaginó lanzado contra ella, lo que la empujó a reemprender el ascenso hasta agotar las últimas fuerzas.

El paso se fue estrechando conforme se acercaba a lo más alto, haciéndose realmente claustrofóbico. Las paredes se comprimían y dificultaban el movimiento de los ropajes de Isabel. Pero seguía subiendo.

Por fin alcanzó la cima de la torre sur. Le parecía mentira haber llegado hasta allí. Trescientos ochenta y siete escalones. Al final, como deslumbrante regalo a su esfuerzo, vio extendida a sus pies toda la ciudad de París. El inesperado sonido de la campana de trece toneladas, la famosa *Emmanuel* de la que tanto había oído hablar, le

atronó en los tímpanos. Jamás pensó que tendría ocasión de verla y escucharla tan de cerca.

La imagen de la ciudad y del río era soberbia. Isabel sintió la grandiosidad que proporciona creerse libre. Después de haber estado expuesta a la mirada de todos, ahora nadie podía verla, mientras que ella tenía la posibilidad de observarlos a ellos. Desde esa altura, allá abajo, los hombres y mujeres que se agolpaban a las puertas de la catedral parecían ejércitos de hormigas esperando las migajas de un espectáculo con el que ya tenían para acabar de pasar el año. No se hablaría de otra cosa durante mucho tiempo. Tal vez más del que iba a tardar Isabel en asumir su nueva condición de reina del país vecino.

Ese día no había nubes. Miró primero hacia el firmamento, con el sol alto a esa hora del mediodía, para después enganchar su mirada a un punto indeterminado del espacio urbano que se desplegaba ante ella. Inclino entonces el cuerpo ligeramente hacia el vacío, quedando suspendida en una inestable y peligrosa posición.

Sentía rabia. Los ecos de saberse incomprendida se apoderaron de ella. Cuando notó el peso de su cuerpo apoyado en la nada y a punto de perder pie, reaccionó echándose de golpe hacia atrás. Sudaba. Su rostro palideció, quedó lívido. Ésta sería, con toda seguridad, la última vez en que podría permitirse dar rienda suelta, sin testigos, a un sentimiento íntimo.

Con el pulso acelerado, extrajo del interior de la enagua una pequeña muñeca de trapo, descosida por los bordes y con la amarillenta cabellera de lana deshilachada. Se abrazó a ella llorando y cayó sobre el áspero suelo de piedra, como cae un pajarillo herido por la flecha del cazador.

El duque de Alba irrumpió en la habitación de Isabel ante la inescrutable mirada de la joven. Caminaba con rotundas zancadas difíciles de imitar para el nutrido grupo de invitados que lo seguían en silencio y que fueron tomando posiciones alrededor de la cama.

—Procedo —dijo el duque con un ceremonioso tono de solemnidad— a acostar a la desposada.

Isabel retrocedió varios pasos para evitar que le llegara la resonancia de ese mayúsculo disparate. ¿Significaba, acaso, que semejante vejestorio, que ni siquiera era su marido, estaba dispuesto a acostarse con ella, y a hacerlo delante de todas aquellas personas a las que veía sonreír poco escandalizadas ante tales palabras?

Se le revolvió el estómago mientras buscaba a sus padres entre los presentes sin entender lo que estaba ocurriendo. Alguien tenía que frenar un dislate que venía a culminar una jornada terrible en la vida de quien se había levantado siendo niña y se acostaría esa noche como reina.

Era costumbre en la corte francesa que los nuevos esposos no perdieran ni un minuto para correr hacia el tálamo nupcial. Por eso Catalina le había reprendido por haber desaparecido tanto tiempo y además sin dar explicaciones. El rey calló, sin otorgar. Lo cual enervó más a su esposa, que esperaba que también él censurara la inexcusable chiquillada de su hija.

Enrique sólo pensaba en que no valía la pena hacer nada ni en beneficio ni en contra de Catalina de Médicis, como tampoco ya de su hija. La suerte estaba echada y el destino, escrito. Tan sólo cabía la sabia determinación de acatarlo sin reparos. Pero también sin alharacas. No estaba en su ánimo demostrar una felicidad que no sentía.

Nadie le había explicado a la joven reina en qué consistía el rito al que estaban asistiendo, ella con enorme estupefacción sabiendo que todo aquello, que se salía de cualquier lógica, giraba en torno a su persona. Tampoco adivinaba a qué estaban esperando para continuar con lo que fuese, porque de repente, después de contarse chismes entre ellos y de reírse de la forma más obscena que había escuchado nunca, se callaron al entrar los reyes en la cámara. El rey mantenía la misma seriedad de la mañana. Su gesto era tan severo que Isabel, que habría corrido a pedirle auxilio, no se atrevió a hacerlo. Entendió, muy a su pesar, que era mejor así.

Fue la reina Catalina, con una gran expresión de júbilo, quien dio la orden para que el duque de Alba procediera a cumplir con su cometido. Se abrió un pasillo desde la posición en la que estaba Isabel hasta la cama que iba a convertirse en tálamo nupcial por obra y gracia del detestable caballero enviado por el monarca español para hacer todo aquel trabajo sucio, con el que, por cierto, parecía disfrutar. Realizó una reverencia dedicada a la joven esposa e inmediatamente le dio la espalda para poner primero su brazo derecho sobre la cama, levantarlo unos segundos, y después

hacer lo mismo con la pierna izquierda.

De inmediato, y en silencio, salió de la estancia, seguido de los invitados.

Isabel lo vivió como un ultraje. Una escena humillante que mancillaba su virginidad aunque no le hubiera puesto la mano encima. Nadie más que su madre se percató de que, aguantando la rabia y con los dientes apretados, sus manos estrujaban con fuerza sobrenatural un pequeño objeto de tela.

Era su muñeca.

Así acababa el día más amargo en la vida de Isabel de Valois, y también del rey de Francia, a quien aún no le había llegado el peor de todos.

III

Los rigores del invierno fueron los peores compañeros en el viaje hacia su nueva vida. La comitiva que acompañaba a Isabel estaba formada por ciento sesenta y dos personas, lo cual hacía más dificultoso el traslado, casi tanto como lo había sido organizarlo todo en París y conseguir avituallamiento para el personal y los animales, y, sobre todo, para tantos días de periplo, que al final resultaron muchos más de lo previsto.

Por todo ello, la partida se había demorado en exceso, de manera que abandonó el Hotel des Tournelles, con el dolor anidando en su corazón, cinco meses después de tener lugar la boda. La ardua tarea de preparar, sin margen para el error, el desplazamiento de quien ya era reina de España, desde un país a otro, les correspondió a don Juan de Coruña, conde de Buendía, enviado personalmente por Felipe para tales menesteres, y a Louis de Saint-Gilles, señor de Lansac, cuyo nombramiento como mediador entre franceses y españoles en todo lo referente a dicho viaje le había encanecido la testa con la rapidez ceniza con que ardían las hogueras en las chimeneas de palacio. La calma que trató de transmitirle a la joven en el instante mismo en que se disponía a abandonar el hogar de los Valois —«No os preocupéis por nada, señora, que todo está previsto y calculado»—, no consiguió calar en ella. Decían más los agotados ojos de Saint-Gilles que lo que sin alma alguna brotaba de su boca. Absurda palabrería que él, y otros muchos que trabajaron para ella en aquellos largos meses, podría haberse ahorrado de saber lo que verdaderamente sentía. «No señor de Lansac, no —querría haberle dicho Isabel— no hay nada previsto en el incierto futuro de un matrimonio de conveniencia para el que nadie ha pedido mi parecer, y con un hombre del que sólo sé de sus hazañas, desde luego en nada desdeñables. Me causa pavor sólo pensar que haya sido capaz de casarse antes con alguien como María Tudor, cuya fama de monstruo sanguinario no me hace tenerla en buena gloria.» No obstante permaneció muda al estrechar su mano en la despedida. «Quedad con Dios Nuestro Señor, y que os acompañe en vuestra larga vida que os deseo», recomendó él. «Quedad con Dios vos también», respondió escueta ella.

En su camino hacia el sur avanzaban no más de dos leguas por día. Fue un traslado lento y con innumerables paradas. Cada vez que el cortejo, con su amplio despliegue, hacía un alto en el camino, llenaba de codicia los ojos de los posaderos, pero pronto les cambiaba el semblante al comprobar la cantidad de requerimientos a los que había que atender. Criados, caballeros, damas de compañía en número de trece, cinco camaristas, varios médicos y secretarios, docena y media de acemileros al cuidado de

un sinfín de mulas, seis cocineros con sus ayudantes, confesores, sastre, vihuelistas y el cuarteto principal, como denominaban con sorna a las cuatro damas personales de la reina: Ann de Bourbon-Montpensier, prima de Isabel y dueña de la lengua más afilada de toda la corte francesa; madame Vineux, madame de Clermont y Susana de Borbón, conocida como madame Rieux. La comitiva incluía incluso un bufón real: François Montaigne. El pobre infeliz no iba a tardar en tener que soportar sobre su corta figura la españolización de su nombre, de tal manera que al poco de instalarse en la corte de Toledo pasaría a convertirse en Francisco de Montaña.

Las damas francesas resultaban, por momentos, un grupo cómico de comadres, además de un muro infranqueable que acotaba el espacio más íntimo y personal de Isabel, protegiéndola de los problemas que a diario surgían en una expedición de tal magnitud. Pero, a pesar de sus cuidados, no la protegían del desconcierto, que a esas alturas era la peor sensación que, en silencio, soportaba la joven. El desconcierto y la nieve.

A las cinco jornadas de viaje, una tormenta de polvo blanco les obligó a detenerse en Châtellerault. Cuando pudieron sortear las inclemencias del tiempo prosiguieron hasta Burdeos, donde Isabel quiso asistir a varios espectáculos. Eso les obligaría a prolongar la estancia por lo menos durante tres días. Nadie entendió el capricho de esa decisión que les iba a retrasar sin razón. Nadie, excepto su prima Ann, conocedora de los comportamientos más elementales de Isabel desde que eran niñas. Bajo la apariencia un tanto alocada y frívola de madame Montpensier, a la que correspondía un físico capaz de enloquecer a caballeros de las más distintas procedencias y pelajes, se escondía una perspicaz observadora de la conducta humana. Puede que ésa fuera la razón de su natural predisposición al chismorreó. No se equivocó al pensar que su prima, al ordenar la larga parada en Burdeos —era la primera orden que se atrevía a dar como reina— y estaba reaccionando al igual que haría un niño engolosinado con las acrobacias de actores y saltimbanquis que le evitarían pensar en ninguna otra cosa. Alguien tenía que decirle que ese interés compulsivo por el arte escénico no dejaba de ser, en el fondo, más que un intento por retrasar lo inevitable. Isabel se resistía a abandonar el mundo de fantasía en el que se suele instalar la infancia, antes de que lo real acabara por estrangular los deseos de quien estaba a punto de dar el paso, no por natural menos doloroso, de entrar en un mundo de mayores.

—Hablas como si te llevaran a una prisión en la que hayas de pasar el resto de tus días —le reprendió madame de Montpensier.

—¿No te parece prisión que te confinen, a mi edad, a la alcoba de un hombre veinte años mayor y te expongan a la opinión de todo un pueblo que no te conoce y del que no sabes qué puede esperar de ti?

—Pues no me lo parece, si el «hombre veinte años mayor», como tú lo llamas, es

el rey del imperio más importante que existe en el mundo. Hay muchas jóvenes que se casan a tu edad, e incluso antes, y no se quejan.

—¡No entiendes nada, prima! —así la llamaba siempre cuando discutían—. Es mi vida, la única que tengo, y no estoy preparada para ser reina en un país extraño, al lado de un viejo.

Ann de Bourbon-Montpensier, adoptando de pronto un aire severo más propio de su condición de dama de la reina que no de su único familiar directo en la comitiva, se le acercó cautelosa al oído para decirle con voz firme: «Cuídate, Isabel, de que nadie te oiga hablar con estos modos que no son del rango de una reina. Porque eso es lo que eres ya, una reina, querida niña». Y se retiró, dando la espalda a las lágrimas que surcaban silenciosas el rastro de la añoranza escrito con dolor en el semblante de Isabel. La reina.

En esos tres días en Burdeos, y a pesar de que el pretexto para permanecer en la ciudad había sido asistir a los espectáculos, Isabel prácticamente no abandonó la residencia que le habían dispuesto. Tan sólo presencié una única representación de teatro la última tarde. Se trataba de una compañía bretona, que levantó su ánimo con sus inocentes juegos de magia a base de sedas de vistosos colores. Con esa imagen alegre en la retina prosiguieron viaje hacia Pau y, de allí, hasta Saint Jean Pied de Port, última estación del recorrido antes de llegar a la frontera. Era el 31 de diciembre. Fecha que cerraba un año nefasto.

Al disponerse a bajar de su litera, Isabel pensó en aquel día del pasado junio en Notre Dame y en la leve brisa que barrió las calles de París por la mañana como una suave despedida. Volvió a ver la cara del duque de Alba haciendo de falso esposo, hiriéndola ante el lecho del novio ausente y en nada deseado. Jamás nadie sabría hasta qué punto se sintió ofendida por aquel caballero y lo mucho que le dolía pensar ahora que la mañana en que se casaba por poderes con el rey de España no podía ni imaginar que en menos de veinte días iba a regresar al mismo lugar para otra ceremonia, esta vez de muerte. El funeral de su padre estuvo revestido en todo momento de un enorme patetismo y acompañado de dos viudas. Su madre, Catalina de Médicis, enlutada de negro riguroso, asistía en primera fila junto a sus diez hijos. Enfrente, en un estrado reservado a autoridades y personas de gran distinción, una plañidera de lujo sobresalía entre el resto de asistentes. Era Diana de Poitiers, bella y eterna amante del rey francés, de cuerpo presente. Horas más tarde, Isabel oyó decir a su madre con rabia que las lágrimas de la Poitiers no eran tanto por la muerte de su padre, como por los privilegios que iba a perder al faltar él y de los que había disfrutado desde mucho antes, incluso, de que Isabel naciera. Porque la llaga abierta por esa mujer en la familia acompañaba su infancia desde allá mismo donde arrancan los recuerdos.

Diana, a pesar de lo que dijera una Catalina comprensiblemente dolida, amaba a Enrique y le hizo feliz con su compañía y sus atenciones. Una circunstancia que el pueblo aceptaba y la esposa toleraba con escasa resignación a la espera de que algún día llegara el momento oportuno para la venganza, que tristemente encargó Dios con demasiada antelación. Así se lo contó a su confesor: «A Dios se le ha ido la mano con el tiempo».

Recordó Isabel con igual amargura el llanto que le resultó hipócrita, en la despedida, de una madre que la había ofrecido al rey enemigo en aras de la paz de los países, que al parecer estaba muy por encima de la paz familiar y de los sentimientos filiales. Ninguna razón justifica que una madre aparte de ella a su hija de apenas trece años para lanzarla a un mundo que por edad aún no le corresponde, asumiendo el riesgo de no volverla a ver nunca más. Se juró a sí misma que ella no haría eso con ninguna de sus hijas, en caso de que el Señor tuviera a bien regalarle alguna hembra entre la descendencia que de ella se esperaba para el rey español.

La mano que le tendía el príncipe de La Roche-sur-Yon para ayudarle a descender a tierra la sacó de aquellos hirientes recuerdos. Se había acercado él para tal gentileza con el fin de hacerle llegar la invitación del cardenal de Borbón para unirse al grupo durante la comida. «Apenas os hemos visto en lo que llevamos de camino», argumentó el príncipe, sin que a ella le importaran lo más mínimo unos hombres que tan extraños le resultaban.

A pesar de ello aceptó. Pensar que no podía haber sido en vano tanto dolor concentrado en los pocos días que mediaron entre su boda y la muerte de su padre, de la que se sentía culpable, le hizo empezar a entender que, antes o después, debía mudar su piel de niña por otra de reina. Una condición que, como todo el mundo sabía entonces, es mucho más que la de ser mujer.

Se lo debía a la memoria de su padre. Sólo por él haría el esfuerzo.

Después de un obligado rato de charla de sobremesa, que acortó cuanto pudo, se retiró a sus aposentos, de los que no salió hasta el momento de la partida al amanecer. La nieve no había concedido tregua en las horas nocturnas y el frío era intenso cuando Isabel abrió la ventana al tiempo que mandaba avisar a sus damas para algo importante. Ése iba a ser su último día en el país que la vio nacer. Y el último, también, del luto por su padre. Un luto extraño para las costumbres españolas. Blanco. Color de vida y pureza, que en tierras castellanas la habría hecho parecer una novia.

Tomó con delicadeza el cuello de armiño que remataba la capa blanca que había vestido durante el responso fúnebre, y hundió en él el rostro. Se lo dio a su prima para que lo guardara en un baúl de color oro, donde las sirvientas fueron colocando, una tras otra, el resto de prendas blancas de la reina.

Antes de que la tapa se cerrara, Isabel depositó en el interior la muñeca de trapo

que ni un solo día de vida se había apartado de ella.

IV

El acemilero hizo todo lo que pudo por salvar la mula, pero fue inútil. El animal, agotado del camino, no soportó el azote del viento ni el empuje incansable de la nieve. Como él, otros ocho animales corrieron la misma mala suerte. Y en verdad fue tan mala que ni entierro tuvieron, porque, de hacerlo, se habrían puesto en peligro vidas humanas. Era imposible ver nada en mitad del vendaval, como imposible resultaba soportar el frío. La nieve, que alcanzaba los tres pies de altura, había borrado los caminos. No valía la pena arriesgarse a intentar cavar en el suelo. De nada habría servido, más que para perder tiempo y las energías que era necesario conservar. En los últimos días varios miembros de la servidumbre habían contraído un virus que les provocó fiebres altas y alteraciones intestinales. Si se exponían a ir perdiendo a gente en el camino por enterrar a las bestias, el futuro de la expedición se habría visto gravemente comprometido.

La tormenta que les recibió al alcanzar el escarpado paso de Roncesvalles era la peor en muchos años. Para Isabel esa furia de la naturaleza resultaba algo fuera de lo común, una experiencia que no había tenido ocasión de vivir hasta ese momento. «¿Dónde he venido a caer?», se dijo entre rezos, recogida en su litera mientras oía el rugido del viento en el exterior cuando detuvieron la marcha, «¿qué tierra es esta que mata la vida que transita por ella?». Qué lejanos le parecían ahora en su memoria los amaneceres luminosos en los frondosos bosques que inundaban Blois de vida y belleza. Las aves surcando los cielos en libertad. El anochecer cayendo con suavidad como un manto sobre las tranquilas estancias del castillo. Todo cuanto la hacía feliz había sido abandonado para entrar en una tierra inhóspita y agresiva que se asemejaba al fin del mundo. Más allá de Roncesvalles parecía imposible que hubiera vida.

Por lo pronto, tuvieron que conformarse con el refugio que les ofrecía el monasterio. Lóbrego, como el espíritu de los españoles que iba conociendo. Fue ése el escenario donde se realizó la *entrega* de la reina a las autoridades españolas que la esperaban: el cardenal arzobispo de Burgos, don Francisco de Mendoza, y el duque del Infantado, don Íñigo López de Mendoza. «Os entregamos esta princesa que he recibido de la casa del mayor rey del mundo para ser depositada entre las manos del rey más ilustre de la Tierra», les dijeron, y ella agradeció la bienvenida en un correcto castellano.

A esas alturas, Isabel empezaba a estar hastiada de ceremonias y formalidades. Quería, tan sólo, tranquilidad y reposo. Descansar. Sobre todo descansar.

Llegada la noche, en el exterior y al amparo de la difusa visión que permitía la ventisca, ocurrió algo extraño. Percibió inquietantes sombras que se movían como culebras. Parecían hombres envueltos en oscuras capas, con la cara prácticamente tapada por un trozo de tela negra a modo de antifaz. Caminaban a pasos entrecortados

ocultándose de las miradas aunque, curiosamente, al mismo tiempo daba la sensación de que esperaban ser descubiertos. Algo así delataban sus extraños y premeditados movimientos en una noche poco propicia para aventuras, y menos aún para sobresaltos.

A ella ni se le habría ocurrido asomarse a esa ventana desde la que pudo observar lo que sucedió, pero, de camino a su habitación, le salió al paso un caballero de la comitiva española. Educado y amable, en un gesto de cortesía la invitó a contemplar la luna a través de un ventanal del pasadizo, y fue entonces cuando los vio. Tardó muy poco en darse cuenta de que no había sido inocente la sugerencia del hombre que se esfumó de su lado en menos de un segundo. Miró en todas direcciones. Ni rastro de él. Alguien, no se sabe quién, y por una razón de igual manera desconocida, tenía interés en que Isabel viera las figuras de aquellos desconocidos que proyectaban unas sombras capaces de asustar al espíritu más intrépido y valiente.

A Isabel se le quedaron grabados en la retina los labios que acertó a distinguir entre la bruma. No eran demasiado grandes pero sí carnosos, sobre todo el inferior, que quizás lo fuera hasta en exceso. Un belfo perfectamente definido, rematado por una barbilla puntiaguda con dos triángulos minúsculos de barba rubia como extraños penachos invertidos que recordaban a los de una cabritilla.

La estatura de aquel hombre le pareció superior a la que era corriente.

El resto del misterioso grupo desapareció, mientras que él permanecía quieto, justo enfrente de la ventana desde la que Isabel lo observaba. El escaso reflejo de la luna no permitía verle algo más del rostro. El vello de la piel se le erizó a la muchacha. Sin necesidad de conocer los ojos, sin mirarse de frente, notó que la fuerte presencia del enmascarado le provocaba un tremendo escalofrío que, paradójicamente, la atraía. No entendía qué era lo que le impedía apartarse de la ventana. Agarrotados los músculos, parecía que sus pies estuvieran pegados al suelo.

Tampoco él estaba dispuesto a esconderse y semejava una estatua expuesta a la única mirada que parecía interesarle en el mundo: la de Isabel de Valois.

Llegó, entonces, el *cuarteto principal* de la reina, capitaneado por madame de Montpensier, armando gran alboroto y presentando excusas por haberla dejado sola. Reconocieron haberse entretenido con unos caballeros españoles que se empeñaron en darles la bienvenida. Ella lo entendió inmediatamente: habían sido objeto de una burda treta para mantenerlas alejadas de su señora. Fue incapaz de reprenderles.

Al volver a mirar por la ventana ya no vio a nadie. La nieve se había adueñado en unos pocos segundos del lugar que antes ocupaba la inquietante figura masculina. Isabel respiró hondo.

¿Qué madre, pone a su hija en manos extrañas, cuando la niña aún no se ha asomado a la vida de mujer? Por favor, no me malinterpretéis,

no digo que seáis una mala madre. Seguro que lo habéis hecho deseando lo mejor para mí y los míos. Pero desconocíais las inclemencias, no sólo de este tiempo maldito, frío y húmedo, que hace daño a mis huesos y más al alma, sino las de estar en un lugar en el que todo me es ajeno.

Al borde de la extenuación y con las manos rígidas por el frío, escribió a su madre para hacerle partícipe de la infelicidad que le invadía desde que abandonó París. Quiso, a través de la misiva, pedirle algo que, seguramente por resultar indigno en una reina, soliviantaría a Catalina de Médicis, pero le salvaría la vida a ella. Esperaba contar con la benevolencia de su madre.

Carezco de las fuerzas necesarias para continuar este viaje que, en realidad, aún no ha comenzado. Porque la hora de la verdad será dentro de unos días en Guadalajara, cuando está previsto celebrar la boda con mi marido presente. Espero que entendáis mi ruego, madre. Tenéis que ayudarme a regresar. No dejéis que esto siga adelante, aún se está a tiempo, madre querida, de renunciar.

Por favor, os lo ruego, pedidle a nuestro embajador que detenga la expedición y regresemos a casa.

Me siento tan sola y hace tanto frío...

Nada más estamparla sobre el papel, la firma se emborronó con la sal de una lágrima que, contenida por orgullo, al final acabó cayendo.

Notó el cansancio en los huesos. Esperaba que su madre comprendiera sus sentimientos. En la ensoñación propia de una mente allanada todavía por la inocencia, daba por seguro que también la Santa Madre Iglesia iba a entender las razones de su renuncia a un casamiento que todavía estaba por consumir. «Sí, madre lo conseguiré...», fue su último pensamiento antes de que sus ojos se cerraran vencidos por la fatiga, para dormir al abrigo de esa idea consoladora.

Durante toda la noche estuvo rondando por sus sueños el fantasma del hombre enmascarado. El labio prominente, y aquella boca pura carnosidad, besándola una y otra vez hasta agotarse y derivar en pesadilla. Así se mantuvo hasta el alba.

El destino la había obligado a convertirse en mujer a destiempo y, por si fuera poco, a tener que demostrarlo.

El temor a lo desconocido que entrañaba el adentrarse en un mundo adulto vació las arcas de la infancia de Isabel de Valois, que quedó enterrada bajo la nieve de

Roncesvalles nada más pisar suelo español.

V

—¡Imposible, lo que me pedís es imposible!

La rotundidad del embajador en su negativa no dejaba lugar a la insistencia. Isabel lo miraba con la expresión de una niña compungida.

—Os voy a dar dos razones —prosiguió— por las que no pienso, y perdonad que os lo diga así, remitir esta carta a la reina regente de Francia. Con la tormenta de nieve que nos persigue desde hace días sería impensable enviar un correo a París. Pero más impensable es creer que lo que habéis escrito no pondrá furiosa a vuestra madre. Así, pues, la segunda razón es que vos no podéis, a estas alturas, renunciar a vuestro destino.

Rebajó el tono de dureza para concluir con un «lo siento» que aparentaba ser sincero.

Parecía que todo el mundo intentaba cumplir con su cometido. Todos menos ella. Así se lo dijo madame de Montpensier cuando fue a asistirle para vestirla antes del desayuno y la encontró echada sobre la cama llorando sin consuelo. Ann empezaba a no saber muy bien qué hacer para manejar el corazón desbocado y rebelde de su prima. Sufría por ella, pero al mismo tiempo era su deber —de nuevo el deber— guiarla en el tránsito a su nueva vida, simplemente estando a su lado y vigilándola. Tarea que, por momentos, se estaba tornando hartamente difícil.

Reemprender viaje costó en esta ocasión más que otras veces. La nieve superaba ya los tres pies de altura y el viento seguía arremolinándose con fuerza. Los animales acusaban el cansancio, mientras que las pócimas que se usaban para aliviar las pieles reseacas del personal de servicio que iba a pie, agrietadas y con heridas abiertas en muchos casos, empezaban a escasear. A ese paso, alcanzar Guadalajara, donde aguardaba el rey y se preparaban las ceremonias de los esponsales, parecía que iba a requerir grandes dosis de heroicidad.

Con un equipaje cargado de tales dificultades pasaron por Pamplona y Tudela, donde se encontraron con una batalla naval organizada en aguas del río Ebro como recibimiento a la reina de los españoles. «Son unos salvajes», le comentó a madame Vineaux, «¿cómo se les ocurre lanzarse naranjas como si fueran proyectiles para celebrar mi llegada?». Lejos del alcance de su mirada, las otras tres damas del entorno íntimo de Isabel reían divertidas por las ocurrencias y costumbres de aquellos *salvajes*, como los acababa de calificar.

A poco más de diez leguas de Guadalajara, la noche previa a la boda hicieron una parada similar en importancia a la de Roncesvalles. Las malas condiciones meteorológicas eran casi las mismas. Una intensa tormenta recluyó a la comitiva

entre las frías piedras y los lúgubres pasillos del castillo del Cid, en la localidad de Jadraque. Llegaron todavía con luz solar. La subida a la cima de la montaña donde se ubicaba la airosa fortaleza fue complicada pero, por primera vez durante el trabajoso recorrido, Isabel consideró que algo había valido la pena. La inmensa llanura que se divisaba desde el cerro, a miles de pies de altura, lanzó su imaginación al infinito y se sintió libre contemplando las imponentes vistas. Era como si una mano compasiva hubiera abierto la jaula de su corazón, permitiéndole sobrevolar aquellos campos que favorecieron, tímidamente, que se fuera conciliando, por fin, con el paisaje de España.

También consiguieron interesarle las historias que por la noche, durante la cena, en un ambiente gratamente relajado, le explicaron acerca del castillo, construido nada menos que ocho siglos atrás como una simple torre de vigía islámica, y de la personalidad del caballero don Rodrigo Díaz de Vivar, a quien llamaban el Cid. Hablaron de realidades y de leyendas. Relataban que el Cid se encontró con la fortaleza de Jadraque en su camino hacia el exilio, iniciado en el burgalés monasterio de Cardeña y después de haber atravesado la frontera con el reino taifa de Toledo por la sierra de Miedes. Y que el caballero castellano fue el primero que conquistó la fortificación a los musulmanes tras una cruenta batalla que libró él solo.

A Isabel le impresionó conocer la historia del lugar que la acogía y le reconfortó, de una extraña manera, sentirse parte de la más digna realeza española al saber que el castillo había conocido una importante reforma ordenada por los Reyes Católicos, convertidos ya por matrimonio en antepasados suyos. Isabel y Fernando, de quienes tanto le había hablado su madre en Francia, habían estado allí antes que ella, podría ser que para precederla y hacerle el camino más fácil. Hasta llegó a creer que, desde donde estuvieran sus espíritus vagando, le tendían ahora una mano, cálida y amable, para que se sintiera menos sola en un mundo nuevo. Un mundo de reyes que la aguardaba.

Gracias a un enorme fuego en la chimenea del fondo de la sala donde tenía lugar la cena, se combatía el frío del exterior, consiguiéndose una atmósfera agradable ayudada, también, por la luz ambarina de infinidad de velas repartidas por todos los rincones. Era difícil que Isabel no se sintiera a gusto allí, por lo que su cansancio y tensión fueron relajándose progresivamente.

Le dieron a probar un poco de vino español servido en copa de plata. Tenía un color muy oscuro y sus efectos podían notarse ya en las mejillas de las madames Rieux y Clermont. Aunque también la prima, madame de Montpensier, estaba más locuaz y alegre que de costumbre, seguramente porque a ella se le había ido la mano en la degustación e incitaba a Isabel a que aceptara el ofrecimiento. Madame Vineux, siempre más seria que las demás y a veces más intolerante, era la única que se había resistido a los encantos que los demás hallaban en la pócima española que a Isabel le

resultaba áspera en el paladar. Era la primera vez en su vida que bebía vino. Lo notó demasiado caliente al caer en el estómago. Pero al instante sintió una desconocida ligereza en todo su cuerpo. Con la segunda copa notó pesados los ropajes y su juventud agradeció este aflojamiento de la tensión de días pasados para disfrutar un poco de lo que les estaban ofreciendo en una noche que se fue templando hasta volverse tibia.

Por fin sonrió. Su prima corrió a besarle en la cara, con tal espontaneidad que la camarera mayor de la reina se vio obligada a llamarle la atención. «No se trata así a una reina, al menos no en España». María de la Cueva, condesa de Ureña, se había unido al cortejo en la parada de Pamplona. Designada como máxima responsable de la denominada Casa de la Reina, todavía por formar, en su mano estaba la tarea de instruir a Isabel en los hábitos de la corte española. De momento, en los veinte días que llevaba viajando a su lado, solamente había visto a una joven desvalida y llena de melancolía. Le pareció una estampa triste, que tendría que intentar paliar con paciencia y altas dosis de ternura, aunque le quedaban menos de veinticuatro horas para hacer que mudara el semblante antes de mostrarse por vez primera ante el rey.

Pensó que al igual que el miedo es libre, libres se mueven también los deseos. Y en aquellos momentos los de la reina campaban lejos de España.

Estaba siendo una noche extraña. Incluso el bufón francés se mostraba muy excitado. Gastaba bromas a los integrantes de ambas comitivas y su comportamiento no hacía demasiada gracia a muchos de sus compatriotas, que consideraban que Montaigne había asimilado con extraordinaria rapidez lo que les parecían burdas maneras del humor a la española. Alguna dama, escandalizada, miraba a otro lado cuando veía al bufón aproximarse.

Con el vino fluían las confidencias. Isabel se atrevió a preguntarle a su prima si ella, o las otras damas, habían visto a las extrañas figuras enmascaradas moverse entre la nieve durante la noche en que hicieron parada en Roncesvalles. No sabía de qué le hablaba. Nadie más había contemplado la inquietante visión. ¿Lo imaginó, tal vez?

Pensaba en ello mientras le servían la tercera copa, cuando dio un respingo en la silla provocando que el líquido de color sangre se derramara sobre su vestido. Creyó haber visto de nuevo aquel belfo, al fondo de la sala y entre el bullicio reinante. El hombre que había usurpado la tranquilidad de sus sueños nocturnos. Era él, seguro. ¿O quizás no?

Agitada, salió corriendo en dirección a la sombra de un enigma que la perseguía desde Roncesvalles. Atravesó la sala ante la sorprendida mirada de algunos de los invitados y la indiferencia de la mayoría de ellos, ocupados sólo en divertirse, comer y, sobre todo, beber. Pero le importaba poco lo que pensarán, si en definitiva nadie

iba a entender su actitud.

Ante los cuatro escalones de la entrada, se detuvo a la vista de todos y giró sobre sí misma, convencida de que el hombre había estado allí. De pronto, se sintió absolutamente fatigada y, haciendo un gesto a sus damas para que la acompañaran, se retiró a descansar. O al menos a buscar el refugio de la soledad.

Ya en la cama, el sueño fue atacando partes de su conciencia, apropiándose de parcelas que insistían en mantenerse despiertas como queriendo prevenir los peligros de las noches de tormenta en tierra extraña. Pero llegó un punto en que la resistencia se debilitaba. Y entonces apareció el rostro feliz de su amado padre durante el torneo organizado como parte de las ostentosas celebraciones de su boda.

Las piedras del castillo de Jadraque le hicieron revivir el momento más triste de su corta vida, cuando ocho días después de casarse su padre falleció accidentalmente. Enrique, una vez abandonada la rigidez en el rostro que le había acompañado durante toda la jornada en que se celebró la boda en Notre Dame, volvió a recuperar su genio y su soberbia de rey. Jamás había destacado precisamente por la discreción o por la modestia y no iba a hacerlo cuando su hija se casaba, por más tristeza que ello le causara.

Como parte de los festejos había dispuesto un combate a caballo entre él, en excelente forma física, y el caballero Gabriel de Montgomery. Un brillante duelo en el que se tenía que acreditar la destreza de cada uno de los oponentes en el manejo de armas. En el último turno de la justa, la lanza de Montgomery se partió en pedazos al golpear contra el escudo real, con tan mala fortuna que el extremo más puntiagudo atravesó una abertura del yelmo y fue a clavársele al rey en el ojo izquierdo.

La alegría de todos se tiñó de sangre y de tragedia, siendo eso, y nada más, lo que prevalecería por siempre como recuerdo de su casamiento.

Puede que fuera la explosiva mezcla del calor provocado por el vino que le aplastaba la mente dejándola dormida, y del helor de las paredes del castillo del Cid que producía escalofríos incluso en sueños, la causa de que cuando parecía que el ánimo de Isabel podía ir recuperándose surgiera como una bofetada la imagen del padre dolorido a las puertas de la muerte. Cuánto debió de sufrir por su culpa.

Sólo por su culpa. En efecto. La tristeza y la rebelión ante su suerte desde el instante en que salió de París se debían, en el fondo, a la firme creencia de que si ella no se hubiera casado, el torneo jamás habría tenido lugar y su padre seguiría vivo. Le dijeron que había muerto adormecido por la fiebre. Ocurrió en un caluroso 10 de julio. Ella no se lo perdonaría nunca.

VI

Las habladurías viajaban a más velocidad de lo que avanzaba la comitiva francesa entre la nieve. Durante todo el día siguiente, por Guadalajara circuló el rumor de que había sido visto el rey camuflado entre la gente que marchaba a la carrera con los preparativos de la boda que tendría lugar en las próximas horas. Decían que anduvo rondando por entre la nutrida comitiva, sin ser reconocido, para presenciar las recepciones de bienvenida que se le brindaban a la reina. Oculto bajo otra identidad, de ser cierto lo que se contaba, habría tenido ocasión de descubrir por sí mismo la belleza serena de la mujer que para él seguía siendo una desconocida. Habría podido observar las facciones italianas de su no más que esposa legal, de las que le llegaron noticias a través de quienes disfrutaron antes del privilegio de conocerla en Francia. De lo que nadie, lógicamente, le habló era del sentimiento de rencor que albergaba hacia su persona, de tanto como se negaba a aceptar el destino elegido para ella, y de tanto como se lamentaba de que en el tránsito hacia esa nueva vida se hubiera extinguido la de su padre.

María de la Cueva, la camarera mayor, sorprendió al *cuarteto principal* cuchicheando alrededor de la reina, contándole chismes acerca de si el rey era de esta manera o de la otra. Que si lo habían visto vistiendo una capa color oro, perfecta para su rango. Que si el sombrero portaba en un extremo un tocado muy masculino que denotaba su elegancia. Que si era tan alto que le podría hablar a la luna de tú a tú. «Y es rubio», aportó como dato de gran valor Ann de Montpensier, cogiéndose sus manos y haciendo una cabriola con un gesto voluntariamente ridículo, «pero de un rubio como la miel...», se quedó pensativa, «sí, seguro que el rey es dulce como la miel...».

—Sí, y pringoso también como la miel es vuestro comportamiento, madame —doña María se impuso en aquel jaleo. Su primer dardo fue directo a la prima de la reina—. ¿Vos sois la responsable de este barullo que no hace sino aturdir a nuestra majestad?

En un segundo, el bullicioso «gallinero» se volatilizó. Todas callaron al unísono. Quien más vergüenza sentía por la reprimenda no era Ann sino madame Vineux. Su edad y su carácter, más cercano al de la camarera, encajaron mal la dureza de tales palabras y se excusó en nombre de todas.

La condesa de Ureña les pidió que la dejaran a solas con Isabel para retirarse durante un rato a la tranquilidad de su dormitorio. Allí se disculpó humildemente por el tono, pero enseguida le hizo saber su desacuerdo con la conducta de sus damas francesas, sobre todo de las tres más jóvenes. La peor de todas, a su entender, era la prima. En pocos días le había dado tiempo de formarse una imagen, en nada positiva, de madame de Montpensier y de la evidente influencia que ejercía en la reina. Le

parecía una persona de carácter poco sólido, demasiado frívola y de inadecuadas maneras para el tratamiento en la corte. Su alegría de carácter podría venirle bien a Isabel, sin duda, para paliar su permanente estado de melancolía, pero no iba a permitir que fuera a costa de que metiera en su cabeza ideas equivocadas que no eran fruto de la razón. La estricta española vio claro que tendría doble trabajo porque, además de instruir a la reina, era necesario poner orden en aquel «corral» de damiselas francesas cargadas de ínfulas y tonterías palaciegas, cuyos comportamientos a veces resultaban intolerablemente infantiles, díscolos. En exceso alocados.

Así no se educa a una reina. Iba a tener mucho trabajo, sí.

Decidió utilizar un estudiado tono melifluido para dirigirse a la joven sin que ésta se sintiera tocada en su vulnerabilidad. Mientras hablaba, Isabel la escuchaba con la mirada puesta en el alto ventanal situado junto a la cama, atendiendo a las palabras de su camarera como quien soporta un sermón más que conocido.

—La juventud es de lo más efímero de la vida. Más, incluso, que la infancia. La juventud es un soplo que se lleva lo que falsamente consideramos los mejores años, cuando luego nos damos cuenta de que nada tiene más valor que la sabiduría que confiere el propio paso del tiempo que nos hace cumplir un año y otro. Ahora todo lo que estáis pasando os parece terrible. Lo sé...

Hizo una pausa que tuvo el efecto deseado, porque Isabel, por primera vez, la miró de frente olvidándose de las musarañas entre las que permanecía enredada sobrevolando las nubes que poblaban el cielo. María prosiguió:

—Pero todo esto pasará pronto, igual que pasa la juventud. Debéis pensar en la importancia del papel que os ha tocado representar en la Historia de un país como España. Ya sé... ya... pensáis que es un sitio extraño para vos, pero no imagináis lo poco que tardaréis en superar ese sentimiento. Sin apenas daros cuenta consideraréis éste como vuestro hogar, vuestra tierra, vuestra gente —Isabel agachó la cabeza, como si le pesaran las palabras que caían sobre ella—. No os preocupéis, contáis conmigo para conseguirlo. Y esta tristeza que os embarga irá mitigándose, poco a poco. Eso sí, nadie dice que sea un camino fácil el vuestro. Pero al final, la tristeza emigrará de vos a otro, como hacen las golondrinas en otoño, y acabaréis construyendo con placer vuestro nido con el rey. Es así como está escrito para larga vida vuestra. Toda la que tenéis aún por delante.

Y acto seguido, después de hacerle una genuflexión, salió con rapidez para no darle lugar a pregunta alguna. Sólo añadió antes de cerrar la puerta:

—Supongo que ahora querréis estar sola. Volveré para acostaros.

Esa noche no hubo más que silencio. En contra de su costumbre pero a solicitud de la camarera, las damas se retiraron temprano.

Isabel recordó con añoranza que su madre hizo lo mismo, quedarse a solas con

ella, el día en que se casó en Notre Dame. El comportamiento de su camarera resultaba tan maternal como el de Catalina de Médicis. Así, María de la Cueva la acompañó en solitario, sin ayuda, la noche antes de la segunda ceremonia nupcial. Esta vez ya en tierra española.

Lo sabía. Ni siquiera puede decirse que haya sido intuición. Lo vio noches atrás con sus propios ojos, de lejos, y ahora lo tiene delante. El bello se muestra despojado de cualquier intención de seguir jugando al disimulo. Claro que tampoco hay tiempo. Ha llegado la hora. El hombre enigmático de Roncesvalles, del que sólo acertó a ver la boca, tan característica y distinta a todas, con el labio inferior exagerado en su prominencia, se presenta ante ella como su esposo. No era, pues, un fantasma el que poblaba el aire del castillo del Cid, sino el mismísimo rey de España desplazado de un sitio a otro tras la estela de quien iba a convertirse en su nueva esposa.

Aunque les separan veinte años, su aspecto es el de un hombre joven y de buena complexión, por fortuna tocado por la gracia de la delgadez. Su piel es clara y azules sus ojos. El conjunto no es como lo había imaginado. Aunque su cara presenta la rareza de un triángulo invertido, no es del todo feo. Tampoco guapo, eso es cierto. Atractivo, así lo definiría si tuviera que hacerlo, lo cual no es un mal comienzo.

Pero no esperaba verlo tan escaso de pelo, ni tan rubio.

Las comisuras de los gruesos labios apuntando hacia abajo le imprimen cierto gesto de desagrado que cambia cuando le sonrío. Ahora lo está haciendo y a ella le provoca temblor en las piernas y un ligero sonrojo. Se apresura a hacerle la reverencia debida, y entonces, al intentar él detenerla con suavidad, la pose arrogante del hombre al que contempla se desmorona hasta desvanecerse. Retiene en su mano derecha la de Isabel, a la que se ha asido para evitar que ejecute del todo la pleitesía que iba a rendirle. Isabel intenta soltarse pero, lejos de consentirlo, él se lleva la mano a la boca para besarla mientras va acortando distancias con tal parsimonia que apenas se percibe el movimiento. Frente a frente, a esa escasa distancia física que media entre ambos, pero abocados al abismo que separa sus dos mundos, se comprueba que no hay prácticamente diferencia de altura entre ambos. Apenas un par de dedos en una estatura superior a la media. Se diría que es muy poco lo que los une.

Ambos deben confiar a partir de ahora en sus respectivas voluntades para caminar juntos por la larga senda que les aguarda. La voluntad de una parte está bien clara. La otra tendrá que avenirse y acompasar el ritmo. Porque ahora son ya el rey y la reina.

Los esponsales que bendecían definitivamente esta unión conyugal discurrieron tal y como estaba previsto, el 29 de enero de aquel año de 1560, tiempo de desoladores fríos e intensas nieves. Nada falló. La ceremonia, celebrada en la capilla del palacio del Infantado donde se alojaban desde el día anterior, fue solemne, fastuosa; no se había visto nada igual en suelo español en muchos años.

Conoció Isabel a la hermana menor del rey, doña Juana de Austria, a quien le cupo el honor de ejercer de madrina, junto al padrino don Íñigo López de Mendoza, dueño de una de las mayores fortunas de la época, que incluía el palacio en el que se encontraban. Los Mendoza, antigua y poderosa familia de gran influencia política, destacaban por su pacífico carácter. De mucho tiempo atrás, era sonada su rivalidad con otra significada familia: la de los Álvarez de Toledo, tan belicosos como ansiosos de poder.

El principal miembro de esta última estaba también presente: el tercer duque de Alba, posiblemente el hombre de más peso en el entorno del rey, con cuyo padre, el emperador Carlos V, había comenzado una carrera militar que atesoró grandes y sonadas hazañas, como vencer a los protestantes alemanes en la batalla de Mühlberg o, siendo virrey de Nápoles ya con Felipe, invadir los Estados Pontificios.

Al verlo, no pudo evitar Isabel que se le revolviera algo por dentro. Eran recuerdos que hubiera preferido no tener. La rabia. La impotencia. La humillación de la niña ante cuyos ojos aquel ser que le resultaba abyecto tomó posesión del tálamo en representación de su esposo pareciendo refocilarse con la escena. Creyó, y lo creería siempre, que aquello no había sido necesario, por más respeto a la tradición que viniera a simbolizar.

Juana, por el contrario, le agradó. Parecía ser persona afable y en el momento de hacer las presentaciones le había dedicado una sonrisa tan hermosa que consiguió, inesperadamente, tranquilizar su ánimo.

La capilla rebosaba de camelias blancas cultivadas para ese día durante meses, lejos de las heladas tierras castellanas. Era una costosa flor de origen asiático, exótica y muy preciada, que estaba solamente al alcance de los más acaudalados. Acababa de introducirse en Occidente traída por navegantes europeos que traficaban con Oriente. Isabel entendió que todo aquel fantástico despliegue se debía en buena parte a Juana y supo apreciarlo.

Ya avanzada la larga ceremonia comenzó a sentir un cansancio que amenazaba con vencerle. Deseaba que todo aquello terminase de una vez. Al otorgarles la bendición el cardenal arzobispo de Burgos, don Francisco de Mendoza, conocido como cardenal Mendoza, el pulso de Isabel se desbocó. Algo que no identificaba la recorrió por dentro. La mano de Felipe, que sintió caliente como el tacto de la lana en invierno, apretó suavemente la suya, consiguiendo conmoverla y haciéndola sentirse menos sola.

Quién sabe. Tal vez sí consiguiera amar algún día a ese hombre.
Algún día.

Durante cuatro jornadas completas se prolongaron las celebraciones, en las que corrió el vino en abundancia, sobró la comida a todas horas y los más exquisitos manjares poblaron largas mesas ornamentadas con gigantescos centros florales, sobre un permanente fondo de espectáculos y exhibiciones. No faltó una justa, a la que Isabel, como era de esperar, se negó a asistir. Hubiera sido una delicadeza con ella que se anulara, pensó, en memoria de su padre. Pero ya a esas alturas no consideraba el carácter español muy dado a ese tipo de miramientos. Sí estuvo presente en una importante cacería, y presidió, junto a su esposo, una corrida de toros muy jaleada por el público. Nunca antes había tenido ocasión de contemplar lo que le pareció un ceremonial de muerte, brutal y sangriento.

Cuatro días más tarde tuvo lugar la misa de velaciones, el rito mediante el que se otorgaba gran solemnidad a la boda recién celebrada. Siguiendo la vieja costumbre, los novios estuvieron cubiertos por el mismo velo blanco y calado que los unía, aislándolos en un minúsculo universo destinado a simbolizar su intimidad.

Y la intimidad tardó poco. Tenía que llegar. Aunque era temida por Isabel. Todos los actos y rituales se estaban espaciando en el tiempo seguramente para prolongar la dicha de la nueva condición de los esposos. No se le ocurrió, sin embargo, que superado el penoso episodio de la ficticia cámara nupcial vivido en París, tuviese aquí también un carácter ceremonial el momento en que ambos se quedaran en la intimidad, en una misma estancia. Y vaya si lo fue.

Madame de Clermont no estaba dispuesta a que se prescindiese de la costumbre francesa de bendecir el tálamo nupcial; costumbre que, por cierto, no contemplaba el protocolo cortesano español. Por eso sorprendieron las carreras de los franceses para intentar hacer algo cuando era ya demasiado tarde, dado que la pareja se encontraba a solas dentro de la cámara nupcial. A quien le correspondía hacerlo, el cardenal Mendoza, estaba derrumbado en su cama desde hacía rato, velando los aromas del sueño inducido por el exceso de vino. Madame de Clermont, poco dispuesta a darse por vencida, persiguió al obispo de Pamplona para que lo sustituyera en la bendición. Pero éste opuso resistencia, hizo falta emplear mucha paciencia en varios intentos para convencerle hasta que finalmente claudicó y, a regañadientes, se acercó hasta los aposentos donde se suponía que yacía la real pareja. Al toparse con la puerta cerrada, las imprecaciones del obispo se oyeron por todos los rincones del palacio y la situación no tardó en alcanzar grados de gran comicidad.

Para entonces, un grupo de gente cada vez más numeroso se agolpaba detrás del obispo y de la condesa francesa, a la que madame Vineux recriminaba el querer llevar al extremo tan absurda situación. Si los recién casados habían entrado ya, no cabía

duda de que era tarde, y estaban más que bendecidos con todo lo que llevaban celebrado hasta el momento. Madame de Montpensier se lo estaba pasando en grande y aprovechó para seguir de charla con unos caballeros españoles de muy buena planta que habían acudido guiados por el barullo.

«¡Sssshhh...!» El obispo los mandó callar a todos muy irritado. El ruido podría perturbar la paz de los esposos que se estaban conociendo íntimamente. «¡Qué poca consideración!». Procedió a la consagración del acto, cometiendo la torpeza de golpear sin querer la puerta al acercarse demasiado a ella para rociarla de agua bendita. «¡Sssshhh...!!», le devolvió entonces todo el alegre grupo en tono de abierta burla, para inmediatamente disolverse siguiendo las órdenes de la camarera mayor que acababa de llegar y no podía creerse lo que estaba viendo.

El obispo, con movimientos algo torpes debido al peso arrastrado de sus piernas, regresó renegando a su habitación para volverse a dormir, si es que podía después de tanto trasiego. Qué raros estos franceses, fue su último pensamiento antes de apagar la vela.

Lo que ocurría al otro lado de la puerta bendecida era un misterio, incluso para los protagonistas del momento. Isabel, paralizada por el miedo, se dejaba escrutar por la mirada del rey, que permanecía de pie sintiéndose cerca y lejos, al mismo tiempo, de la muchacha apetecible y asustadiza a quien habían convertido en su esposa. Repasó con la mirada sus perfectos hombros y sus brazos, largos, estilizados, para deslizarse luego por el busto hacia la cintura, estrecha, y el vientre alisado por la juventud temprana de la novia. De haber estado desnuda no habría sido muy diferente su forma de mirarla. Las espléndidas caderas le ayudaron a alzar el libre vuelo de la imaginación pensando en los gratos momentos que le aguardaban en el centro custodiado por ellas. El tesoro reservado sólo para él.

Se habían despertado sus ganas de probarlo.

A pesar de ser su tercer matrimonio, el omnipotente rey de los españoles tuvo por primera vez la certeza de que desposar y amar podrían ser compatibles en un monarca. En pocas ocasiones se había sentido simplemente hombre. Por supuesto nunca con una esposa. Hombre ante una hembra. La suya. Era un círculo cuyo fin se alimentaba del inicio. El sentido de la posesión permitido por su condición masculina, al margen de que fuera rey o plebeyo, le hacía sentirse aún más hombre, a pesar de que la mirada de su esposa no era precisamente de deseo. Pero eso importaba poco. Acababa de descubrir un mundo que se abría ante él como un derecho natural conquistado contra cualquier pronóstico. Nadie estaría dispuesto a renunciar a algo así.

Ella, en cambio, veía cada vez más claro que la Historia la tenía atrapada en esa alcoba nupcial; recluida en un lugar codiciado por muchas otras mujeres de cualquier

lugar del mundo. Pero no por ella. No haber tenido derecho a elegir era lo que anulaba la mínima posibilidad de contentarse con su destino, aun sabiendo que desde ese mismo momento de intimidad, ausente e impuesta, que estaba viviendo comenzaba el ejercicio de intentar amar al desconocido que avanzaba hacia ella.

No parecía que nada pudiera detenerlo.

Se echó a temblar.

SEGUNDA PARTE

La nostalgia

VII

Toledo, 12 de febrero de 1560

La belleza de un lugar a veces no es más que un estado de ánimo. No así la de una joya. Hay alhajas que poseen la facultad de generar por sí mismas una actitud proclive al alborozo o, por el contrario, a la tristeza, encerrando en cualquiera de los casos la verdadera esencia de lo bello.

Cuando se trata de un diamante, la naturaleza es generosa en esplendor. El rey de España quiso serlo con su nueva esposa y siguió el consejo de buscarlo para ella. Tenía que ser el mejor. Arduas indagaciones le condujeron hasta la persona que podría proporcionárselo: Carlo Affetato, un comerciante flamenco que pasaba largas temporadas en Madrid. Ocho mil coronas fue el precio que pagó, y más que le hubieran pedido.

Dicen los expertos que cada cara de un diamante tiene una dureza distinta; eso es lo que les hace ser considerados los mejores, los más preciados, en el reino de las gemas naturales. Son los reyes de la tierra. Como Felipe II lo era en aquel siglo de conquistas. Un diamante se convertía, pues, en el estandarte personal que remataba su imagen de hombre poderoso. El complemento perfecto y necesario llegado a su vida de la mano de la joven francesa. Para ella lo compró.

Faltaba un detalle. Tenían que pulirlo a su antojo para conseguir un diamante a su medida, distinto a cualquier otro que hubiera existido antes. Fue así como en el mismo Madrid mandó llamar al maestro Jacome da Trezzo, joyero y lapidario del rey para que lo tallara con una insólita forma cuadrada. Después, al maestro, dándole mil vueltas a la petición real de lograr una pieza absolutamente distinta a las demás, se le ocurrió adherirle una finísima capa metálica a la base para colorearlo sutilmente en un tono acerado que resaltaba cuando la luz incidía en un ángulo del diamante. Ese color, junto con su calidad y su pureza, más que el tamaño, era lo que aumentaba el valor de la joya convirtiéndola en única en su género. Igualmente, su perfil cuadrado no tenía comparación con ninguna otra piedra preciosa que se conociera.

Su nombre, de la misma manera que su naturaleza, lo distinguía como algo inédito: *El Estanque*. Sonido de aguamarina en los labios al pronunciarlo. Imagen con límites definidos que encierran el cuadrado de su forma, en busca de un cuerpo también único sobre el que reposar. Sólo así puede exhibirse y ayudar a alcanzar la gloria al elegido.

No es de extrañar que cuando Isabel de Valois hizo su entrada solemne en Toledo por la famosa Puerta Nueva de Bisagra —principal acceso de la ciudad— a lomos de una impresionante yegua de raza árabe escogida de los establos reales por su

mansedumbre y con *El Estanque* colgado del cuello causara tal expectación que el murmullo levantado entre la gente se confundió con los aplausos, formando un estruendo que, de puro susto, a punto estuvo de provocar un incidente entre los caballos del séquito.

Isabel consideró oportuno detenerse a contemplar la sillería de la puerta de origen musulmán. A lomos de, su montura, de crin tan blanca como la nieve que la perseguía desde que entró en España, se paró bajo el arco central, en forma de doble herradura y más ancho y alto que los dos que lo flanqueaban. Fantasiosa e impresionada por la extraña construcción, se sentía como una princesa mora de las que por allí habrían transitado en lejanos y dorados siglos. Más adelante, cuando empezara a interesarse por la historia de la ciudad milenaria en la que habían convivido durante siglos cristianos, árabes y judíos, le contarían que la puerta había sido erigida como digno arco triunfal de entrada a Toledo, por orden de su suegro, el emperador Carlos V, poco más de diez años antes.

Ya en el interior de la ciudad, la esperaba un gran gentío. Nunca había visto nada igual. El pueblo le brindó una bienvenida enfervorizada que le llenó de emoción. Las mujeres blandían al viento pañuelos blancos, mientras que los hombres se desgañitaban con vítores a su nueva soberana, y desde el alcázar se lanzaban salvas que rasgaban el frío del cielo castellano. Era inimaginable para ella lo que estaba viviendo. Tan inimaginable que hasta entonces no había creído posible que pudiera sentirse reina, al menos no tan pronto. Pero por fin ocurrió por obra y milagro de los centenares de personas que esperaban con ansia su llegada para aclamarla como merecía. Incluso niños pequeños había entre la multitud, bien abrigados con pieles de borrego porque el frío, como la muerte, no perdona edad ni condición.

Isabel se erguía majestuosa. Lucía *El Estanque* engarzado en el rico joyel de los Austrias de cuyo extremo pendía otra joya también sin parangón en ningún lugar de la tierra: *La Peregrina*, la perla en forma de pera traída desde Panamá, que tuvo ocasión de lucir en su boda en París.

El diamante sobre el pecho de la soberana potenciaba su imagen. Camino del alcázar, lo exhibía con gracia, orgullosa y sonriente. Segura de sí misma. Como se espera de una reina.

En Francia había sido bien instruida sobre el país que iba a ser su nueva residencia. Conocía de Toledo su origen romano, que testimoniaban las murallas que encerraban la villa a cal y canto, protegida además por el río Tajo que la circunda. A primera vista, no le pareció fea, pero sí sombría. Una ciudad triste debido al color ceniza de sus estrechos pasajes y de las fachadas de los edificios. Triste y castigada por el frío que pronto comprobaría que no era pasajero.

La fiesta callejera tenía su réplica entre las paredes de su nuevo hogar: el alcázar,

situado muy cerca de la Puerta de Bisagra y alzado sobre un cerro desde el que se divisaba toda la ciudad. Un enorme edificio regio, de líneas austeras y planta cuadrada con torres en sus esquinas. Le pareció una construcción tan grandilocuente como temía que lo fuera la misma corte.

Gran parte de la comitiva francesa andaba desconcertada, precisamente por el acentuado contraste entre la simpatía popular y la severidad que flotaba en el ambiente de la ciudad.

El recorrido era tan corto que tardaron poco en llegar al alcázar. En su interior, el mundo parecía otro. Los fuegos de las chimeneas crepitaban al máximo, creando en el ambiente una calidez que Isabel se esforzó en agradecer.

Al despojarse de la pesada capa que la abrigaba, sonrió aliviada. *El Estanque* emergió en su pecho con mayor majestuosidad, dejando atónitos a quienes tenían el privilegio de contemplarlo de cerca. La sensación aumentaba debido a la riqueza de los tejidos de sus ropajes, en oro y damasco, con ribetes que emitían destellos brillantes al moverse, lo que unido a su juventud la convirtieron rápidamente en una imagen venerada. La espléndida impresión que causó se extendió como la pólvora, con gran satisfacción de su esposo.

La misma que sentía la camarera mayor, situada siempre en un discreto segundo plano desde el que resultaba más fácil observar las reacciones suscitadas ante el paso de la reina y disfrutaba al comprobar el perfecto desarrollo de los acontecimientos.

La recepción resultó grata, a pesar del cansancio de Isabel que, no obstante, se iba animando. El desfile de hombres y mujeres, nobles y sirvientes, que se presentaban ante ella reverenciándola resultó interminable. Estaba agotada cuando llegó el plato principal.

El peor descubrimiento es el que aboca en decepción. Cómo imaginar que lo que tanto dolor le había causado, no lo merecía en absoluto.

Y es que de repente, el cuadro que le fue enviado a París de quien entonces era su novio en la distancia, aquel por el que se había sentido atraída físicamente y resignada ante un destino que no le pareció entonces tan malo, aquella imagen retratada en una pintura cobraba vida ante ella. Pero una vida maldita y terrorífica, surgida del peor de los infiernos para quien era poco más que una niña.

Un joven patiocorto y de cuerpo contrahecho le fue presentado como el príncipe don Carlos, el hijo del rey, a quien ella estuvo destinada como esposa en un principio. Sus ojos no dieron crédito a la visión de ese ser que no hizo más que empeorar cuando arrancó a hablar para darle la bienvenida. Su afilada voz sonaba cascada y además, tartamudeaba.

La proximidad física de quien había pasado de ser efímero novio a hijastro, le produjo cierta repulsión, y se acordó de cuánto lamentó en su momento que sus padres cambiaran de decisión respecto al matrimonio. Entonces creyó que jamás

podría perdonarles que la acabaran casando con el padre en lugar de hacerlo con el hijo. Ahora, sin embargo, sabía que no iba a tener suficientes días de vida para alegrarse de que aquello ocurriera y se evitara, así, que se hubiera perpetrado una terrible unión con un monstruo. Iba a estar eternamente agradecida a sus padres.

El impacto sufrido le hizo ver el mundo con otros ojos y descubrir relieves y perfiles inusitados en la figura de Felipe. No le pareció tan mal, claro, en comparación... Su pensamiento voló hasta llegar a considerar con crueldad que la vida de don Carlos valía la pena sólo por el mero hecho de que gracias a su malogrado físico y a su mermada condición mental ella considerara al rey de España como una opción buena de futuro. La muchacha pensó que esa razón «venía a disculpar» su misma existencia.

Su talante fue mejorando y, así, valoró muy positivamente a los acompañantes del príncipe, a quienes correspondía luego el turno de presentación. El segundo era el italiano Alejandro Farnesio, vástago de la hermana del rey, Margarita de Parma, más serio que el tercero, don Juan de Austria, hijo natural del emperador y hermano de padre, por tanto, del rey y tío de los dos jóvenes, aunque era de su misma edad. Don Juan, solamente un año más joven que Isabel, al igual que don Carlos, era bien parecido. Diríase francamente muy agraciado por la naturaleza. Su carácter extrovertido la abrumó y ya en aquellos iniciales momentos se dio cuenta de la soltura de maneras que iba a tener en el trato con ella aquel muchacho, hermano bastardo de Felipe.

Madame de Montpensier fue rápida en poner su ojo en la hechura y la personalidad del joven don Juan, que se mostraban transparentes como el cristal.

Vanos intentos de coqueteo. Cuando la dama francesa daba los primeros pasos encaminados a iniciar un sutil ritual de seducción, él ya estaba irremisiblemente inmerso en una primaria atracción hacia su cuñada, haciendo gala, una vez más, de su proverbial carácter temerario del que tanto abominaba Felipe. Y es que el rey y su hermano eran más opuestos que el sol y la luna en el universo. La templanza del primero era contestada por el descaro y el temperamento impetuoso del segundo, lo que les mantenía en una permanente confrontación que no pasaba nunca de meras discusiones ya que era notorio el amor fraternal que se tenían.

Don Juan acaparó gran parte del poco tiempo que le quedó a Isabel para charlar de forma distendida con los invitados y relajarse mientras se extinguían las horas finales de una jornada fijada de manera indeleble en su biografía, y empezó a sentir que tal vez también en su corazón.

En el segundo día en palacio, Isabel despertó como de un letargo. Lo primero que hizo fue sacudirse de encima la somnolencia y dejar que pequeñas dosis de buen humor impregnaran el interior de su cuerpo hasta conseguir apoderarse de su mente.

El pensamiento transmutándose.

La vida vista desde el otro lado.

Aunque el muro aún no estaba del todo derribado.

Iba a ser la primera vez que abandonara su alcoba para mostrarse en público. La noche la había pasado inquieta, dando vueltas intermitentes en su cabeza a la ropa que vestiría. ¿Y el peinado? Pensó, también, en el maquillaje y en las joyas. Para ella era casi un juego que le remitía a las mañanas de su infancia en las que disfrutaba eligiendo sus vestidos y tocados, de vivos colores siempre, con la complicidad de su aya. Era una niña malcriada, bromeaba siempre su padre. Una niña feliz y vivaracha.

Finalmente decidió tener un gesto de naturalidad presentándose como se consideraba más favorecida. Lo había hecho otras muchas veces en su residencia del Hotel des Tournelles y todos habían quedado impresionados por la longitud, el espesor y el brillo de una cabellera de la que estaba justamente orgullosa. El pelo suelto, recién cepillado, la hacía aparecer esplendorosa.

Pero al ir a pedírselo a las damas españolas que la atendían, éstas se escandalizaron. ¿Cómo osaba una reina presentarse ante el rey y la corte dejando libres sus cabellos? De ninguna manera participarían en algo así, que les podría costar el puesto. Una fuerte discusión se desencadenó entre las damas españolas y las francesas, con la prima de la reina, Ann, al frente, absolutamente decidida a apoyar a su señora en su voluntad de mostrarse como quisiera.

No era la primera controversia entre ellas, ni iba a ser la última. De lo que se trataba, afirmaba Ann, era de que la reina estuviera lo más hermosa posible en su primera aparición pública en la corte. Fue necesaria finalmente la inapelable intervención de la camarera mayor para que se impusiera la idea de que Isabel debía comportarse según las normas establecidas para la reina de España. Unas normas que no se acababan de inventar. El respeto a la tradición era condición indispensable para el buen ejercicio de sus responsabilidades y atañía también a su indumentaria. De paso, la camarera mayor le dejaba bien claro a madame de Montpensier quién era la que mandaba allí.

Inútil. La reina se tomó aquel «desajuste» entre las costumbres de un país y de otro como si fuera una válvula de escape. Una oportunidad de hacer uso de su derecho individual a tomar, por fin, decisiones por sí misma. Además, pensaba que el asunto no tenía tanta importancia como se le estaba dando. Ése fue su primer gran error.

Salió decidida de sus aposentos levantándose la parte delantera de la saya con ambas manos para caminar más deprisa y con un reguero de damas tras ella, unas alentándola y otras insistiendo a voz en grito en que no lo hiciera. Sólo la camarera mayor permaneció en la habitación. Se sentó a esperar pacientemente lo que sabía que pasaría. Era cuestión de minutos.

Cuando Isabel de Valois irrumpió en el gran salón central donde se la aguardaba para la recepción que completaba la del día anterior, en la que iba a seguir conociendo a sus súbditos más directos, el aire se comprimó dejando a todos sin habla. La niña; la infanta; la chiquilla llegada de París iba a dar sus primeros pasos como reina de un imperio. Caminaba erguida, intentado esbozar una sonrisa a diestro y siniestro mientras avanzaba sin titubeos hacia donde el rey la esperaba. Lucía un vestido de color púrpura con puños y lechuguilla del cuello en tonos dorados que resaltaban el esplendor del pelo.

Nadie decía nada. En el ambiente se mezclaban la expectación ante la extraordinaria melena oscura que caía por la espalda de Isabel con exquisita y natural elegancia, y el temor a la reacción del monarca ante el atrevimiento de que la reina acudiera a un acto público sin recogerse el cabello antes, como haría cualquier dama de la nobleza, más aún si se trataba de la mismísima soberana.

Finalizado el recorrido, ejecutó la reverencia debida al rey y preguntó a su ayudante por quién empezaban las presentaciones. Algo iba mal y lo sabía. Estaba advertida por su camarera. El gesto del monarca era de una severidad extrema. A duras penas Isabel se sobrepuso. En vista de que Felipe no abría la boca, el ayudante optó por seguir la indicación de la reina y llamó con un chasquido de dedos a un grupo de hombres que esperaban en fila el aviso para pasar a presentarle sus respetos. Eran los que habían sido seleccionados como personal de servicio para incorporarse a la Casa de la Reina.

La manifiesta tensión reinante tenía atemorizados a algunos de ellos, pero no al primero de la fila. Sin voluntad por su parte, éste protagonizó un nimio incidente que no se habría producido de no ser por la rigidez de las costumbres en la corte española que no admitía la menor salida del protocolo, por insignificante que fuera y aunque se expresara bajo la forma más educada, como era el caso.

El joven, uno de los ayudas de guardajoyas, tras ser presentado en su cargo, respondió al saludo de su majestad con voz suave y en los siguientes términos:

—Constato felizmente que no exageraban quienes han hablado del color hermoso de vuestros cabellos y de la belleza de los mismos.

En realidad, antes que él otros se habían dirigido a la reina el día anterior, recién llegada a Toledo, para hacerle algún comentario grato. Sin embargo, tenían más alto rango que el de un simple ayudante de lo que fuera.

Isabel, ligeramente turbada, no pudo evitar desviar su mirada al suelo para inmediatamente recuperar la pose erguida.

No tardó Cristóbal de Oviedo, el guardajoyas y superior jerárquico del muchacho, en afear el atrevimiento, pero para entonces no importaba demasiado, dedicados como estaban todos en criticar en voz baja el insolente gesto de la reina que

aguantaba como podía el temporal desatado, aunque ella misma se había colocado en esa difícil posición. No creyó que el asunto llegara tan lejos como para que el rey, en público, la conminara a retirarse a sus aposentos «a fin de adecentarse». —Esto era, recogerse el cabello como era debido, en un moño alto. Así, con los que a ella le parecieron rudos modales y en presencia de todos, se lo dijo.

Aunque el paso del tiempo pareció haber quedado suspendido, todo estaba ocurriendo con rapidez.

Isabel se sintió humillada. Salió huyendo sin replicar, pero antes tuvo que soltarse de la mano del ayuda de guardajoyas que seguía sosteniendo la suya después de haberla besado formalmente. Por fin lo consiguió, la pequeña mano de la reina se liberó como un guante de seda que resbalara entre los fuertes dedos masculinos.

A pesar de que el sentimiento de la ofensa recibida la embargaba por completo, regresó a su cámara pensando en que un halago como el que le había hecho aquel joven denotaba en él un exquisito amor por la belleza más allá de lo que se espera en una primera impresión general que se reciba de una persona recién conocida. O bien, podía hablar también de un carácter osado, dado lo inoportuno del momento elegido para hacerlo.

En su carrera a lo largo de interminables corredores fue dejando por el camino rabia e impotencia comprimidas en las lágrimas que su vergüenza derramaba.

Se encontró de frente con la mirada de su camarera al llegar al dormitorio. Seguía sentada en el mismo lugar. Sin mover un músculo, la estuvo aguardando sabiendo que la espera iba a ser corta, como así fue.

Haciendo gala de su orgullo, Isabel se tragó las lágrimas antes de entrar y dirigirse, con los hombros caídos, hacia la cama para sentarse en el borde.

—Os ha pasado por ser tan joven. Pero ya os dije que se cura con el tiempo y la experiencia —doña María hablaba pausadamente—. Vamos... venid, que os arregle ese pelo.

Y empezó a cepillarle el cabello, de arriba a abajo, una pasada y después otra, sin hincar demasiado las púas del cepillo, con mimo. Como tantas veces hiciera su madre...

Una vez superado el choque de ver semejante muestra de impertinencia en su corte, el rey reparó en que jamás había conocido a un ser tan bello como su esposa. Aunque la realidad no era exactamente como él la percibía, comparada con el canon de belleza de la época, Isabel ganaba en muchos puntos. Sin ser guapa, la armonía de su cuerpo y su rostro la hacían parecer verdaderamente hermosa. Un encanto con un poso mediterráneo que resultaba grato de contemplar. Los labios bien perfilados, la nariz

levemente respingona, como si quisiera lanzarse a decir algo en cualquier momento, y unas cejas perfectamente arqueadas.

Lo mejor de todo: la majestuosa melena oscura, tan negra como el color de sus ojos, que Felipe no había tenido ocasión de ver en toda su plenitud, ni siquiera en la intimidad, hasta este fatídico momento.

Le pareció, ese día en que no estuvo satisfecho de su comportamiento como esposo pero sí como rey, una criatura excelsa. En el fondo lamentó que algo así hubiera ocurrido, pero de haberlo tolerado quién sabe lo que le hubiera restado de autoridad ante los ojos de sus súbditos. Su imperio era inmenso, como enorme su mando, y tenía que empezar por demostrarlo en su propia casa.

VIII

Las esquinas de Toledo guardan algunos de los valiosos secretos que atesora el pozo del saber popular. Ahí duermen tranquilos, acunados por el rumor de voces que interpretan de mil maneras distintas unos hechos de dudosa realidad que yacen como sustratos en las profundidades de la corteza del alma colectiva.

Respirando la atmósfera de esta ciudad, pronto las leyendas invadieron el espíritu reacio de la reina. Los elevados humos de su rebeldía se rebajaron al entregarse a las historias entreveradas de irrealidad que, desde los barrios más humildes en los que tenían su origen, se extendían hasta las altas cotas del alcázar.

Tenía ella otro pozo; éste en su corazón, que a veces se llenaba de melancolía y otras se secaba por efecto de la soledad. No hay suficiente agua en todos los océanos para humedecer un sentimiento desecado. El rey, a quien ya entonces llamaban *El Prudente*, estaba dispuesto a poner todo de su parte para hacerle la existencia más fácil a la joven francesita y empezar, sin prisa, a rellenar de vida las oquedades en las que se enganchaba su mirada en los reiterados momentos en que desconectaba del mundo real. Le pasaba demasiado a menudo. Era un fastidio para todos, en especial, sin duda, para el rey. Él, y nadie más, podía conseguir un cambio en el carácter de Isabel. Tan convencido estaba que era el único que podría hacerlo, como de que necesitaba ayuda, y quien mejor se la iba a proporcionar era la mujer elegida para el cargo de más responsabilidad en la Casa de la Reina. Felipe pensó que la ayuda incuestionable la encontraría en la camarera mayor. Había sido una decisión acertada elegir a la viuda del conde de Ureña, mujer prudente y razonable tocada por el don de la paciencia, para domesticar a un potrillo que se creía lastimado por el dardo afilado del destino.

Hacía sólo año y medio que María de la Cueva había enviudado de Juan Téllez Girón, cuarto conde de Ureña. Un hombre culto y refinado, estudioso de letras, artes liberales, música y pintura; un extraordinario legado que intentó inculcar a sus cinco hijas. La condesa abandonó Osuna, su villa natal, rumbo a la corte acompañada de una de ellas, Magdalena Girón, muchacha de una desbordante belleza que no tardó en hacerle ganar en palacio el apelativo de *La Bella*.

Existían suficientes elementos como para que ella y su camarera mayor se entendieran bien. Pese a su juventud, Isabel también poseía un refinamiento intelectual poco frecuente entre las nobles españolas. Le unía a los Téllez Girón su gran pasión por las artes en general, habiendo heredado de su madre el gusto por la música, para la que demostraba estar capacitada, y una inclinación por las letras que, sin embargo, no pasaba de ser un mero divertimento sin pretensiones; y si no tenía

buena mano para la escritura, su formación literaria, en cambio, era más que aceptable.

Sentía curiosidad por lo que había tenido ocasión de conocer de Toledo, que era poco. Disfrutaba haciéndole preguntas a su camarera referidas al lugar donde tenía que vivir hasta no se sabía cuándo. Su interés iba desde detalles arquitectónicos en los que no era fácil fijarse, hasta los hábitos cotidianos de la ciudad. Era como si estuviese despertando a la vida. Se rendía a la realidad a la que por fin prestaba atención. «¿Qué tipo de arcos son los de la Puerta de Bisagra?, nunca había visto nada parecido en Francia», preguntó a María en una ocasión en que estaban presentes las cuatro damas francesas del *cuarteto principal*. «Esos arcos los hicieron los árabes», le respondió. «¿Los moros...?», se extrañó ella. «Sí, Toledo estuvo en manos de los musulmanes durante tres siglos, así que la herencia es rica, ya os iréis dando cuenta».

Isabel quedó entre sorprendida y fascinada por vivir en una ciudad con tan importante legado árabe. Había oído hablar del choque de culturas entre cristianos y musulmanes, pero tampoco conocía demasiado de esa parte de la Historia.

—¿Sabéis cuál es la mejor vista de toda la ciudad? —preguntó María despertando su curiosidad—. La que se tiene desde la Peña del Rey Moro.

—¿Así se llama?

—Así es como aquí se la conoce.

Su imaginación se apresuraba a dispararse. «¿Y por qué?», quiso saber. Y María, que podía presumir de su buena expresión oral con la que cualquiera se quedaría embelesado, empezó a tirar del hilo de la historia engarzando las palabras en la ascendente curiosidad de la reina.

—Dice la tradición que bajo la claridad de las noches de luna llena se vislumbra la sombra del espíritu del príncipe Abul-Walid que sale de su tumba para contemplar los jardines y callejuelas por donde cada anochecer paseaba con su amada. Corría el año 1083. Toledo, reino entonces del musulmán Yahia Alkadir, nieto de un importante califa, Al Mamum creo que se llamaba, soportaba el cerco cristiano capitaneado por el rey Alfonso VI, quien había ordenado arrasar los campos circundantes para matar de hambre a la población y conseguir su rendición. Los reyes del norte de África brindaron su ayuda, enviando como avanzadilla a un mensajero para que comprobara la situación. Fue así como llegó a Toledo el príncipe Abul-Walid, prendado al instante de los encantos de la bella hermana de Yahia. Sobeyha le enseñó los más hermosos rincones de la ciudad, los miradores, los olorosos jardines. Pero nada era comparable para Abul a la dicha de tener a su lado a la joven. La noche antes de la partida del príncipe se juraron amor para toda la vida. Él prometió que regresaría para quedarse. Ella le esperaría. Sin embargo, los acontecimientos cambiaron el curso de esta historia. El rey cristiano se hizo finalmente con la ciudad

antes de que Abul regresara con refuerzos. Yahia tuvo que huir con el enorme dolor de no poder llevar consigo a su hermana, muy enferma, que murió de pena al ver que su amado no llegaba. Cuando el poderoso ejército sarraceno apareció por fin, ya era tarde.

Comprobando el efecto casi hipnótico que su narración estaba teniendo en la reina y en sus damas, la camarera moduló su voz de forma más intencionada, dándole un tono pleno de misterio y tensión.

—Acamparon a las afueras de Toledo para estudiar la mejor ofensiva destinada a reconquistarla. Todas las noches, encaramado a la peña más alta, se veía a Abul-Walid contemplar en silencio la ciudad de su antigua ventura, por la que había callejeado de la mano de la joven Sobeyha. En el interior de la urbe asediada se extendió el temor de que en cualquier momento los musulmanes atacarían, por lo que Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid, que se encontraba allí, se adelantó a las intenciones enemigas, y una noche, de forma inesperada, atravesó las murallas de Toledo para reducir a los moros.

—¿Habéis dicho el Cid? —la reina interrumpió la narración, causando gran fastidio entre sus damas que, por supuesto, nada dijeron.

Isabel recordaba perfectamente la noche que pasó entre los muros del castillo del Cid, en Jadraque, justo antes de su boda. En aquel lugar había sentido muchísimo frío y, por primera vez, el alma de Castilla. Cómo olvidarlo.

Pidió que prosiguiera el relato.

—A la mañana siguiente hallaron al príncipe con el corazón atravesado por una flecha. El Cid fue benévolo y dejó que antes de marcharse en rendición los musulmanes lo enterraran bajo aquellos peñascos, concediéndole la posibilidad de una vida eterna no lejos de su amada. Los toledanos afirman que todavía hoy sigue viéndose la figura de Abul contemplando desde las altas peñas la ciudad en la que vivió feliz junto a aquella mujer que murió de pena por él. Pero para conseguirlo os habréis de fijar bien, ayudándoos por la claridad de la luna.

La condesa hizo una pausa necesaria antes de concluir dirigiéndose a la reina con determinación:

—El rey es bueno, majestad. No atraveséis su corazón despreciando su amor como lo hacéis. Dadle, al menos, la oportunidad de conocerlo más. Podéis ser muy feliz aquí en Toledo.

Entonces, la reina le pidió que le acompañara a dar un paseo a caballo hasta la Peña del Rey Moro. Quería verla de cerca. Divisar la ciudad desde lo más alto de los restos varados de una remota historia de amor.

Hasta ahora le atraía más lo que le contaban de Toledo que la propia ciudad en sí. Tenía que concederse a sí misma más tiempo, porque puede que tras las fachadas grises latiera una capital imperial dispuesta a abrirse a su indomable juventud.

Una ciudad cargada de historias heroicas y de amores no correspondidos que dormitan eternamente encerrados en las esquinas de estrechas y tortuosas calles.

Con el paso del tiempo y a pesar de los lentos progresos que comprobaba en su relación con Isabel, el rey se mostraba optimista. Bien es cierto que la actitud de ella había cambiado. La joven asustadiza que cruzó los Pirineos con el corazón destrozado por la desolación parecía quedar mucho más lejos de lo que en realidad era, gracias a su cambio paulatino de humor. No cabía esperar una total transformación pero sí que al menos la reina comprendiera la razón de su matrimonio y lo aceptara de buen grado, borrando de su rostro la permanente expresión de disgusto que no era buena para nadie. «¿Quién quiere ver a su reina triste o enfadada? ¿Qué pueblo acepta a una soberana descontenta con la responsabilidad de regir sus designios?», reflexionaba junto a ella su camarera. Era necesario que Isabel empezara a cambiar, y así lo fue entendiendo ella, quejosa porque consideraba que todos tenían derecho a exigirle y a suponerle un comportamiento acorde con los principios y costumbres establecidas, incluso en contra de los suyos propios, como en el caso del cabello suelto... pero a ella nadie la comprendía. No era pedir demasiado. Esperaba de los demás el pequeño esfuerzo de entender su juventud y orígenes. La corte española no se contaba entre las más alegres del mundo. Y no era sólo por la rigidez de las normativas y los rituales de su estricto protocolo, sino que incluso los colores dominantes reforzaban la severidad de las costumbres. Del blanco sucio de la nieve de Roncesvalles pasó al gris de los muros de Toledo. A las ventanas angostas. Al aire denso y afilado por el frío.

Y al negro en las modas del vestir.

La condesa de Ureña le demostraba una gran comprensión tratando de infundirle la confianza necesaria para que la muchacha se serenara y facilitara, así, el tránsito a la mujer que había de reinar por muchos años. «Imaginad todo lo que os queda, pequeña Isabel, la vida que aún tenéis por delante, y el reto que supone». Aun siendo la dama personal del más alto rango, era del todo inusual para una persona del servicio real tratar a una soberana en esos términos de tanta confianza. María de la Cueva, sin embargo, se había dado cuenta de que era mejor así porque hacía que se sintiera tratada más como una hija que como una reina desorientada. Quizás lo que la joven necesitaba era una madre cercana. O, a falta de ella, una confidente, alguien a quien poder abrir su pecho para reposar en él y dar cobijo a una pena que, por fortuna, poco a poco iba abandonándola. Como se suelta el lastre para poder continuar navegando.

Y desplegar las velas. Y desatar el ánimo, como los cabellos, para lanzarlo al aire en libertad.

«Cuéntame historias de tu pueblo. Me han dicho que eres de Osuna, quiero saber dónde está», suplica Isabel. Ha decidido que tuteará a su camarera mayor cuando estén a solas, en momentos de recogimiento. En la intimidad, con la reina, María lo agradece. Sabe que con ello violan el protocolo. Nadie se enterará. No pasa nada.

«Está en el sur, por tierras de Sevilla. En realidad yo no nací allí, pero la considero tan tierra mía como lo era de mi difunto esposo, en Gloria esté. Pero, vamos, no liéis más vuestra cabecita, demasiadas cosas os hemos contado desde que llegasteis», responde con dulzura. «Tan sólo dime de qué color son sus calles... por favor», insiste en un delicioso tono infantil al que no puede resistirse la viuda de Ureña. «Blancas. Son de un blanco tan limpio que no se pueden mirar en días de sol porque te ciegan».

Isabel asiente con una sonrisa y calla reconfortada.

Una de las primeras personas que había conocido en Guadalajara fue la princesa de Éboli. El rey puso mucho empeño en nombrar como dama de la reina a quien era esposa de un hombre leal y de suma importancia en su vida personal, así como en los asuntos de Estado. El portugués Ruy Gómez de Silva, príncipe de Éboli, era su secretario desde hacía tres años y, hasta tal punto confiaba en él, que se acabó acostumbrando a no tomar decisión alguna sin consultársela. Resultaba, por tanto, su mujer personaje fundamental en la vida de la corte, y como dama de la misma, una de las principales.

Ana de Mendoza y de la Cerda poseía una indiscutible belleza rasgada en diagonal por un parche negro en el ojo derecho. Haciendo gala de su coquetería, mandaba elaborar parches en distintos tejidos, todos ellos cosidos elegantemente en terciopelos y sedas. Era curioso que no le afeara. Daba la sensación de que hubiera nacido con él puesto de lo natural que resultaba y lo bien que se adaptaba a sus facciones. Nadie sabía hasta dónde llegaba —si lo había— el sufrimiento de la princesa por estar condenada a vivir con aquel defecto. Lo que la gente percibía era que no sólo no le daba mucha importancia sino que tenía la joven una gracia natural para sacarle partido al infortunio, de modo que algunos hombres vieran en el parche una ventana tras la que se ocultaba un morbosos y profundo atractivo. Un mundo de oscura fantasía. Ella era consciente y se divertía con ello.

Como la reina no había oído hablar de la princesa de Éboli con anterioridad, desconocía los rumores que circulaban acerca del origen del parche negro. Unos decían que era una afección ocular de nacimiento. Otros, que la dolencia le sobrevino a los seis u ocho años. La fábula más extendida tenía que ver, cómo no, con un muchacho, al parecer uno de los sirvientes más atractivos de su padre, Diego Hurtado de Mendoza, príncipe de Mélito. Sobre ello se contaba que en un lance de esgrima en

el que la decidida Ana se batía con el mozo intentando seducirle, a él se le fue el florete accidentalmente al ojo de ella que, imprudente, contendía sin la pertinente protección. Ésta era la versión más extendida entre el pueblo, porque el pueblo siempre prefiere que las historias, verídicas o no, estén intervenidas por la pasión que deriva en tragedia. En este caso la protagonista jamás manifestaría el menor interés en aclarar lo sucedido.

Isabel de Valois y Ana de Mendoza simpatizaron desde el primer instante. La princesa de Éboli jugaba con ventaja al ser de todos conocida la situación anímica de la reina, por lo que lo primero que le dijo nada más presentarse ante ella fue que entendía lo que podía sentir una joven de trece años casándose con un hombre veinte años mayor. Ella se había casado a los doce años. Ahora tenía apenas veinte. Y su marido le llevaba veinticuatro.

Le hizo ese comentario como si le contara un secreto, en un tono casi inaudible, para que quedara entre ambas, ciñéndose estrictamente a lo que sabía que alguien en la situación de Isabel esperaba y deseaba oír. Tan cercana se mostró que la reina estuvo a punto, aunque finalmente no se atrevió a hacerlo, de preguntarle si también ella había tenido que esperar a la llegada de su primer sangrado para yacer con su marido. Quizá su situación había sido incluso peor al no tratarse de una reina y se hubiese visto obligada a acceder a los requerimientos del esposo nada más celebrarse la preceptiva misa de velaciones. Hubiera sido muy atrevido intentar poner fin a esa duda que no paraba de asomar a su mente, pero un gran alivio. Después de la temida noche de bodas, en la que no pasó nada relevante, la reina fue informada de que el rey esperaba a consumir el sexo con ella al momento en que hubiera tenido su primera regla. Lo contrario era impensable. Y ella estaba ya temiendo que llegara el momento.

Bajo su apariencia dulce, en Ana de Mendoza descansaba todo un carácter, mantenido en un ilusorio reposo, como el magma de un volcán a punto de erupción. En ella esperaba la ingenua Isabel encontrar una amistad sincera. La complicidad que sólo se establece con un alma gemela. O que, al menos, parece serlo.

Días después de llegar a Toledo, la sagaz princesa empezó a perseguir momentos de intimidad a solas con la reina para brindarse a compartir con ella parte del tiempo que sus obligaciones le dejaban libre. Hablaban de cómo era la vida cotidiana en el entorno del poderoso rey de España, y Ana se permitía burlarse de lo que ella llamaba el acartonamiento de los sirvientes más próximos al monarca. «Es que parecen hechos de cartón, ¿no habéis visto lo que hacen cuando van a dirigirse a él...?», decía inclinando con comicidad su cuerpo hasta casi dar de narices en el suelo. Y las dos jóvenes reían de la pantomima.

Gustaban también de recordar anécdotas de sus respectivas infancias para luego compararlas, aunque hacerlo suponía volver a cubrir con un halo de cierta tristeza la

mirada de Isabel que con tanto esfuerzo iba recuperando la alegría.

—Estabais maravillosa luciendo *El Estanque* el día que hicisteis vuestra entrada en Toledo —le dijo Ana una tarde en la que se entretenían en tejer con hilo de seda un pañuelo que a Isabel se le resistía. A Ana tampoco es que le gustara mucho la costura.

—Sí, he de reconocer que *El Estanque* es bonito.

—¡Bonito!, es mucho más que eso. Es la mejor joya que existe en todo el mundo. ¡Es extraordinario! No conozco nada igual, cualquier mujer se moriría por poseer un diamante como ése. Tenéis mucha suerte, señora. A su majestad no se le había conocido nunca antes un gesto de tanta valía. Os ama, y eso no es ninguna nimiedad tratándose de un rey.

—Me pregunto cómo es posible amar en tan poco tiempo —resultaba sincera y hasta inocente Isabel planteando semejante pregunta; compartiendo una inquietud tan íntima y, por ello mismo, tan delicada.

—Creo que os hacéis muchas preguntas. ¿Por qué no os limitáis a disfrutar de lo que tenéis? Un esposo que os adora. Un rey. Unos reinos en cuyos confines no se pone nunca el sol... —se tomó unos segundos para rematar con cierta sorna— y un diamante como no hay dos. Sólo para vos. No dejéis que el cofre con todo este tesoro se desvanezca como si fuera un sueño, porque no lo es.

Ensartó en la aguja el hilo que se le había vuelto a escapar a Isabel, y la clavó en el lugar exacto para dar la puntada que faltaba en el pañuelo de la reina.

Todas las damas han salido de la cámara real. La condesa de Ureña se despide de la reina hasta mañana. A solas, Isabel se lleva las manos a la frente y se la presiona con fuerza. No le ha hablado a nadie de los insoportables dolores de cabeza que la aquejan desde que llegó a Toledo. Son un martilleo constante que a veces se desboca y le nubla el juicio. A eso se debe que, durante el día, en cuanto puede no busque más que rincones oscuros, ya que la claridad aviva el dolor.

Las jaquecas no son una novedad para ella. Su madre las sufre desde siempre. La responsabilidad. Una vida que va contra sus gustos y deseos. Tales son las razones por las que se desatan tormentas en su mente.

La razón. Siempre hay una razón que justifique nuestro proceder. Pero cuando no la hay, tenemos todo el derecho a inventarla.

No pasaron más de dos días hasta que Isabel, curiosa, pidió a su camarera que trajera a su presencia al joven que osó alabar en público el error de haberse dejado la melena suelta en su primera recepción pública. Recordaba que, con todo el revuelo

organizado en aquellos tensos momentos, al final no pudo ni conocer su nombre.

Pero ese detalle sin importancia no resultaba razón suficiente para justificar el interés que, de forma inconsciente, le suscitaba. La verdad era que, desde el incidente, las palabras del joven y atractivo ayuda de guardajoyas revoloteaban en sus sueños como antorchas en el cielo de una noche solitaria. Igual que si se tratara de un juego, se dejaba abrazar por su osadía cuando llegaba la hora de deslizarse entre la suavidad de la seda de las sábanas para dejarse fundir en el interior del lecho, confiando en poder dormirse cubierta por un invisible manto protector. Resultaba una extraña compañía para el aislamiento en que vivía desde que era esposa y reina.

Curiosamente, un hecho cuya naturaleza era perturbadora funcionaba en su parcela más íntima como un cobijo llamado a tranquilizarla. Y quiso adentrarse en él, pero manteniendo la debida distancia. Ya había tenido suficiente con un error nada más estrenarse en su nueva condición real.

Del ayuda de guardajoyas le intrigaba todo. Y siendo uno de los sirvientes de menor edad, a ella le pareció mayúscula su gallardía. El poco tiempo que llevaba en la corte española era más que suficiente para saber que quebrantar las estrictas normas que la regían podía contarse entre las peores afrentas a la Corona. Él lo había hecho.

—Juan de Nápoles es mi nombre, majestad.

De nuevo ante la reina, le tomó la mano con delicadeza y se la llevó a sus labios para rendirle pleitesía. Se hallaban en una de las estancias próximas al dormitorio, destinadas a diferentes usos, entre ellos las recepciones de la soberana. Era uno de los espacios más reducidos, pero gracias a su orientación resultaba muy luminoso y sorprendentemente agradable, en comparación con el severo aspecto general del gran edificio.

Al aproximar él los labios a la mano que ella le tendía, Isabel reconoció el hálito del joven sobre su piel. Un suspiro fugaz. Pero imperecedero, como pudo comprobar.

Juan de Nápoles, de diecinueve años, la aventajaba ligeramente en estatura. Su largo cabello, de un color castaño claro y brillante, descansaba sobre unos anchos hombros. Castaños eran también sus ojos, cuya sutil transparencia clareaba más aún cuando incidía en ellos de forma directa la luz. Lo que más destacaba de su físico era la prominente nariz que encajaba perfecta entre sus facciones. Parecía esculpida para su rostro.

Y sus manos... extremadamente largas y huesudas. Le parecieron refinadas para ser masculinas, y eso le gustó. En ellas se detuvo, como aquella primera vez, que más valía olvidar. Sería bueno arrepentirse de una tontería como la que había cometido al mostrarse sin el cabello recogido. Y bueno sería también borrar todo lo que pasó. Pero no esas manos. No las había podido relegar al olvido en la corta memoria de dos días.

Isabel no conocía aún en detalle las manos de su esposo, que no habían avanzado nada en la exploración de su cuerpo inexperto. Había que seguir esperando. Qué poco pensó en lo que supone para un marido no poder tocar a su esposa. Situación que, de momento, ella agradecía, aunque era consciente de que eso debía ser duro para un hombre. Insufrible, para un rey. Lo notaba en sus ojos cuando la miraba reclamándola con la conciencia de que no cabía respuesta.

Existen distintos niveles en la paciencia de cualquiera de los mortales. Ella evitaba conocer en cuál se encontraría un esposo rampante de deseo como lo estaba el suyo. Entonces entendió lo que verdaderamente significaba el hecho de que mientras no tuviera su primera menstruación gozaría de una inmunidad sexual que a buen seguro iba a ayudarle a cumplir con su papel de una forma más sosegada. Y dispondría también de un margen mayor para que ese hombre dejara de ser para ella un desconocido. De alguna manera tendría que salvar el inevitable abismo de la diferencia de edad, que se erigía como una verdadera obsesión. Isabel era el centro alrededor del cual giraba un mundo demasiado adulto y extraño. La mayoría de las personas que veía en su entorno le parecían viejas. Los años las alejaban de ella. Entre el cuerpo de servicio era donde podían encontrarse jóvenes con otro humor y un talante más jovial.

—Decidme cuáles son vuestras funciones.

Saberlo era lo de menos; sólo quería que aquel muchacho le hablara. Que permaneciera un rato a su lado haciéndole compañía y volviéndole a dejar oír su voz. Tal vez su juventud, además de su osadía, era lo que le acercaba a él. Así, en una distancia más corta, Juan le pareció más guapo y tan seguro de sí mismo como aparentó en la desastrosa recepción. Aquel gesto arrojado decía mucho de su verdadero carácter. Ahora, como entonces, miraba de frente a la reina, que tuvo ocasión de comprobar cómo se mantenía inalterable la delicadeza con la que le besó la mano.

—Mi cometido es servir siempre, majestad —respondió él al cabo.

—Eso es muy ambiguo —recapacitó durante unos segundos antes de decirle lo que iba a proponerle—. Tengo una misión para vos.

Estaba lejos de haberlo premeditado. Se le ocurrió de repente, al verlo de nuevo, al escuchar el tono atemperado de su voz que, sin saber muy bien por qué, le transmitía confianza.

—Quiero que os encarguéis de custodiar *El Estanque*.

La orden cayó como una bomba en la tranquilidad de su camarera y dejó perplejo al joven. La primera, sobresaltada, intervino para convencer a Isabel de que olvidase inmediatamente tan sorprendente e inesperada propuesta. Mientras, el segundo, mostrando en esta ocasión una gran prudencia, objetó que no estaba seguro de lo que don Cristóbal de Oviedo, el guardajoyas, podría pensar de esta decisión. Pero Isabel,

que ya se iba metiendo en la piel de una reina y formándose su propia visión de las cosas, les contestó a ambos que, sencilla y llanamente, no había nada que replicar. Bien claro lo quiso dejar ante todos. Y todos asintieron.

Acerca de su decisión, solamente comentó que una joya como *El Estanque* tenía que estar custodiada por alguien que gozara de la confianza de quien ostentaba la enorme responsabilidad de lucirla. Lo cierto es que era demasiado pronto para que pudiera tener alguna preferencia acerca de quién sería la persona idónea para la tarea. No le quedó otra alternativa que dejarse llevar por la intuición. Eso o delegar la elección, como ocurría con muchas otras tareas, en el rey, a lo que en este caso no estaba dispuesta. El diamante era, más que un regalo, una imposición, y sobre su mantenimiento iba a ser ella quien decidiese.

Se disponía a seguir preguntándole a Juan sobre otros aspectos referentes a su familia y al lugar de donde procedía, para conocer mejor al hombre que se iba a encargar a partir de ese momento de la joya más valiosa de la colección real, cuando dos golpes que sonaron en la puerta dejaron en el aire la respuesta. Don Juan de Austria venía para invitarla a pasear.

—Cuánta molestia os tomáis. Os lo agradezco pero hace demasiado frío —Isabel contestó cortésmente. Tenía muy escaso interés en intimar con él.

—El frío de Toledo es fácil de combatir.

—El frío de Toledo lacera hasta el pensamiento, don Juan. Pero ya veo que nada es impedimento para vos.

—Creo que os conviene atender la gentil invitación de vuestro cuñado —la camarera ignoró la presencia de Juan de Nápoles, como si éste se hubiera volatilizado, en favor del hermano del rey.

Isabel, consciente de lo poco que le beneficiaba empeorar las circunstancias, consintió a dar un pequeño paseo por el patio del alcázar junto a don Juan y en compañía, por supuesto, de su camarera mayor. Pidió que le preparasen el atuendo adecuado, mientras su cuñado esperaba fuera. Fue éste el primero en abandonar la estancia, y el último, el joven ayuda de guardajoyas, a quien la reina quiso aclarar justo cuando estaba a punto de cerrar la puerta tras de sí:

—Sé que *El Estanque* estará en buenas manos... Juan le dedicó una sonrisa hermosa en la que no necesariamente tenía que dejarse atrapar una reina. No necesariamente.

IX

El príncipe Carlos se hallaba ante el espejo, mirándose el que consideraba que era su mejor perfil. Acabó de colocarse bien la pluma de la gorra, tratando de enderezarla varias veces porque se le resistía y tendía a caer hacia un lado, irritándole. No le gustaba. Hasta que no consiguió mantenerla erguida no quedó satisfecho. Después se mojó un dedo en los labios y con la saliva peinó sus cejas. Entonces sonrió a su propia imagen reflejada en el cristal.

Vestía un jubón de color naranja que le cubría hasta el cuello, donde se remataba en forma de minúscula lechuguilla que aparentaba ser más cómoda que las que habitualmente llevaba. Calzas y medias en el mismo tono anaranjado completaban una indumentaria que desprendía cierto aire de fiesta.

Pidió a uno de sus sirvientes que le echara sobre los hombros una elegante capa de terciopelo negro con forro de piel de pelo blanco que sobresalía por los bordes otorgándole un porte distinguido. La elección no era casual. Exactamente con esa indumentaria había posado dos años antes para un retrato del maestro Sánchez Coello. El mismo del que más tarde se hizo una copia, centrada sólo en medio cuerpo, para enviársela a Isabel de Valois, entonces su prometida, a fin de que pudiera conocerlo físicamente. No era, pues, un traje cualquiera. Todo estaba bien estudiado. Fue aquélla una ocasión especial, como lo era la presente. Isabel, convertida ahora en mujer de su padre, le esperaba para una audiencia privada.

Todo estaba muy reciente... Cuánto le había hecho sufrir la desventura de quedarse sin esposa. La ignominia de su padre al arrebatársela con la más absoluta impunidad. Lo sentía todavía más después de haber comprobado de cerca la belleza de quien era ahora su inalcanzable madrastra.

Isabel había aceptado recibir al príncipe muy en contra de su voluntad y sus deseos, pero la condesa de Ureña le explicó la inconveniencia de rechazar la visita privada de su hijastro a quien, más pronto o más tarde, tendría que ver y, peor aún, integrar en su vida cotidiana.

Una hora antes del encuentro, la reina pidió que le trajeran *El Estanque*. Petición que causó sorpresa. La joya era demasiado valiosa e importante como para lucirla en un acto que no fuese de gran categoría que, en general, solían ser actos de carácter público. Desde luego ella no le concedía ninguna importancia a recibir al príncipe Carlos, acerca del que ya tenía la firme opinión de que se trataba de un tarado. Su sorprendente decisión de lucir el diamante no dejaba de ser algo más que sumar a la lista de pequeños gestos que estaban configurando su nueva actitud ya no triste y distante. Había determinado que lo llevaría siempre que le apeteciera y ante quien ella escogiera, dándose así una importancia como reina que hasta ahora le había costado asumir. En eso sí que no intervendría el rey. Ya que había encontrado algo

que le ayudaba a sentirse segura aunque fuese tan accesorio como una joya, no iba a desperdiciar la oportunidad. Lo tomó como un aprendizaje para admitir con toda seguridad el cargo.

Sin duda. Con *El Estanque* se sentía más segura. Más reina.

Más mujer. La mujer del hombre cuyo inmenso poder se desvanecía frente a su cuerpo que todavía no tenía potestad para tocar. Era aquél el único espacio adonde la fuerza del rey no llegaba. E Isabel temblaba temiendo el día en que estuviera a su alcance.

—Disculpad, señora, no me habían avisado de que hubiera ninguna recepción oficial —se extrañó Juan de Nápoles.

—Y no la hay. Sólo quiero que me lo traigáis. ¿Hacen falta más razones?

Isabel advirtió cierto azoramiento en el rostro del muchacho, mezclado con un apenas disimulado gesto de satisfacción.

Marchaba solícito a cumplir la orden cuando se detuvo unos segundos ante la puerta. Se giró lentamente y miró a la reina a los ojos.

Ella no fue capaz de mantener su mirada.

Cuando el príncipe entró en su estancia, le causó la misma mala impresión que la primera vez que lo vio. No, esta vez fue peor porque le pareció que aquel mentiroso retrato que le enviaron adquiriría formas y volúmenes en la realidad, pudiendo confundir a cualquiera que los comparara.

Era Carlos más bajo que Isabel, que inmediatamente reconoció la indumentaria que llevaba en el cuadro, vestido como para una fiesta o algo parecido. La única diferencia era que ahora la pluma de la gorra se alzaba ridículamente tiesa. Observó la cara del niño con más detenimiento. Estaba claro que el retrato suavizaba, y mucho, sus facciones, eliminando lo peor del rostro, que era el exagerado labio belfo heredado de su padre. Un rasgo fundamental que en el hijo empeoraba porque formaba parte de un conjunto de fealdad que abarcaba todo su aspecto. El caso es que no se trataba tanto de que fuera físicamente penoso, sino de que al andar, al gesticular o al mirar, sus movimientos evidenciaban un claro defecto mental del que nunca, en todos los años que llegaría a pasar en la corte, se le hablaría de forma abierta y clara. No hacía falta. Era más que obvio que una perturbación se alojaba en el interior de aquella cabecita dislocada desde el mismo momento de su nacimiento.

Aquellos labios besándole la mano, dejando en ella rastros inevitables de saliva que Carlos siempre retenía en las comisuras de forma involuntaria, trajeron como un rayo necesario la imagen de la fresca y prometedora boca de Juan de Nápoles. Isabel notó cómo una especie de pinchazo le hizo retirar bruscamente la mano, apartándola

de lo que le causaba tan invencible repugnancia.

Supo pronto cuál era la causa de la manera casi lasciva que tenía Carlos de mirarla y que tanto le molestaba. El príncipe arrancó a hablar y no paró hasta agotar el relato de su sufrimiento; cuántas noches se había dormido abrazado a su almohada mientras no llegara su princesa Isabel, le dijo. Cuán contento vivía sintiéndose el hombre más dichoso de la tierra al estar prometido con la bella princesa francesa. «Os amé, os amé, os amo». Hasta que un día que quisiera borrar de su memoria —como si el infeliz dispusiera de ella—, llegó el secretario personal de su padre anunciando que había cambio de planes, que su madrastra inglesa había fallecido y que sería el propio rey quien pronto se casase con Isabel de Valois.

—Que tenía que entenderlo, me dijo —a la reina le pareció que los ojos de Carlos se empañaban—. ¿Entenderíais vos, querida señora, algo semejante? Ah... es verdad... —como si en aquel momento hubiera reparado en algo sorprendente—, a vos os hicieron lo mismo. ¿Sufristeis tanto como yo...?

Ann de Montpensier sacaba los trajes que quedaban todavía en el interior de algunos baúles. La reina había venido acompañada por un equipaje tan voluminoso como extenso era su séquito. Trajo vestidos ampulosos de vistoso colorido y confeccionados con los tejidos y ornamentos más costosos de toda Francia. Su madre se empleó a fondo en el ajuar de la futura reina y previo que tuviera reservas de vestuario para mucho tiempo. Hilos de oro, brocados, terciopelos, estampados en damasquinados que procedían de Italia, al igual que los llamativos rasos y el terciopelo de la mejor calidad que podía encontrarse, ricas sedas... un festín para la vista y el tacto. Tampoco se olvidó de incluir buenos perfumes, caros también, mandados elaborar en París y en Roma específicamente para ella, con la promesa de que cuando se acabaran su madre le enviaría otros recién hechos con las mezclas exclusivas de siempre. Las fragancias que más gustaban a Isabel eran el almizcle, el ámbar y el bálsamo extraído de la corteza de estoraque. Y, por descontado, el agua de rosas.

Así como a Isabel la educaron en el amor y respeto por el arte, igualmente desde pequeña fomentaron en ella el disfrute del buen vestir y la elegancia.

Poco a poco, su natural y alegre temperamento iba arrinconando la actitud melancólica, y, así, recuperó sus antiguos hábitos que intentó adaptar a costumbres españolas como la de llevar túnicas y mantos de suave terciopelo y delicado satén. Era bastante coqueta y, como cualquier joven de su edad, prefería vestirse con colores vivos, lo cual colisionaba a veces con el negro imperante en la corte.

Sin embargo no era éste el único conflicto suscitado por su indumentaria. Mucha prisa se dieron en criticar a la recién llegada por su debilidad por las telas y los perfumes, pero sobre todo por el hecho de que nunca repitiera la misma saya. Su

sastre venido de París, Eduard de la Cat, responsable de que siempre apareciera impecable, tuvo que ponerse a dirigir de inmediato la confección de nuevos vestidos. Podría pensarse que dicha práctica no entrañaba mayor dificultad. Sin embargo, el choque entre las costumbres de un país y de otro extendía sus tentáculos en cualquier dirección, hasta lo más nimio. Y el vestuario de la reina no lo era, en absoluto. La austeridad española, frente a la fantasía francesa. La elección de un color, un tejido o un ornamento para un vestido, obligaba a consumir más horas de las debidas por la dificultad de llegar a un acuerdo que dejara satisfechas a ambas partes.

Sus damas francesas eran las más beneficiadas con el exceso permanente de prendas que la reina desechaba después de usar una sola vez. En cierta ocasión, madame de Montpensier fue reprendida por la condesa de Ureña por vestir en público una saya de Isabel. «¡No me importa que lo hagáis en Francia, ahora estáis en España y haréis lo que yo diga!», tronó furiosa ante el descaro de la francesa que se oponía a prescindir de la prenda. Finalmente no le quedó más remedio que obedecer. El disgusto fue mayúsculo y llegó a oídos de la reina, que prefirió dejarlo pasar como un asunto que no iba con ella. Mucho camino tenía por delante y estaba dispuesta a no tener en cuenta rencillas sin importancia y a recorrerlo vestida como una reina.

Una reina que no olvidaba sus orígenes franceses.

Nadie hay próximo que pueda verlo. Son las cinco de la tarde. Una tarde nublada y fría. Accede al pequeño recinto donde se guardan las joyas de la Corona, custodiado en la puerta por un centinela que le franquea el paso tras intercambiar la contraseña y el saludo de rigor.

Abre varios compartimentos hasta llegar al cofre de vidrio transparente donde se halla *El Estanque* sobre un cojín de terciopelo rojo que resalta su brillo. Un diamante magnífico; un imán para los ojos y los sentidos. Está a solas con la joya más valiosa de los Austrias. Sin testigos. Como ha estado ya varias veces ante la reina. Ellos solos. Todo un privilegio.

Sabrá proteger *El Estanque*, es su gran responsabilidad.

Juan introduce la pequeña llave en la cerradura dorada y su mano accede al interior del cofre. Sin cogerla, se limita a acariciar la superficie de la joya que le acerca a la reina. El inestimable salvoconducto que le permite el acceso a ella sin condiciones. Y como si del rostro de Isabel se tratara, desliza con delicadeza la yema de los dedos por el contorno del diamante. Después, y muy despacio, se acerca con los ojos cerrados para percibir su olor...

Al abrirlos, despierta del sueño. No sabe cuánto tiempo ha pasado. Está empapado de sudor.

A María de la Cueva le preocupaba la amistad, cada vez más estrecha, entre su hija Magdalena y dos de las damas francesas, a las que acusaba de un frívolo comportamiento que no era bien visto en palacio. Le molestaba ver a las alocadas jóvenes correr de un lado a otro como potrillos desbocados.

Madame de Montpensier ya no se escondía al perseguir a los mancebos entre el servicio español de la reina como si fuera un divertimento. Madame de Clermont la secundaba, aunque la primera iba más lejos y «más alto» mostrándose excesivamente receptiva cada vez que se le presentaba la ocasión de encontrarse con don Juan de Austria, a quien no le hacía falta mucho reclamo para que se fijara en una dama. Claro que, siendo el hermano del rey, y aunque no le hacía ascos a nada, él apuntaba más arriba en su escala de conquistas.

En el fondo, a Isabel le divertía comprobar la simpleza de su cuñado cuando trataba de hacerle creer que los múltiples encuentros que entre ellos se sucedían cada vez con más frecuencia eran casuales. La buscaba en cualquier circunstancia y sin respetar el protocolo que ordenaba que no estaba permitido acercarse a la reina así como así, sin petición previa.

Hasta que un día el rey, enterado del comportamiento de su hermano, porque en palacio hasta las piedras de las paredes hablan y cuentan lo que no se debe, le llamó la atención. Consideró como atenuante el ímpetu de su noble juventud. Porque si una cosa tenía clara Felipe era que Juan poseía nobleza y que jamás actuaría con mala intención y menos en su contra.

No obstante tenía otras preocupaciones. Cada día que pasaba, Felipe, que nunca fue partidario del elevado número de damas francesas que había solicitado tener la reina, se reafirmaba en lo poco que le gustaban dos en especial: madame de Montpensier y madame de Clermont. Alteraban demasiado la tranquilidad de la que había disfrutado la corte hasta la llegada de su tercera esposa. Entendía que los hábitos de la Francia del desaparecido Enrique II y de Catalina de Médicis no eran precisamente un ejemplo a seguir para los españoles. La vida desordenada de un rey que mantenía en el mismo rango a su esposa y a su amante —quien además era veinte años mayor que él y de trato demasiado alegre con los hombres—, suponía un motivo de escándalo para Felipe.

Lo cierto era que la Paz de Cateau-Cambrésis alcanzada gracias a su matrimonio con Isabel no conseguiría jamás que Francia y España, con sus costumbres tan opuestas, se dieran la mano en todo.

Tal vez Felipe no quisiera reconocer que la verdadera diferencia fuera que en una corte los excesos veían la luz mientras que en la otra se intentaban ocultar...

El rey le agradeció a Isabel que hubiera sido tan amable con su hijo y le pidió disculpas si en algo la pudiese haber importunado teniendo en cuenta que el príncipe no siempre controlaba sus actos ni sus palabras. «No os preocupéis —le aclaró ella—, sólo quería saber si me había acomodado bien en España. Nada más». Entonces su marido reconoció sus esfuerzos por adaptarse a una nueva vida, congratulándose por su cambio de actitud que la hacía más hermosa porque dejaba aflorar su contagiosa jovialidad. Le gustaba verla con aquella ropa tan sofisticada, aunque si los colores no fueran tan estridentes, en su opinión estaría aún mejor. Ella esgrimió como defensa que su único deseo era mostrarse lo más bella posible ante él y, por supuesto, también ante sus súbditos. Quería que el rey se sintiera orgulloso de su esposa.

Así las cosas, ¿qué podía decir Felipe frente a semejante declaración?

Era una mañana fresca de finales de invierno. Juan de Nápoles se presentó ante la reina. Que recordara, tampoco en esta ocasión había prevista ninguna recepción, ni acto oficial. Solícito, y sobre todo extrañado, acudió a la llamada, avisado de que vistiera ropa de abrigo. Esta vez no le habían requerido para que llevara consigo el diamante —más extraño todavía—, ni ninguna otra joya. ¿Para qué, entonces, querría verlo la reina?

Nada más recibirlo, sin preámbulos, pidió que se uniera a ella para dar un paseo a caballo por las calles del centro de Toledo. La camarera mayor les acompañaba unos pasos más atrás, dejando el espacio que la reina le había indicado.

El sol regalaba los primeros rayos después de muchos meses e Isabel expuso abiertamente su rostro a ellos, ganándose la consiguiente reprimenda de la condesa de Ureña. Su piel, además de delicada, era de una extremada palidez y debía cuidarse de la exposición directa al astro rey. La joven rió por el celo de su protectora. Juan, desconcertado por desconocer el motivo de la invitación a acompañarlas, no se atrevía a abrir la boca.

Tuvo ocasión de comprobar cómo el pueblo mostraba su afecto por la nueva reina. Paseaban como observadores distinguidos que eran, saludando a los muchos hombres y mujeres que, una vez recuperados de la sorpresa provocada por su inesperada visión, se acercaban a tocarla entre alabanzas y parabienes, interrumpiendo el trasiego matinal de la ciudad.

Por fin, la reina pidió a los lacayos que se hicieran cargo de los caballos e indicó a Juan y a la condesa que se apearan para caminar. El joven cada vez entendía menos lo que estaba pasando.

—Contadme, ¿de dónde sois?

—Nací en la ciudad de Pozzuoli, majestad.

—¿Eso está cerca de Nápoles?

—No demasiado lejos, en una punta del golfo desde la que se divisan, enfrente,

los escarpados acantilados de Sorrento. Antiguamente era un importante puerto mercantil, hasta que la tierra nos quiso castigar y la costa sufrió un fenómeno extraño que la elevaba del nivel del mar, tragándose muelles, embarcaderos y lonjas.

—¿Eso afectó mucho a vuestra familia?

—Ya lo creo, majestad, mi padre era comerciante de telas.

—Vaya, no lo habría imaginado. En ese caso me seréis de gran ayuda, seguro que entendéis de tejidos —se le iluminó el rostro entusiasmada, de repente, como si fuera una niña—. A mí me encantan las telas, tocarlas, ver los colores.

—Bueno... —a Juan le gustó ver en la reina aquella expresión de alegría—, lo cierto es que no estoy muy versado en ello, majestad. Además, de aquella época recuerdo poco. Por lo que os he contado de la tierra, los barcos de mercancías desviaron sus rutas hacia otros puertos y eso hizo que el negocio familiar se hundiera siendo yo muy niño, fue un golpe duro. Llegamos a pasar hambre, hasta que mi padre decidió rebajarse a ser un simple campesino.

—¿Consideráis rebajarse el trabajar en el campo? —no le gustó a la reina esa actitud.

—¿Acaso lo haríais vos, si hubiera sido el caso?

—Sois muy osado, Juan de Nápoles.

—Disculpad... —dijo con humildad—. Lo que quise decir es que no imagináis lo que es pasar penurias un día tras otro. Éramos tres hermanos, varones. El pequeño, apenas recién nacido, falleció. Yo entonces juré que haría todo lo posible por no llevar la vida miserable que sufrieron mis padres después de haber trabajado durante tantos años. Y sabe Dios que es por eso por lo que lucho.

—¿Desde cuándo estáis en la corte?

—Creo que llevo tan poco tiempo como vos, majestad. Fui contratado por don Cristóbal —se refería al guardajoyas— cuando estaban formando el cuerpo de la Casa de la Reina.

—Entonces podéis entender lo dificultoso que es adaptarse a un lugar nuevo con tanta gente extraña.

Isabel se mostraba tranquila, parecía necesitar sincerarse, o tal vez simplemente encontrar a alguien joven con quien poder hablar. Juan de Nápoles no respondió a esto último por no entender a dónde quería llegar la reina. Prefirió mostrarse prudente.

María de la Cueva seguía de cerca con el máximo interés la conversación. Todavía no se fiaba demasiado de que la joven reina supiera en todo momento cuál debía ser su comportamiento.

Isabel se detuvo y lo miró de frente.

—¿A vos no os pasa que os sentís un joven entre viejos?

Realmente Juan, desconcertado, no supo qué contestar. La reina arrancó a

caminar de nuevo y él la siguió, al igual que la camarera, que estaba ya pensando en si debía intervenir o no. Ella tampoco sabía a dónde quería ir a parar su señora con esas confianzas tan poco apropiadas.

Se habían adentrado en el barrio de la judería, repleto de puestos de artesanía que llamaron la atención de Isabel. De forma distraída, como queriendo quitar importancia a sus palabras, mientras se fijaba en diferentes objetos que iba cogiendo y soltando para observarlos de cerca, prosiguió:

—¿Qué creéis que se espera de una reina?

—Es una gran responsabilidad la que me solicitáis.

—Vamos, responded, seguro que lo sabéis —seguía sin mirarlo.

—Que ame y entienda a su pueblo, supongo, majestad.

Entonces ella desvió la atención de unas pequeñas espadas que sostenía en las manos para dirigirse a él de manera directa:

—¿Aunque no lo conozca?

—En ese caso, si me lo permitís, esa reina debería buscar ayuda entre la gente del lugar, aquélla en quien pueda confiar.

—¿Puedo confiar en vos? —su tono resultaba extraño, entre inquisitorio y suplicante.

La camarera, sin dar tiempo a la respuesta, medió anunciando que ya era hora de regresar.

Sin cruzar palabra emprendieron el ascenso hasta el alcázar con un trote ligero. Cuando la reina fue a retirarse a sus aposentos, Juan, al hacerle la reverencia y besarle la mano, le dijo suavemente: «Sí, claro que podéis confiar en mí». Y soltó su mano, que Isabel intentó retener por unos segundos más. Nadie se dio cuenta.

Aquella noche, dos horas después de finalizada la cena, en torno a las diez, la camarera mayor entró en los aposentos de la reina seguida de un séquito de damas que portaban jofainas para el agua, trapos para secar, perfumes y una camisa de dormir que no había visto antes, perfectamente almidonada, con adornos de encaje en los puños y abotonadura en el centro.

Se movían con la diligencia de un ejército de hormigas, cumpliendo cada una de ellas con un único cometido que demostraban dominar con pericia.

—Os va a visitar el rey, majestad —aclaró la camarera disponiendo la cama para el uso que se esperaba.

—¿A estas horas?

—Sí, mi señora, éstas son las mejores horas para el amor marital.

—Pero, yo creía que...

Isabel no se lo esperaba. Estaba convencida de que hasta que no llegara su primera menstruación se mantendría a salvo de los deberes conyugales. La camarera

cortó de raíz el efecto negativo de la sorpresa. Acercándose a la reina como si le fuera a contar un secreto, le dijo, quizás de una forma demasiado seca:

—Es el rey quien decide cuándo viene a visitaros, y si él lo ha pedido hoy sabrá por qué. No os olvidéis de que puede hacer uso de su derecho cuando le plazca.

A la reina le enojó el hecho de no haber sido avisada de la decisión del esposo, pero más aún la reacción de la camarera. Volvió a preguntarse, llena de coraje, por qué alguien como ella se empeñaba en ponerla permanentemente en su sitio.

Si ni siquiera se le permitía a una reina en España hacer preguntas o decir si estaba dispuesta o no para el sexo, qué más le aguardaba que pudiera ser peor.

—Daos prisa, majestad, no tenemos mucho tiempo.

La reina se dejó hacer. Mientras las damas de palacio le lavaban manos, pies y rostro, la condesa le iba explicando cuáles serían sus *quehaceres* con el rey. Ante todo, acceder a cuanto él le pidiera. No estaba contemplado que en ningún momento se desprendiera del camisón, total, ganas no iba a tener, ni tampoco es algo que se le hubiera ocurrido hacer, y debía abstenerse de acariciar el cuerpo del rey, aunque si él mostraba interés en acariciarla a ella, en ese caso era su obligación permitirselo. «Cerrar los ojos os ayudará», aconsejó la camarera mayor.

Su mente se convirtió en un hervidero y su cuerpo empezó a temblar. Lo peor vino en el momento del aseo de sus partes íntimas. Con anterioridad ya había puesto reparos a que las sirvientas la vieran completamente desnuda y a que la tocasen para lavarla. Pero en esa circunstancia, con las prisas, y ante tantas damas como había, se negó. «No podéis negaros», le recordó doña María. «Claro que puedo, si ya me lavaron esta mañana». Pero por la mañana nadie había pensado que ese día el rey fuera a solicitar *visitarla*. La única solución posible era que todas las damas, excepto una francesa con la supervisión de la condesa de Ureña, abandonaran la habitación mientras se procedía al delicado aseo, que duró poco, tras el cual regresaron todas para rematar sus respectivos cometidos que culminaron al acostarla. Tanta rigidez en la operación incomodó mucho a la joven Isabel, que respiró aliviada al darse por concluidos los operativos.

Justo cuando se oían las pisadas del rey al acercarse, y una vez que todas las damas habían salido, la camarera intentó tranquilizarla, mostrándose esta vez más dulce:

—No os preocupéis, de la postura aconsejada para vos ya tendré tiempo de hablaros. Hoy no creo que vuestro señor llegue tan lejos.

Felipe encontró a Isabel recostada entre blancos almohadones, con el cabello suelto cayéndole a los lados. Por fin podía contemplarlo en la intimidad, sin tener que representar ningún papel, más que el de esposo que se siente, por primera vez en su caso, atraído por su mujer. Le gustó encontrarla vestida con aquella camisa de dormir

blanca, que supuso larga hasta los tobillos y con una hilera de botones en satén beis que nacía en el vientre. Estaba nerviosa y él enseguida se dio cuenta de ello.

El tiempo que tardó en ir despojándose de su ropa le pareció a Isabel una eternidad que hubiera querido que lo fuera de verdad; deseaba que no acabara nunca de quitarse una prenda y otra. Que no llegara jamás el momento en que quedara cubierto solamente por la ropa interior, aproximándose lentamente al tálamo, con los ojos encendidos y el labio inferior desbocado como nunca. El rey se introdujo entre los edredones con la suavidad de un felino, discretamente ansioso en un intento de no intimidarla más de lo que ya estaba.

La miraba como a un objeto inalcanzable. Así permaneció largo rato, mientras en ella aumentaba la inquietud ante lo desconocido. Después acercó su cara a la de Isabel y le depositó en una de sus mejillas un beso, ligero, sin peso, tras el cual posó la mano en el botón superior de la camisa, que empezó a desabrochar. No llegó al final. Con la mitad de los botones asaltados introdujo su mano lentamente, con movimiento suave, y palpó a tientas por la superficie del torso hasta que finalmente la posó sobre un pecho. Isabel cerró los ojos antes de contener la respiración. No se dio cuenta de que, al mismo tiempo, Felipe había ido subiendo poco a poco los bajos del camisón y ya deslizaba la otra mano entre sus muslos. Un cierto mareo la invadió.

El rey no avanzó más. Dejó las manos detenidas en dos puntos de la geografía íntima de aquel cuerpo apetecible. Ella le oyó musitar entre dientes: «Dios no permite que muerda una fruta que aún no ha madurado», antes de que dejara caer la cabeza sobre su hombro y se entregara a los brazos del sueño sin retirar las manos de los tesoros aún por abrir de Isabel.

X

Como una exhalación pasó el primer verano en España. Durante las semanas previas a la partida con destino a Aranjuez, adonde el rey solía trasladarse en el periodo estival, los preparativos mantuvieron ilusionada a la reina. Había mucho por hacer. El traslado era complejo al pretender realizarse con todas las comodidades de que disponían en Toledo, lo que para una residencia temporal suponía una importante complicación. Y, por más que quisieran, era imposible llevarse a todos los miembros del servicio. Por eso, anualmente se realizaba una selección de las personas que convenían, dependiendo de la residencia que iba a ser utilizada de entre las varias de que disponía la familia real.

Para el rey, este año el periodo de descanso iba a ser diferente. Gozaría de la compañía de su joven esposa a la que por fin se veía disfrutar como una niña, pero una niña que se hacía adulta camino de la mujer que el rey Felipe esperaba con ansia. Como la naturaleza es imprevisible y se escapa a los poderes terrenales, estaba preparado para una espera que lo mismo podía ser de meses que de un año. Pero también porque la naturaleza no perdona el ritmo que la hombría determina, desde poco antes de casarse, sabiendo ya lo que le aguardaba, el rey cortejó en secreto a una de las damas de palacio, una mujer hermosa, discreta y de gran docilidad. Eufrasia de Guzmán formaba parte del selecto grupo de damas personales de la hermana del rey, doña Juana de Austria. Correspondía a los requerimientos del monarca entre otras razones porque no le quedaba más remedio. Pero también sentía por él un cariño poco fundado en el comportamiento que el soberano tenía con ella, que era de pocas consideraciones más allá del goce carnal.

Dado que doña Juana solía acompañar a su hermano en estos desplazamientos, y además últimamente se la veía muy pendiente de la nueva reina de modo que no se separaría de ella en todo el verano, Eufrasia viajaba con el séquito real sin necesidad, pues, de tener que fingir ninguna coartada. El rey podía, de esta forma, disponer de ella a su antojo también en vacaciones. La satisfacción era, de esta manera, completa.

Lentamente, aunque con paso firme, Isabel de Valois iba derribando el muro inquebrantable que le impidió en los inicios de su estancia en España ocupar como se debe el trono de un país poderoso. Restaba, no obstante, el problema que surgía cada vez que una de sus decisiones no casaba adecuadamente con las rígidas normas del protocolo.

Para aquel primer verano, el del año 1560, se empeñó en llevar a Aranjuez los pocos trajes que le quedaban por estrenar de los que había traído de Francia, además de los muchos que ya habían confeccionado para ella en Toledo, mostrando, así, el

lado más caprichoso de su carácter. Su transporte exigía tal cantidad de baúles que hubo que acrecentar el número de acémilas utilizado habitualmente.

Pero se empeñó en algo más. Perseveró en su deseo de incluir en la comitiva a una persona que no iba a tener ninguna función durante el verano. Isabel exigió que dentro del cuerpo de servicio viajara Juan de Nápoles.

—No es costumbre que las joyas más valiosas sean trasladadas a los palacios de recreo.

Su camarera intentó, sin éxito, convencerla de que se quitara de la cabeza la idea de llamar al ayuda de guardajoyas para comunicárselo ella misma en persona. Lo consideró una temeridad ante la que la reina ya no se amilanaba. Últimamente, ésta intentaba calcular bien sus pasos con objeto de no soliviantar al rey. El empeño de que Juan de Nápoles les acompañara en verano y que la decisión se la hiciera saber ella misma, no lo consideró de los actos más graves en el plan que se había elaborado y que le ayudaba a valorar, en caso de duda, si debía hacer algo o renunciar a ello. Así que siguió adelante.

—No veo por qué las joyas no pueden ser trasladadas a Aranjuez. ¿Es que acaso se interrumpen todas las actividades de la corte porque sea verano?

—Es la costumbre —replicó, en un tono algo impertinente, la condesa de Ureña.

—Os lo agradezco, majestad —intervino Juan—, pero si no hay joyas no se justifica mi presencia.

—¿Ah, no...? Pues entonces ya podéis ir echándolas al equipaje.

Y se dio media vuelta con una graciosa altanería no vista en ella hasta ese momento.

A finales de aquel año, Ana de Mendoza, princesa de Éboli, contaba ya con el favor absoluto de la reina. La estancia en Aranjuez les había unido mucho. También contribuyó el espíritu alegre que, estando juntas, se contagiaban mutuamente. Fue de la princesa la idea de preparar una gran fiesta con motivo de la Navidad que estaba próxima. Sugirió un gran banquete que se prolongara desde la mañana hasta la cena del último día del año, con música de vihuela y saltimbanquis para alegrar la velada; un remedio excelente para combatir el mal recuerdo de esa misma noche vivida sin más compañía que su soledad un año atrás en el castillo del Cid. Sus damas del *cuarteto principal* aplaudieron la idea, tan dispuestas en todo momento a las fiestas y al divertimento en la corte, que solía ser escaso.

La de Éboli habló de preparar las mejores galas para esa fecha en la que la reina debería lucir, cómo no, lo más valioso que tenía, «El Estanque», dijo, «majestad estáis preciosa con él, cualquier ocasión es buena para exhibir tamaño tesoro».

Cualquier ocasión siempre y cuando la vida lo permita.

La vida, que parecía dispuesta a pelearse con la joven soberana, le trajo un mal

regalo a principios de diciembre: la muerte de su hermano Francisco, rey de Francia. Y con ella, de nuevo las terribles jaquecas, abriéndole una etapa de profunda tristeza. Apenaba verla, tan joven, tan vulnerable otra vez.

El luto blanco le hizo sitio al negro, el certero tono del dolor en la España que le tocó vivir. En señal de duelo, Felipe, conmovido por el sufrimiento de su esposa, hizo acopio de toda la ternura de que se sintió capaz y de la que no había tenido noticia de que durmiera arrinconada en su corazón con anterioridad. Lloró con ella. Una tragedia había permitido que Isabel viera al hombre despojado de la piel de rey, y eso le impresionó.

El descubrimiento fue para ambos ya que Felipe percibió, igualmente, un ángulo desconocido de sí mismo.

Mostró en esos tristes momentos Juan de Nápoles la mayor osadía que se pudiera imaginar en alguien del servicio, aunque la suya fuese una privilegiada posición de confianza. Cuando la corte dormía protegida por el manto tranquilo de la noche sobre el cerro más alto de Toledo, sus pasos le condujeron, se diría que casi de forma involuntaria, hacia el dormitorio de la reina. No tenía un objetivo concreto pero sí un rumbo: ir hacia ella. Durante todo el día estuvo oyendo hablar de su pena. Las lágrimas de Isabel, que nadie más que el rey y sus damas habían visto, invadieron el alcázar y las calles de Toledo, afligiendo a sus habitantes. Él se habría atrevido a enjugarlas. Lo habría hecho. Arrojo no le faltaba. Y el deseo de verla en un momento en que era imposible conseguirlo fue aumentando por el efecto multiplicador de las habladurías.

Juan venía dispuesto a convencer a los centinelas que, firmes en el pasillo, custodiaban la puerta de acceso a los aposentos de la reina. Llevaba horas preparando la excusa que les daría. Pero cuando llegó allí y pudo escuchar ahogados sollozos procedentes del interior de la estancia, no fue capaz de articular una mínima palabra.

—No son horas, ¿verdad, Juan? —comentó el centinela en un tono amable pero cargado de intención.

—No, no son horas... ni lugar.

Se alejó evitando el ruido de sus botas en el suelo.

Los médicos andaban preocupados por la salud de la reina. Su madre, que tenía gran experiencia en asuntos de jaquecas, escribió al embajador Forquevaux pidiendo que le pusieran en la frente emplastos elaborados con las hojas de tabaco que enviaba en el mismo correo. Los galenos españoles desconfiaban de la medida pero no se atrevieron a negarse a una petición de Catalina de Médicis, y menos aún con Forquevaux pegado siempre a sus espaldas.

Isabel pidió que corrieran las pesadas cortinas de su habitación para quedarse en penumbra. La incomodidad que le producía el olor a tabaco no era razón para

quejarse. Optó por cerrar los ojos, sintiendo el peso del martilleo en la cabeza, con la confianza de que el sueño la visitara de un momento a otro.

Qué lejos volvía a sentirse de los suyos. De sus hermanos y hermanas. Lejos de su madre y, en la distancia más absoluta y rotunda que es la que impone la muerte, de su padre y ahora también de su hermano Francisco. Demasiadas cosas habían estado pasando mientras que ella cumplió sólo un año más de vida. Catorce. La sensación temporal era la de haber recorrido un largo trecho, que en la realidad no se correspondía más que con un puñado de meses arremolinados en su cerebro, machacándole la mente. Triturándole el alma una y otra vez.

De madrugada le sobrevino una crisis nerviosa. No era una dolencia que tuvieran costumbre tratar en la corte; por tanto, los médicos, alarmados, avisaron al rey y a su hermana Juana. Al cabo de un rato se les unió la camarera mayor. Isabel lloraba compulsivamente revolviéndose en la cama sin conceder oportunidad al consuelo. Felipe la sujetó por ambos brazos apretándolos contra el colchón para reducirla hasta que se fue calmando, eso sí, sin cesar de llorar. La condesa de Ureña le aplicó sobre el rostro paños de agua fría. A su lado, Juana, siempre tan piadosa, rezaba en nombre de todos.

Cuando por fin el cuerpo se templó tranquilo, el marido lo tomó con delicadeza, sujetándolo por la espalda, y lo atrajo hacia su pecho para después acariciarle el cabello. Isabel se dejaba abrazar. Las pocas fuerzas que quedaban en su interior las empleó en un fugaz desahogo, «me quiero morir», que cayó sobre el rey como una losa. Seguramente no era morir lo que deseaba, sino que tal vez necesitaba desprenderse de sí misma durante un tiempo. Entre el deseo y la necesidad media siempre un trecho que se puede llegar a confundir como lo mismo de un lado y de otro.

Esa apelación a la muerte no era más que otro síntoma de su profunda e invencible melancolía. Pero los médicos todavía no estaban preparados para saberlo.

A la mañana siguiente recibió la visita de la princesa de Éboli, preocupada por los rumores que le habían llegado a primera hora. Intentar referirse al estado de los nervios de la reina era igual a oscurantismo; suponía enfrentarse a un muro de cerrazón. Corrían versiones variopintas; ninguna buena. Pero a ella, por su posición, le resultaba posible el acceso a la cámara real; un lugar infranqueable en aquellos días plagados de dudas y de incertidumbres para el pueblo y los cortesanos. Por eso se decidió a solicitar permiso para visitarla.

La estancia permanecía en penumbra pero, con todo, la princesa pudo observar con detenimiento la belleza de los rasgos de la reina. Reposaba con los ojos cerrados y las manos a lo largo del cuerpo por encima de la adamascada colcha. Su piel le pareció del color del arroz; de terciopelo, su textura. Se le asemejó a una aparición

venida de otro mundo misterioso y sorprendente. Pronunció un cálido «majestad, estoy aquí para lo que necesitéis», que ayudó a Isabel a abrir los ojos lentamente. Miró a la princesa sin mover un músculo de su rostro. Y la princesa, a su vez, esperó paciente una reacción más explícita de la reina.

Se presionó sobre las sábanas a la altura del vientre, queriendo ir al origen de la vida, palpar el punto en el que nace aquello cuanto existe, según interpretó la princesa al oír sus primeras palabras.

—Qué rápido sucede todo en este mundo desde el principio.

—A vuestra edad no os puede pesar la vida. No es eso lo que corresponde. No queráis adelantaros —Ana de Mendoza hablaba casi arrullando a su amiga.

La reina suspiró hondamente. Volvió a cerrar los ojos, esta vez con una finísima sonrisa que sus labios se resistían a soltar. Continuó hablando entre pausas.

—Parece que los estoy viendo... Mi padre... y mi hermano... Caminan por los largos pasillos del castillo de Blois... hasta salir al jardín... Nada hay tan maravilloso como... el paisaje del Loira. El sol les acompaña. Yo les observo desde arriba... Corro a su encuentro. Pero, ¡padre!... —la sonrisa se torció a mitad de camino para tornarse en gesto de dolor; los ojos seguían cerrados, apretados con fuerza—, ahora cabalga con una lanza rota... está rota... ¿qué le ocurre en el ojo...? ¡Padre! —empieza a agitarse—, no lo permita Dios, padre, no... Y Francisco yace en el suelo, muerto... Mi pobre hermano...

Isabel se entregó al llanto, sudaba, y su cuerpo se revolvía en movimientos espasmódicos cada vez más violentos, que asustaron a la princesa. Ésta imploró ayuda gritando con todas sus fuerzas. Había que sacarle el demonio del cuerpo a la reina.

Nadie dijo nada de su mente.

Cristóbal de la Vega irrumpió en la reunión de sus colegas con la actitud alterada que puede presagiar una tragedia o aportar un descubrimiento. Por suerte se trataba de esto último.

—No hay que preocuparse por el estado de la reina.

Los médicos se miraron entre sí perplejos, después de pasar un largo día inmersos en nefastas cavilaciones. Ante un problema de tal envergadura, nada deseaban más que cualquier mínima luz que les indicase una salida. Ésa, sin embargo, les pareció solamente una puerta a medio abrir.

De la Vega llevaba tiempo estudiando de cerca el comportamiento femenino. Incluso había llegado a realizar, años antes, algunos estudios que no pasaron a mayores acerca de los cambios de carácter de las mujeres en determinados momentos y que no siempre iban acompañados de alguna causa que los justificara. «La mujer», escribió en uno de ellos, «es un animal voluble que disfruta desorientando al varón

con sus extraños e injustificados cambios de humor».

Los doctos y expectantes caballeros dejaron que se explicara.

—Lo que le ocurre a la reina es simplemente una alteración de la mente y el espíritu que sólo pueden padecer las mujeres. He revisado los más completos registros médicos sobre enfermedades y en ellos no aparece nada que sea siquiera semejante. Así que no hay duda. Seguro que muchas otras mujeres lo tienen, por no decir la mayoría, aunque no lo saben. No es nada grave.

Era la tónica dominante. Con esa seguridad tan infundada se zanjaban muchos de los males que quedaban, así, arramblados a las puertas de la verdadera ciencia.

Exactamente transcurrido un mes, hallándose en mitad de un aseo con sus damas, su prima Ann se asustó al detectar extendidas por la espalda de Isabel pequeñas pupas coronadas por un cerco de tonalidad rojiza, que al cabo de dos días habían invadido todo el cuerpo de la reina y, lo que era mucho más devastador: el rostro.

Las marcas presentaban un aspecto realmente poco agradable. Además, empeoraban por días, adquiriendo mayor volumen las de la cara. Hubo de guardar cama mientras los doctores emitían un diagnóstico sobre el que, de nuevo, no se ponían de acuerdo. Los apostemas crecían en tamaño y gravedad mientras quienes podrían curarlos discutían y discutían. Jamás había conocido Isabel ninguna afección parecida a la que la aquejaba, cuyo repugnante aspecto no ayudaba precisamente a mejorar su ánimo deshecho.

Desde la distancia, Catalina de Médicis indicaba, lo que en su caso significaba ordenaba, cómo debía ser tratada esa virulenta erupción cutánea. Con leche de burra, sangre de paloma y mucha cantidad de nata. Para aplicar emplastos directamente sobre los abscesos sugería clara de huevo. De hecho, para cuando los galenos determinaron mucho más adelante que se trataba de una viruela, la piel de la joven reina estaba casi recuperada del todo gracias a los remedios caseros de la madre.

Ann de Montpensier se dedicaba, mientras tanto, a divulgar la creencia de que lo que le sucedía a la reina era fruto de los aires de Toledo y que, de haberse quedado en su querido París, eso no le habría pasado. «A saber cómo resolverán los médicos españoles ese horror que la tiene desfigurada», cometió el error de comentarlo con una de las damas de doña Juana, quien tardó poco en ponerlo en conocimiento de su hermano, el rey. Había llegado el momento en que el imprudente proceder de la prima de la reina tuviera sus consecuencias.

Fue la camarera mayor la encargada de *sugerirle* por dictamen real que de momento no volviera a visitar a Isabel en tanto que no sanara, y que se abstuviera de relacionarse con ninguna dama española y menos abandonar el alcázar hasta nueva orden.

No hizo falta que la reina suspendiera sus actividades porque no las había

reanudado desde la muerte de su hermano. El aislamiento en que vivía era absoluto. En prevención de que las pústulas pudieran ser contagiosas, los médicos habían recomendado que se suspendieran las visitas. Solamente dos damas la atendían, por turnos, mientras que su camarera y el rey eran los únicos que podían permanecer a su lado. Llamó mucho la atención el comportamiento entregado del esposo, nada habitual en un monarca en tales circunstancias. A diario suspendía su actividad durante unas horas para correr junto a la reina, le comprobaba él mismo la fiebre y ayudaba a tratarle las heridas de la piel. Aquello les unió, sin duda.

Una tarde, la camarera llegó con una pequeña novedad a la que ni ella misma dio importancia. Se lo comentaba, le dijo, cansada de la insistencia del interesado pero convencida de que desde luego la reina ni se molestaría en responder. El ayuda de guardajoyas solicitaba verla.

La noticia se coló dentro de la mente de Isabel dejando en ella un poso de íntima satisfacción no reconocida. ¿Para qué querría verla? ¿Cómo se había atrevido a solicitar ser recibido sabiendo de su aislamiento del que toda la corte tenía noticia? Cuando le preguntó el motivo a su camarera, ésta se sorprendió. Ni siquiera pensó que aquello le fuera a interesar. «Dice que es un asunto importante que sólo puede despachar con vos». De sobra sabían ambas lo poco probable que era que pudiera tener un «asunto importante» relacionado con su responsabilidad, la de custodiar *El Estanque*, cuando la reina llevaba más de un mes apartada de cualquier actividad, bien fuera pública o privada, y por tanto exenta de necesitar la joya. Quizás porque la camarera no era ajena a la inverosimilitud de la petición, recelaba de Juan de Nápoles y de su interés en aproximarse a la reina.

—Decidle que venga esta tarde.

La condesa de Ureña temió que esas palabras pudieran ser pronunciadas. Pero lo fueron. Y ahora su obligación era transmitírselo al joven. Aun así, hizo un último intento. Lo consideró su obligación.

—Pero, majestad, vos no habéis querido mostraros hasta que vuestras heridas hayan sanado.

—Haced lo que os digo, condesa.

Fue lo último que allí se habló.

Isabel se sintió invadida por una irreconocible sensación de ansiedad.

Las cuatro de la tarde era la hora convenida. Isabel sentía un nerviosismo que quiso interpretar como inquietud ante la posibilidad de que alguien, aparte de sus damas, la camarera y el rey pudiera ver esas marcas infectas, por más que ya hubieran remitido considerablemente. En el fondo, intuía que la verdadera razón de esa zozobra que alteraba el ritmo monótono de los últimos días había que buscarla en otro territorio, tal vez cenagoso. Tal vez lleno de peligro.

Pero era sólo una intuición, no había que darle más vueltas, elucubró en su cabeza minutos antes de que la presencia de Juan de Nápoles le fuera anunciada, intentando restar relevancia a sus propias sensaciones.

Como era lógico, lo primero que le preguntó la reina fue cuál era el verdadero motivo de su visita.

—Llevaba un mes sin veros, majestad...

Ése era el motivo. Lo sabía, y lo temía al mismo tiempo. Le halagó oírsele decir, su ímpetu le gustaba. Pero no podía permitirle semejante libertad.

Le hizo saber que era una osadía. Juan, por su parte, no podía ocultar el sentimiento de haber culminado una heroicidad que se convertía en un paso más en su ascenso hacia las cotas más inalcanzables para un plebeyo; un peldaño de avance en la escalera que le conduciría no ya a la reina, sino a la joven mujer que ocupaba el trono.

Quedaron en silencio. Él arrimó un escabel a la cama y, después de vacilar mientras la observaba de cerca, ya sentado, le tomó una mano, débil y trémula, y la retuvo entre las suyas, cálidas, protectoras y decididas. Isabel había pedido que les dejaran a solas, muy en contra de la opinión de su camarera.

Por fin se atrevió a confesar:

—No quería que nadie me viera en medio de este espanto. Estoy horrorosa, ¿verdad...? —por primera vez, la joven reina tuvo un gesto de coquetería.

—Vos sabéis que eso no es cierto. Lo que tenéis se os curará y volveréis a ser la de antes —cambió la entonación de su voz, acercándola al territorio de complicidad que intuyó que ella deseaba—. No temáis por las marcas de vuestra cara. Yo, desde luego, ni las veo.

Le apretó ligeramente la mano, provocando en ella un fuerte estremecimiento que trató de disimular. Ya no volvieron a hablarse. Permanecieron mudos, mirándose, observando en el otro aquello que más ansiaban conocer.

Llegado el momento de finalizar la visita, y con la camarera y una dama ya dentro de la estancia, la reina le dijo al despedirse:

—Teníais razón. Esta visita era muy necesaria.

Juan de Nápoles abandonó el dormitorio con la satisfacción de haber podido comprobar que tan significativo peldaño había sido subido con éxito.

Todavía no restablecida del todo, la reina insistió en abandonar sus aposentos por un rato para acudir a la sala donde estaban reunidos los médicos de la corte. Prohibió ser anunciada. Todavía no le había sido diagnosticada la viruela, por lo que aquel momento de incertidumbre en el que no acordaban un veredicto unánime estaba haciéndosele insoportable. Harta del desconcierto de quienes deberían conocer el problema, quiso sorprenderlos en mitad de sus deliberaciones.

Sorpresa hubo. Aunque no como ella hubiera pensado.

La apertura de la puerta fue tan brusca que a los cinco hombres no les dio tiempo a reaccionar, estando uno de ellos en el pleno uso de la palabra mientras los otros se deshacían en aspavientos para que callara. Demasiado tarde.

La reina oyó la palabra «sífilis». Estaba claro que se referían a su dolencia. De un cuadro cuya descripción podría responder a la tristeza, según dijeron los médicos al principio, pasó a oír hablar de aquel mal innombrable. Claro que, según como se tomase, el padecimiento de la sífilis llevaba aparejada para una esposa una enorme tristeza: la de descubrir que su marido pudiera tener relaciones íntimas con otra mujer. Se refirieron a un eventual contagio ante la posibilidad de que el rey hubiera quebrantado la norma de respetar a la esposa hasta la llegada del menstuo.

Fiebres altas. Reiteradas. Oyó entre tartamudeos otras palabras que claramente actuaban de tapadera de la que hería. Sífilis.

Con sólo dos segundos que hubiera llegado más tarde, se habría ahorrado, ella que era reina y francesa, la vergüenza de oír que a dicha enfermedad se la consideraba popularmente como el «mal francés». Expresión que usaron con total naturalidad los médicos.

No quiso pedir explicaciones porque no hacía falta. Ella sabía que no hablaban de otra cosa sino de su padecimiento.

—Y ellos sabían que ella lo supo nada más entrar y oírlos.

La camarera, como fiel vigilante sigilosa, no se separó de la reina en ningún momento.

XI

En el centro de la plaza, a rebosar de populacho enardecido, el altar se sitúa sobre una enorme tarima rodeada por integrantes de la Santa Hermandad y de las distintas órdenes y jerarquías eclesiásticas. Van a actuar funcionarios del Tribunal del Santo Oficio ayudados por representantes de la justicia civil. Al fondo, sobre una tribuna alta, presiden sus majestades los reyes, Felipe e Isabel, ya restablecida, a quienes acompañan los príncipes de Éboli, doña Juana de Austria, la condesa de Ureña, el príncipe Carlos y su tío Juan, entre otras personalidades.

A la derecha de la tarima, los reos, en un número de hasta veinticuatro, ocupan un graderío escalonado. Visten sambenitos de tela de saco en color amarillo, cada uno con su nombre para poder ser identificados. Está escrito en las leyes tácitas de la Inquisición que antes de la muerte se les dé el escarnio, como si la muerte en sí misma no fuera castigo suficiente.

Llevan las manos atadas al cuello con gruesas sogas. Muchos de ellos, muertos ya, pero de vergüenza, agachan la cabeza. La gente les insulta.

Varios arcabuceros disparan salvas al aire mientras discurre un desfile con el estandarte del Tribunal al son de varios instrumentos. Cierra la insólita procesión una compañía de lanceros. Parece que va a ser un espectáculo impresionante. Poco menos que una fiesta.

Una fiesta brutal y descarnada, que escapa a la lógica de una joven que aún no ha cumplido los quince años, testigo de la brutalidad por imposición del rey, su marido, a pesar de haberse resistido a ello cuanto pudo. Pero no lo consiguió. El empeño de Felipe para que asistiera a este auto general, gran acontecimiento para la plebe, no pudo ser rebatido. Cómo podía la reina negarse a presenciar las estrategias de la Santa Madre Iglesia para preservar la fe católica de todos sus siervos, a la que los heterodoxos dan zarpazos que hay que combatir como se extraería el gusano de un cesto de manzanas para evitar que las pudriera todas.

Se procede a la lectura pública de los cargos en contra de los reos para goce y deleite del pueblo hambriento de dar castigo a los pecados por otros cometidos. Aunque también los hay que no se alegran, manteniéndose en profundo silencio, y toman nota de lo que está sucediendo.

¿Es él? Isabel lo ha presentado.

Una sombra que trae consigo el palpito certero de que se encuentra próximo.

Allí, frente a la tribuna principal, bajo los soportales de la plaza de Zocodover,

Juan de Nápoles, bien vestido, la mira fijamente sorteando las cabezas y los cuerpos agitados. Parece llevar tiempo observándola. ¿Cómo no se había fijado antes en él?

Ambos se entienden en la distancia. Los ojos de Isabel, con lágrimas que pugnan por salir, de rabia y de impotencia, imploran el aliento del joven ante tamaña monstruosidad. La enloquecida algarabía de la gente la aturde, llevándola al extremo de lo que cree que es capaz de soportar. Al límite de sus fuerzas. El rey lanza a Isabel una mirada con la que le recuerda que debe permanecer inalterable en el lugar que le corresponde. Sin embargo no alterarse resulta imposible. Los rostros de los presos están inculcados en su retina para siempre, grabados a fuego.

Son los rostros del miedo.

La clemencia que no llega.

Y el monstruo, el asturiano arzobispo de Sevilla, Fernando de Valdés, inquisidor general, saboreando el olor a la muerte que se aproxima. Relamiéndose despiadado, como un voraz sabueso.

Empieza a correr como un reguero de pólvora la versión de que Valdés ha perdonado a un paje belga del rey Felipe, un tal Carlos de Estréel, «pecador no arrepentido», por insistencia de la reina ante su marido. Pero no es más que eso: un rumor.

Afortunadamente, no todas las ejecuciones se llevan a cabo en este lugar. Varios prisioneros son trasladados a las afueras de Toledo, al lugar que llaman El Quemadero, para ser estrangulados antes de convertir sus cuerpos en pasto de las llamas. Oye la reina que se trata de un fraile de Valladolid, de un ermitaño parece ser que de Andalucía y de dos extranjeros entregados a los repugnantes delirios luteranos.

Agotada la lectura pública de los cargos por los que se les condena, los prisioneros son atados a unos maderos verticales a cuyos pies la leña empieza a arder. Pronto todo el espacio de la plaza se calienta, obligando a la gente a alejarse. El calor se hace insoportable.

Juan de Nápoles se alza la capa con el brazo izquierdo y se cubre medio rostro, dispuesto a desaparecer de la cruel escena, no sin antes dedicar a la reina una sonrisa que encierra pensamientos demasiado atrevidos.

Un repulsivo olor a carne quemada se esparce entre la densa multitud de cientos de hombres y mujeres que, venciendo el calor y el sofoco, se apelotonan para observar de cerca esta cruda expresión de lo macabro. Los sentimientos populares quedan confundidos con las llamas; la gente grita; la gente se lamenta; la gente impreca y hasta chilla, pero no sabría decirse de qué, si de pena o de éxtasis...

Sí. Claro que es posible. Antes no lo sabía. Ahora Isabel ya lo sabe. Hay quien encuentra un oculto placer en la contemplación del horror ajeno. Ve a estas alimañas en que se han convertido sus súbditos deleitarse con el hedor que a ella le revuelve el estómago. Se siente indispuesta. Pero el rey la obliga a mantenerse en su sitio.

«¿A esto llaman auto de fe?», pregunta a Juana, su cuñada, sabiendo que ella es de todos la más devota. «¿Quién puede mantenerse en la fe de Dios, y del Hijo de Dios, después de ver lo que es capaz de permitir en la tierra?». Le cuesta respirar, el humo denso con los restos de la piel calcinada de los herejes le bloquea los pulmones. Apenas puede mantenerse en pie. Y Juan ya no está.

Corre el día 9 de marzo del año de Nuestro Señor Jesucristo de 1561.

—Jamás había visto un acto de barbarie como el que me habéis obligado a presenciar.

Isabel discutía con el rey en una estancia privada del alcázar, todavía impresionada por el impacto sufrido por la mañana.

—¿Llamáis barbarie a la acción de ejemplarizar?

—¿Ejemplarizar...? ¿Vos, señor, consideraréis ejemplar quitar la vida a alguien a sangre fría, de la manera más cruel que pueda existir?

El rey estaba en una posición delicada ante su vulnerable esposa, pero no dispuesto a dejar que llevara hasta el final lo que consideraba una rabieta de niña criada entre algodones, y se defendió atacando.

—Tan cruel como lo fue que, en Francia, mataran a cuatro hombres para que sirvieran como carne de prueba antes de operarle el ojo a vuestro padre.

—Iban a morir igualmente, estaban condenados. —Isabel lo consideró un golpe bajo—. Se hizo en aras de la ciencia.

—Por la ciencia no, sino por vuestro padre. Y eso también es matar a sangre fría. Ni siquiera eran herejes.

—De haberlo sido, ¿ya no habría importado, entonces, que los mataran? —daba la impresión de que Isabel estaba al borde de una nueva crisis nerviosa—. ¿Es lo único que os importa, la pureza del alma, antes que una vida como la de mi padre?

La pureza del alma. Cuántas vidas no se perderán en su nombre a lo largo de los siglos. Su padre, que no fue precisamente un espíritu puro como hombre, cumplió sin embargo con su papel paternal como pocas niñas de su edad y parecida condición habrían disfrutado —aunque jamás ninguna condición podría compararse a la de ser princesa o reina—, aun con progenitores ni mucho menos cargados de tantas responsabilidades como el suyo.

Entonces debía considerar muy seriamente la relatividad de la pureza.

Caía la noche entre las llamas avivadas de los candelabros en el alcázar. En la quietud del silencio y al abrigo de la nocturnidad, la rigidez, en todos sus órdenes, tiende a cederle terreno a la distensión de ciertos comportamientos. La rigidez se ablanda, allanándole el camino a las confesiones que aguardan el mejor momento para manifestarse.

No era muy tarde, pero lo suficiente para que los pasillos estuvieran ya desiertos. Dos discretos y cautelosos golpes en la puerta que daba acceso a las estancias de la reina rompieron por un instante el silencio. Eran esperados con ansia por Isabel, agitada en su habitación durante una espera que se le hizo larga aunque en realidad el tiempo transcurrido había sido corto. Juan de Nápoles fue llamado con la mayor de las reservas y, sobre todo, gracias a la connivencia de la condesa de Ureña, desde el primer momento poco amistosa con el joven. Pero la insistencia de la reina, a quien vio tan gravemente afectada por la visión del auto de fe que le dio lástima, hizo que no se lo pensara demasiado y cumpliera sin objeciones una orden que en nada le agradaba.

Nada más entrar Juan, Isabel se echó en sus brazos. Al estrecharlo así, desafiando los límites de la corrección y de las costumbres tanto de esposa como de reina, conjuraba de la forma más espontánea y vehemente la sinrazón de un país como España y la de su Iglesia. Y exorcizaba los demonios de un matrimonio absurdo que la confinaba a participar de ese esperpento macabro. Buscó consuelo en los brazos que no pudieron alcanzarla en la plaza de Zocodover durante el auto de fe, como estuvo deseando.

Por su parte, el ayuda de guardajoyas, absolutamente seguro de tener a su presa atrapada, se había limitado a esperar la llegada de este momento. Por eso actuó con toda tranquilidad y la rodeó con la perseverancia de quien se sabe necesario. Sus respiraciones entrecortadas impedían que salieran las palabras. Solamente se abrazaban con fuerza.

Isabel, invadida de repente por un enorme pudor, intentó zafarse. Pero enseguida volvió a entregarse a lo que le ofrecía ese hombre volcánico que sabía contener, de momento, el magma que calienta la tierra esperando la oportunidad del estallido.

Ella comenzó a hablarle de la atrocidad que sus ojos estuvieron obligados a contemplar en ese día de espanto que confiaba en borrar de su memoria, aunque sabía que iba a ser difícil. La muerte, vista de cerca, aderezada con los gritos de los condenados y el infierno del fuego, es capaz de buscar las venas para contaminar la vida de un ser inocente como era ella.

Cuando la muerte se introduce en la sangre se le hace difícil encontrar el camino de salida.

Mientras Juan le iba besando primero los párpados, después la nariz, las mejillas, nuevamente la frente y los ojos, hasta atreverse a hacerlo en las comisuras de los

labios con un beso ligero como un soplo, ella no dejaba de referirse al dantesco espectáculo de la Santa Inquisición en el uso de sus poderes, evocando el dolor por la muerte de su padre y el alejamiento de Francia. Lloró, porque es posible que el rey tuviera razón y fuera una niña mimada, pero una niña con cabeza y mucho corazón. Una niña cuyas lágrimas fue bebiéndose Juan de Nápoles para acabar besando aquellos labios que lloraban.

Con mucha habilidad, supo respetar el muchacho el decoro de Isabel al no querer ir más allá. Por ser la primera vez, aquello ya era mucho, sobre todo para ella. Viéndose besando a este hombre no comprendió su propio proceder, pero ya estaba hecho. Y no iba a negar que se sentía bien con su presencia y ahora también con sus besos que no estaba dispuesta a repetir. La necesidad de desahogarse la había llevado a esa situación y, borrando lo que acababa de ocurrir, Juan era un buen consuelo. Siguió hablándole. Ni siquiera podía decirle que estuvo equivocada con la decisión de su boda, dado que no era dueña de su destino. Sus padres decidieron por ella. Lo que sí tenía derecho a creer era que no estaba capacitada para merecer el elevado rango de reina. Deseaba con todas sus fuerzas no serlo. A su indocilidad ante su sino se sumaba la dificultad para llevar a término un embarazo, que era lo único que justificaba su matrimonio. En tanto no le diera a España un heredero, consideraba estéril su permanencia en el país, así como su reinado. Poco le importaba la paz firmada entre ambos pueblos.

—Hasta que no os llegue la primera menstruación no debéis pensar en la necesidad de descendencia.

Isabel se ruborizó con virulencia. No podía aceptar que un hombre con quien no tenía la confianza suficiente —¿o tal vez tenía más de la que pensaba, porque era una confianza sobreentendida que parecía venir de antes, incluso, de conocerse?— pudiera atreverse a hablarle abiertamente de su regla, y así se lo hizo saber.

—Disculpadme, majestad, si os he podido importunar —su tono sonó sincero—. Pensaba que a estas alturas ya sabríais que el menstuo de una reina es un asunto de Estado. Todo el pueblo está pendiente de ello porque en el tiempo adecuado espera de vos un heredero.

La reina se alteró más todavía. Pasó de una vergüenza comprensiblemente femenina a constatar que no erraba en absoluto al describir su situación.

—Tenéis razón. Seguro que ya piensan que no seré capaz de dar un descendiente a la Corona.

—Por favor, tranquilizaos. El pueblo siempre espera lo mismo. Y si le dierais al rey un hijo varón, entonces querrían una princesa. Y a siete hijos que tuvierais, el pueblo invocaría un octavo. El pueblo nunca está satisfecho. No lo olvidéis.

—Yo tampoco...

Esa confesión dicha ante un hombre, en cierto modo todavía un extraño, le

acercaba a él más que ningún otro hecho, más incluso que besarle, porque le estaba otorgando el acceso a las honduras de su corazón. Destapaba ante él los sentimientos más inconfesables que, de haber llegado a oídos de cualquier otra persona, podrían haber supuesto una complicación en su vida.

Tras su demostración de franqueza, verdadero regalo de la presa a su cazador, Juan querría haber tomado allí mismo lo que con tantas fuerzas deseaba. Pero estaba, al fin y al cabo, ante una mujer desorientada y presa de un desvalimiento que no cabía asaltar como si de un abordaje se tratara. Era impulsivo, pero conocía la importancia de la espera. Aún no había llegado la ocasión más indicada. Al despedirse, en lugar de hacer la reverencia protocolaria, pasó sus dedos por las mejillas de Isabel, todavía húmedas por las lágrimas, y después le tomó ambas manos que se llevó a sus labios. Con ellas hizo allí lo que no se atreviera a hacer en la boca de la reina.

Al sentir la decidida y experimentada lengua del muchacho deslizándose entre sus dedos, Isabel pensó que se lanzaba de cabeza al fuego del infierno.

Quién sabe si valdría la pena quemarse de esa manera cuando se ansía tomar otro camino en la vida que no es el que está escrito.

Madame de Montpensier y madame de Clermont contribuyeron poco en aplacar los ánimos de la reina insistiéndole en que los malos aires de Toledo eran la causa de la tardanza de su primera sangre menstrual y que hasta que no abandonara esta ciudad seguiría sin tener lo que los españoles llamaban «la camisa».

Los médicos también vinieron a decir, con mayor conocimiento que las damas francesas, que la ciudad era un lugar inapropiado para una salud frágil como la que estaba demostrando tener la reina. Desde que llegó a España se habían sucedido reiterados episodios febriles, fatigosas jaquecas, pérdidas de apetito y un sinnúmero de pequeños desórdenes que, unidos a sus crisis nerviosas y a la viruela, preocupaban a los responsables de la salud de la familia real. Y ni qué decir que, para un cuadro como el que presentaba Isabel de Valois, los intensos fríos que la acompañaron en su llegada, con la mala fortuna de que fueron los peores en muchos años, acabaron de rematar su propensión a querer huir permanentemente de Toledo, de sus nieblas invernales y del helor húmedo que se le adhería a los huesos haciéndola tiritar incluso junto al fuego. Fue mala suerte que le tocara vivir aquellos dos crudos inviernos de los años sesenta y sesenta y uno, en los que llegó a faltar leña y carbón, afectando dicha escasez, así como la de productos básicos de alimentación, incluso a las clases nobles. Fue un enorme desastre al que la autoridad municipal no pudo, o no supo, hacer frente. Bien es cierto que durante el tiempo que la corte permaneció allí instalada, la ciudad multiplicó por diez su población, haciendo el abastecimiento mucho más difícil.

Toledo era para la reina una ciudad maldita, fastidiosa y gélida. Muy incómoda.

Nada había que pudiera satisfacerle, a pesar de la belleza que tenía y que no supo reconocer. Y nada podía hacer Felipe más que tener paciencia y confiar en que se le acabara pasando la animadversión que por ella sentía, algo que parecía poco probable. Carecía de los jardines que tanto le gustaban a Isabel, criada entre los fastuosos parajes franceses. Frondosos jardines parisinos y ríos en el valle del Loira, salpicados de mares de rosas y rododendros, habían sido la refinada cuna paisajística de la reina española que se ahogaba sin pulmones verdes que respirar a su alrededor y sin los colores que la naturaleza regala a los sentidos en las primaveras del norte de Francia.

Los paseos a caballo cuando el sol estaba alto solían ser frecuentes y reconfortaban a la joven. Recorría las calles de Toledo sin más compañía que la de la condesa de Ureña o bien la de su cuñada, doña Juana. Más de una vez, en esas salidas aprovechó para ver al de Nápoles con cierta libertad, sin desatar habladurías. Pero tampoco podía abusar de esos encuentros ya que no hubiera sido aconsejable soliviantar más los ánimos adversos de la camarera mayor hacia el joven por el que tanta predilección sentía la reina. Al menos al aire libre Isabel tenía la sensación de que el pecado era menor.

Cruzando el puente de Alcántara atravesaban las murallas para gozar de un poco de verde que prestara sosiego a la inquieta Isabel. Desde allí, con la ciudad a sus pies, gustaba de tumbarse en la hierba saltándose el rígido protocolo en rincones como aquéllos, normalmente desiertos.

Cierta tarde de primavera, con los colores de la ciudad en su natural alteración, pocos días después de aquel fatídico 9 de marzo se produjo el primero de esos encuentros casuales de Juan de Nápoles con la reina, acompañada como siempre por su camarera mayor. Estaban a punto de cruzar la muralla para salir del casco de la ciudad cuando apareció ante ellas. La camarera, que no creyó en la casualidad, indicó a la reina que era hora de regresar porque se les estaba haciendo tarde, temiendo que los dos jóvenes se desbocaran como dos corceles. Con su larga experiencia, les veía venir, sobre todo a Juan, del que ya tenía formada una imagen clara de avezado arribista de pocos escrúpulos.

—¿Conocéis la Peña del Rey Moro? —le preguntó la reina.

—Aquí todo el mundo la conoce —respondió él.

—Llevadme allí.

Y como si estuvieran solos, ignorando de forma expresa a la condesa, empezaron a trotar ascendiendo en dirección al lugar. Le gustó. Costaba llegar hasta la parte más alta pero lo abrupto del paraje no hacía sino aumentar la hermosura de un cerro peñascoso que ofrecía una visión majestuosa de Toledo y del río. Corría un viento suave que resultaba agradable. La camarera acudió solícita con una prenda ligera de abrigo para evitar que la reina cogiera frío. El intento de Juan de querer ayudar a

colocársela fue considerado ofensivo por la condesa, teniendo que pedirle Isabel que no le diera importancia a un simple gesto de cortesía.

Con semejante compañía de vigilancia, no hablaron de nada en particular. Se dedicaron a mirarse de soslayo mientras disfrutaban, embarrancados en el silencio, de la vista y los efectos de los tibios rayos solares que se reflejaban sobre los tejados de la ciudad. Se observaban, escrutando cada detalle que descubrían en el otro con la meticulosidad de un científico y el arrebató de dos cuerpos jóvenes que se encienden en una misma llama.

Isabel, impresionada por la leyenda de la Peña del Rey Moro, preguntó a Juan si él creía que se puede sobrevivir a la muerte.

—Si se está enamorado, desde luego que es posible.

—¿Como el soberano musulmán de la leyenda?

—Claro, ¿por qué lo iba a decir si no...?

Una hora después regresaron al alcázar cada uno por su lado. Y más unidos que nunca.

El embajador francés Fourquevaux era un hombre corpulento e inquieto. Al rey solía incomodarle en las audiencias que mantenían a solas. Ese día, el diplomático hizo un despliegue de todos sus conocidos espasmos nerviosos, porque nada más ser recibido por el monarca supo que las cosas no iban bien, y era incapaz de adivinar el alcance del problema. Se secaba permanentemente el sudor —aunque no hacía calor, la alteración de la sangre ante cualquier adversidad se le traducía en una sudoración excesiva muy difícil de controlar— y después se limpiaba las manos en la ropa.

El rey, intentando quitarse de encima lo más pronto posible una presencia que le resultaba harto desagradable, no se anduvo con rodeos y, tras una primera frase de cortesía, le confesó su preocupación por la influencia que tenían dos damas francesas sobre la reina.

—Ah, ¿se trata sólo de eso? —le traicionó su exacerbado temor inconsciente.

—¿Le parece poco, Fourquevaux, le parece poco...?

—Oh, no, no, no —lo dijo casi como un tartamudeo—. En absoluto, majestad, disculpad si así lo he expresado. Soy consciente del importante papel que desempeñan las damas para con su reina. Decidme, ¿a quiénes os estáis refiriendo?

—Es fácil adivinarlo: a la prima de la reina, madame de Montpensier, y a madame de Clermont. Su influencia es negativa para mi esposa. ¿Acaso no ha llegado a vuestros oídos lo que la deslenguada Montpensier va diciendo en la corte acerca de que la frágil salud de nuestra reina se debe a los malos aires de España?

—No volverá a ocurrir, majestad, os doy mi palabra.

—Sí. Seguro que no volverá a ocurrir, Fourquevaux, seguro.

El embajador, completamente empapado de sudor, se sintió finalmente tranquilo,

con el convencimiento de que el rey no tendría demasiado trabajo ese día si lo había llamado para tan insignificante cuestión.

Antes de abandonar la estancia volvió a secarse las manos en la casaca. Afortunadamente hacía rato que Felipe había dejado de mirarle.

El rey no supo si resistiría la presión de su esposa en sus requerimientos para que trasladasen su lugar de residencia. Últimamente había pasado demasiadas horas al día ocupado en las tareas de su alta responsabilidad, aunque no más de lo que hacía siempre. Ahora, sin embargo, su situación era diferente. Estaba casado con una mujer joven que corría el riesgo de morir de aburrimiento a su lado y por la que se sentía enormemente atraído, algo que jamás le había ocurrido antes como marido. Se hizo la promesa de que se dedicaría a ella con más entrega y tal vez eso ayudara a hacerle cambiar de idea.

A los pocos días de tener lugar el auto de fe que tanto afectó a la reina y de la discusión posterior que hubo entre ambos, le avisó de que comería con ella en privado. Quería suavizar su relación. Comprendía que había sido muy duro tener que presidir el auto general, y más aún discutir con su marido debido a la diferencia de criterio frente a una misma realidad que era la de velar por la fe católica defendiendo, a la vez, una férrea disciplina de comportamiento. Estaba claro que al rey le interesaba su esposa, de lo contrario no perdería el tiempo preocupándose de lo que consideraba meros caprichos, siendo como era un hombre pragmático y ególatra.

Aunque había algo más. El principal objetivo del acercamiento era saber hasta qué punto la reina se había hartado de Toledo. Ella llevaba meses insistiéndole en que sería bueno trasladar la corte a otra ciudad menos hostil. Madrid, por ejemplo, que, sin ser gran cosa, no estaba demasiado y cuya situación la hacía más accesible, como atractivos eran sus inmensos jardines. Al ver la expresión de su cara, luminosa y un punto infantil, al hablar de otra ciudad, Felipe no se creyó en el derecho de privarle de lo que parecía que podría contribuir a su felicidad. Estaba claro que debían marcharse cuanto antes.

Y es que Isabel, verdaderamente, no podía más con el peso de una ciudad a la que no amaba. Lo único que tenía que agradecerle a Toledo era el haber servido de escenario para los ratos compartidos con alguien que había dado muestras suficientes de comprenderla. Un hombre al que arrimarse aunque fuera peligrosamente.

El peligro. Ese alguien era un hombre con un enorme atractivo; un súbdito con ganas de comerse el mundo, y si había que empezar por la reina, estaba dispuesto a hacerlo sin detenerse en consideración alguna.

Ése era el peligro.

Una semana más tarde, el rey le comunicó a Isabel que había adquirido un lugar llamado la Huerta de Vargas, en Madrid, plagado de árboles centenarios, huertos y frutales, que contaba con innumerables senderos para pasear o galopar a caballo. Le habló, asimismo, del palacio de los Vargas que se hallaba en mitad de las vastas extensiones de terreno, rodeado de frondosos jardines, y que formaba parte de la interesante adquisición.

Le causó tal alegría la noticia que, a partir de ese día, se mostró más comprensiva con su esposo y su humor experimentó una notable mejoría. Frívola y caprichosa, en previsión del traslado comenzó a encargarse de la confección de gran número de trajes con las mejores telas que se pudieran hallar. Cuando el rey le dijo que se estaba acondicionando el viejo alcázar de la villa para instalar allí la corte, Isabel, agradecida, le besó en la boca por primera vez.

Y preguntó de qué color eran las calles de Madrid.

La despedida de las madames de Montpensier y de Clermont, como era de esperar, resultó triste para las tres. El rey las había expulsado de la corte, enviándolas de regreso a París. «Cuídate mucho, niña mía, e intenta ser feliz», le dijo cariñosa al oído Ann, sin que nadie distinguiera las palabras porque hablarle así a la reina era impensable. Isabel la estrechó largo tiempo entre sus brazos, queriendo quedarse con lo mejor de su prima, reteniendo como recuerdo el cariño que Ann le venía demostrando desde niñas y del que ahora se veía obligada a prescindir. No entendía la decisión de su esposo, ni mucho menos la compartía, pero, a esas alturas, el haber madurado le ayudaba a entender que hay órdenes reales que jamás han de ser contravenidas, aunque atañan directamente a la reina. Además, Isabel estaba decidida a no discutir con el rey después de que éste diera el visto bueno al traslado a Madrid. Era un gesto que bien podía no haber tenido, y su vida habría seguido siendo la misma quién sabe por cuánto tiempo. Acabó reconociendo para sus adentros que, realmente, sus dos damas habían sembrado más desorden que otra cosa, siendo el papel que tuvieron encomendado justamente el contrario.

La condesa de Ureña sentía sólo cierta pena, más por Isabel que por el hecho de perder de vista a estas dos atolondradas. Fue correcta en el adiós, e incluso se permitió un gesto de ternura al dejarse abrazar por Ann.

Después fue madame de Clermont quien se despidió de la reina y de su camarera. Isabel le pidió a su prima Ann, justo cuando abandonaba las dependencias de palacio, que le dijera a su madre y hermanos que pensaba mucho en ellos. Que nunca los olvidaba.

Como tampoco iba a olvidarse de Ann.

En el estado de ánimo en que quedó tras la partida se vio incapaz de realizar ninguna actividad. Tampoco tenía apetito, así que le propuso a la condesa de Ureña dar un paseo hasta las cuadras para tomar un poco el aire. Mediaba el mes de mayo. El calor se dejaba sentir en una hora en la que, por ser la de la comida, había cierta relajación en palacio.

Al llegar a las cuadras no esperaban encontrar a nadie, y menos a Juan de Nápoles con el torso al descubierto, mojado por el agua de una tosca palangana que reposaba vacía en el suelo junto a un hermoso ejemplar de yegua árabe que ambas mujeres identificaron como la que montaba la reina. La piel de Juan brillaba como si estuviera encerada, un dios de ébano descolorido; Isabel jamás había visto nada semejante.

La condesa percibió claramente la turbación de la reina y experimentó una mezcla de sentimientos que iban desde la rabia hasta la preocupación, al constatar el efecto que en ella producía la inesperada presencia del descarado joven. Giró la dama rápidamente la cara a otro lado esperando un mínimo gesto de decoro que no se produjo, mientras su señora mantenía sobre el hombre medio desnudo una mirada perpleja y reprimidamente impúdica. Entonces, la condesa, no encontrando salida a la escena, llamó la atención del muchacho para que se cubriera, al tiempo que le pedía explicaciones de su proceder. Muy educado, él esgrimió como excusa que no esperaba visitas cuando pensó en aprovechar esta hora en la que los demás comían para cuidar durante un rato la yegua de su majestad. Esto último lo dijo mirando a Isabel sin pestañear y mostrando una sonrisa que en poco ayudaba a que ella pudiera conservar su equilibrio emocional.

Lo malo, para la condesa, era la actitud del muchacho, que no parecía nada dispuesto a abandonar aquella pose chulesca de la que hacía gala para turbar a la reina. Sólo pudo pedirle que no se volviera a repetir nada similar. Había perdido esa partida en beneficio no sólo de Juan de Nápoles sino, lo que era peor, de su señora. No había forma de solicitar un castigo para un hecho imprevisto y en absoluto premeditado, con el que, además, no se había cometido falta alguna. Y Juan lo sabía.

También Isabel. Nada anhelaba más en aquel momento que borrar el entorno, que desaparecieran las cuadras, el abrevadero, los caballos y las monturas; que la condesa de Ureña se esfumara con un chasquido de dedos; que el día fuera noche cerrada para no ser vistos. Y en una habitación cualquiera, lejos del alcázar, sólo Juan y ella sobrevolándose a sí mismos.

El día, sin embargo, aún sería largo.

En las horas posteriores le costó dejar de pensar en Juan y en la exhibición de su cuerpo, el único cuerpo de hombre que había visto así, medio desnudo, en toda su

vida. Le angustió la posibilidad de que pudiera ser dueña —¿o esclava?— de una mente perversa que la llevaba a recrearse al recordar que había abrazado ese cuerpo que ahora conocía despojado de ropa.

Pero hubo algo que la sacó de su ensimismamiento. Al caer la tarde, un grupo de sirvientas ordenaba el armario de la reina en una estancia contigua a la que servía de lectura, sin darse cuenta de que la puerta estaba entreabierta. Entonces escuchó aquel nombre que se le clavó como una aguja sobre la carne: Eufrosia de Guzmán. El nombre le resultaba conocido, no así el apellido. Repasó mentalmente buscando de quién se podría tratar, ofuscada por los comentarios sobre lo que, según decían estas mujeres, se rumoreaba en la corte: el rey tenía tratos de favor con ella. Un favor muy íntimo.

Cuchicheaban entre risas maliciosas que no quiso cortar la reina, porque cuando la condesa de Ureña fue a cerrar la puerta ella se lo prohibió para evitar que se dieran cuenta de que habían sido escuchadas. Dijeron muchas más cosas a las que era mejor no hacer caso. Isabel salió rápidamente de la habitación seguida por su camarera, yendo en dirección contraria para que las criadas no advirtieran su presencia. «¿Quiénes?, decidme, ¿quién...?», preguntó a la condesa en el pasillo, mientras ésta, que seguía caminando, se obligó a detenerse porque no era correcto que nadie fuera avanzadilla de la reina en el andar. Isabel, visiblemente enfadada, repitió el requerimiento, y entonces María de la Cueva la introdujo en la estancia que les quedaba más a mano, cerró la puerta y respiró antes de contestar.

—Esa mujer es una de las damas principales de vuestra cuñada, doña Juana. Es lo único que debéis saber. Todo lo demás son habladurías. Ése es el único dato cierto.

—¿Dato?! —se mostraba furiosa—. ¿Tener relaciones íntimas con mi esposo es un dato? ¡Por Dios, María, no penséis que soy tan tonta! ¿Es que no habéis oído lo que decían esas mujeres? Seguro que a alguna de ellas le habrá tocado alguna vez disponerlo todo para sus encuentros obscenos con el rey. Y si lo saben ellas, ¡lo sabrá toda la corte! ¿Aprobáis, entonces, que vuestra reina sea humillada de esta forma?

Como la condesa de Ureña callaba, la reina insistió:

—Es por mi regla, ¿verdad? ¿El rey tiene otras mujeres porque no puede yacer conmigo? —se echó las manos a la frente con fuerza—. ¿Cómo no he podido darme cuenta antes? Vos... vos sabíais que algo así podía pasar, ¿y no me advertisteis...?

Para la camarera mayor existían dos posibles maneras de abordar la situación. Una era tratar de consolarla mediante la comprensión y la ternura que Isabel despertaba cuando se sentía desvalida o atacada. Y la otra, tratar el asunto con toda crudeza para que la joven madurara en la recta línea que debía seguir.

Optó por la segunda con las consecuencias que podía acarrearle, y, así, le dijo:

—¿Qué hombre puede estar dos años sin tocar hembra...? Gusten o no, los deberes de la vida conyugal han de ser admitidos por una esposa.

Y sin esperar respuesta se marchó.

Ahora, Isabel cree estar aún en peor situación. No quiere, porque tiene clara conciencia de que no le conviene, indisponerse con el rey. Sin embargo, las entretelas de la vida conyugal a las que se refiere su camarera mayor son un misterio para ella; un misterio que le provoca una enorme rabia difícil de combatir si decide seguir poniéndole buena cara a su esposo. Pero no le queda otro remedio.

Confía en que Madrid traiga aire fresco a sus vidas y a su relación. Qué ganas de que llegue ese día en que deje a sus espaldas la adustez de Toledo y sus calles grises y estrechas, y despida una etapa de su vida a la que tendría que recriminar demasiadas cosas. Prefiere olvidar y lanzar su mirada hacia adelante. Siempre hacia adelante. «Una reina no debe mirar atrás», oía decir a su madre en las cálidas estancias de Tournelles.

París. No volver la vista a ti se hace difícil.

Las altas torres de Notre Dame en las tibias mañanas de finales del invierno. Y el Sena, río plateado por el que siguen navegando los sueños de Isabel de Valois.

TERCERA PARTE

El corazón

XII

Madrid, 3 de junio de 1561

La villa de Madrid les recibió con un día soleado. Isabel, que acababa de cumplir quince años, parecía una niña a la que le hubieran hecho el mejor regalo de su vida. No daba tregua a la sonrisa y sus mejillas se mostraban rosadas de júbilo. Su entusiasmo se fue contagiando a las personas más allegadas y, de esa manera, se pudo ver a un rey exultante que no parecía que hubiera claudicado ante su esposa sino más bien que le acabara de obsequiar un tiempo futuro plagado de tranquilidad y de gozo.

Las últimas horas pasadas en Toledo habían resultado duras para la reina. Pero al partir rumbo a Madrid decidió olvidar el episodio de Eufrosia de Guzmán, no porque no le importara la posibilidad de que su esposo tuviera una amante, sino porque en realidad no había podido confirmarlo. La condesa de Ureña solamente le había hablado de cuál debía ser el papel de una reina ante el marido, pero de su boca no salió un «sí, claro que el rey se ve en la intimidad con Eufrosia y con diez mujeres más». Felipe no era tan malo como creyó durante algún tiempo, pensaba al entrar en Madrid aclamada por la gente en las calles, jamás sería capaz de hacerle daño un hombre que accedía a sus deseos y decía amarla con locura. ¿Para qué seguir empeñada en imaginarlo en el lecho de otra mujer? Ella misma haría que los fantasmas de su mente ataran en corto las sospechas para no dejarlas moverse a sus anchas.

Quiso lucir en esa ocasión tan esperada el diamante que el rey le regaló al llegar a Toledo. *El Estanque* causó la misma admiración que entonces pero para Isabel había una diferencia: se sentía más segura, mejor reina. Y, así, portaba la joya como una mujer adulta conocedora del valor de lo que llevaba encima y del significado poderoso de ser su dueña. Durante toda la compleja preparación del ceremonial, cuando Juan de Nápoles lo disponía para colocárselo, le dijo en voz baja, para que nadie lo oyera, que estaba preciosa. No usó ninguna otra palabra, ni bella, ni hermosa o guapa, sino esa precisamente, sabedor de que a Isabel le gustaba de una manera especial. Por lo demás, estaba muy llamativa con una capa en color oro con vistosos brocados y, como era su costumbre, un rico vestido que no había lucido anteriormente y que tampoco se volvería a poner. Pequeñas perlas arracimadas, de color hueso, que discurrían por el recogido alto del peinado otorgándole un porte indiscutiblemente majestuoso, completaban una estampa que impactó en el pueblo de Madrid, satisfecho de recibir a su reina en la que, a partir de aquel momento, iba a convertirse en su casa.

Al entrar en el alcázar todo lo que vio le pareció hecho para ella. En mucho

contribuían a esta grata sensación las ganas que tenía de cambiar de ciudad, dado que ciertamente no es que fuera en aquel tiempo la fortaleza madrileña el lugar más confortable del mundo debido a que en una parte muy amplia de ella se realizaban obras que todavía se prolongarían durante varios años. Al poco, su madre, Catalina, le escribió transmitiéndole su preocupación ante la naturalidad con la que asumía vivir en medio de esas incomodidades. Pero a la joven reina esas condiciones le molestaban menos que el frío y el tedio reinantes en Toledo, así que trataba de ver el lado bueno de las cosas e ignorar en lo posible todos los elementos negativos que pudieran presentarse.

Echó de menos a madame de Clermont y a su prima Ann cuando los más destacados miembros de la corte le aplaudieron al presentarse en el enorme salón donde se le preparaba un recibimiento destinado a emocionarla.

La reina de España, por fin, sonreía orgullosa.

Buscó por toda la sala la presencia de Juan. Entre el denso murmullo de saludos y plácemes, lo vio en un rincón disfrutando de aquel momento de alborozo público que los aproximaba físicamente en el secreto sólo por ellos compartido. No había sitio para nadie más en él, ni tan siquiera para la siempre vigilante condesa de Ureña, enterada de la sintonía existente entre ambos pero no de la extraordinaria cercanía que ya existía.

—No imagináis cómo gana vuestra belleza cuando lucís *El Estanque* —la princesa de Éboli le desvió la atención de Juan—. Tendrías que llevarlo más a menudo, cualquier mujer en vuestro lugar lo haría.

—Os gusta, ¿verdad, princesa?

—¡Y a quién no! —Ana de Mendoza rio ante la inocencia de su reina—. Aunque... no sé qué deciros. Creo que como nadie más que vos podría llevar un diamante como éste, es mejor no pensar en ello.

—Sí, me siento muy dichosa con él.

—Y qué enorme responsabilidad la de cuidarlo... ¿no? Ha de ser alguien de mucha confianza.

Isabel sintió una punzada en el estómago. ¿Por qué decía algo así la princesa de Éboli? Se preguntó ofuscada si el comentario, y la sonrisa que le dedicó tras haberlo dicho, encubrirían alguna intención equívoca. Prefirió tratar de no pensar en ello, hacer oídos sordos a tales palabras y seguir disfrutando del momento.

Fue una jornada intensa y llena de enormes alegrías, que se apagó con los últimos destellos de *El Estanque* antes de que Juan de Nápoles lo retirara para guardarlo en su nueva ubicación.

Un día de mediados de agosto, la reina despertó con un enorme malestar. Notaba un peso en el vientre que le impedía incorporarse del lecho. Cuando por fin lo consiguió

con ayuda de sus damas sólo pudo inclinarse sobre la palangana que rápidamente le trajeron, atacada por unas violentas náuseas que no acabaron de dar fruto. Sentía doloridos la cabeza y los riñones; los pechos se le hincharon y, al ponerse vacilante en pie, notó una flojedad en las piernas.

Evitó el desayuno y a la hora de la comida se retiró molesta por algo caliente y acuoso que sintió entre los muslos, llegado junto a un espasmo nacido en el bajo vientre y de una naturaleza que tampoco hasta entonces había conocido. Al acompañarla, la condesa de Ureña reía de satisfacción, segura de que eran los síntomas de la primera sangre que, efectivamente, bajaba con evidentes y contenidas ganas.

La menarquía de la reina por fin se había producido.

La noticia se extendió con rapidez por la corte y por la villa de Madrid: no tardaron en improvisarse celebraciones populares, ya que la gente daba por sentado que muy pronto España tendría un heredero, haciendo que lo que debía ser un motivo de alegría para la reina, se convirtiera en una nueva angustia, una mayor presión que oprimía sus sienes convirtiéndose en un intenso dolor. Si ahora que ya podía concebir tardara en quedarse preñada, nadie se lo iba a perdonar. Isabel tenía muy presente la circunstancia de su madre Catalina de Médicis, quien, a pesar de haber concebido nada menos que diez hijos, de los cuales, por cierto, cinco llegarían a reinar, tardó más de diez años en quedarse encinta del primero. A ella no podía ocurrirle nada parecido porque sabía que ni el rey Felipe ni España iban a estar dispuestos a esperar tanto tiempo. Por esa razón, su primera regla venía a relajar los ánimos del pueblo pero alteraba sobremanera los suyos. Bien es cierto que corrían unos tiempos en los que los ánimos y sentimientos de una esposa, por más que fuera reina, quedaban relegados a un segundo plano en importancia respecto de los deseos del esposo y, en este caso, también de los súbditos.

Y no sólo en España se había vivido con impaciencia la ausencia de la menstruación de Isabel de Valois. Antes del traslado de la corte a Madrid, el trasiego de cartas entre París y Toledo había sido incesante. La larga distancia entre ambas ciudades era recorrida por apresurados correos en no más de doce o trece días, llegando en algunas ocasiones a poner en peligro la integridad física de los mensajeros. Pero el empeño de Catalina en recomendar remedios a su hija para facilitar la bajada de la sangre así lo imponía. Siguiendo los consejos maternos, con el atardecer diario Isabel había estado introduciendo los pies en agua caliente aromatizada con hierbas y sales ligeramente perfumadas. Habían pasado, sin embargo, dos años sin que aquello diera resultado. Y, mientras tanto, las jaquecas de Catalina se agravaban al no entender cómo no se producía lo que todos esperaban.

Fue madame Vineaux quien le contó que «las menstruaciones de su hija, o *la camisa*

como la llaman en España, han llegado convenientemente», mediante una carta en la que aprovechaba para lamentarse de que se hubiera expulsado de la corte a madame de Clermont y a la prima de la reina, madame de Montpensier, quien no se equivocó al pensar que salir de Toledo sería muy beneficioso para que prosperara la primera regla.

El mismo día en que dejó de sangrar, el rey, informado del hecho por la camarera mayor, anunció su visita para después de la cena. «Hay que preparar a la reina», dijo la camarera a las damas. De nuevo entraba en acción aquel curioso ejército de hormigas responsables de tareas distribuidas con admirable sincronía. La lavaban, después la perfumaban, la vestían con exquisita ropa de dormir y la acostaban a la espera de que el monarca irrumpiera para hacer uso de unos derechos conyugales que por fin parecía que iban a culminar en toda su plenitud.

Tras una espera de dos años, el matrimonio entre Felipe II e Isabel de Valois estaba a punto de consumarse.

Fue rociada su piel con sus esencias favoritas, perfumes a base de ámbar, almizcle y agua de rosas. Como buena francesa, y mujer coqueta amante de selectas costumbres, decidió usar para esa noche un artilugio que había viajado con ella desde Francia y que escandalizó a las damas españolas: medias. Al vérselas puestas, una de ellas exclamó un «¡¿Qué es eso?!» que daba perfecta cuenta del horror causado. Las demás se acercaron a comprobar con enorme curiosidad qué era lo que cubría sus piernas. Intentaron que se las quitara antes de que el rey llegara para hacer uso de su intimidad.

Pero no lo consiguieron. Así que, cuando Felipe vio las piernas de su esposa cubiertas de fina gasa, quedó extasiado. Isabel se asustó pensando que su esposo pudiera tomarlas como un insólito objeto de deseo capaz de excitarlo. Un ligero sudor emergió en el hombre por encima del labio superior, aumentando conforme se hacía más agitada su respiración mientras empezaba a bajarle la media de la pierna izquierda, sin apartarle la camisa de dormir. La desnudez no era plato de gusto entre los amantes, especialmente si se trataba de cónyuges, como tampoco estaban bien vistas las caricias, apenas conocidas en una época en la que las virtudes públicas tornaban invisibles los más inconfesables secretos de alcoba.

La inexperta esposa permanecía rígida dejándose hacer, tal y como le aconsejó su camarera mayor la primera vez que estuvo a solas con el rey, aunque él entonces evitó hacer uso de lo que la naturaleza aún no había dispuesto. Ahora, en la nueva circunstancia, su actitud debía ser la misma.

Enredada entre sus pensamientos, esta vez la media derecha descendía hasta quedar sus piernas desnudas bajo las sábanas. Desconocía qué podía venir después.

Como amante, Felipe era impulsivo, poseía una fuerza descomunal que a veces

guardaba proporción con su torpeza, falta de tacto y, lo que podía resultar más amenazador para una esposa niña, un miembro de muy considerable volumen. Cuando se colocó encima de la reina, ésta sintió que le caía un peso insoportable que le arrebatava de cuajo la respiración. Y al dejarse separar las piernas por las manos no demasiado cuidadosas pero expertas del marido, cerró los ojos cortando el paso a la repugnancia que empujaba sus entrañas causándole aquel dolor que la desgarraba por dentro.

La embestida duró poco, para su bien, contrariamente a lo que suele ocurrir con lo malo de la vida, que parece prolongarse siempre más allá, incluso, de la eternidad.

A la mañana siguiente, Juan de Nápoles pidió audiencia con la reina, que se negó a recibirlo. En realidad, el día después de la dificultosa consumación de su matrimonio no quería ver a nadie. Pero el ayuda de guardajoyas rogó que le comunicasen a la reina que era de vital importancia que pudiera transmitirle una incidencia relacionada con *El Estanque*. Isabel, pese a estar convencida de que no existía tal incidencia, accedió a recibir su visita para averiguar el motivo de tanta insistencia.

—Sólo quería saber cómo os encontráis —explicó el joven con la voz más dulce que podía salir de él.

Aturdida por la sinceridad de Juan, se vio navegando en aguas de peligrosas e imprevistas marejadas e hizo un esfuerzo por mantenerse a flote.

—Os agradezco vuestro interés. Estoy bien.

—¿Estáis segura?

—No. Pero es lo que debo deciros.

La pequeña Isabel había ido madurando en el juego de la vida.

—Os recuerdo que mi presencia no responde al deber sino al deseo —replicó Juan de Nápoles—. Y ya que mi deseo no puede ir más allá de donde me es permitido, aspiro al menos a acceder a la verdad de vuestro estado, puesto que nada me interesa más en este momento.

Isabel sintió que se moría de vergüenza al comprobar que Juan sabía que su cuerpo había estado en manos del rey, que ya no era la muchacha intacta a la que hasta la víspera había amado y deseado. Veía que su intimidad no sólo era del dominio público, algo que ya daba por hecho, sino que era una circunstancia sentida —y quizá sufrida— por la que en obligado secreto debía amarla. De nuevo, Isabel tenía la sensación de que alguien comprendía de verdad sus sentimientos que, ahora, sin embargo, habían variado respecto de los que experimentara en Toledo hacia su marido y su condición de reina. Aun así, que Juan intuyera que la primera noche como esposa del rey no debía de haber sido demasiado jubilosa para ella, hizo que depositara en él toda su confianza sin condiciones. Creía que lo merecía. Pero sobre todo, quería hacerlo porque veía en ello la posibilidad de un desahogo que no se daba

con nadie más, y menos desde que su prima Ann regresó a París. Como si fuera lo más natural del mundo se encontró discurrendo por el terreno de la confesión que cualquiera consideraría intolerable entre una reina y un súbdito.

—Créeme, no sé qué me espera, Juan.

Era la primera vez que utilizaba una forma absolutamente incorrecta de dirigirse a un hombre de su condición; un tuteo que a él no se le escapó, era imposible, y que le llenó de orgullo. Creyó escalados varios peldaños de una sola vez en el ascenso a la atalaya inalcanzable del corazón de la reina.

Isabel prosiguió ante la atenta mirada del joven.

—Se supone que a partir de ahora puedo concebir un hijo en cualquier momento. Pero mi madre tardó más de diez años en quedarse encinta y temo que a mí me pueda ocurrir lo mismo. Siento el peso de todo un país depositado en mi vientre. Y eso me espanta.

—Es comprensible vuestra preocupación, señora, pero... ¿es lo único que os asusta?

—No sé a qué os referís...

Lo sabía perfectamente pero consideraba que era llegar demasiado lejos hablar con él de asuntos tan privados.

Juan se tomó su tiempo antes de responder:

—Pues... —desde luego que era delicado el asunto, aunque él ante nada se arredraba— que a partir de ahora seréis esposa del rey en todos los sentidos. De hecho lo sois desde ayer.

—¿Sois osado hasta el punto de hablarme de esos menesteres? —fingió un enfado que en realidad no sentía.

—No es sólo cosa mía. Desde anoche no se habla de otra cosa en la corte. Ya os dije hace tiempo que vuestras intimidades con el rey son asunto de todos. Aunque comprendo que no sea agradable para vos. Tampoco para mí lo sería en vuestro lugar.

—¡Es suficiente!

Mentira. Para ella no era suficiente. Hubiera querido prolongar la visita de Juan durante horas. El límite para darla por finalizada lo determinaba precisamente el incontrolable deseo que sentía de seguir disfrutando de su presencia.

Era por lo mucho que deseaba estar con él, por lo que decidió que lo apartaría de su lado cuanto pudiera. Si es que algo así puede decidirse en contra de los propios deseos.

De la espera de la menstruación de la reina se pasó a hablar del coito, y del coito, a los dolores que éste ocasionaba en la soberana. Tanto morboso interés hizo mella en Isabel, causándole gran indignación y al mismo tiempo impotencia, aunque intentaba que tales efectos negativos no se apoderaran de ella. Seguía estando agradecida a su

marido por haber accedido al traslado a Madrid, y por esa razón se esforzó para que no se torciera de nuevo su carácter, lo cual no quitaba que estuviera más que harta de andar en boca de todos y no precisamente por el desempeño público de sus funciones.

Tal vez ése era el problema. Por mucho que se lo propusiera, no acababa de aceptar que lo que formaba parte de su intimidad perteneciera a todo el pueblo que ella gobernaba junto al rey. Era eso lo que Juan de Nápoles pretendía hacerle entender poniendo de su parte la mayor comprensión hacia ella. «Entiendo que no sea agradable para vos. Tampoco para mí lo sería estando en vuestro lugar», resonaban sus palabras como un bálsamo.

Como era de esperar, las visitas del rey se sucedieron con bastante frecuencia. Había que entender que llevaba soportados dos años de espera. Siempre era él quien acudía a la habitación de su esposa, ya que lo contrario estaba fuera de las estrictas normas impuestas, jamás una reina iba al encuentro de su marido. Pero no por la asiduidad las relaciones iban mejorando. Debido a los insoportables dolores que la penetración le causaba a Isabel, como ya era de todos sabido, Felipe a duras penas conseguía culminar una cópula. Llegó a ser, incluso, cuestión tratada por los médicos. Éstos solamente fueron capaces de ponerle nombre a la dolencia: dispareunia, que consistía en penetraciones dolorosas. Nada más. Porque nada había que la combatiera. La mucha palabrería médica se traducía, para Isabel, en un temor inicial que acabó derivando en verdadero terror al tálamo, como si dejarse penetrar por el rey matara la vida buena que anidaba en ella, permitiendo que el dolor y la angustia volvieran a ocupar la parcela más recóndita de su ser.

De nuevo se reavivó el tránsito de misivas entre Madrid y París. Madame Vineux puso a Catalina de Médicis al corriente de las ya conocidas molestias que sufría su hija:

Estoy segura de que la ama lo más posible, y ella a él también, pero como el rey es de complexión fuerte es de suponer que con su poder, por otro lado propio de alguien de su condición, la inoportuna.

Hay que reconocer que seguramente no ayuden demasiado las prisas sexuales de su majestad, cuando el amor conyugal ha de ser reposado porque sólo así se puede dejar paso a la pasión, imposible de encender a la primera.

Igualmente, quien era en aquel momento embajador de Francia en España, Sebastián de l'Aubespine, obispo de Limoges, se encargó también de comentarle por escrito la situación a la madre de la reina en los siguientes términos:

La constitución del rey causa grandes dolores a la reina, que

necesita de mucho valor para evitarlo.

Jamás imaginarían, ni su madre ni el embajador, como tampoco madame Vineux, el valor del que debía revestirse Isabel cada noche en que Felipe anunciaba una nueva sesión del sexo que parecía ser patrimonio colectivo. El sexo real, en boca de todos.

Ella ponía de su parte, a qué negarlo, pero no bastaba. Si el rey no era capaz de rematar su hazaña resultaba imposible pensar en un embarazo. Y si lo conseguía, iba a ser a costa de mucho sufrimiento para ella.

También Felipe se esmeraba de la mejor manera que sabía, que no era desde luego la que necesitaba una mujer joven e inexperta como su esposa. Su tosquedad ayudaba poco. Y ello a pesar de que le ponía empeño y, sobre todo, mucha paciencia. Hasta que se hartó. No era persona habituada a sortear tantas veces la misma dificultad, y en una noche de estrepitoso fracaso por parte de ambos, en la que ella se mordía los labios para no gritar por el insoportable dolor que le causaba, sintiendo él desarbolarse su erección ante la dolorida expresión de su esposa, saltó de la cama enfadado y rendido, se vistió y salió dando un portazo que retumbó hasta en los sótanos del alcázar.

El rey atravesó el silencio de la noche impulsado por una mezcla de furia y deseo, encaminándose hacia la zona donde se encontraban las habitaciones de las damas de la corte, y en una de ellas se perdió hasta el amanecer.

Una reina no debería ser nunca demasiado joven para reinar. Sin embargo, Isabel lo es, al menos para asumir sus propias contradicciones. En la siguiente noche, plagada de fantasmas dispuestos a actuar como alimañas de las almas descarriadas, le resulta imposible mantener su lucha contra los celos. Moviliza a sus damas para que la vistan y a su camarera mayor para que le acompañe en su carrera hacia las estancias privadas del rey, que, por supuesto, encuentra vacías. Entonces decide proseguir en dirección al despacho, donde él pasa largas horas ocupado con los asuntos de Estado. La condesa de Ureña corre tras ella advirtiéndole de lo dañino que podría ser para su reputación que la descubriesen, pero la reina desoye la voz de la razón y no para hasta llegar casi al otro extremo del alcázar. «Seguro que está allí, trabajando, como hace muchas noches», le dice con la respiración entrecortada.

Abre las puertas del despacho con toda la fuerza de la que son capaces los brazos de una mujer encolerizada por los celos. Tampoco allí hay nadie. La oscuridad se ve rasgada por un tenue rayo de luz que regala la luna llena. Tan redonda y brillante como una moneda de plata colgada en el cielo. Mientras la condesa, agotada, necesita sentarse en el primer taburete que encuentra, junto a la chimenea. «En esto también se nota la juventud, ya veis que no puedo seguir vuestras carreras». La reina da

vueltas sobre sí misma queriendo hallar indicios de su marido tras alguno de los muebles que le parecen sombras en movimiento.

Desesperada, rompe a llorar antes de caer en vertical sobre su vestido que se abre como una flor para amortiguar la caída.

La camarera mayor se acerca a ella sin hacer ruido y le acaricia cariñosamente los largos cabellos que se han soltado y caen desordenados por su espalda.

Por la mañana, Isabel fue a ver al rey a su despacho. Lo encontró esquivo. Costaba adoptar una posición ante lo ocurrido en las dos noches anteriores. La suya no era fácil. No quería mostrarse demasiado dura con él, pero tampoco hubiera sido propio de ella no darle importancia a la sospecha de que fue abandonada en el lecho conyugal en beneficio de otra mujer.

—Señor, necesito saber a dónde fuisteis cuando abandonasteis mi estancia con tanta precipitación, y si es el mismo lugar que fue visitado por vos anoche.

Él la miró atentamente, como se observa a un insecto de una especie exótica y poco vista, intentando adivinar si su esposa era demasiado inocente o si, por el contrario, era tan inconsciente como para atreverse a cuestionar sus acciones.

—Tenéis que saber que jamás una mujer debe preguntarle algo así a un marido, y menos aún a un rey —y cambió de tema y de tono—. ¿Os parece bien que dispongamos una comida en el campo para el día de hoy? Hace un tiempo espléndido, ¿no creéis...?

Lo que ella creyó fue que no sería conveniente volver a sacar el tema, y durante la comida campestre mantuvo la compostura. En su cabeza le daba vueltas a una idea mientras hablaban de banalidades con las que llenar un tiempo que se les atravesó, sin que llegara a notársele a ninguno de los dos.

De regreso, la reina le pidió a Juan de Nápoles que le trajera *El Estanque* y aprovechó para preguntarle si conocía a Eufrosia de Guzmán. «Naturalmente», respondió él sin adivinar a qué podía deberse el interés, «todo el mundo la conoce, como a cualquier otra dama de la Corte». Quiso insistir más la reina:

—¿Y qué sabéis de ella?

—Nada, más allá de que sirve a doña Juana de Austria.

—¿Es hermosa?

Desconcertado, Juan dudó en responder lo que verdaderamente hubiera querido: que desde que la conocía, para él no había ya otra belleza en el mundo que no fuera la de ella, y que se moría por bebérsela a tragos cortos. Y que por su reina se batiría con el caballero más aguerrido; estaría dispuesto a matar, sólo por conseguir conocer su tesoro, el fruto íntimo que despertaba su más poderoso instinto.

—No creo estar capacitado para juzgar otras bellezas —respondió al fin.

—¿Otras...?

—Sí, sólo sé valorar la única belleza que para mí existe.

—Vos diréis... —Isabel aprendió pronto a disfrutar potenciando la atracción mutua que existía entre ambos.

—Creo que no hace falta que os lo diga.

Ligeramente sonrojada, lo despidió para prepararse ante la visita que había solicitado, llena de la seguridad que le había conferido el sugerente juego de palabras entablado con el napolitano.

La persona a quien iba a recibir en unos minutos accedía a la cita por mera obligación. En cualquier lugar del mundo, excepto en aquella habitación, querría haber estado en aquel momento. Al verse frente a frente con ella, Eufrasia de Guzmán se sintió indispuesta, aunque lo calló. La tarde anterior se le había notificado que la reina deseaba verla en privado, y desde que lo supo no cesó de imaginar los peores presagios. ¿Qué podía requerir de ella? Las dudas le asaltaron con tan malas ideas que no pegó ojo en toda la noche.

Como siempre hacía al recibir al ayuda de guardajoyas, Isabel ordenó a su camarera que la dejara a solas con esta mujer. Se midieron con la mirada. La frialdad era insalvable. Sería difícil sentenciar quién de las dos estaba en inferior condición. Por supuesto la reina siempre llevaba las de ganar gracias a su rango. Sin embargo, quien al parecer hacía feliz al rey entregándole lo que él quisiera del, para ella, oscuro mundo del sexo, era Eufrasia. Y encima comprobó su juventud y belleza. Suponía que, además, sería hembra experimentada en cuestión de hombres, lo que la hacía superior.

Ya no tuvo dudas. Con tan sólo tenerla delante, la reina supo que aquella mujer de claros cabellos castaños y bonita sonrisa era amante del rey.

Mantuvieron un diálogo tan breve que se diluyó en el intercambio de dos frases.

—Ya tengo lo que quería. Podéis marcharos.

—Dichosa vos que tenéis lo que queréis —respondió Eufrasia en el mismo tono severo empleado por la reina.

«Qué sabrá esta mujer de los deseos de una reina y de lo que puede o no conseguir», se dijo Isabel al quedarse sola.

Sola. Eso, la soledad, era precisamente lo que más deseaba en aquel instante amargo. Algo imposible si se tiene a una persona como la princesa de Éboli llamando a la puerta. No pudo negarse a recibirla. Cualquiera diría que se había mantenido al acecho esperando que Eufrasia abandonara la estancia para presentarse sin avisar. Pero en absoluto recelaba de ella. Hasta ese día.

Isabel había confiado plenamente en el consuelo que Ana de Mendoza, siempre

tan solícita, le ofrecía, hasta que tuvo a Eufrasia de Guzmán a tan corta distancia como para poder oler el perfume de la traición que hizo extensiva a todas las mujeres de la corte. A partir de ese día iba a resultarle muy difícil confiar en nadie. Pensaba que cualquier mujer, ya fuera dama o sirvienta, podría convertirse en vulgar mujerzuela al prestarse a las demandas sexuales del rey. A Ana de Mendoza le sorprendió que la reina luciera sobre el pecho *El Estanque*. «¿Tanta distinción le otorgáis a la visita que acabáis de tener?, no le hacía yo de tanto rango», comentó maliciosamente para exasperación de Isabel que acababa de confirmar que los amoríos de su esposo eran pasto de murmuraciones sin límite alguno. «Únicamente dejo claro cuál es la posición de cada cual», replicó altiva la soberana, «y dado que, como bien dijisteis en una ocasión, soy la única persona que puede llevar esta joya, hago uso de ella cuando me place».

La princesa de Éboli reconoció que su visita no tenía ningún motivo concreto, solamente pretendía hacerle compañía e invitarla a que un día acudiera a alguna reunión de aquéllas en las que el príncipe Carlos, Juan de Austria y ella misma pasaban un buen rato jugando a las cartas.

—¿Cartas? —se sorprendió la reina—, qué manera tan absurda de perder el tiempo.

—No creáis, lo de las cartas, como muchas otras cosas en la vida, sólo es cuestión de probarlo. Os deberíais animar.

Al marcharse la princesa solicitó a una de sus damas que buscara su vestido de boda, lo necesitaba con urgencia. Y con urgencia se lo trajeron. Lo extendió sobre un gran sillón y, arrodillándose, comenzó a acariciar la suavidad del terciopelo. Al apoyar en él su rostro pensó en lo lejos que quedaba ahora todo cuanto dejó en Francia y lo mucho que había tenido que madurar obligada por las circunstancias. Se preguntó, mientras seguía pasando sus manos por la tela, si su madre habría llegado a imaginar que le iba a suceder tanto como llevaba pasado desde su llegada a Toledo, hacía ya dos años.

Tras un largo rato se quitó *El Estanque* para depositarlo sobre su vestido nupcial y desplegar sobre éste sus brazos hasta donde abarcaran. Así, postrada ante los dos símbolos de su matrimonio, el suntuoso ropaje y el diamante de incalculable valor, la sorprendió el rey. Entró sin anunciarse y sin llamar a la puerta. Venía con el ánimo encendido deseoso de la presencia física de su esposa, a quien sobresaltó irrumpiendo en su habitación de esa manera tan poco convencional.

Isabel hizo intención de levantarse pero Felipe se lo impidió, agachándose para estar a la misma altura. Se aproximó a ella para susurrarle, pronunciando cada palabra con lentitud premeditada a fin de que se entendiera bien su intención:

—Os amo, Isabel. Tenedlo muy claro.

Y después de besarla en los labios desapareció igual que había llegado. Sin

anunciarlo. Ejerciendo su pleno derecho como rey y como esposo.

Querida hija:

Es mi mayor deseo que vuestra salud esté bien.

Estoy preocupada por lo que me cuentan de vuestro comportamiento en la corte. Recordad que, antes que mujer, sois reina. Veo que aún tenéis mucho que aprender. Es necesario que os hable de la inutilidad de los celos que desmerecen la integridad de una soberana. Por encima de ellos habéis de estar, preocupándoos de que el rey esté satisfecho. Eso es lo verdaderamente importante.

Y si os inoportuna la intimidad con él, sólo os queda poner mucho de vuestra parte y confiar en que es, además de un monarca todopoderoso, un hombre experimentado.

No olvidéis, pues, que el deber de toda esposa es mantener al marido satisfecho, y más cuando él tiene tantas responsabilidades como gobernante de un imperio.

Vuestra madre que mucho os ama.

Cómo nos hace temblar lo que más nos atrae de lo prohibido. Respetamos los límites que nos restringen la salida en la dirección que no debemos tomar, hasta que un buen día saltan por los aires. Y entonces sobreviene el caos y el mundo se llena de peligrosos secretos que sólo se extinguen con la muerte.

Pero seguimos temblando ante la emoción del posible disfrute de lo que, de haber seguido el curso de las normas, jamás habríamos conocido.

Un enorme barreño, rebosante de agua de azahar y leche de burra en la misma proporción, la estaba esperando. Cuando la hubieron desvestido, pidió a sus damas que salieran para regresar no antes de dos horas. Necesitaba tiempo que dedicarse a sí misma de una manera desconocida en ella.

Tiempo para ella, y para atreverse a filtrarse por rendijas prohibidas de una difusa realidad.

En lugar de amilanarla, la premeditación con la que había estado preparando ese momento le producía una reconfortante excitación. Ansiaba la llegada de esa hora en ese día en el que sólo ella importaba y por el que arriesgaba su vida más allá del trono. Quería probarlo y nadie tenía por qué enterarse de lo que, en cuanto estuviera hecho, pasaría de inmediato a formar parte del imaginario cofre de los secretos. Era

algo verdaderamente arriesgado, los secretos siempre acababan teniendo fisuras que los desmoronan. Si eso ocurriera... Sería tan grave que ahora no era capaz de pensar en ello. Se sumergió en el interior del barreño muy despacio, percibiendo el intenso aroma que le erizó el vello y le inyectó de vida las mejillas y la punta de los senos. Nunca se los había observado con tan deleitoso detenimiento, y tampoco nunca había probado el agua de azahar mezclada con la leche de burra, la mágica combinación que la bella Diana de Poitiers empleaba para embadurnar su cuerpo y entregarlo al padre infiel, pero amado por su hija.

Los viejos fantasmas del pasado permanecían arrinconados en algún lugar del que podían regresar en el momento más insospechado. Isabel, consciente de que esos fantasmas no suelen desaparecer, reconoció nada más entrar en contacto su piel con el tibio líquido que ése era el momento elegido para emerger. Siempre se estuvo debatiendo entre la tentación de probarlo para experimentar en su propia carne el efecto de lo que hacía enloquecer a su padre, y, por otro lado, la decisión de no querer ni oír hablar de los beneficios del preparado, aborrecerlo, tal era el dolor que le causaba la situación familiar que aquella hembra hedonista provocó.

Decían que el secreto de la que parecía eterna juventud de Diana era precisamente la leche de burra, por sus benéficos efectos para la piel. Según el saber popular, era ese líquido natural y milagroso la razón por la que no aparentaba los veinte años de más que aventajaba en edad al rey francés.

Diana había sido la verdadera mujer de su padre. Todo el mundo lo sabía. No era de extrañar, si incluso hacían ostentación pública de ello. Ahora que Isabel estaba pasando por lo mismo que le tocó vivir a su madre durante tantos años, padeciendo las mismas cuitas de la incertidumbre que acarrea la infidelidad, odió como nunca a la de Poitiers. Aún desconocía que en un mundo de adultos la infidelidad de su padre era aceptada como algo que formaba parte del ejercicio del trono y que algunos lo podían llegar a considerar como un gesto de poder.

Intentó ser como Diana por breves instantes y ponerse en su piel. En la piel ardiente de deseo sin que importe si quien lo provoca es el hombre inadecuado.

Se le había dicho que entrase sin llamar, ya que no habría vigilancia, y que no se detuviera en la puerta, viera lo que viera.

La misteriosa visita, comprometedoramente al extremo por hallarse la reina desnuda en el agua, ya había llegado. Comprendió el hombre, al traspasar el umbral, que la advertencia estaba más que justificada. Le costó aceptar la visión que se exponía ante sus ojos pareciendo que, más que en el aposento de una reina, se encontrara en una cueva apartada del mundo real, donde el tiempo y el espacio eran sólo lo que él deseara que fueran. Aquello superaba con creces lo que llevaba soñando desde la primera vez que besó su mano en aquella desastrosa recepción oficial en Toledo.

Se llenó de los aromas que invadían la estancia, mientras la luz que entraba del exterior aumentaba la sensación de irrealidad. Los tenues rayos del sol a la caída de la tarde se trenzaban con los vapores del agua en una armonía que teñía de un tono amarillento el ambiente. Se vio volando dentro de una alegoría, acercándose parsimonioso hacia lo que tanto codiciaba. La reina, sumergida en el agua hasta los hombros, se hallaba de espaldas a la puerta con el cabello recogido, mostrando su nuca, bien definida y apetecible, al visitante. Cuando Juan de Nápoles oyó decir: «Entrad, sois bienvenido», no alteró la cadencia de sus pasos. Avanzó despacio hasta llegar a un pequeño escabel colocado en una perfecta posición para que quien se sentara sobre él quedara en estrecha aproximación a la espalda de la reina.

Isabel le hablaba sin girarse. Él aún no se atrevía a pronunciar palabra. Era comprensible. La misma reina había dispuesto el asiento, tan cerca de ella, para nadie más que para él.

Él, Juan de Nápoles. Jamás creyó que llegaría tan lejos.

Él... Y sólo él... Juan. En boca de la reina tantas madrugadas.

Nada más tomar asiento, Isabel extendió su mano hacia atrás para ofrecerle una esponja. A Juan, cada vez más excitado, le costaba creerse lo que le estaba sucediendo.

Sin tocar la mano que se la ofrecía, tomó la esponja y, tras introducirla por un breve instante en el líquido, comenzó a frotar con mucha suavidad la piel de aquella espalda y prosiguió durante varios minutos. El olor que resultaba al remover la leche embriagaba, mezclándose con el que desprendían las innumerables camelias repartidas por la estancia en grandes jarrones que la reina pidió para la ocasión. La misma flor que inundó el palacio del Infantado, en Guadalajara, el día de su boda con Felipe. Eran tan blancas como su piel y desprendían su mismo y exquisito olor. Juan aproximó su rostro al hombro de Isabel y, sin apenas rozarlo, sus labios se desplazaron hacia el cuello que se le ofrecía con naturalidad, avanzando después hasta alcanzar el oído donde el joven depositó un leve gemido que por un momento pareció que fuera a franquear el paso a la ardiente impaciencia de los cuerpos que por fin se reconocían en la imagen carnal con la que tanto soñaron.

La pasión, convirtiéndose en secreto. Sin embargo, ella tuvo bastante sólo con saber que podía ir más allá si lo quisiera. Para qué ir más lejos saltando por encima del miedo que, en el fondo, sentía.

Y cuando daba la sensación de que era inevitable el contacto físico entre ambos, le pidió a Juan que se marchara.

Al incorporarse del lecho bruscamente, la reina comprobó que todo seguía tan a oscuras como antes de dormirse. No veía camelias ni percibía ningún olor especial. Había sido tan real el sueño que por un momento pensó que Juan aún estaba allí, en

algún lugar oculto de la estancia.

La puerta, desde luego, ya estaba abierta. Intuyendo que lo sucedido era mucho más que un sueño, Isabel de Valois le daba la bienvenida a su vida al peligro y al riesgo que no siempre son reconocidos.

XIII

La primavera discurría ante la ventana de la habitación de la reina barriendo las huellas del remordimiento. El sol, que todo lo quema, ciega los ojos de quien pretende ver motivos para arrepentirse. Isabel estaba tranquila después de haberse atrevido a soñar que el ayuda de guardajoyas se adentraba en su intimidad. Pensó que en Toledo no le hubiera podido suceder algo así. Alzaba la vista al inabarcable cielo de Madrid y notaba la extraña sensación de que aquí todo era posible.

Gustaba de pasar largos ratos asomada viendo cómo la población bullía en los alrededores del alcázar en dirección al flamante monasterio de las Descalzas Reales, fundado por su cuñada Juana, y hacia la calle Mayor. A lo lejos, la vista alcanzaba hasta las montañas de la sierra e incluso parecía adivinarse el enclave de El Escorial donde su marido estaba haciendo construir un enorme palacio que compitiera en grandeza con los más suntuosos que se hubieran conocido. Fue de Flandes de donde importó muchas ideas arquitectónicas, como el tejado a dos aguas, hecho de pizarra negra. «Será toda una revolución, ya veréis, a partir de ahora todos los tejados se harán así», comentaba pletórico en los inicios de los primeros bocetos, haciendo partícipe a Isabel de lo interesante que resultaba el choque entre el negro de las cubiertas de los edificios y el azul del cielo.

Comparado con el sombrío alcázar de Toledo, el de Madrid le supo a gloria, aunque no alcanzara el brillo y la belleza de su amado castillo de Blois, a orillas del Loira, cuyo recuerdo guardaba en su corazón. Se destinaron para la reina muchas dependencias contiguas, separadas tan sólo por un muro con una puerta. Eran amplias y estaban profusamente decoradas; y al final de todas ellas, su dormitorio, de enormes dimensiones. Pero lo mejor era su situación, en la esquina sureste, que lo hacía soleado y agradable. La luminosidad de su estancia más privada le vendría bien.

En aquel tiempo de bonanza nada hacía presagiar la enorme desgracia que se cernía sobre la familia real. Cuando la reina fue sorprendida por la alarmante noticia de que el príncipe Carlos había sufrido un aparatoso accidente, no creyó que fuera tan grave. Ocurrió en Alcalá de Henares, ciudad a la que su padre lo había destinado por entender que tenía mejor clima y también porque se hallaba próxima a Madrid. Allí iba a contar con la compañía de su tío Juan de Austria y de su primo Alejandro Farnesio, quienes cursaban estudios en la Universidad y le podrían ayudar a integrarse en un ambiente estudiantil, que era lo que el rey pretendía. Le interesaba alejarlo de la corte para no sufrir los efectos de su comportamiento por momentos indescifrable, pero tampoco lo quería demasiado lejos como para perder el control sobre él.

De hecho, lo que más le acabó gustando a Carlos de Alcalá y su Universidad era la hija del conserje. No se puede decir que no le trajera quebraderos de cabeza:

persiguiéndola cayó por una escalera, yéndose a golpear con el último escalón en la parte posterior de la testa. Dicen que el príncipe gritaba enloquecido pidiendo auxilio y que se le practicó una primera cura de urgencia en sus aposentos. Tras diez días de no remitir la fiebre, aparentemente la única consecuencia visible de la caída, los médicos decidieron sangrarle.

Isabel insistió en ir a visitarlo, después de que su esposo se lo desaconsejara en varias ocasiones. La animadversión que había sentido al conocer a su hijastro se había ido transformado en lo más parecido al amor filial, mezclado con compasión, al comprobar que su vulnerabilidad era ajena a su propia voluntad, debiéndose a un problema de nacimiento. Y nadie es responsable de lo que le ocurre al llegar a este mundo.

Finalmente el rey accedió a que partieran juntos hacia Alcalá a la mayor brevedad. Llegaron en el momento en que estaban preparando a Carlos para sangrarlo, una cruenta y muy habitual práctica de cuya existencia la reina no tenía por entonces siquiera noticia. Le extrañaron los trámites que se cumplimentaban ante la cara de pánico que el joven príncipe de dieciséis años mostraba sin que nadie lo tomara en cuenta. Todo parecía normal entre los galenos. Nada anticipaba la barbarie que se disponían a cometer.

Llegado el momento, el rey le invitó a salir de la habitación, pero ella, llevada por la curiosidad, prefirió ser testigo de lo que fuera a ocurrir. A una señal del monarca, procedieron a buscarle al príncipe una vena en el brazo, trazaron sobre la piel un surco, realizaron una incisión con un escalpelo y empezó a brotar la sangre. Roja y viscosa.

Todo fue muy rápido. Los ojos de la reina, paralizada al ver que nadie hacía nada por taponarlo, se abrían como dos girasoles al sol, horrorizados por la visión de la sangre irrefrenable. Hasta que reaccionó gritándoles: «¿Es que no ven que se va a desangrar? ¡Por Dios, hagan algo, paren eso!». Pero no sólo no la miraron, sino que, consultándose unos a otros, tomaron la decisión de abrir también en la sien, resultándole a ella tan insoportable que salió corriendo de la estancia para dirigirse a algún lugar donde poder vaciar el revuelto contenido de su estómago. La sangre, la barbarie y la impotencia fueron violentamente vomitadas por Isabel, a quien tuvieron que conducir a otra cámara para reposar un poco. Juan de Austria se postró a los pies del lecho habilitado con la urgencia que la situación requería. «Deberían cuidar más de vos, majestad, para evitaros sufrimientos innecesarios», le dijo, aprovechando la ausencia de su hermano para hacerse un hueco en el espacio más personal de Isabel, que de momento no existía, aunque llevaba tiempo buscándolo. No se puede decir que fuera amor lo que sentía por su cuñada, pero desde luego para un carácter rijoso como el suyo, que hacía de su capacidad de conquista de mujeres casi un modo de vida, la reina suponía el más codiciado trofeo.

—¿Es que pensáis que no os oigo y por eso habláis con semejante libertad, o realmente estáis entrando donde no debéis? —el color de las mejillas iba volviendo al rostro de la reina; se recuperaba del mal momento pasado.

—Mi señora... —se atrevió a tomarle las manos y acercárselas a su pecho—, yo haría por vos lo que me pidierais. Estoy rendido a vuestra belleza sin par. Solamente os pido que consideréis los beneficios de tomar en cuenta mis palabras.

El corazón del galante Juan de Austria no iba a romperse por una negativa de su reina a sucumbir ante su más que demostrado atractivo. Pero tenía que intentarlo. Ni él mismo sabía si valdría la pena insistir en otro momento. No era hombre de grandes luchas fuera del verdadero campo de batalla, aquél donde librar un combate puede llegar a suponer el riesgo de la vida.

El rey se acercó a verla en cuanto tuvo la seguridad de que su hijo ya no corría peligro. Pero justo antes de entrar fue reclamado con muchas prisas por uno de los médicos. Para no perder más tiempo hablaron en una especie de antesala de la propia habitación, creyendo que la reina dormitaba y sin imaginar que la acompañaba Juan de Austria.

—La herida de la cabeza se ha ensuciado —oyeron ambos, Isabel y su cuñado, que le decía el médico al rey—. Tiene mal color, majestad, creemos que está infectada de podredumbre.

—¿Qué dice Vesalio?

El rey se refería a Andrés Vesalio, afamado médico belga que había realizado un reconocimiento de su hijo a fondo.

—Temo que nada bueno, él propone...

Fue interrumpido a tiempo por el rey para que no sentenciara un diagnóstico que pudiera oír la reina. Entonces salieron al pasillo, donde sí le pudo informar de que Vesalio aconsejaba practicarle una trepanación de cráneo, tan grave era la infección causada por la herida. «El golpe pudo haber sido mortal, majestad», aclaró. No sabía que en realidad sí lo había sido.

El golpe sufrido por el príncipe, aun no habiéndole costado la vida, resultaría, con el tiempo, mortal de necesidad.

Los reyes regresaron a Madrid consternados. Felipe, incapaz de quitarse de la cabeza la torturada imagen de su hijo, acudió acompañado de su hermana al monasterio de San Jerónimo a rogar por él, siendo consciente de que, por lo que había visto, sólo un milagro lograría salvarlo. Orando al lado de Juana tuvo una revelación: haría sacar de la capilla el cuerpo amortajado de fray Diego de Alcalá, a quien el pueblo atribuía toda clase de milagros, para llevarlo junto a su hijo.

Así se hizo. La momia del santo fue conducida con sumo cuidado hasta Alcalá, siendo su destino último introducirla en la cama del enfermo. Al ver junto a sí tan horripilante presencia, Carlos sintió el escalofrío de la muerte y se puso a lloriquear como un niño, mientras le acomodaban sobre sus rodillas la cabeza de fray Diego. Le tocó con miedo el rostro, siguiendo las indicaciones dictadas por su progenitor. Sólo así valdría la pena aquel estrambótico y espeluznante viaje. «Es necesario tocarle las mejillas para sanar», convino uno de los emisarios del rey, a lo que no rechistó el joven moribundo sin conseguir vencer la repugnancia que le producía tener un espectro rozándole las carnes.

Su padre, informado del encuentro con todo detalle, se sentó a esperar resultados. Durante aquellos días, anclado a su sillón del despacho, evitó firmar ningún documento comprometedor, ni ejercer ninguna actividad que requiriera una manifiesta responsabilidad porque tenía la mente puesta sólo en la recuperación de su hijo. Estaba convencido de que el santo y sus rezos no podían fallarle, a él, el rey de España, el más poderoso monarca de la cristiandad.

Compartía con Isabel sus preocupaciones, y en parte su manera de hacerlo consistía en hacer del sexo un desahogo que siempre era unilateral: él aliviaba las tensiones de su mente, mientras que ella sólo se dejaba hacer, tomándolo como un trámite desagradable que acarreaba el estado marital. Seguía sufriendo, aunque cada vez culpabilizaba menos a su marido, quizás porque la fuerza de la costumbre calma los ánimos contrariados. Durante aquel tiempo de incertidumbre en torno a la salud de su hijo, el rey visitó con insistencia a la reina por las noches. Más que noches en vela, para la joven Isabel se convirtieron en noches veladas que discurrían ante sus ojos sin que acertara a abarcarlas. Sobredimensionadas noches en las que fue incapaz de seguir el ritmo de las manos del rey explorando rincones de su cuerpo que preferiría ignorar mientras se disponía para una nueva acometida.

Tan inquieto andaba Felipe, y tan ilimitada era su necesidad de alivio, que, aunque no fuera habitual, requirió sexualmente a la reina durante el día en más de una ocasión. La primera vez que ocurrió, a ella le causó gran extrañeza, teniéndole que explicar su camarera mayor que, si bien es cierto que las mejores horas para la intimidad conyugal eran las posteriores a la cena, aunque nunca pasadas las once de la noche, el rey contaba con pleno derecho para reclamarla en cualquier momento, incluso, como era el caso, a media mañana. Isabel no sabía cómo tenía que actuar a esas horas en las que la intensa actividad de la corte no contribuía a centrarse en el retozo íntimo, y una vez más fue su camarera quien hubo de aclararle que su comportamiento debía ser el mismo que durante la noche, puesto que la única diferencia estaba en el exterior, en la luz que el sol irradia para mantenernos despiertos.

Lo acató como si se tratara de una orden de cualquier otra índole, encaminándose

hacia su habitación con la predisposición de una niña obediente para ofrecerse al rey.

A la hora de la siesta, por la tarde, o incluso a mediodía y saltándose la comida, se fueron sucediendo los encuentros en los que Felipe aparcaba egoístamente el protocolo y hasta las buenas costumbres con tal de poseer de su esposa aquello que podría permitirle conseguir un heredero.

Y, así, cada uno lloraba su pena sin que el otro participara de ella.

El rey sabía que su hijo Carlos no era un modelo de príncipe heredero pero, de momento, se trataba del único que tenía. Deseaba con todas sus fuerzas que sobreviviera y que lo hiciera en las mejores condiciones posibles, teniendo en cuenta que mucho antes de la grave caída sufrida en Alcalá el estado mental y físico del muchacho ya dejaba demasiado que desear como para estar tranquilo pensando que, llegado el momento, pondría la Corona en sus manos.

En su íntima soledad, la pena que lloraba la reina aumentaba conforme pasaban los días. Su inquietud la llevó a salir al encuentro de Juan de Nápoles de mil formas y maneras, tan absurdas como poco casuales. Pero cayó en la propia trampa que no supo que se tendía a sí misma hasta que lo tuvo delante con la excusa de que quería ir a ver a su yegua justo cuando él estaba faenando por los establos. Lo había visto dirigirse a ellos desde su ventana y le faltó tiempo para lanzarse a la carrera en la misma dirección. Sin embargo, no fue capaz de traspasar el umbral de las cuadras. Nada más ver al napolitano sintió un tremendo sofoco que hizo enrojecer sus mejillas hasta no poder soportarlo.

Él, que se dio cuenta al instante, soltó lo que tenía entre manos y caminó despacio hacia ella que, cometiendo una gran imprudencia, había hecho el camino hasta allí sola. Isabel retrocedió un paso al entender que se acercaba una posible personificación de lo que podría ser la ruina para una reina. Porque ya sabía lo que estaba ocurriéndole. El sueño de la bañera era, efectivamente, mucho más que un sueño, puesto que se estaba sintiendo en absoluto pecado sólo con ver al sujeto de sus ensoñaciones.

Sin decirse nada el uno al otro, la reina dio media vuelta y salió corriendo hacia el interior de palacio, dejando al joven con una sonrisa de satisfacción prendida en los labios.

A mediados de junio, dos meses después del accidente, llegó la buena noticia de la mejoría del príncipe. Isabel no acababa de creérselo, pero lo celebró con su esposo, a quien nunca antes había visto tan preocupado como en todo ese tiempo en que la existencia de su hijo pendió del fino hilo que separa la vida de la muerte sin rogativas.

La corte respiró tranquila.

Isabel ha presenciado el aviso de la muerte tan de cerca que se hace la firme promesa de cuidar su vida y aprovecharla en su propio beneficio al margen del papel que ha de desempeñar como reina de España. Cumplir respetuosamente con sus obligaciones, por las que se deberá siempre a los demás, no tendría por qué ser incompatible con la posibilidad de cumplir con Dios disfrutando de la vida que él ha querido otorgarle.

Por eso ya lo ha decidido. No puede seguir resistiéndose al deseo que siente. Será esta noche. Únicamente queda aguardar a que las horas pasen y no traigan consigo ningún peligro que las retuerza.

Juan de Nápoles, amparado en el silencio y las sombras, aguarda a que la condesa de Ureña se marche cerrando la puerta con sigilo y sin volver atrás la mirada, aunque sabiendo perfectamente lo que va ocurrir a sus espaldas. Sus problemas de conciencia le dicen que ésta será la última vez que haga la vista gorda.

Dentro de la habitación, poco importa lo que ocurre en el exterior. Isabel y Juan se devoran con la mirada antes del abrazo de la noche en la que, por primera vez, el sexo los cubrirá para hacerles inmunes al desamparo y protegerles de toda mirada ajena.

Los gemidos al alcanzar el éxtasis rasgan el silencio en un ala del alcázar mientras el resto duerme tranquilo, ajeno a cualquier consideración de pecado.

El joven abandonó la estancia recreando cada uno de los instantes que se acababan de suceder en su primer encuentro íntimo con la reina. Caminaba ensimismado en esos pensamientos, reteniendo a Isabel en su memoria, cuando una mano extraña surgida tras una esquina le sujetó de un brazo con fuerza para detenerlo. El pasadizo estaba oscuro. Las antorchas, a punto de agotarse, apenas si dejaban entrever el rastro de las sombras. Lo más que pudo adivinar era que se trataba de una mujer, oculta bajo una capa ancha con capucha cuyos extremos descansaban sobre sus hombros formando un bucle, que se cubría el rostro hasta la altura de los ojos con un tupido encaje negro; un tejido que en la corte no estaba bien considerado.

La misteriosa desconocida, que trataba de alterar el verdadero timbre de su voz, explicó con mucho sigilo que su delicada misión consistía en conseguir que le fuera entregado *El Estanque* sin hacer preguntas. Como era de esperar, Juan de Nápoles se negó. No pretendía robarlo, le aclaró la dama, sino tan sólo tomarlo en préstamo durante unas horas. Antes del amanecer lo devolvería, le daba su palabra.

—No pienso mover un dedo. ¿Por qué tengo que confiar en la palabra de alguien

cuya identidad desconozco?

—Porque os estaríais fiando de la misma palabra que os promete no informar al rey de vuestras visitas a la reina a tan intempestivas horas. Os aseguro que tendréis *El Estanque* al despuntar el alba, de la misma manera que os garantizo que el rey no sabrá nada que no deba saber si me entregáis la joya.

De repente, las llamas de varias antorchas se apagaron al mismo tiempo. Inesperadamente, todo se le volvía negro a Juan. Temió por Isabel, más que por él mismo. Por otro lado, el hecho de entregar el diamante confiando en la promesa tan poco fiable de alguien que no daba la cara, parecía abocado a acabar mal y podría hacerle responsable de una grave traición, precisamente ahora que acababa de conseguir la mayor confianza de la que la reina Isabel era capaz.

Demasiado negro se tornó el mundo para él en un instante. La balanza de su suerte oscilaba entre dos joyas: la que acababa de lograr en el cuerpo a cuerpo con Isabel, y *El Estanque*, que ponía precio al secreto de esa conquista.

La reina llevaba ya un año soportando las incomodidades propias de las menstruaciones cuando creyó estar embarazada. Y no sabía qué sentimientos albergar. Le causaba alegría comprobar que por fin su naturaleza respondiese como se esperaba de ella, pero se preguntaba cómo sería posible estar segura de la paternidad de la criatura que iba a nacer.

En un arranque de cordura tomó la sabia decisión de no pensar en ello, dando por sentado que, siendo reina, el padre de su hijo era, por supuesto, el rey, y que además y llevando las cosas hasta el extremo de lo deseable y necesario, se trataría de un varón. Así, con un convencimiento basado en el instinto natural, lo creía con todas sus fuerzas mientras se acariciaba con delicadeza el volumen que sentía crecer en su cuerpo.

Sin más esperas, informó a su camarera mayor para que lo difundiera a los cuatro vientos. Y por el viento se propagó la buena nueva; el pueblo salió a la calle para celebrarlo y en las plazas se leyeron bandos que lo certificaban, después de que los médicos hubieran examinado convenientemente a la reina.

El rey la visitó esa noche pero sólo para abrazarla y besarla hasta cansarse. Estaba eufórico. «A partir de ahora debéis cuidaros, por vos y por lo que lleváis dentro que, no olvidéis, es de todo el pueblo español», le dijo, despidiéndose al cabo de diez minutos. Isabel cerró los ojos e inspiró profundamente, entregada a la sospecha. El marido que abandona el lecho conyugal nada más conocer la noticia de que va a ser padre se convierte en sobrada razón para que la mujer se preocupe.

No, Eufrasia, no. Por Dios os lo pido, no volváis de las tinieblas,

quedaos en ellas que ya puedo yo encargarme sola de mi marido. No en vano voy a ser la madre de su hijo.

Felipe, eufórico, organizó un ostentoso banquete para festejar su nueva paternidad. Se abriría con un concierto de extenso repertorio interpretado por un cuarteto de vihuelistas, el instrumento favorito de la reina. Igualmente, el bufón François de Montaigne, integrante del séquito que la acompañaba desde Francia, tuvo el encargo de preparar el mejor espectáculo que se hubiera visto en la corte.

El príncipe Carlos, de regreso en Madrid a pesar de no hallarse del todo restablecido, quiso estar presente. Tanto los médicos, como su padre, su tío Juan y su tía Juana, le insistieron para que evitara fatigarse demasiado participando en un acto público de grandes pretensiones como el que se estaba preparando. Se lo aconsejaban en bien de su salud, aunque a la reina no se le escapaba que ninguno de ellos quería que quien tenía que haber sido el heredero, además de marido de la propia Isabel, sufriera el inconveniente de toparse de frente con la realidad lacerante y fría como el acero. La constatación del destino torcido como si se tratase de un error de Dios, al que el hombre no puede poner remedio. En efecto, fue irremediable que Isabel se casara con el rey, y no con él, como irremediable era ahora su preñez y su futura maternidad.

Una vez más, la princesa de Éboli ayudó en los preparativos, sobre todo en los concernientes al ámbito más personal de la reina, tales como elegir el tocado, el vestuario y las joyas que luciría, entre las que no podía faltar *El Estanque*. Al mencionarlo, la reina torció el gesto involuntariamente al recordar que Juan de Nápoles llevaba días sin responder a sus requiebros, para tranquilidad de la condesa de Ureña, encargada de darle los avisos. Nada se sabía de él.

Un enorme vacío que perjudicaba seriamente a Isabel.

Antes del gran banquete previsto para decenas de comensales, se organizó un almuerzo privado al que sólo asistirían los más allegados a la familia real. El grado exigido por la etiqueta era igual en ambos casos y, así, el aderezo de la soberana se previó semejante para los dos actos. Cristóbal de Oviedo, el guardajoyas, envió a otro joven ayuda excusándose porque Juan de Nápoles no pudiera cumplir con sus obligaciones al hallarse indispuerto. La reina entonces montó en cólera. Por primera vez, Isabel de Valois tuvo un comportamiento soberbio, es decir, de una verdadera reina, al exigirle a Oviedo que ordenara a Juan de Nápoles presentarse inmediatamente, dado que nadie más que él contaba con la debida autorización para acceder al diamante más valioso de la colección real. Pero no lo exigió por hacer gala de su posición, sino porque no podía pasar un minuto más sin conocer los motivos del

inexplicable silencio de su amante. Era la mujer, la joven cautivada por quien le había descubierto un mundo tan distinto al suyo, y no la reina, quien estaba furiosa ante tal ausencia sin justificación.

—Debéis respetar mi silencio —le pidió a la reina el napolitano cuando, obligado por Cristóbal de Oviedo, se presentó ante ella.

—No os equivoquéis, sois vos quien debe respeto a cualquier decisión por mí tomada. Llevo días reclamando vuestra presencia, ¿cómo habéis osado rehusarla?

Juan se disculpó con humildad agachando la cabeza, observado de cerca por la camarera mayor que no se perdía ni un solo ademán suyo, pero tampoco de la reina.

—Sabéis que sólo vos estáis autorizado a tocar *El Estanque*, y por eso necesitaba veros.

Al escuchar el nombre del diamante pronunciado por la reina, el joven sintió un brutal pellizco en el estómago. No deseaba que le hablara de él, ni tener que hacerse cargo. Es más: deseaba firmemente que la joya no existiera, ante el temor de que lo que había sido un puente perfecto que le acercaba a la reina pudiera convertirse en un incierto camino de espinas que ninguno de los dos quisiera transitar por razones bien distintas.

En cualquier caso, estaba decidido a no mencionar el suceso vivido con la extraña y misteriosa desconocida.

—Vamos a necesitarlo para una celebración privada.

—Claro... os ruego recibáis, señora, mi sincera enhorabuena por vuestro estado. La corte en pleno se alegra.

Isabel se las apañó para que la condesa de Ureña se adelantara al salir cuando dio por finalizada la visita de Juan de Nápoles, y así poder decirle en voz baja, sin que la dama distinguiera sus palabras:

—No volváis a hacerme esto... Juan.

Cuatro semanas después del anuncio de su embarazo, cuando las celebraciones por la buena nueva no habían concluido, la reina sintió de repente un vahído estando en mitad de una representación teatral en palacio. Últimamente era frecuente que las más prestigiosas compañías que por la villa y corte pasaban, acudieran a amenizar divertidas fiestas en las que las artes eran las protagonistas, no en vano la reina ejercía el mecenazgo con orgullo. Hacía gala de buen gusto en la elección de los artistas y se prodigaba en todas las manifestaciones que hablasen del cultivo del espíritu.

Aquella tarde, en mitad de unos versos de Garcilaso, sintió una calentura entre las piernas, que parecía proceder de un rayo que le atravesó el vientre sin contemplaciones. Le hizo una señal a la condesa de Ureña antes de retirarse de la manera más discreta posible, lo cual se hacía casi imposible tratándose de quien era,

y, lamentando perderse el final de la representación, se dirigió con la mayor celeridad hacia sus aposentos. No entendió la camarera mayor la urgencia de su señora, así que trató de restarle importancia al creer que se trataba de las genuinas molestias de las primerizas. Sin embargo, una vez en su dormitorio, comprendió que aquello era otra cosa. La reina estaba nerviosa y respiraba con dificultad pretendiendo, más que desvestirse, arrancarse cuanto antes la ropa, tarea en la que se empleó solícita la condesa sin preguntar nada.

Las esperanzas de la reina se desvanecieron envueltas en un grito lanzado al verse la enagua manchada del rojo de la sangre que resbalaba por sus muslos. Y lloró hasta que el alba la sorprendió hecha un ovillo en el regazo de la condesa.

Qué primavera tan extraña la que llena de hielo el alma. Y qué insoportable gelidez traen consigo los giros de la vida.

Estaba resultando aquél un entretiem po plagado de desgracias, como el accidente de su hijastro, cuyas verdaderas consecuencias estaban aún por ver, y ahora el desencanto del falso embarazo.

Y el sexo. También el sexo teñía de tristeza unos meses que se le hicieron largos como la eternidad. Era como si el fin de ese tiempo nefasto no fuese a llegar nunca.

El rey rondó a su esposa hasta estar seguro de que hubiera concluido esa menstruación maldita que se había tragado la ilusión de un ansiado embarazo, con el fin de volver a mantener relaciones íntimas con ella sin perder un minuto. Estaba desesperado. La necesidad de un heredero devino en dañina obsesión, y acabó descargando su ira en el interior del cuerpo de Isabel con nuevas embestidas repletas de dolor físico para ella que, a su vez, también estaba convencida de su propia culpabilidad en el penoso fracaso cosechado.

Es verdad que aquellas noches pasadas con su esposo se hicieron eternas. Pero bien cierto es, igualmente, que tanto él como ella hubieran preferido un gesto más amable del destino. Ninguno de los dos merecía la pena que arrastraban.

Esa misma noche, en otra ala del alcázar, un joven contempla serio la joya más valiosa de los Austrias. A través del cristal de la urna donde está guardado, *El Estanque* brilla en la oscuridad. No hay otra gema en el mundo que goce de ese don.

Con mano temblorosa introduce la pequeña llave que abrirá la puertecilla de la urna. El corazón le late con fuerza. Ahí está, el diamante inalcanzable para nadie que no sea su reina, hermoso y se diría que arrogante como si fuera a resistirse a las manos del hombre que lo contempla con dudosas intenciones.

Por fin se decide. Juan de Nápoles toma en sus manos el diamante.

Esta vez no es un sueño.

La reina Isabel, severamente ataviada de negro, salió a media tarde del alcázar en compañía de la princesa de Éboli, Juan de Austria y el príncipe Carlos. Este último insistió hasta el final en ir con ellos, a pesar de las recomendaciones de su tío Juan de que no lo hiciera. Le pidió ayuda a Isabel para intentar convencerlo, pero a ella, que parecía estar ese día en otro mundo, le importaba poco la conveniencia o no de los actos que quisiera llevar a cabo su hijastro, y si ahora él se empeñaba en acudir a una timba de cartas, no iba a ser ella quien se lo impidiera.

El grupo salió de forma discreta hacia una modesta casa a la que llegaron después de callejear por los alrededores de la plaza Mayor. La puerta se entreabrió con recato y los visitantes se adentraron en un mundo de apuestas y dinero fácilmente intercambiable que le sirvió a Isabel de momentáneo sustituto de la decepción sufrida por su falso embarazo. No salieron hasta dos horas más tarde. Demasiado tiempo para ser considerado como una simple distracción.

Destreza y habilidad es el jugar. Tener que pensar con rapidez y superarse en cada jugada provocaron el entusiasmo de la reina, que vio cómo su ánimo remontaba vuelo con cada partida que ganaba.

XIV

No solía la condesa de Ureña mostrar sus sentimientos en público. Aquel día, sin embargo, se movía imperiosa de un lado a otro empujada por el entusiasmo que parecía dotar de alas sus pies. Caminaba ligera en busca de una dama y de otra, celebrando con su hija Magdalena algo que, llenándola de alegría, le apenaba al mismo tiempo por el hecho de que su marido no estuviera vivo para disfrutar de esa dicha.

Cuando se encontró con la reina, ésta ya estaba enterada de la buena noticia de que Pedro, el primogénito y único varón de una descendencia de seis vástagos que tuvieron María de la Cueva y su marido, don Juan Téllez Girón, cuarto conde de Ureña, acababa de ser nombrado nada menos que primer duque de Osuna. No se trataba de un simple nombramiento ya que, con él, la villa sevillana se estrenaba como ducado, pasando a ser la familia Téllez Girón una de las de mayor linaje de toda España.

La camarera agradeció emocionada la sincera felicitación de la reina.

—Hay algo más que debéis saber... —comentó Isabel disfrutando de ofrecer otro motivo de alegría a la condesa—. Y es que el nombramiento se efectuará en el lugar en el que habéis sido feliz junto a vuestro esposo, y del que no dudamos que sabrá cómo agasajar a su rey y... también a su reina. Así que pronto, muy pronto, partiremos hacia Osuna.

Era mucho más de lo que la condesa de Ureña hubiera podido imaginar que le sucedería algún día. Le costaba creer lo que acababa de escuchar. Al agradecerle, de nuevo, el elevado interés que se tomaba ante un hecho que no era ni de lejos su obligación, como que el nombramiento se realizara en Osuna en lugar de Madrid, que hubiera sido lo ordinario, Isabel fue clara en su respuesta:

—Es lo menos que puedo hacer por alguien en quien tengo depositada toda mi confianza. Sé que contaré siempre con vuestra total y absoluta lealtad... ¿no es así?

María de la Cueva saboreó el momento, sintiendo que a partir de ese día su señora tendría en ella a su más fiel y discreta servidora.

También la reina estaba excitada ante la posibilidad de hacer un viaje, y de nuevo invadió su rostro el aire infantil que la envolvía de una deliciosa inocencia. Andalucía, de la que tanto había oído hablar, le pareció el mejor destino para abandonar Madrid durante un tiempo. Hubiera querido cerrar los ojos y estar ya allí para comprobar si las calles de Osuna eran blancas como le había dicho la condesa de Ureña hacía tiempo. En el fondo, la idea de desplazarse hasta las tierras del sur para asistir a la investidura del futuro duque no la tuvo solamente por mero agradecimiento a la complicidad de su camarera mayor, sino que respondía al ímpetu egoísta de querer vivir lo que ella se imaginaba como una aventura en cierto modo

exótica, y altamente estimulante puesto que en el cortejo viajaría Juan de Nápoles. Creyó que el viaje le ayudaría a superar el duro golpe que había supuesto el falso embarazo. Necesitaba un cambio de aires y relajar su ánimo en nuevos escenarios y con caras nuevas. Deseaba conocer a gente distinta en un ambiente de fiesta como el que se preparaba en Osuna para acoger a los reyes.

Era justo y necesario un respiro en aquel momento de desilusión. Sabía que salir de la corte venía a significar la distensión de las rígidas costumbres. Lo que no imaginaba era hasta qué extremo.

Durante las jornadas de preparativos de la marcha, la niña mimada arrinconó a la reina para entregarse sin descanso a la elección de telas y colores, adornos de toda clase, tocados para el cabello y joyas. El ajuar del viaje fue el mejor entretenimiento para distraer, siquiera por unas semanas, las múltiples angustias y preocupaciones que asaltaban a Isabel en esos días. Aunque con el entretenimiento acabó excediéndose. Todo lo que ordenaba adquirir le resultaba ahora insuficiente, de modo que cuantos más trajes le ofrecían más exigente se mostraba con su sastre personal, Eduard de la Cat. Era como si el mundo fuera a acabarse ahogándose en un mar de brocados y sedas.

El día en que la princesa de Éboli le habló de ciertas damas francesas, de mucho gusto y estilo, que se dedicaban a importar desde Madrid los mejores tejidos de París, la reina quiso verlas de inmediato. Y la visita se asemejó a un festejo. Las madames Fournier y Delacroix invadieron el alcázar con hilos y colores tejidos con la mayor delicadeza, desplegando en paralelo sus encantadoras dotes de venta, en las que no se vieron obligadas a emplearse demasiado a fondo ya que la reina se destapó como una compradora dispuesta a no poner ningún límite a sus preferencias y caprichos.

Sorprendido por el animado rumor que se propagaba por los pasillos, el rey se asomó a una de las salas en las que tenía lugar el despliegue de todos aquellos géneros. Sin ser visto, pudo observar la felicidad de su esposa moviéndose de una mesa a otra con el dedo apuntando hacia nuevas adquisiciones, sin considerar en absoluto los elevados precios de todo cuanto le ofrecían. Le enterneció verla en medio de aquel derroche de vitalidad y de alegría, que no era nada comparado con el derroche económico que suponía, y regresó a su despacho donde los administradores le esperaban para transmitirle, precisamente, la preocupación por los últimos gastos de la corte en sastres, telas, hilos y un largo etcétera que el monarca conocía bien, cuando aún no se sabía el precio de lo que las avispadas comerciantes francesas estaban ofreciendo. En ningún momento el nombre de la reina fue mencionado, pero no hacía falta. En los corrillos sociales de la villa no se hablaba más que de la propensión de Isabel de Valois al lujo en el vestir y a las altas exigencias de su cuidado personal. Como si una pátina de frivolidad viniera a aliviarle también al

pueblo de la preocupación por la preñez real que no terminaba de hacerse realidad.

Los desmesurados gastos en vestuario, perfumes y joyas, pasaban a integrar una interminable relación de deudas acumuladas en los libros de contabilidad de palacio. No negaba Felipe que le gustara ver hermosa a la reina, pero desde luego no a ese precio ni a costa de desestabilizar el presupuesto de la hacienda real, teniendo en cuenta que dos años antes de casarse con Isabel, el rey se vio obligado a declarar una bancarrota de la que a duras penas se habían recuperado. Estuvo meditando si debía o no hablar con su esposa, y de momento decidió dejarlo todo como estaba, con la confianza de que se tratara de algo pasajero de lo que se olvidaría en cuanto su ánimo se templara un poco. «Hay que entender», trataba de convencer a su hermana Juana cuando ésta le fue con los rumores que corrían, «el esfuerzo que supone adaptarse a los hábitos de una corte desconocida para ella. Isabel es muy joven, querida hermana... Muy joven».

Aunque lo cierto es que empezaba a no serlo para determinadas cosas.

La noche antes de partir hacia Andalucía, la reina apenas pudo dormir. Se revolvió inquieta durante horas, sin conseguir ponerse de acuerdo con el sueño, que la asaltó a la intempestiva hora del amanecer, poco antes de que entraran a prepararla para levantarla. Temprano, pues llevaba su tiempo disponerse para un viaje tan largo.

A pesar de no haber dormido amaneció de buen talante, y su alegría contagió al rey de buena mañana. Al emprender el camino sintió como si dejara atrás un mundo de dolor. Pero a ese mundo, aunque no deseara pensarlo entonces, habría de regresar pronto.

Aunque eso aún estaba por venir, y el futuro no debería nunca adelantarse a ocupar el sitio de un buen presente.

Osuna, 4 de febrero de 1562

Osuna, encrucijada de caminos desde los tiempos más remotos de la Antigüedad y anticipo de las primeras estribaciones de la Sierra Sur, emergió en lo más alto de un cerro en el extremo oriente de la Campiña sevillana abriéndose a las tierras del sur de Castilla. A lo lejos sublime. Bella y noble en la cercanía. Era como cruzar una frontera, tan distinta se intuía esta tierra, la milenaria Urso.

Cuando la comitiva accedió a la villa a través de la Puerta de Écija, a la hora del mediodía, el pueblo esperaba con ansia poder aclamar a sus reyes. Música y alardes militares daban la bienvenida, entremeses en las calles y la bulla de los preparativos para los juegos de cañas que iban a tener lugar en la plaza Mayor, viéndose a las

distintas cuadrillas de caballeros elegantemente ataviados, mientras que la gente a caballo lucía escudos y colores de la Casa de Osuna.

Quien despertó más expectación fue la reina Isabel, yendo dedicados a ella los vítores y aplausos de los ursanenses que abarrotaban las blancas calles. Porque era cierto, estaba pudiendo comprobarlo. Las calles, empinadas hacia la Colegiata, el edificio más emblemático de la localidad, o bien discurriendo en llano, eran del blanco más puro que jamás había tenido ocasión de contemplar, y esa pureza del color que reflejaban los rayos del sol como un espejo le trajo buenos recuerdos de cuando aún no era reina y corría por los bosques a orillas del Loira.

El olor del aire también le resultó diferente. Incluso la luz clareaba en tonalidades únicas que convertían el ambiente en una burbuja de irrealidad que le hizo creer que se adentraba en un sueño.

Junto al arco engalanado de la Puerta de Écija se encontraba la popular plaza de Las Pilas, el lugar del lavadero público. Era día de rastro. Ni siquiera una visita real era excusa para no celebrarlo. Lo único que había de especial en esta ocasión era la limpieza de la plaza, poco habitual en las jornadas en las se disponía ese mercadillo de carnes al por menor y otros alimentos a bajos precios con el fin de eludir el monopolio de venta que establecía el concejo en las carnicerías públicas. El séquito bordeó la plaza por entre el gentío y, en el tránsito hacia el entramado más noble de calles que les conduciría hasta el palacio de los Téllez Girón, pasó ante la casa que albergaba la mancebía, casi en la boca de la calle de la Cilla, junto a la taberna de Rodrigo Lences y frente al convento de la Victoria, de franciscanos mínimos, que estaba construyéndose. Al paso de la comitiva, allí, a pie de obra, los franciscanos se congregaron para dar muestras de su acatamiento a los reyes, mirando desafiantes a las pobres galanas —así se llamaba en el lugar a las putas— que con la cabeza gacha de vergüenza tuvieron que ser retiradas a toda prisa, siendo convenientemente confinadas en el interior de la infamante casa cuya puerta se cerró en silencio.

Recorrerían después toda la Carrera. Y al paso, la iglesia de Santo Domingo. Desde allí enfilaron hacia la calle Martos, donde pudieron contemplar un palacete recién construido que les daba cuenta de la hidalguía de la villa. Atravesaron la Puerta de Teba, sobre la que se levantaban las casas del cabildo, y por la calle de San Juan siguieron hasta la de palacio, que les llevaría, finalmente, a la plaza de la Fortaleza. Allí, en el punto más elevado del cerro, se erguía el palacio de los Girones dominando toda Osuna en compañía de la Universidad y la Colegiata, fundaciones ambas del cuarto conde de Ureña, difunto marido de la camarera mayor de Isabel de Valois. El estratégico enclave era un lugar solitario que se había ido despoblando al desplazarse sus habitantes hacia el llano.

El alcázar miraba hacia el interior circundado por una muralla, teniendo un acceso directo a la villa y una salida al campo, como vestigio de la antigua fortaleza que

disponía, así, de una vía de escape para utilizar en caso de necesidad. De esta manera mantenía una extraña relación con la ciudad, abriéndose pero a la vez protegiéndose de ella.

La reina se sintió extremadamente fatigada y pensaba sólo en el momento en que pudiera echarse sobre un lecho mullido tras el largo viaje. Todos los miembros de la comitiva real se retiraron pronto a descansar, después de que los reyes fueran convenientemente agasajados y se les mostraran algunos tesoros familiares repartidos por diferentes estancias de la residencia palaciega, una opulenta construcción que se extendía en círculo en torno a una plaza de armas en el centro. Todos los espacios gozaban de grandes dimensiones, tanto los exteriores como los interiores. En dos plantas, sembradas de patios que inundaban de luz las estancias, se repartían los aposentos de los señores y de los invitados, la capilla, los cuartos de contaduría y las zonas destinadas a la servidumbre.

El denominado *cuarto hondo* constituía la parte más noble y señorial de todo el complejo, que acababa comunicando con la muralla y bajo la cual se disponía una completa zona de trabajo integrada por las caballerizas, las despensas, las oficinas y la hospedería.

Era inimaginable la cantidad y variedad de objetos que albergaba. El recorrido por su entramado acabó con las escasas fuerzas de la reina, satisfecha de poderse entregar por fin a un profundo sueño.

A la mañana siguiente desayunaron a la manera del lugar, con pan recién hecho sobre el que vertieron un aceite que era puro zumo de aceitunas de la zona, antes de visitar la Colegiata por sugerencia de la camarera mayor. Su marido la había fundado bajo la advocación de Nuestra Señora de la Asunción.

La fachada del edificio era, más que austera —algo que cabía esperar después de haber vivido en lugares como Toledo—, muy severa. Y eso sí le sorprendió porque las pocas horas que llevaba en Osuna eran suficientes para saber que su arquitectura no era precisamente sobria. No obstante, la condesa de Ureña le aclaró que su difunto esposo había sido un hombre poco dado a excesos y derroches, imbuido de un sentido puritano de la existencia. «Majestad, él solía decir que para el recogimiento y la oración lo mejor es la piedra desnuda». Siguiendo ese criterio, mandó construir la iglesia con sillares extraídos de las propias canteras de Osuna, de piedra arenisca de color amarillento muy apropiada para conservar la humedad en aquellas calurosas tierras. «Con ello también daba trabajo a los lugareños», comentó la condesa orgullosa de su marido.

Sin embargo, esa interpretación, comprensiblemente sesgada por el vínculo familiar, excluía el doble filo de la realidad, con el que a veces uno se puede cortar peligrosamente. En el enaltecimiento de la figura del cuarto conde se borraba de la

historia el hecho de que ya en tiempos del segundo conde la Colegiata estaba en construcción, aunque fue el esposo de doña María quien solicitara la bula al licencioso papa Paulo III para reconvertir la antigua parroquia de Santa María, con una jerarquía similar a la de una catedral pero con un abad mayor presidiendo el cabildo, en lugar de obispo. Al margen del gesto popularmente piadoso, con la Colegiata, la Casa de Osuna se garantizaba que no proliferarían parroquias en la villa —con párrocos nombrados por el obispo—, quedando en sus manos el control religioso. De esta forma se instauraba un patronato —en poder de los señores— con potestad para libres nombramientos. A cambio, la casa condal quedaba obligada a garantizar el sustento de los clérigos al servicio de la institución. Si pasaban o no hambre, eso ya era otra historia.

El cuarto conde de Ureña, de nombre Juan como su padre, y nacido en Osuna, era un hombre de paz, culto y de refinados modales. Tercero de los hijos de don Juan Téllez Girón, carecía de derechos sucesorios, por lo que su progenitor, alejándose de la educación conferida a sus otros hijos centrada en el cultivo y manejo de las armas y el ejercicio de la guerra, inclinó la de Juan hacia artes y humanidades. Éste destacó en el estudio de las letras, en especial del latín, que llegó a dominar para poder traducir textos de elevado nivel, así como de la música y de la pintura. Esto último gustó mucho a Isabel de Valois e hizo que, al haber recibido ella, siendo mujer, una formación similar gracias al empeño de sus padres, se sintiera más cercana aún a su camarera mayor en su condición de viuda de un hombre de esa categoría humana.

Destacó también el marido de María de la Cueva por la gran religiosidad que impregnaba todos los órdenes de su vida, hasta el punto de que llegó a ser llamado *El Santo*. A la condesa se le llenaba la boca de piadosa satisfacción al explicarle a su reina cómo en menos de treinta años su marido había conseguido fundar dieciséis monasterios en toda Andalucía, mientras que en su villa natal dejaría para la posteridad, además, una Universidad que no tuviera que envidiar a la ideada por el cardenal Cisneros en Alcalá de Henares, cerca de Madrid, que bien conocía el hijastro de la reina, amén del hospital de la Encarnación, y de llenarla de iglesias como las de San Agustín, la de Nuestra Señora de la Consolación, y las de los conventos del Carmen y San Pedro. Y la obra más importante, la que estaba destinada a convertirse en la seña de identidad de la villa de Osuna: la Colegiata de Nuestra Señora de la Asunción, que incluía la capilla del Santo Sepulcro, una cripta de gran belleza en la que dar sepultura a sus descendientes, y que se construyó en dos plantas subterráneas. No en vano fueron contratados para la empresa los mejores artistas de la Sevilla de entonces. Nombres como el de Diego de Riaño y el escultor flamenco Roque Balduque, quien llevaba veintisiete años instalado en la ciudad hispalense y de cuya catedral acababa de terminar el retablo mayor; o Luis de Morales, pintor extremeño conocido como *El Divino* por su dedicación exclusiva a la obra sacra. En gastos no se

escatimó cuando lo que se ponía por delante era el deseo de convertir Osuna en uno de los más importantes enclaves políticos, sociales y culturales de mediados de siglo, y así se lo intentaba explicar la condesa de Ureña a la reina española venida de Francia. Isabel comprobó que Andalucía poco tenía que ver con Castilla. Ni Toledo ni Madrid se le parecían. Y Roncesvalles quedaba anclada en la lejanía que intentaba desplazar a empujones el sufrimiento pasado. La nieve y el frío que abrigaron la tristeza de sus ausencias familiares al entrar en España parecían de otro país ajeno a aquellas cálidas y acogedoras tierras andaluzas.

La Campiña y las elegantes y señoriales calles de Osuna, con sus regios pórticos y amplios zaguanes, la valiosa forja en balcones bajos y ventanas, y los restos de la muralla o la antigua fortaleza, la incitaban a lanzarse a cualquier aventura, desatando la bullente imaginación de una muchacha que con apenas dieciséis años tenía el mundo a sus pies. Pensaba en lo que podría esconderse tras aquellos muros encalados y platerescas fachadas. Ganas le entraban de traspasar el umbral de alguno de los zaguanes en los que imaginaba a parejas de furtivos amantes apurando la urgencia de los últimos besos en un terreno de nadie. A mitad de camino entre el ir y el venir. El zaguán, rincón oculto a los que andan por la calle y también a los que esperan adentro, se le antojaba un placentero tránsito desde el ardor carnal lejos de cualquier mirada extraña, hacia la tristeza por la separación al cruzar el umbral dirigiéndose al interior de la casa.

Además la villa escondía otros mundos marginales ajenos a la vida de las castas nobiliarias que ensalzaban la imagen de Osuna y a las historias mágicas de amores perseguidos.

La ciudad se dividía en tres zonas: la villa, el arrabal bajo y la parte alta de este arrabal, demostrando que hasta en la miseria se establecen clases.

La esencia y alma de Osuna se encontraba, desde luego, intramuros. «No hay en toda Europa calle más hermosa que la de San Pedro», le aseguró la camarera mayor a la reina al enfilear el tramo de la calle de San Pedro en la linde con la Carrera, que ya empezaba a llenarse de fachadas recargadas, grandilocuentes portadas y escudos nobles, haciéndole creer erróneamente que todo el pueblo era así, como esa calle en la que residían las más importantes familias. Sin embargo, los linajes se difuminaban en el mapa al avanzar hacia las afueras de la ciudad, donde se confinaban las actividades menos nobles pero más productivas, como el lavadero público, el matadero, los molinos de aceite o la prostitución. De hecho, por mucha separación que impusiera la antigua muralla, a través de todas las calles señoriales penetraba el intenso olor del alpechín, el líquido oscuro y fétido procedente de las aceitunas cuando se apilan antes de la molienda y son exprimidas con agua hirviendo. Aunque a Isabel le desagradó al pronto, en muy poco tiempo se acostumbró a los efluvios sólo porque le parecía extravagante pensar que de la actividad de los molinos resultaba un

líquido exquisito, denso y agradablemente amargo, que no tenía nada que ver con otros aceites que hubiera conocido, y que le servían a probar en pequeñas copas de plata junto con trozos desmigados de humeantes hogazas de pan o rociado con él en los desayunos.

A la visita a la Colegiata se sumó la princesa de Éboli mientras su marido, secretario personal del rey, despachaba con él asuntos de Estado. Por la Puerta de la Cuesta accedieron al interior de la iglesia. Era magnífica, de indiscutible suntuosidad y elegantes ornamentos, y disponía de diez capillas intercaladas. Al encaminarse hacia el primer subterráneo las escaleras se fueron estrechando y le produjeron el mismo efecto que recordaba del día de su boda en París cuando escapó escaleras arriba por la torre sur de Notre Dame. Se dio cuenta de que prefería las alturas a las tripas de la tierra, porque al pronunciarse el descenso empezó a sentir una terrible angustia que le impedía respirar con normalidad aunque disimuló cuanto pudo.

Lo que se destapó ante sus ojos en la primera planta del subterráneo la dejó maravillada: valiosas tablas flamencas lucían junto a un mural del *Divino* y un retablo de Balduque en la capilla del Santo Sepulcro. Se trataba de una réplica minúscula de una iglesia de tres naves y el coro, bajo tierra, que servía de techo para la cripta, en el segundo nivel, donde reposaban sarcófagos de piedra y madera, dispuestos a acoger los ilustres cuerpos de los descendientes del conde. Delante de su sepultura se detuvieron juntas la reina y su camarera mayor para rezar un padrenuestro y leer la leyenda funeraria que decía así:

Aquí yace un gran cristiano y amigo de obras santas en las cuales empleó su vida y su hacienda. Murió muy santamente con grande fervor y ayuda de Nuestro Señor: en el día de la Ascensión como lo había deseado, en esta su villa de Osuna a diecinueve de mayo de mil quinientos cincuenta y ocho.

A la mente de Isabel acudió esa fecha con una absurda nostalgia quizás de un mundo que hubiera deseado que no fuera el suyo. En ese mismo año que figuraba en la inscripción, seis meses más tarde, la muerte de María Tudor, segunda esposa de Felipe, había sentenciado su destino.

Finalizada la oración, Isabel pidió salir de allí en busca de la luz y el sol, con sus pensamientos prisioneros y el deseo estallándole en el pecho.

Durante los preparativos de la ceremonia del nombramiento, Isabel quiso hablar con

el ayuda de guardajoyas a fin de pedirle que *El Estanque* estuviera a punto para el gran baile del día siguiente con el que se celebraba tanto el título como la visita de los reyes. La camarera mayor sonrió ante lo que tomó poco menos que por una chiquillada; su reina sabía que no era necesario cumplimentar ese trámite ya que se suponía que Juan de Nápoles había viajado hasta allí sólo con tal cometido. Pero una vez más hizo la vista gorda al no ver peligro alguno en que ella se lo pidiera en persona.

A pesar de lo adiestrada que tenía la intuición, la camarera cayó en esa ocasión en el error de menospreciar el ingenio y empuje de que son capaces aquellos que se saben amantes a hurtadillas. Fue una visita rápida que transcurrió en su presencia, sin que consiguiera percatarse de que, al besar Juan la mano de la reina en la despedida, ella deslizó en la suya un trozo de papel en el que se citaba con él en la medianoche del día siguiente. Con la confusión del baile y el equívoco de los disfraces, nadie notaría su ausencia durante unos minutos.

Pero a veces las esquinas de la noche tienen ojos como faros tiene el mar.

A media tarde se desarrolló la ceremonia del nombramiento. El joven Pedro Téllez Girón, de treinta y un años, fue investido como primer duque de Osuna por su majestad el rey Felipe II, otorgándole a la villa una notoriedad que se perpetuaría con la creación de la Casa Ducal, y convertía a la saga familiar en una de las castas nobiliarias más poderosas del país. Era, pues, una ocasión más que importante para los Téllez Girón, que supieron reconocerlo agasajando a los reyes por todo lo alto.

En el *cuarto de la columna*, situado en la planta baja a la derecha de la entrada principal, un amplio salón de decoración recargada, se dispuso todo lo necesario para la investidura, que iba a seguir un ritual breve y sin artificios. Criados y damas de compañía se afanaban porque a sus señores no les faltara de nada y fueran acomodados donde debían. La comitiva venida de Madrid era numerosa y eso retrasó el comienzo por desajustes de protocolo que fueron solucionados con la mayor prontitud posible.

Entre los presentes se contaba una destacada figura de la villa de Osuna, don Jerónimo Gudiel, historiador y catedrático. Pero ese día su importancia tenía más que ver con su condición de médico personal del difunto marido de María de la Cueva, así como por el hecho de ser su biógrafo. Gran conocedor de la que estaba a punto de pasar a ser villa ducal, se tomó su tiempo, con aire ceremonioso, para explicar a los reyes el origen y la trascendencia de los Girones. «La leyenda del apellido Girón se remonta al siglo XI», comenzó en medio de un imponente silencio, «cuando don Rodrigo González, señor de Cisneros, luchaba junto a Alfonso VII contra los moros en La Sagra». Y siguió contando cómo peligró la vida del rey cristiano cuando los

enemigos lo distinguieron por el manto que portaba sobre los hombros. A punto de ser cercado, el caballero don Rodrigo, arriesgando su integridad física, intercambió con el rey la cabalgadura y se colocó el manto para que lo confundieran con el monarca mientras éste huía. Don Rodrigo, jinete valiente y hábil, se defendió como pudo hasta conseguir salvarse aunque de milagro. Como hombre de honor que era, le devolvió al rey el manto desgarrado y hecho *jirones*. «De ahí el apellido Girón, por el que don Rodrigo cambió el suyo de Cisneros, aceptando los tres jirones que el rey le regaló para su escudo en agradecimiento por el incondicional auxilio prestado. Aunque no hay en el mundo mayor obsequio que el de entregar la felicidad, como hizo el soberano al otorgarle al bravo caballero la mano de su hija, doña Sancha».

Como un cuento de hadas recibió Isabel la historia del linaje del dueño y señor de la villa de Osuna, que lo fue gracias a que en 1464 un descendiente de don Rodrigo, Pedro Girón, veintiocho maestre de la Orden de Calatrava, obtuvo la villa como permuta por las de Bélmez y Fuenteovejuna, y en ella estableció la capital de su señorío.

La reina concluyó que tenía a su servicio a una gran mujer, no sólo por su valía personal sino por ascendencia y entronque con un importante linaje de valientes.

Cuando parecía que Gudiel estaba acabando, añadió algo que causó un inesperado interés en Isabel:

—Nadie puede predecir el giro que habría dado la Historia de no haber fallecido a la temprana edad de cuarenta y tres años en extrañas circunstancias don Pedro Girón cuando a punto estaba de casarse con quien habría de convertirse en gloriosa reina de todos los católicos, doña Isabel de Castilla.

Al acabar el acto quiso conocer más detalles de la vida de este último personaje e interrogó a María de la Cueva. Sin embargo, la camarera mostró reticencia a hablar de quien fue abuelo de su marido. Isabel desistió, queriendo respetar su voluntad, y entonces lo intentó con Gudiel mientras éste caminaba hacia donde se había dispuesto un refrigerio antes de que los invitados se vistieran para el baile de la noche. Halagado por ser reclamado por la reina debido a sus conocimientos, no ofreció ningún reparo en contarle, adoptando un tono de voz que encajase con la explicación de una maquinación política del más alto nivel, que don Pedro falleció envenenado con unas hierbas que le dieron a beber en la localidad castellana de Villarubia de los Ojos cuando se dirigía a Arévalo para casarse con la joven princesa Isabel, que entonces tenía quince años. «Cuentan las malas lenguas que Isabel no estaba dispuesta a casarse con él porque ya tenía los ojos puestos en Fernando de Aragón, y que su dama Beatriz de Bobadilla le era tan leal que no es descabellado pensar que hubiera sido capaz de matar por ella...». Al escucharle sintió un desagradable escalofrío que aumentó al enterarse de que la primera decisión de la Reina Católica como soberana había sido pedir al rey que nombrara a Beatriz su camarera mayor.

Intentaba poner orden en su cabeza donde se peleaban ideas como la de no poder imaginar que su presente estuviera, en cierto modo, unido al pasado de Osuna, porque tenía razón Gudiel al preguntarse qué habría pasado de no haber muerto el Girón destinado a casarse con la reina Isabel. Ese turbador pensamiento venía a unirse a las sospechas que había ido alimentando acerca de las maquinaciones que en el presente podrían estar fraguándose, en luchas por el poder que no le eran ajenas aunque sí desconocidas. Se preguntaba qué podría estar pasando a sus espaldas sin que ella lo supiera...

Sintió la necesidad de tomar un poco de aire fresco antes de poder comer algo, y, como siempre, su fiel camarera mayor la acompañó, aunque esta vez la reina no pudo evitar mirarla de una forma un tanto extraña.

El Estanque estaba llamado a ser protagonista absoluto del baile. Su tono acerado iba a teñir el ambiente del lujo que a esas alturas definía a la corte española por obra y gracia de la reina francesa, y que no acababa de ser bien visto por los colaboradores más cercanos del rey. Aunque en una noche como ésta poco importaba. Isabel representaba a la Corona con distinguido señorío y un estilo de vida que calaba con enormes dificultades en un ambiente encorsetado.

Era la primera vez que se celebraba un baile de disfraces en Osuna. Los trajes de las damas representaban el lujo de la corte madrileña, reproducido a la pequeña escala de una villa de apenas quince mil habitantes, que era la población con la que contaba en aquel momento. Tanto brillo y boato no se conocía por esas tierras. Aunque la verdadera ostentación llegó con la presencia de la reina. Cuando Isabel hizo su aparición en el salón de baile arrastrando la cola de un vestido negro bordado en oro sobre el que destacaba soberanamente *El Estanque*, las cabezas de todos los presentes desaparecieron como borradas de un plumazo al realizar una reverencia al unísono y en riguroso silencio. Sólo se oyó el movimiento de vestidos y plumajes.

Isabel tragó saliva —era ésta una ocasión importante al mostrarse en público fuera de palacio, en una celebración como la de un nombramiento con el que nacía un ducado— y comenzó a caminar segura hacia el centro, donde la aguardaba el rey.

Tras la ligera genuflexión de su esposa, él le tomó la mano y ambos se colocaron sus máscaras. Sólo entonces los invitados hicieron lo mismo y empezó a sonar la música, dando comienzo el espectacular baile en el que ya nadie podía ser reconocido, salvo los reyes, quienes no llevaban más disfraz que la máscara ocultando el rostro. En el caso de la reina, se trataba de un antifaz forrado de seda negra y ribeteado por pequeñas agrupaciones de brillantes, con unas enormes y elegantes plumas centelleantes también en tonos oscuros pero con ligeros toques de añil y rojo en las puntas, rematando la parte superior.

Los disfraces de la princesa de Éboli y de Juan de Austria no eran tampoco

desdeñables. Ambos se sentían como pez en el agua en mitad de aquel mar de lujo y suntuosidad para el que toda Osuna, y la familia Téllez Girón en particular, llevaban meses preparándose. En los bailes de disfraces, sólo al alcance de la realeza y de las clases sociales más nobles, la moral bajaba la guardia mientras la Iglesia la reforzaba, atenta al peligro que suponía el posible descontrol de las bajas pasiones que el ocultamiento de las identidades podía propiciar.

Se daba la circunstancia de que en la comitiva real viajaban algunos cortesanos conocedores al detalle de estos bailes al haber estado en Italia acompañando al emperador, y que de allí habían regresado con sugerentes ideas para la implantación en la sobria España de esta moda que en Europa venía haciendo furor desde años atrás. Pero la rigidez de la etiqueta borgoñona adoptada por el rey Felipe para su corte dificultaba la penetración de determinadas tradiciones europeas de aire festivo, como era el caso de los bailes de máscaras.

A la hora convenida, con la fiesta en pleno apogeo y los invitados satisfechos de buen vino, Isabel aprovechó para dirigirse hacia una de las salidas al jardín. Pero fue sorprendida por una mano que apareció a su espalda para abrirle la puerta. Era la camarera mayor. Retuvo la puerta durante largos segundos en los que se dirimía para ambas la manera de salir airoso de una situación más que delicada. La condesa sabía hacia dónde se dirigía la reina y ésta, a su vez, no podía olvidar que estaba en casa de su camarera y que su comportamiento debía ser intachable. Manteniéndose mutuamente la mirada, aquélla acabó de abrir la puerta con lentitud, franqueándole el paso. «Hace demasiado calor aquí dentro, majestad», le dijo antes de hacer la reverencia. «Sí», respondió Isabel, «hace calor y afuera aguarda una noche muy hermosa».

Y no mentía. Al mirar al cielo vio más estrellas que en ningún otro lugar, favorecidas en su luminoso despliegue por la límpida claridad de la luna llena que le trajo de la mano a Juan de Nápoles. Vestía el joven un traje claro y el cabello, ligeramente húmedo, le caía hasta casi rozarle los hombros. Desprendía un fresco olor a cuerpo recién bañado. De su cuello, que se mostraba con naturalidad por el abierto jubón, nacía como un delta un fino vello en el que la mirada de Isabel se perdió cerrando los ojos para recibir los labios de él. El beso fue atravesado, como si fuera una saeta, por el seco repicar de unas campanas próximas al lugar. Procedía de la torre de la antigua iglesia de Santa María, hoy Colegiata, que se encontraba muy cercana al palacio. Las subieron hacía cuarenta años con el fin de anunciar las horas marcadas por el reloj de la villa, aun con los desajustes que todavía presentaban aquellos artilugios pensados para medir el paso del tiempo.

En aquel momento en que la reina se entregaba a los besos furtivos de Juan de Nápoles bajo la protección de una noche en la que todo estaba permitido siempre y cuando no se reconociera la identidad de quienes se sumergían en las profundidades

de lo pecaminoso, los golpes perfectamente acompasados de las campanas recordando la medianoche obligaron a Isabel a salir huyendo. Tal vez porque creyó que se trataba de un aviso del peligro. Y tal vez no estuviera del todo equivocada, porque nada más desaparecer, cuando aún el sabor de su piel permanecía en la boca de Juan, inexplicablemente surgió de la penumbra la desconocida que había asaltado en Madrid al ayuda de guardajoyas la misma noche en que tuvo relaciones íntimas con la reina por vez primera. Osuna era el último lugar donde podía imaginar que se la encontraría.

—Vuestra presencia me hace suponer que la señora que os envía ha viajado entre el séquito —murmuró, nervioso, nada más verla.

—Y... ¿qué os hace pensar que es una mujer y no un hombre quien me envía?

A la dama le gustaba jugar y parecía dispuesta a aprovechar la celebración del equívoco que estaba teniendo lugar en el interior del palacio bajo la complicidad de cientos de máscaras. Aproximándose a Juan para poder sentir su aliento a través de los huecos del antifaz, le dijo:

—Vos sabréis que en noches como ésta todo está permitido —y le propinó en el lóbulo izquierdo un ligero mordisco, suavísimo y sensual hasta morir, retirándose de inmediato con una amplia sonrisa que dejaba ver una dentadura joven y perfecta.

Juan no pudo resistirse y se abalanzó con intención de besarla siguiendo el juego por ella iniciado, pero se encontró con la sorpresa de que la extraña lo detuvo en seco y volvió a sonreírle, dejando escapar después una carcajada que a él no le sentó demasiado bien.

—Sois impetuoso, napolitano, no cabe duda. Y con ese mismo ímpetu me entregaréis mañana, de nuevo, *El Estanque*.

—¡Ni lo penséis! Estáis loca, no volveré a entregaros jamás esa joya, es demasiado el riesgo. Además, sólo nuestra reina puede tenerla.

—Vamos... no os pongáis así —regresaba al tono meloso—. Aunque la reina lo lleve puesto esta noche, mañana se habrá olvidado de él, más preocupada como estará por otros asuntos menos... materiales... ¿no creéis?

Densas nubes ocultaron repentinamente el fulgor de la luna y la misma oscuridad que parecía acompañar siempre las apariciones de la desconocida dama los envolvió esta vez en silencio. Nada más se dijeron, y ella, de la forma espectral en que había aparecido, se volatilizó sin dejar más rastro que la inquietud inculcada en el pecho de Juan. Un virus que tardaría en abandonarlo, aunque no le iba a impedir que persiguiera, como venía haciendo, una quimera de nombre Isabel de Valois y de condición, reina.

Aquella noche, el repetido tañido de las cercanas campanas mantuvo a la reina en un duermevela hasta que los primeros rayos de sol le anunciaron el despuntar de un

nuevo día. Sólo entonces, agotada de las largas horas sin descanso, se durmió por breve tiempo soñando que se hacía un ovillo en el interior de una cueva, húmeda y angosta pero que le proporcionaba una felicidad poco conocida. El despertar le hizo ver que el sueño era la boca de su amado.

La boca de Juan, el sitio soñado para quedarse a vivir.

—Me acompañará hasta mi muerte el recuerdo de aquel aciago 19 de mayo, en que la parca visitó nuestra casa para requerir la compañía eterna de mi santo esposo.

—No habléis así —a la reina le sorprendió la expresión en boca de su camarera mayor.

—He de confesaros que a veces me cuesta pensar que fuera Nuestro Señor quien me lo arrebatara de los brazos. Nada se pudo hacer por retenerlo —con pausas, la condesa de Ureña recreaba en su mente cada momento que narraba—. Y, así, entre las diez y las once de aquella mañana de desafiantes calenturas que no habían cesado en toda la noche, cerró los ojos cansado y nos dejó para siempre, tras sesenta y cuatro años de vida.

En ese punto no pudo contener las lágrimas. La reina la acompañó en el llanto, emocionada y admirada de poder oír hablar a su camarera mayor con esa franqueza, destapando sus sentimientos. Pensó que, en realidad, la conocía poco. Era mujer de mucha sabiduría pero sobre todo de inmensa humildad ya que jamás, en el tiempo que llevaba siendo la sombra de Isabel, la distrajo con ninguna cuita personal. No darse importancia es propio de los verdaderamente importantes. Y reparó en que la viuda del cuarto conde Ureña lo era y no se había percatado hasta ese momento.

Reponiéndose del llanto, María se dispuso a continuar, a pesar del gesto de la reina indicándole que no lo hiciera. Quiso acabar de contarle, como si temiera que al no hacerlo la escena quedara incompleta en el limbo y se le quebraran los recuerdos a los que necesariamente hay que dotar de orden para que no acaben sepultándonos.

—En el momento de la muerte estaban presentes mi hijo Pedro, a quien el rey ha obsequiado con el mayor privilegio que podía esperarse; nuestro sobrino, el duque de Arcos, y el marqués de Vélez, yerno que era. Sacaron a hombros la caja para llevarlo hasta la capilla del Santo Sepulcro y un reguero de pena quedó fijado en el camino.

Isabel se enjugó las últimas lágrimas antes de ordenar un paseo para cerrar la puerta de la muerte y del pasado, y mirar el color del cielo, y respirar el aire en un día soleado en el que decidió que, en lo sucesivo, iba a sacarle partido a su juventud para disfrutar de la vida.

Las cuatro damas que debían acompañarla se encontraban ocupadas comentando con mucha animación chismes que debían ser de alto interés. La reina, que no era muy dada a ellos, cuando oyó que hablaban de las andanzas conjuntas de Juan de Nápoles y de un lacayo del rey con dos lugareñas prestó atención. Las cortejaban,

decían, en las inmediaciones del lavadero público, allá donde se azota la ropa al sol y se pasan por agua los trapos sucios.

—Veo que habláis del lugar adonde iba a pedirlos que me acompañarais. ¿La Fuente Nueva habéis dicho...?

A la camarera mayor no le gustó la idea improvisada. Las fuentes eran conocidos focos de conflictos debido a las hileras de mujeres que en ellas se formaban y, también, al poco tiempo del que los aguadores, siempre varones, disponían para la espera en comparación con el de las mujeres, para quienes conseguir agua era la tarea más importante del día y estaban dispuestas a lo que fuera. Siendo un lugar frecuentado en su gran mayoría por hembras, acababa convertido en muchas ocasiones en escenario en el que se representaba el más puro ritual humano de seducción. El cacareo de las féminas mezclándose con la concupiscencia de los hombres en celo bajo un sol justiciero en verano. O huyendo para guarecerse de los rigores invernales en los rincones más cercanos a la fuente, en un emparejamiento circunstancial que finalizaba al irse cada uno por su lado con los cántaros llenos y los cuerpos descargados.

Para evitar este trasiego desordenado, las autoridades implantaron dos pilas en las proximidades de la Puerta de Écija con intención de que los hombres no merodeasen en torno al lavadero público de la Fuente Nueva. No era, pues, el lugar más idóneo para el paseo de una reina. Pero se empeñó, guiada por la desagradable remembranza del día en que escuchó a sus damas hablar en Madrid de una tal Eufrasia. Si ellas afirmaban que «el guapo de Juan tontea con una tal María», lo más seguro era que el comentario tuviese mucho de cierto. Eso temía con toda su alma, y le hería el solo pensamiento. La visión fugaz de Juan en brazos de otra mujer le perforaba el sentimiento escapándose a toda lógica, porque también ella ocupaba el lecho del rey mientras a su vez estaba en pecado con Juan.

Pero los celos no atienden a razones cuando nacen de un corazón desbocado que busca su norte como la sed el agua para saciarse y permitirnos vivir. Y en busca de su agua se acercó a la fuente, queriendo comprobar la existencia de la joven. Preguntando con disimulo y sin demostrar interés alguno, se enteró de quién era la supuesta conquista del napolitano y, al verla, sonrió tranquila. La vulgaridad de aquel cuerpo, sus manos rudas y la escasa belleza de su rostro, no podían atraer a Juan, quién mejor que ella para saberlo. Estaban equivocadas sus damas, con toda seguridad, y si no lo estaban ella haría que lo estuvieran, llamando aquella misma tarde a Juan a su presencia.

—Guardaos mucho, Juan, de vanas tentaciones que no llenan más que de falsas ilusiones y tonterías el buche de un varón —fue directa.

—Sólo a vos me debo, mi señora.

—Lo sé —respondió con el aplomo que había ido adquiriendo en todo este

tiempo—, pero es bueno recordarlo para que os quede grabado en vuestra memoria.

—No es la memoria sino el corazón lo que se revuelve en mí por vos...

Entonces él hizo un intento de aproximarse para besarla, a lo que ella se negó, estrenándose, así, en el complicado arte de marcar el curso de los acontecimientos cambiándole el paso a sus sentimientos.

Cuando Juan se marchó, Isabel se derrumbó en un sillón. Las piernas le fallaron. Le había dejado ir, sin más...

Al caer el día, en un punto convenido de los alrededores de la población, el joven ayuda de guardajoyas esperaba impaciente sentado sobre una roca, sin moverse. Una figura de piedra no habría estado más quieta. Confiaba en que la mujer desconocida a la que le había entregado *El Estanque* apareciera de un momento a otro, pero a la vez desconfiaba, y eso hacía que no se atreviera casi ni a respirar pensando en las consecuencias que acarrearía para él que tal desgracia sucediera. Desconocía todo acerca de ella. Su edad, su rostro, por supuesto su nombre y, lo más importante, la persona para la que trabajaba. No podría acusar a nadie, por no saber a quién, de haberlo intimidado y obligado a robar la joya más valiosa de la Corona.

Daba tan por hecho que la dama no aparecería, creyendo posiblemente que habría huido con el diamante en su poder aprovechando la lejanía de Madrid, que cuando por fin apareció la tomó por un fantasma dispuesto a castigarle por la desmedida soberbia de ambicionar el corazón de una reina.

Quedaban todavía unos días de estancia en Osuna antes de reemprender el regreso. La reina aprovechó el tiempo para visitar, acompañada de la condesa de Ureña, varios conventos e iglesias, como el de Santa Clara en el camino de la Huerta, fundado por ella hacía doce años; o el de los agustinos, obra de su esposo, en el que pudo contemplar una talla del Cristo de la Vera Cruz realizada en una madera que Cristóbal Colón se trajo de sus viajes a América. Asimismo, reparó largo rato ante la fachada de estilo mudéjar de la iglesia del convento de San Pedro, también erigido por el cuarto conde de Ureña. La villa entera estaba plagada de edificios monumentales y lugares destinados al culto, todos ellos costosos y de una belleza cuya contemplación le suponía a Isabel gran disfrute para los sentidos. Se recreaba en los paisajes callejeros. Gozaba con las estampas blancas de las que pronto se tendría que despedir.

También hubo un lugar poco piadoso que la atrajo sobremanera influenciada por la princesa de Éboli. Con ella asistió a una timba de naipes organizada con la mayor de las reservas. Era ilegal, puesto que la Orden de Calatrava había proscrito el único tablero que existía en el pueblo. Sin embargo, se sabía que en el mesón del Toro, en plena calle de la Carrera, entre la *putería* y el convento de Santo Domingo, se

organizaban partidas secretas. Y esa noche el mesón se cerró tras los pasos de la reina.

Isabel era joven e inteligente. El tiempo que llevaba jugando en Madrid le había proporcionado una experiencia que le permitía enfrentarse a los mejores tahúres. En esta ocasión, la sesión duró casi tres horas, con varias partidas. Hubiera podido pensarse que por ser reina le dejaron ganar tres rondas, pero ella sabía que no era así. También lo sabían los demás jugadores, que lucharon cuanto pudieron para no tener que soltar el dinero que finalmente fue a parar a manos de la reina por méritos propios. Llevada por la pasión del juego y confiada al comprobar que esa noche tenía la suerte en su favor, Isabel había llegado muy lejos, apostando exageradas cantidades que habían sorprendido a todos los presentes.

La condesa de Ureña la esperaba fuera de la sala. Consideraba indecoroso presenciar cómo su señora se convertía en el centro de atención de una actividad que le resultaba tan poco femenina como los naipes, jugándose el dinero con hombres como si de iguales se tratase.

A altas horas de la noche se recogieron porque la condesa no estaba dispuesta a tolerar que el juego se prolongara indebidamente. Todo lo indebido que le podría parecer al rey.

Y le pareció. Tanto, que al cabo de un par de días quiso hablar a solas con su esposa.

—¿Sois feliz aquí, Isabel?

—Es un viaje que os agradezco. Cómo no ser feliz con todo lo que estamos viviendo. Hay muchas cosas desconocidas para mí que se me han ofrecido...

—Celebro que así sea. Pero también lamento tener que llamaros la atención sobre lo que a mi entender, y supongo al de cualquier persona de juicio, está siendo un comportamiento quizás no del todo adecuado para una reina.

A Isabel le causaron gran disgusto las palabras de reproche de su marido y quiso saber cuanto antes a qué se debían, temiendo que a sus oídos hubiera llegado el veneno de unos besos furtivos depositados en los labios de otro hombre y no en los suyos. Sin embargo, el rey iba por otro camino que a ella ya no le pareció tan grave.

—Os han visto por lugares indeseables. El barrio de extramuros no es el mejor sitio para vos, como tampoco allí donde las mujeres lavan la ropa en público, y no digamos el mesón del Toro, en el que os habéis jugado cantidades considerables de dinero.

—Señor, bien que me disteis vuestro consentimiento en Madrid para entretener el tiempo jugando inocentemente a las cartas. No pude imaginar que os molestaría que lo hiciera fuera de la corte.

Tenía razón. En realidad a Felipe no le importaba que jugara, pero sí le concedía importancia a lo que la gente pudiera comentar. A pesar de lo respetuosa que Osuna

se mostraba con sus reales huéspedes, pronto empezaron a circular por las calles comentarios malintencionados acerca de la excesiva independencia que el rey le permitía a su esposa dejando que acudiera a lugares en los que no estaba bien vista su presencia. No era intención de Felipe regañarle, y menos cuando afloró en su rostro la expresión, que ya había visto en ella otras veces, de niña mimada a la que están a punto de retirarle de las manos algo valioso. Se enterneció viendo el sonrojo de sus mejillas fruto de no poder replicarle o decir lo que sentía. El respeto debido de una esposa a su marido, y en este caso también a su rey, lo impedía. Lejos de insistir en afearle su comportamiento, Felipe besó su frente y la despidió diciéndole cariñoso: «¿Por qué no vais a dormir? Os vendrá bien descansar, mañana emprendemos viaje de regreso muy temprano».

Al tiempo que la reina se retiraba contrariada a sus aposentos, Felipe ordenaba preparar su caballo para dirigirse hacia las inmediaciones de la Puerta de Écija.

Se detuvieron junto a la taberna de Rodrigo Lences, donde tenía su entrada la conocida con el curioso nombre de la *casa de las mujeres galanas* la mancebía del pueblo, en la que la llegada de tan reputado cliente causó gran revuelo. Su secretario personal, Gómez de Silva, tuvo que advertir a los responsables del establecimiento, ya que la visita debía desarrollarse con la más absoluta garantía de discreción. El rey hubiera podido requerir esos mismos servicios en el palacio pero prefirió no hacerlo para evitarle un posible escándalo a la familia Téllez Girón que les habían acogido con tanta hospitalidad y sin escatimar en gastos.

Y si llamativo fue el recibimiento, no ocurrió menos cuando en la casa intentaron ser discretos. De repente el *padre de las mujeres galanas* las mandó callar a todas bruscamente y ahogar muchas velas para rebajar la luz. Visto desde fuera parecía una pequeña casa de juguete que se fue apagando en silencio hasta quedar por único sonido el de los grillos como una orquesta desafinada en la noche tranquila, que no enturbió los quehaceres del rey de España.

Horas más tarde, ya amaneciendo, la comitiva se disponía a abandonar Osuna cargada de regalos, entre ellos sendos garrafones de aceite puro elaborado con aceitunas recogidas en los olivares de la extensa Campiña. Los viajeros regresaban algo diferentes de cuando llegaron. La imaginación de la reina, y ella misma en persona, había volado por los barrios de extramuros; incursiones que hubieran sido impensables en Madrid. Asimismo cambió la percepción que tenía de su camarera mayor, quien ahora, tras su paso por Osuna, le parecía una mujer de gran valía personal.

Mientras que la camarera volvía de ese viaje henchida de felicidad y de orgullo al haber tenido ocasión de mostrar ante los reyes el legado de su marido y toda la significación y poderío de su familia y apellidos.

En el caso de Juan, la constatación de que pudiera ser rechazado se escapaba a cualquiera de sus pronósticos, poniéndole en alerta respecto de lo poco que debía permitirse jugar con los sentimientos de la reina.

Isabel, por su parte, se había dado cuenta de cuánto le importaba Juan de Nápoles y de la fragilidad de los lazos que nos atan a quienes más creemos amar.

Madrid, principios de abril de 1562

Al descender de la litera vio a Juan aproximarse. Intentando evitarlo echó a andar con decisión seguida por tres de sus damas, a quienes acabó lanzando una señal para que se quedaran atrás y la dejaran avanzar sola cuando la cercanía del joven se hizo inevitable, pues él había acelerado su paso para darle alcance antes de que franqueara la entrada del alcázar.

—Necesito veros esta noche —le dijo sin que la reina se detuviera a escucharlo.

—Es imposible, el viaje ha sido muy largo y me siento muy fatigada.

—Entonces mañana, que ya habréis descansado.

La reina se paró y le habló de frente.

—¿Tenéis un porqué para tanta urgencia? —más que una pregunta, Isabel le retaba.

—¿Queréis de verdad que os lo diga?

—Si no lo pretendiera, no os lo habría preguntado.

Entonces Juan se acercó a ella peligrosamente —jamás nadie se habría atrevido a marcar tan escasa distancia física con la reina y menos en público—, para decirle al oído arrastrando las palabras como si pesaran, con la respiración agitada y comprobando que nadie les observaba:

—Vos, majestad, sois mi porqué. Necesito veros a solas, cualquier tiempo a vuestro lado se me hace tan corto que al marchar estoy ya deseando el regreso. ¿Es eso suficiente...?

En verdad lo fue, porque a la noche siguiente Juan de Nápoles visitaba los aposentos privados de la reina en esas horas en las que el sueño vence a quien no es amante. Y entonces el mismo porqué, la misma ansia y el mismo deseo, los abocó al abismo que Isabel había visto abrirse ante sus ojos la noche en que soñó que Juan la visitaba durante su solitario baño. En aquella ocasión ni lo miró, dándole la espalda provocativa pero intuyendo que una sima la llamaba a gritos, tirando de ella sin remisión. Ahora se dejó caer al vacío con los ojos cerrados, concedora ya de que el saber hacer de Juan en asuntos de cama no le dejaría acusar el golpe, sino que sus brazos solícitos iban a recogerla de ese abismo de fuego y confusión para hacer del sexo la más grata celebración de la vida encerrada en el placer. «Aprisionad el placer,

mi señora», le susurraba Juan con maestría, «no lo dejéis libre...». La primera vez que yació con él, y que entonces le pareció que abría ante sus ojos un mundo de ensoñación, quedaba reducida a un hecho de poca relevancia comparada con el placer cada vez mayor que le estaba otorgando en cada nuevo encuentro.

Extrajo un frasco de perfume que tenía guardado y comenzó a salpicar de gotas de ámbar, almizcle y agua de rosas la piel tersa de Isabel. Era una esencia cara, la favorita de ella, encargada por Juan a un perfumista de Madrid antes de partir hacia Osuna.

Algo semejante al miedo apareció en su interior al empezar él a desabrochar los botones delanteros de su camisa de dormir para después ir retirándosela con la devoción de un piadoso postrado ante la imagen más venerada. Presentía otro descubrimiento. Se sintió reliquia entre las expertas y cautelosas manos de Juan que tan extrañamente le acariciaban. No sabía qué era aquello que le estaba haciendo y que tanto placer le causaba. ¿Dónde había estado escondido ese placer durante todo el tiempo que llevaba haciendo con su marido lo que hasta ese día creía que era lo mismo que hacía con Juan? Estaba descubriendo que una circunstancia y otra distaban entre sí un siglo. El propio Juan estrenaba sus caricias en ella.

—¿Es esto la personificación del pecado? ¿Cómo la Iglesia puede verlo con malos ojos y condenar a los infiernos por ello si lo que estás haciendo me hace alcanzar el cielo?

Con su boca, Juan acalló los pensamientos expresados por la reina. El cuerpo desnudo de Isabel se vio expuesto cual ofrenda al deseo impetuoso del joven que sabía tener un control de sí mismo que ella no creía que pudiera ser posible. Se mostraba tranquilo y fiero a la vez; sosegado y ardiente. Hambriento, en cualquier caso, de Isabel, de su inocencia que iba cayendo en el olvido gracias a sus manos. Y a sus labios, carnosos y tibios, y a su sabia lengua, certera como una flecha.

—Si por mi Dios... pudiera yo saber qué es esto que me hacéis... —acertó a decir justo antes de que su cuerpo se arqueara violentamente.

Juan se deleitaba en el privilegio de poder emplear su destreza amatoria con la mujer a la que nadie más que el rey podía acceder.

Y, por su parte, a ella le costaba entender por qué algo tan sublime no había estado hasta entonces al alcance de una reina.

—Dicen que las caricias están reservadas a las putas —le dijo Juan sin dejar de lamer la superficie de la piel que rodeaba los pezones de Isabel—, porque sólo ellas pueden disfrutar del placer...

Las putas y, de ahora en adelante, también la reina.

CUARTA PARTE

La sangre

XV

Delante de un espejo, una mujer joven se recrea mirando la joya que luce deslumbrante sobre su escote. Ha repartido infinidad de velas a su alrededor para observar con atención todos los detalles del diamante. Los destellos. Las aristas. El color extraño y sugerente. Su inusual forma de estanque que no tiene réplica en ningún lugar del mundo. Pero por encima de todo, su incalculable valor que lo convierte en el más claro signo externo de poder para quien lo posea. Aunque no es la reina, en este momento a solas con la joya más valiosa del tesoro de la Corona se convierte en una mujer que acaricia el poder sintiéndose soberana. Si en ese mismo instante Isabel de Valois quisiera lucir *El Estanque* no podría porque lo tiene ella, y es ella la única mujer que consigue disfrutar de ese privilegio, aunque sea de forma efímera. Casi un suspiro. Eso sí, un suspiro que lo compensa todo.

Va bajándose poco a poco la parte del corpiño que previamente había desatado antes de colocarse el diamante, para dejar paso al pensamiento morboso de que si el rey la contemplara así no dudaría en hacerla suya. ¿Qué podría él estar haciendo en estos momentos mejor que dejarse llevar por el ardor y acariciarla orillando, con ello, el límite de lo permitido? Nadie se enteraría. Si Felipe la viera medio desnuda —un hecho harto escandaloso en sí mismo— y con *El Estanque* colgado de su hermoso cuello, se saltaría sus correctas maneras habituales para desatarse como el hombre salvaje que ella intuye bajo el atuendo de rey.

Al quedar liberados los pechos siente una extraordinaria turbación y se lleva la mano a uno de ellos. Empieza a tocarse suavemente con la mirada imantada en la joya, incapaz de despegarla del espejo, y la mente volando hacia donde quiera que esté el rey ahora. La atracción, entreverada con el deseo despertado, sofoca sus mejillas y agita el movimiento de sus manos que se desplazan avezadas por los senos. El ansia se destapa cruzando sexo y poder sin imposturas. Felipe no está, no, pero en cierto modo sí está presente. Él es el poder y reside cerca. Lo siente hoy más que nunca, infiltrado en las caricias que ella misma se regala en su nombre.

Hasta que cree morir de satisfacción cuando el clímax asalta su cuerpo en solitario, y entonces se deja caer reconfortada, agarrándose con fuerza a *El Estanque*, por haber alcanzado la gloria sin que nadie más que ella lo sepa.

Horas más tarde, Juan de Nápoles aguarda la devolución del diamante que recoge sin rechistar. No hace preguntas porque el comportamiento de la emisaria jamás le deja margen para ello. Además, después de lo que le ocurrió con ella en Osuna, no se atreve. «Esta vez quien me envía se ha demorado un poco, pero aquí lo tienes», es lo único que le dice la desconocida antes de perderse con rapidez por las callejas

aledañas al alcázar, llevándose como una exhalación el sentimiento de impotencia de Juan.

A la vuelta del viaje a Andalucía, la reina incrementó su afición al juego y anduvo participando en timbas de naipes con demasiada frecuencia. Solía ir acompañada de su amiga Ana de Mendoza, su cuñado Juan de Austria y su hijastro, Carlos, quien últimamente había empeorado de su estado mental, privando del sueño al rey, que ya no sabía cómo tratarlo.

A esas alturas, a Isabel le preocupaban poco los rumores, si no, no podría entenderse que no redujera el ritmo de sus partidas, de las que daban cumplida cuenta sus súbditos en los corrillos de Madrid. Su debilidad por los trajes y las joyas había ido siendo desplazada por la desmesurada inclinación hacia los juegos de mesa, y en especial las cartas, que no eran bien vistos por el pueblo en una reina. Es posible que fueran las desorbitadas cantidades de dinero que a veces se apostaban en esas partidas, la razón de que se hablara tanto de ello. Así ocurrió en una ocasión en que el joven Carlos, víctima de una mala racha en varias manos seguidas, a punto estuvo de llegar hasta lo que pudo haber sido una ruina apostando tanto que la reina se vio obligada a intervenir para evitar un desastre. El príncipe gritaba mientras se abalanzaba hacia uno de los jugadores para exigirle a puñetazos que no diera por finalizada la sesión porque quería seguir jugándose más dinero. Los miembros de la guardia real que les acompañaban tuvieron que sacarlo por la fuerza del tugurio causando gran bochorno.

Esa noche Isabel iba ganando cuando se desencadenó el altercado y sabía que la ira de Carlos hacia el jugador contra quien iba a emprenderla a palos no era otra cosa que una descarga por no poder ir contra ella. No eran las cartas ni el dinero el motivo de aquella furia desatada. Y sintió una profunda lástima por él.

Aunque no fuera lo propio en una reina, Isabel le tenía más afición a jugar que a coser, actividad que realizaba casi por obligación, a veces en compañía de la princesa de Éboli o de su cuñada Juana. Una tarde en la que estaba con esta última y con su camarera mayor, se les atravesó el bordado y decidieron abandonarlo un rato para contarse divertidas historietas, chascarrillos y dimes y diretes que corrían por el alcázar y que acabaron derivando de forma no intencionada hacia Inglaterra. Las dos mujeres hicieron ante Isabel un despliegue de sus amplios conocimientos acerca de las interioridades de la corte inglesa.

—Os doy mi palabra —dijo Juana dirigiéndose a Isabel— de que la anterior esposa de nuestro rey, la reina María Tudor, tía nuestra, estaba calva. —Aunque era una mujer prudente, la hermana de Felipe tenía un sentido del humor que sólo dejaba

entrever en contadas ocasiones y con quienes se sentía en confianza.

—Vamos, querida cuñada, seguro que exageráis.

—En absoluto —terció la condesa de Ureña con un tono jocoso igualmente inusual en ella—, dicen que usaba pelucas de colores chillones, tan estridentes como lo era ella en sus maneras. Aunque peores cosas se oyeron de su persona.

—Bueno, debe de ser la primera mujer en el mundo que haya parido pedos en lugar de hijos —tras decirlo, Juana estalló en una sonora carcajada.

—¡Juana! —se escandalizó Isabel, mientras que la condesa de Ureña se tapaba la boca con la tela que bordaba aguantándose la risa.

Se referían al falso embarazo de María Tudor. Deseosa hasta la obsesión por tener descendencia, el vientre de la reina de Inglaterra creció de tamaño hasta el punto de que la noticia de su preñez fue difundida por todo el continente, porque también los síntomas que padecía venían a confirmarlo. Sin embargo, transcurridas más de ocho semanas de la fecha prevista para el parto, el abdomen empezó a desinflarse a base de liberar tan rotundas como abundantes e incontrolables ventosidades, con el consiguiente revuelo cuyos ecos no tardaron en llegar más allá del espacio de la corte británica.

A Isabel dejó de hacerle gracia la historia al recordar que también ella había creído con seguridad estar embarazada, cuando después resultó no ser cierto. Supuso que para la inglesa aquello debió de ser tan doloroso como lo fue para ella.

—Cambió, así, el concepto que tenía de aquella mujer que le había precedido en el tálamo de su marido y a la que habían adjudicado el muy duro calificativo de *Bloody Mary*, María la Sanguinaria, por su propensión a ordenar la ejecución de quienes fueran contrarios al catolicismo. Una comprensiva Isabel hizo su particular interpretación de que esa tendencia a la crueldad procedía de una infancia traumatizada por culpa de las vejaciones a las que la sometió su madrastra, Ana Bolena, y a la mala suerte sufrida en vida, como la de no haber tenido descendencia. O peor aún, la de ser el hazmerreír de toda Europa por padecer esos vergonzosos partos falsos.

—¿Asistió mi esposo a sus funerales? —inquirió de repente Isabel muy seria.

Esa pregunta sorprendió inquietantemente a sus contertulias, que se mantuvieron en silencio.

—¿Dónde se celebraron? —insistió.

—En la abadía de Westminster —respondió solícita Juana.

—¿Estuvo presente vuestro hermano? —el tono de Isabel era severo—. No me parece tan difícil la respuesta.

—No —respondió Juana—, el rey de España tenía otros asuntos más importantes que atender.

Dicho lo cual, dejó sobre la mesa el bordado y abandonó la estancia. Tampoco

ella estaba orgullosa del comportamiento de su hermano en aquella ocasión.

La siguiente primavera se portó de forma desigual con los reyes. Sí, mientras a Felipe se le complicaba el siempre grave problema abierto en los Países Bajos, donde se desataron incesantes disturbios, y tuvo que ser testigo del avance del protestantismo en España y, en casa, del imparable empeoramiento de su hijo Carlos, a Isabel le trajo la alegría de ver cómo su cuerpo experimentaba cambios absolutamente novedosos. Su humor, no siendo el mismo, se llenó de altibajos, y no había mañana en que no se levantara con vómitos.

En esta ocasión era más que evidente. A mediados de mayo fue anunciado el primer embarazo cierto de la reina de España. Por fin la primavera trató por igual a ambos cónyuges ya que lo esperaban con el mismo interés. Isabel se convertía, de esta forma, en una reina útil. El heredero al trono estaba en camino.

Sin embargo, por más que se desee algo en la vida, conseguirlo no siempre nos colma de bonanza. La frágil naturaleza física de Isabel parecía tan poco apta para concebir como para soportar un embarazo. En esta ocasión, las celebraciones fueron bastante más discretas; todavía permanecía en el recuerdo de toda la enorme decepción de la anterior preñez que había sido festejada por todo lo alto cuando nunca existió en la realidad. Y esta vez tampoco podía ser de otra manera puesto que la delicada salud de Isabel lo hubiera desaconsejado. El alborozo ante la futura llegada de un heredero se empañó con la sombra de la debilidad física de la reina, aunque no consiguió morderle una esquina a la inmensa alegría que anidaba en lo más adentro de su ser, allí donde otro se estaba formando para su consuelo.

Las temidas jaquecas renacieron, asaltándola con virulencia en las peores horas del día: al despertar y al anunciarse la luna. Sus hábitos se vieron alterados con la postración en cama, recibiendo tan sólo muy de vez en cuando la visita del embajador francés. La mayor parte del día la pasaba descansando, con los ojos cerrados en la penumbra de su habitación. Junto a ella, siempre, la camarera mayor, silenciosa cuando convenía y contándole historias cortas para amenizarle el estancamiento del tiempo, cuando la reina parecía hallarse algo mejor, como el día en que le pidió que le hablara de su infancia. Desvelar su lugar de origen era a lo más lejos que estaba dispuesta a llegar María de la Cueva en sus explicaciones. Hija del segundo duque de Alburquerque, había nacido, como el resto de sus hermanos, en el castillo de Cuéllar, en tierras segovianas. Una impresionante fortaleza rematada por sólidos torreones cilíndricos, donde la Casa de Alburquerque atesoró valiosos cuadros de los mejores artistas, costosas vajillas de plata y oro, armas de diferentes épocas y estilos, y también ricas joyas.

Pero en el corazón de la camarera mayor de la reina se erigían muros mucho más pesados que los del castillo, haciendo imposible la tarea de conocer algún detalle de

su vida más personal. «No hay que hacer gloria de lo que Dios nos otorga. Nuestro nacimiento y nuestra vida entera se deben sólo a Él, así que no hay mucho que contar acerca de mi humilde existencia».

Una madrugada de principios de agosto, encontrándose en su tercer mes de gestación, Isabel despertó tiritando en medio de unas elevadas fiebres que pusieron en jaque la rutina del alcázar. La camarera convocó a todos los médicos de la familia y de la casa por creer que las calenturas dejaban poco margen para el optimismo.

Y no se equivocó. Todos, unánimemente, expresaron su preocupación ante el estado en que encontraron a la reina que no podía ni ingerir agua sin riesgo de vomitarla. Resultaba una imagen trágica: un cuerpo joven, empapado en sudor y ardiendo, al borde del delirio por la calentura y envuelto en convulsiones. Los galenos, otrora enfrascados en rencillas e inútiles envidias, coincidieron en la consideración del mejor remedio para atajar de frente los males de la reina. No hubiera querido oír Felipe la palabra que estaba en la mente de todos. «Hay que aliviar los *malos humores* de la sangre», sentenció Alonso de Santa Cruz buscando la aprobación de sus colegas Antonio de Paz y Cristóbal de Vega.

Sangre. La palabra maldita que llegó a oídos del rey revolviéndole la suya. El médico francés Vincent Montguyon era radicalmente contrario a la práctica española, que consideraba propia de territorios poblados por bárbaros, consistente en propiciar hemorragias en el enfermo, *la salida bondadosa de la sangre*, lo llamaban, y dejar que se desangrara a la espera de su curación. Montguyon apeló, no sólo a la inutilidad de las conocidas como sangrías, sino a la posibilidad de que con ellas empeorara el estado de la reina, ya que era una atrocidad abrir sus venas antes que intentar poner remedio a su dolencia. Se encaró con ellos, uno tras otro: «¿Y qué pasará con el feto?», planteó con severidad, pero los teoremas científicos se veían oscurecidos con supercherías que llevaban a creer que sólo saliendo a través de la sangre el demonio abandonaba el cuerpo de los enfermos. El francés sabía que las enfermedades no suelen ser tarea para el demonio, al igual que lo sabía el propio rey. Éste, sin embargo, no movió un dedo para evitar la intervención de los médicos españoles.

Y la joven, la adolescente y, aquel aciago día, más niña de lo que nunca fue, tan desvalida, se dejó hacer dando su consentimiento casi sin fuerzas ante la resignación de Montguyon que nada deseaba más en aquel momento que haberla podido salvar de la aberración que se avecinaba. Felizmente, su extrema debilidad impedía a Isabel recordar lo que había visto practicarle a Carlos. Y aunque lo hubiera recordado, no parecía que tuviera posibilidad de negarse a que se lo hicieran a ella.

Los preparativos de la operación se realizaron con rapidez y bastante aparatosidad, aplicándosele previamente unas compresas con vinagre por el rostro y los brazos. A continuación intervinieron los cirujanos sangradores disponiendo la

primera vena en el codo del brazo derecho, y con una lanceta de punta agudísima y doble hoja fina de acero le practicó el licenciado Diego Ortega una cisura por la que comenzó a brotar la sangre de la enferma.

Felipe abandonó el inhumano escenario para recluirse a solas en su despacho durante las largas horas en que estuvieron sangrando a su esposa. Montguyon se mantuvo presente estrictamente por considerarlo su deber, porque la visión de lo que estaban haciendo aquellos carniceros que se decían médicos le tenía inmerso en permanentes náuseas. Cuando se creyó al límite de su tolerancia, se ausentó por unos minutos y fue en busca del rey. Se plantó ante él con firmeza implorando de su poder el fin de la locura que estaba teniendo lugar en los aposentos de la reina. Pero el rey no era tal, sino un marido aturdido que se debatía entre el amor hacia su esposa y la responsabilidad de dejar que los médicos que actuaban en nombre de la Corona, avalados por ella, y por tanto, por él mismo, cumplieran con el cometido de salvar a la madre del futuro heredero al trono. Y en caso de que no lo consiguieran sería porque el destino así lo tendría escrito.

—Ni un animal merece ser sangrado de esa manera. ¿Dejaréis que lo sigan haciendo con la reina?

Felipe quiso matar con la mirada a Montguyon por atreverse a hacerle tamaña recriminación.

Cuando regresó a los aposentos de la reina, habiendo dejado al rey con su tragedia personal de no saber cómo tomar el camino hacia la salvación, estaban a punto de practicarle a Isabel la tercera sangría aprovechando la misma cisura. Cerró los ojos mareado, no como médico, ya que la visión de la sangre formaba parte de su trabajo diario, sino como responsable de Isabel en representación de la monarquía francesa. Nadie en su sano juicio podría admitir como una práctica médica algo así. Habría que considerarse, entonces, la demencia como el eje que articulaba las acciones de los galenos españoles. Unos locos ajenos a la pureza de la ciencia y de la medicina, así hablaría de ellos en cuanto regresara a París.

Aún le quedaba por presenciar una cuarta incisión en el brazo izquierdo y, éstas verdaderamente insoportables, otras dos a la altura de la sien, junto a los pliegues de los párpados. Dijeron que con ello cesarían las hemorragias nasales que se le habían ido reproduciendo de manera alarmante en las últimas semanas. «¡Esto es de locos, de locos!», se marchó Montguyon gritando por el pasillo, «quieren dejarla sin sangre para evitar que siga sangrando, ¡DE LOCOS!», y como un loco fue considerado él ese día por aquellos que se lo encontraban al paso.

El embajador francés en Madrid, Saint-Sulpice, tras una breve visita que le fue permitida a última hora del día, tan breve que no excedió de unos tres minutos, le escribió las siguientes líneas a Catalina de Médicis:

Jean-Ébrard de Saint-Sulpice

Madrid, 5 de agosto de 1564

(...) La Reina ha sufrido una crisis febril de gran complicación a la que los médicos españoles no han sabido poner remedio, sino que más bien la han empeorado. No sé si habréis oído hablar de una técnica repugnante y bárbara que usan aquí para sanar y que consiste en dejar que el enfermo prácticamente se desangre.

Majestad, después de contemplar con horror el estado en que la han dejado, me atrevo a pedirlos si tal vez Vos podríais hacer algo para impedir que sigan cometiendo esta tropelía con vuestra hija.

No es mi deseo alarmaros, pero sí mi obligación deciros que hemos de estar preparados para cualquier fatal desenlace.

Dobló la carta y se la guardó, no del todo seguro de la conveniencia de enviarla. Cerró furioso el puño y, con la frente apoyada en él, acabó dándose golpes llevado por la rabia al pensar lo que le habían hecho a aquella pobre criatura a la que le hubiera podido quedar tanto por vivir.

Las caprichosas leyes de la naturaleza celebran en ocasiones un golpe a contramano. Contra todo pronóstico, Isabel sobrevivió. Los médicos se excedieron con los sangrados pero su organismo respondió siendo compasivo con ella. Extenuada, recibía las visitas de su esposo con gran alivio. Tuvo tiempo de pensar en todo cuanto había ido sintiendo por él desde que lamentó su suerte hasta considerarse, por fin, reina de los españoles, aunque sólo ahora, embarazada, se creía merecedora de su título. Tenía que seguir viviendo, no por ella misma sino por el heredero que llevaba en su interior.

También hubo espacio en su cabeza para un pensamiento, potente y veloz como el viento cuando se agitaba en la ladera del cerro donde se erigía el alcázar, pudiéndolo escuchar en el aislamiento de las noches en las que aguardaba a Juan. Era para él aquel pensamiento. Él era, en realidad, el pensamiento mismo. Juan ocupaba su mente y en ella daba la mano al hijo que llevaba Isabel en su vientre, aunque no fuera suyo, porque lo sabía causa de la felicidad de la madre. Así los imaginaba a ambos y podía descansar tranquila. Aunque sólo a ratos.

Cuando pareció experimentar una ligera mejoría, volvieron las fiebres altas y las jaquecas, y la preocupación de los médicos aumentó al presentarse un dolor agudo en la zona lumbar, acompañado de varios cólicos abdominales que la dejaron muerta de dolor y de cansancio. Cómo le pesaba la vida... Y el peso no lo notaba en el corazón, sino en el alma, y también y sobre todo en sus entrañas.

Nada bueno podía esperarse tras todo aquel desbarajuste aplicado en un cuerpo joven y delicado. Nada bueno...

Jean-Ébrard de Saint-Sulpice
Madrid, 12 de agosto de 1564

Siento ser portador de tan malas noticias. No ha sido posible salvar la vida de las dos criaturas que vuestra hija llevaba en su vientre. Eran niñas, según dicen los médicos.

El aborto le sobrevino inesperadamente, después de hacernos creer a todos que su estado mejoraba, y de hecho así pareció durante los dos últimos días.

Como imaginaréis, su salud ha quedado maltrecha. Y su ánimo... no creo ser yo la persona más indicada para hablaros de ello.

Isabel recordaría en los años venideros cómo su cuerpo se vació entonces. Se quedó sin sangre y sin vida en su interior. Yermo. A los dieciocho años de edad.

Ni fuerzas le quedaron para llorar por las dos hijas perdidas. Hubiera querido no despertar. Quedarse suspendida en el tiempo y en la Historia. No avanzar. Pero retroceder es imposible. El milagro de la vida se tornaba en ella desgracia y desolación. Si antes decía que su útero era perezoso, ahora lo consideraba traidor, capaz de albergar vida para después hacerla estallar y quitársela de encima.

El rey lloró su pena y la de ella. Lloró por los dos, sobrándole lágrimas que destinó a la culpa de haber sometido a una niña a la obligación de casarse y tener que dar un heredero cuanto antes a la estirpe reinante en España. Pensó si una Corona o un imperio como era el suyo valían la condena de una vida tan joven que ahora estaba a punto de expirar en el intento. Isabel no había conseguido concebir y ahora apenas se intuía que pudiera continuar con vida. Era una tortura excesiva para Felipe y sus noches se volvieron negras. Tan negras como el dolor que se siente frente a la vida que se va antes de haber terminado de llegar.

Negras como la tristeza y la pesadumbre. Al lado de Isabel se mantuvo una noche tras otra, alejado del sueño. «Cómo dormir viéndola así», se sinceró con su hermana Juana.

Tampoco la camarera mayor se separó del lecho de la reina. Testigo fue de los desaciertos de los médicos, y bien que le causaron disgusto. Evitó terciar en las discusiones cuando no se decidían acerca de lo que debían hacerle a la reina. Ya era bastante complicada la situación, pero estaba claramente de parte de Montguyon, quien por fin consiguió impedir que volvieran a sangrarla y prohibió tajantemente que depositaran sobre sus ingles y axilas sanguijuelas que le chuparan la sangre, como estaban dispuestos a hacer sus colegas españoles. Él optó por administrarle una

purga conseguida de hervir raíz de ruibarbo en agua de miel, que le hizo poco efecto.

Jean-Ébrard de Saint-Sulpice
Madrid, 19 de agosto de 1564

La Reina empeora. Humildemente, no creo que su cuerpo pueda resistir las convulsiones que se le han desatado.

Los infernales médicos han admitido ya su incapacidad para salvada.

El embajador había ido acumulando las misivas sin atreverse a enviarlas a París. Sin embargo, hizo acopio de todas ellas para ponerlas en un correo urgente el día en que pensaron que era el fin.

Jean-Ébrard de Saint-Sulpice
Madrid, 21 de agosto de 1564

(...) «Sólo la muerte puede salvarla de tanto sufrimiento, Dios quiera que sea así». Los médicos abandonan a vuestra hija a su suerte. Se rinden.

El único consuelo que me queda por contaros es que el pueblo llora por la Reina. Las muestras de cariño, aunque es lo que cabría esperar dada la talla moral de su Majestad, la Reina Isabel de la Paz, superan con creces lo que podáis imaginar.

Ingentes procesiones de dolor recorren las calles de la villa de Madrid, y de pueblos y aldeas de mucho más allá. Ayer se celebró una multitudinaria en la que las más altas personalidades rezaron por ella, viéndose al príncipe Carlos en la mayor de las aflicciones.

Hasta mujeres y niños descalzos le dedican oraciones por las calles.

Y es que en tal alta estima se tiene a vuestra amada hija que ha calado hondo en el corazón de los españoles.

El pueblo la daba por muerta mientras Montguyon, en la soledad del perdedor, oraba en silencio sin poder hacer más que asistir impasible a la agonía de la pobre Isabel. Estaba hundido y deseoso, por el bien de ella, de que el desenlace llegara cuanto antes.

Al rey se le unieron, además de su hermana Juana, su hermano Juan de Austria, la princesa de Éboli y la duquesa de Alba, a los pies de la cama de la moribunda,

acompañándola en todo momento. La condesa de Ureña reprimía el llanto no fuera que la reina lo advirtiese, aun sabiendo que era imposible que se diera cuenta de nada inmersa como estaba en el delirio que le producía la fiebre sin tregua y las aparatosas convulsiones que no había manera de detener.

Parecían los últimos minutos. Aquéllos en los que sobra el aviso de la muerte porque ya se hace visible su presencia. Entonces, en un segundo de gloria, Vincent Montguyon sintió una sacudida que le hizo reaccionar y salir de su aislamiento en busca del duque de Alba. Si en el rey no había encontrado alianza en favor de la vida de Isabel, pensó en apelar al duque como última posibilidad de hacer algo por ella, si es que aún se estaba a tiempo. Le insistió en que le acompañara a la habitación de la reina y le diera allí su apoyo a la decisión que tomara, puesto que sabía bien lo que se hacía y su único fin era salvar esa vida tan preciada.

A pesar de que el duque estaba convencido, al igual que todos, de la inutilidad de cualquier intento, accedió a la petición y acudieron solícitos al aposento real.

—Es necesaria una purga.

Montguyon habló bien claro para que se enterara también la reina. Decidió atreverse a suministrarle una dosis de polvo de agárico disuelto en aceite rosado. El agárico, cuyo uso estaba muy extendido entre los médicos europeos, era una droga que se extraía de una variedad de hongo. En España, aunque conocido, no se le otorgaba ninguna propiedad médica, más preocupados como estaban los galenos en intentar expulsar al diablo del cuerpo de los enfermos. Ésa, al menos, era la visión de un médico como Montguyon, un francés de origen italiano que estaba seguro de que, frente a la sinrazón de las creencias españolas, no se perdía nada con intentar algo en lo que nadie creía.

—No conseguiréis más que incomodarla y causarle aún más sufrimiento —se atrevió a increpar Cristóbal de Vega.

—¿Más sufrimiento que el de estar a punto de morir desangrada?

El duque de Alba hizo un gesto al resto de doctores para que dejaran actuar a Montguyon con entera libertad, sin oponerse, por más disconformes que estuvieran con su proceder.

—Hay que avisar al rey —dijo Juana.

—No hay tiempo cuando ya casi no hay vida —respondió taxativo el francés.

La camarera mayor recibió de sus manos la pócima que él mismo fue preparando mientras hablaba y se la administró a la enferma en un biberón de plata. Se obró lo que parecía estar más próximo a un milagro que a una recuperación alcanzada por métodos científicos. La purga produjo más de treinta *cámaras* en el cuerpo de la reina, unas crisis diarreicas tan agresivas que, o arrasaban con la poca vida que parecía quedarle, o la salvaban de forma radical. Y fue esto último lo que ocurrió. Isabel no tardó en reaccionar, recobrar el color en el semblante e incluso recuperar el

apetito.

Estaba claro que había decidido regresar a este lado de la vida.

El rey mandó llamar al médico francés. Sin más testigos que la incertidumbre de saber cuál sería su propia reacción, quiso saber cómo había conseguido restablecer la salud de la reina cuando ya la daban por muerta.

—¿Cómo lo habéis hecho, Montguyon?

—La fe no bastaba, majestad.

—Lamento deciros que disiento. Por fortuna para todos, ha sido vuestra fe en los conocimientos de que gozáis lo que ha salvado a la reina. Os estaré eternamente agradecido.

—No es necesario. He cumplido con lo que creía que era mi deber al hacer un último intento. La reina de España merecía eso y lo que hubiera hecho falta, señor. Sólo había que actuar con decisión.

—Nadie más que un rey puede saber de la dificultad para decidir sin riesgo de errar.

—Por supuesto, nadie más que un rey.

Cuando se marchó, el rey comenzó a derramar lágrimas sintiendo en ello gran desahogo.

No sería ése, sin embargo, el único día en que la vida con Isabel le haría llorar.

La salud de la reina mantuvo en vilo a toda la corte, sin distinción de clases ni condiciones. Todos se preocuparon a su manera, haciendo de la preocupación un sentimiento que necesitaba ser compartido.

Hubo un hombre que lo vivió en absoluta soledad. Tan solo, en el fondo, como se pudieron sentir Montguyon o el mismo rey. Era la reina mujer que propiciaba la soledad en los hombres de su entorno. Juan de Nápoles estuvo pendiente en todo momento de la evolución de los padecimientos de Isabel desde el lugar que le correspondía, las estancias de la servidumbre, pero con el corazón puesto en la planta noble. También aprovechó ese tiempo de incertidumbres para pensar en sí mismo, en su arriesgada forma de ser y en las ansias que tenía de ascender en la sociedad. Llegó a plantearse que, si su corazón estaba inquieto ante la posible muerte de Isabel, eso significaba que quizás había llegado demasiado lejos en sus intenciones. Su relación con la reina había empezado como un juego atrevido que podría, a la larga, serle de gran beneficio. Qué hombre desdeñaría los favores de una reina, más aún siendo ésta una joven considerada de gran atractivo. Sin embargo, haberla sentido tan a las puertas de la muerte golpeó su conciencia haciéndole entender que sentía por ella más de lo que se propuso al conocerla, o más incluso de lo que imaginaba que sería capaz

de llegar a sentir. Estaba peor que antes, sin duda.

Necesitaba verla, aun con el riesgo que suponía pretender hacerlo en unos días en que la soberana estaba acompañada en todo momento e infinidad de personas revoloteaban a su alrededor, algunas de ellas velando por su bienestar. Pero se las ingenió, no sin esfuerzo, para ser recibido. Su valedora —no había otra persona posible— seguía siendo la camarera mayor. Le costó mucho convencerla hasta que, tras varias negativas, la condesa sintió pena por su reina. Pensaba que, por incorrecto que fuera allanarle el camino al ayuda de guardajoyas, la joven tenía derecho a disfrutar de lo que deseaba, después de haber estado a punto de abandonar este mundo para siempre. Perder a dos hijas al mismo tiempo, dos hijas que se le escaparon cuando apenas habían anunciado su existencia, había supuesto un duro golpe. El más cruento recibido en su vida. Más, incluso, que la muerte de su padre, ante la que al menos tuvo fuerzas para el duelo. Ahora, ni eso.

Al entrar en la alcoba real, a Juan se le antojó que Isabel era reina de otro mundo. Tan mal la encontró.

—Señora... —se postró ante el gran lecho y tomó inmediatamente la mano de Isabel para besarla con enorme deseo—, no podía soportar un minuto más sin veros.

La condesa de Ureña se quedó helada. Era la primera vez que presenciaba una demostración tan directa de la relación del muchacho con su señora, y el hecho le incomodó. Isabel le hizo un gesto para pedirle amablemente que les dejara a solas y, aunque se resistió a aceptar la orden, salió en silencio con el temor de que no fuera ése el proceder que se esperaba de una camarera mayor.

—Isabel, amada mía, ¿qué os han hecho?

La reina sonreía amargamente buscando las fuerzas con las que poder responderle. Lo que más deseaba en ese instante. Hablarle, acariciar su rostro y beber de sus labios.

—Creo que tanto tiempo sin veros es lo que ha estado a punto de matarme —suspiró hondo—. Pero me encuentro mejor. Montguyon me ha suministrado agárico y no podéis imaginar lo milagroso que es. Aunque nada se puede comparar al efecto que me causa vuestra presencia. Juan...

Recuperó el sabor del nombre del amado en su boca.

—No menos muerto estaba yo —respondió Juan.

—¿Sabes qué he llegado a pensar? —el tuteo era la demostración de lo más íntimo—. Estar a punto de visitar los ámbitos de la muerte te hace ver la vida de diferente manera. En mis ensueños he paseado por los inmensos jardines de Blois, en las carreras de mi infancia junto a mis hermanos, perseguidos por nuestro querido padre. Y he sentido volar mi corazón de París a Roncesvalles, y después por Toledo y en este alcázar de Madrid, y hasta por las blancas callejuelas de Osuna. He visto, desde lo que creía que era la otra orilla de la vida, al rey de España cabalgar a mi

lado, pero yendo mi caballo vacío, como si yo no fuera más que un espectro. A ti también te he visto de cerca pero lejano, tan inalcanzable como los hijos que no tengo. Mis niñas... que se han quedado en algún punto indeterminado y doloroso del camino.

La lágrima que resbaló por su mejilla fue detenida por los dedos de Juan que se disponía a besarla cuando la puerta de la habitación se abrió para anunciar la llegada del rey. Como un bloque gigantesco de hielo resquebrajándose fue la entrada de Felipe al aposento privado de la reina, donde no era lícito imaginar siquiera la presencia de súbdito alguno a solas con ella. La camarera mayor entró adherida a la sombra del rey, sin poder explicar su ausencia ante la visita de Juan de Nápoles, quien había recobrado la compostura y soltado la mano de Isabel antes de que nadie pudiera reparar en ello.

—¿Cómo os encontráis, señora? —inquirió el rey dirigiéndose a la reina aunque mirando fijamente a Juan.

—Mucho mejor. Os agradezco vuestro interés.

—¿Cuál es el motivo de esta compañía? —seguía mirando a Juan, quien, tras un gesto de pleitesía, había retrocedido hasta dar con su espalda en la pared.

La valentía del joven le llevó a responder a él personalmente, en el intento de eximir a la reina de cualquier posible reproche.

—Señor, he venido a comentarle a su majestad algunos cambios en el mantenimiento del joyero, por ver si prefería que...

—No es momento de hablar de joyas, Juan de Nápoles. Porque... ése es vuestro nombre, ¿verdad? —le cortó con brusquedad.

—Sí, así es —dijo el joven ayuda bajando la cabeza—. Disculpad si en algo os he importunado.

Mientras salía de la habitación antes de que lo expulsaran —era el siguiente paso que se esperaba del monarca y hubiera sido más que desagradable—, la condesa de Ureña intentó excusarse por haberse ausentado debido, dijo, a una pasajera indisposición, «pero me aprestaba a enviarle a sus damas». Mejor hubiera hecho callándose, porque de sobra sabían tanto ella como el rey que era obligación de las damas de la reina estar permanentemente a su lado.

—No os enfadéis con ella —medió finalmente Isabel—. Dispensé a la condesa por un rato hasta que se repusiera. Y era mi deseo estar sola, pero el ayuda de guardajoyas pidió ser recibido y no me pareció bien negarme, al fin y al cabo ya estoy mucho mejor y puedo atender algunos asuntos menores.

Felipe hizo como si las palabras de su esposa le tranquilizaran pero se marchó pensando que no siempre la mentira se oculta tras lo más visible, y eso generó en él una enorme intranquilidad.

Si días atrás Isabel había rozado el contorno de la muerte, esa tarde bordeó el

peligro y a punto estuvo de caer de lleno en él. Y tampoco era cierto que se encontrara mejor. Aun siendo visibles los efectos beneficiosos del agárico, todavía se requeriría de mucho reposo para que pudiera darse a la reina por restablecida del todo. De hecho, al comprobar el estancamiento de su mejoría, Felipe dejó de lado por un tiempo los asuntos de Estado, despachando tan sólo los estrictamente urgentes, para permanecer junto a ella. Le conmovía verla tan frágil, víctima del natural desvalimiento en el que sumerge la enfermedad cuando se torna implacable. Pasaba horas mirándola en silencio y sosteniendo las manos de Isabel entre las suyas sin esperar nada. En ninguno de sus dos matrimonios anteriores había colmado de tantas atenciones a sus esposas ni estuvo tan pendiente de la salud de ninguna de ellas.

Sería porque nunca antes se le había visto tan enamorado de «su» reina.

En aquel tiempo plagado de tristezas, el rey Felipe vivió un cúmulo de desgracias y problemas agravados por las constantes fechorías de su hijo Carlos. Eran ya demasiadas las quejas provenientes del servicio, contra el que actuaba con la más absoluta impunidad. El príncipe escupía a los criados por los pasillos y había lanzado objetos contundentes a la cabeza de más de uno. Pero lo peor de todo fue su intento de violentar a una ayudante de cocina pretendiendo desnudarla junto a los fogones y en presencia de los compañeros de la joven. Una vejación de ese calibre no podía permitirle el rey por lo que dispuso que mantuvieran vigilado a su hijo a todas horas.

A Ruy Gómez de Silva le confesó que no sabía cómo proceder ante un problema tan grave que iba mucho más allá del ámbito personal. Temía incluso que la actitud de Carlos pudiera llegar a desestabilizar algún cabo suelto de la institución de la Corona. Creía tenerlo todo bien atado, pero si había algo que había aprendido de su padre, el emperador Carlos, era que ni siquiera en la calma uno está seguro. Así que, dado que su imperio se soliviantaba por el centro, en los Países Bajos, sería mejor que no bajara la guardia, ni siquiera en su casa. Flandes se hallaba lejos, pero tal vez no tanto de los desatinos de su conflictivo hijo.

—Hay algo más, ¿verdad? No estáis así de preocupado porque el alocado del príncipe haya querido desnudar a una sirvienta, ¿me equivoco?

El rey tardó en contestar, porque en la respuesta iba encerrada la trampa del futuro de Carlos, que pedía a gritos en la cabeza del padre ser ejecutada. Había que actuar y cuanto antes. Pero hay decisiones que ni siquiera una vez tomadas dejan de doler.

Por fin dijo:

—No, Ruy, no os equivocáis. ¿A vos también os han llegado los ecos de una posible traición?

Gómez de Silva suspiró hondamente antes de admitir que esa sombra, aún minúscula, empezaba a extenderse por las zonas más ocultas de la ciudad. No por

carecer de la consistencia que justificara una intervención del rey, había que bajar la guardia.

—¿Qué pensáis vos...?

Le estaba pidiendo una opinión personal. Lo peor que se podía hacer con un secretario, porque le obligaba a decir la verdad, y en este caso Gómez de Silva no sabía qué era peor, si la verdad o la mentira.

—Sinceramente, creo que considerar una posible traición de vuestro hijo sería otorgarle un grado de inteligencia del que vos sabéis que no dispone. Perdonad que así os lo diga.

No tenía nada que perdonarle. Ser rey significa estar a la altura de las derrotas. Y él estaba empezando a sentir la suya como padre.

XVI

Eufrasia. Ese nombre volvía a estar presente. Isabel iba recuperándose con dificultad cuando le llegó la noticia de que Eufrasia de Guzmán se hallaba embarazada. ¿Por qué la vida, que a punto estuvo de írsele de las manos, se comportaba tan injustamente con ella?

Encajó mal la noticia y su sangre, peor, porque fluyó por la nariz haciendo creer que otra grave crisis se avecinaba; estaba muy reciente el cuadro espantoso que la había arrastrado hacia el borde de la muerte. Sin embargo no era la salud sino los celos los que hicieron correr la sangre fruto de la ira. Ella había tardado en preñarse y, para colmo, cuando lo consiguió de dos criaturas que podían haberla hecho lograr un gran triunfo, las perdió. ¿Cómo se suponía que debía comportarse ante el hecho de despertar de la convalecencia un buen día con la noticia de que la amante de su marido esperaba un hijo? ¿Cómo admitir la voluntad de Dios de permitir que su esposo fuera el padre de lo que esa mujer llevara en su seno?

Pensó en hablar con ella, en insultarla y exigirle que se las apañara para no tenerlo. Pensó en gritar y lanzar alaridos como estallidos de dolor desde la torre más alta del alcázar para ensombrecer Madrid con su envidia. Con el resquemor de la fertilidad del rey vivida con otra mujer y no con la reina.

Como era lógico esperar, no hizo nada de lo que hubiera querido, más que dejarse herir por la rabia contenida y valerse de la condesa de Ureña como consuelo. Pero le sirvió de algo más: de emisaria de una noticia claramente provista de un doble filo. Tardó en decidirse entre lo bueno y lo malo que traía consigo la novedad.

—Eufrasia de Guzmán se casa —le anticipó con explícita satisfacción.

—No entiendo que sea ésa la causa de la alegría que traéis escrita en el semblante, condesa.

Isabel buscaba información de alguien de confianza como su camarera mayor para inclinar la balanza de la noticia, que era mala porque hacía crecer en ella el fantasma de la paternidad del rey. Eso explicaría que se conocieran el embarazo y el anuncio de la boda prácticamente al mismo tiempo.

—Tenéis que saber ver la parte buena que tiene esto —parecía como si la condesa de Ureña le hubiera leído el pensamiento—. Casada, la tendréis lejos de la corte. Dejará de existir para todos —puso énfasis en la última palabra.

Ahí radicaba la parte buena que tenía que hacerle olvidar la posibilidad de que el hijo que esperaba Eufrasia fuese del rey. Lo que verdaderamente importaba era que su presencia en el alcázar tenía los días contados.

—¿Con quién se casa? —quiso saber por simple curiosidad.

—Con don Antonio de Leiva, príncipe de Ascoli.

—No sabía que anduvieran en amoríos. Dispondremos todo para la boda. Al fin y

al cabo es una de las damas principales de compañía de mi cuñada. Yo seré la madrina.

La camarera mayor creyó no haber oído bien. Sólo podía tratarse de un capricho o de una necedad.

—Majestad, creo que no sabéis bien lo que decís.

—¿Me tomáis, acaso, por una cabeza loca?

—En absoluto, mi señora, vos sabéis que no es así. Sólo os digo que penséis bien en las consecuencias de tal decisión que va a causar enorme sorpresa.

—¿Por qué habría de sorprender? —inquirió con repentina cólera—. ¡Vamos!, decidme lo que piensa la gente.

María de la Cueva advirtió el peligro de la senda que habían tomado e intentó recomponer la difícil situación.

—Únicamente os pido que lo meditéis un poco.

—Para las decisiones importantes no hacen falta más que segundos. Son las que se dilatan en el tiempo las que no deberían tomarse, porque a la larga no son beneficiosas. Las mejores razones salen del corazón, querida María.

Tampoco el rey acertó a comprender la decisión tomada por su esposa, era imposible que supiera que había sido él quien amañó el matrimonio entre el príncipe de Ascoli y Eufrasia de Guzmán. La duda sobre las verdaderas intenciones de su esposa lo alteró visiblemente. Eso era lo que Isabel pretendía. Su gesto representaba un aviso de que ella era capaz de mantener el control de la situación dando a entender que aceptaba lo que tocaba aceptar aunque no se diera por enterada. Una especie de grito sordo arrojado contra la conciencia del rey, a quien ya poco le importaban las reacciones de la reina ante el asunto. La inminencia de la boda de su amante invalidaba el pasado, que dejaba de existir. No habría que preocuparse más. Preñarse fue llegar demasiado lejos cuando estaba, precisamente, buscando un heredero con Isabel de Valois. Se sacó de encima un problema.

Isabel, por su parte, parecía no tener bastante con quitar de en medio a Eufrasia y se lanzó a una búsqueda humillante de antecedentes de la vida amorosa de su esposo. Con su cuñada no se atrevió a meterse en indagaciones. De madame Vineux pensó que su desconocimiento de la corte antes de que ella llegara con el séquito francés no serviría para colmar sus ansias de saber. Así que, una vez más, con su proceder colocaba a su camarera mayor en una posición de mucha incomodidad y altamente delicada. Requería de su fidelidad a base de pedirle que traicionara los secretos *conocidos* del rey. No era plato de buen gusto, y menos cuando venía servido con la cólera de la reina. Una cólera que sólo podía demostrar en la intimidad y que, por tanto, era a la condesa de Ureña a quien correspondía encajarla.

Isabel sentía que lo que estaba viviendo era más doloroso que una traición. Hacía

tiempo que había entendido que la infidelidad del rey no era tal, sino un estado que se le presupone al hombre y más aún al que goza del máximo poder en la tierra. Era la posible semilla de esa infidelidad y el haber podido constatar que cualquier amante de su marido podría quedarse embarazada de él, lo que la humillaba. Echó, entonces, la vista atrás, apuntando a la parte de la vida del rey antes de casarse con él, y eso le llevó al delirio de creer que Europa estaba sembrada de hijos que había ido concibiendo al traspasar fronteras. En parte, algo de razón llevaba porque, sin llegar a una exageración de ese calibre, vástagos de Felipe no reconocidos los había, algunos no demasiado lejos. Pedro y Bernardino, hijos de Isabel de Ossorio, hermana del marqués de Astorga, jamás tuvieron un padre que les diera su apellido. Era de todos conocida la relación de Isabel con el rey, que duró dos años, hasta que él partió hacia Flandes y Alemania en el año cuarenta y ocho, aunque nadie osó nunca hablar abiertamente de ella, ni bien ni mal. Felipe la amó con locura y, sin hacer ostentación de él, no escondió el amor que sentía.

—¿Quién es Isabel de Ossorio? —inquirió Isabel en un tono de mando que su camarera mayor entendió como una orden.

—Una dama a la que vos no tenéis que prestarle atención.

—Eso lo decidiré yo, condesa. Decidme, pues, quién es esa mujer.

—Fue dama de compañía de doña Juana en el tiempo en que aún permanecía en Portugal.

—Vaya... veo que ser dama de mi cuñada es algo muy codiciado en esta corte. Aunque sabéis que no es eso lo que os pregunto.

—Majestad, queríais saber quién es la dama y os lo he dicho.

—Sí, quiero saberlo, pero aún no me habéis contestado.

—Os ruego que no sigáis, mi señora.

—¡Dejaos ya de tanto rodeo! ¿Vive todavía en el palacio que mi marido mandó construir para ella?, ¿allí pasa los días con los dos hijos que tuvo con él? ¿Responded, por Dios!, ¿son hijos del rey?

Cierto era que siempre se había dicho que el palacio de Saldañuela, cercano a Burgos, se construyó gracias a Felipe y que allí la pareja pasó los mejores tiempos de su relación, libres de testigos y de los agobios de la corte más poderosa del momento. Pero eso formaba parte del pasado y, por tanto, dejaba de existir para él.

La condesa de Ureña lo estaba pasando mal. Veía sufrir a su reina, sufriendo ella al mismo tiempo por no saber cómo evitarle el dolor a su señora que parecía dispuesta a todo con tal de conseguir la verdad, sin saber que a veces es mejor que la verdad se haga pasar por mentira.

—No debería importaros la vida anterior de vuestro esposo. Lo que importa siempre es el presente.

—¿Como Eufrosia de Guzmán?, ¿vais a decirme que también ella solamente

forma parte de su pasado?

La reina avanzó unos pasos hacia su camarera mirándola de frente y continuó hablando con palabras espaciadas por largas pausas e intentando acompañar su agitada respiración:

—Está bien... condesa, decidme, sólo, si... al palacio donde vive esa mujer... lo llaman... *la casa de la puta...*

La condesa agachó la cabeza sin hacer explícita una respuesta. La reina había llegado demasiado lejos.

De nuevo os hablo de la inutilidad de los celos para la vida de una Reina. No os dejéis llevar por nada que no sea vuestra leal devoción al rey, vuestro esposo, y al cumplimiento de los deberes conyugales.

Debéis estar convencida de que pronto un nuevo embarazo se hará realidad porque sólo así lo conseguiréis.

Os daré un consejo para ayudar en la tarea que se está tornando ímproba en vuestro caso, como lo fue en el mío durante los diez primeros años de matrimonio. Los pediluvios os ayudarán, hacedme caso. Pedid que todas las mañanas os preparen un baño de agua tibia con hierbas aromáticas para los pies, y antes de acostaros baños entera también en agua tibia. Ésa es la mejor manera de ofrecerse al esposo.

Vuestra madre, Catalina de Médicis

En aquel otoño del año sesenta y cuatro, en la capilla del alcázar tuvo lugar el enlace matrimonial entre doña Eufrosia de Guzmán y don Antonio de Leiva, príncipe de Ascoli, siendo la madrina del mismo la reina de España. Durante los preparativos, no quiso Isabel que fueran camelias blancas las flores que decorasen el altar. Las habían encargado pensando en que le satisfaría ya que todos conocían su debilidad por esa flor. Sin embargo, ella consideraba un ultraje que para la boda de la amante de su marido, a la que suponía embarazada de él, se usara la misma flor que para su propia boda en el palacio del Infantado, en Guadalajara. Pero mucho más allá de su ceremonia nupcial, la camelia blanca se había convertido en el símbolo más claramente sensual de su vida íntima, la que estaba al alcance de ella y de la persona con quien había descubierto un sexo diferente, quizás escandaloso, pero placentero como ninguna otra cosa podía imaginar.

En el momento del intercambio de arras, a Isabel le invadió el vértigo de los sentimientos encontrados que colisionan entre sí. Liberación y desasosiego. Paz y libertad mezclados con la ira de un embarazo desatado en otro vientre y no en el suyo. Le lanzó una mirada retadora a la novia antes de abandonar la capilla con gesto triunfal una vez finalizada la ceremonia.

Como si le hubieran quitado un gran peso de encima, Isabel respiró tranquila al día siguiente de aquella boda que alejaba definitivamente a Eufrasia del alcázar. Observó la partida desde la ventana, esbozando una sonrisa amarga, y creyó sentirse mejor. La mejoría fue en aumento conforme pasaron las semanas sucesivas, hasta que recuperó sus fuerzas. El síntoma más claro de la evolución favorable fue el retorno al juego. Aunque se trataba de cuestiones que no se podían comparar, el juego le funcionaba, junto con los brazos de Juan, como la mejor vía de escape. Acudía cada vez con más frecuencia a timbas de cartas a las que nunca faltaba la princesa de Éboli. De sus acompañantes, ella era la más fiel en esta afición de la reina, que estaba convirtiéndose en peligrosa inclinación criticada y mal considerada por la sociedad que le rodeaba. Pero ningún tipo de censura servía para frenarla e impedir su asistencia a partidas que se celebraban a deshoras y en las que la reina jugaba demasiado dinero que se iba sumando a las deudas acumuladas en la hacienda real.

—Creo que es suficiente, no sigáis —le susurró la princesa al oído durante la última partida en la que Isabel estaba apostando más dinero que cualquiera de los hombres allí presentes, lo cual estaba muy mal visto.

La reina, desoyendo el consejo cabal de su amiga, empujó hacia el centro de la mesa otro buen montón de monedas de oro para subir peligrosamente la apuesta. Ese día jugaba también Juan de Austria pero, por fortuna, no el príncipe Carlos, ya que su siempre molesta presencia no habría hecho sino empeorar la delicada situación en la que la tozudez de la reina había colocado a todos los jugadores.

Isabel echó una rápida ojeada a sus oponentes antes de concentrarse en sus cartas. El silencio disputaba espacio a la tensión reinante, a la espera de que se decidiera a rematar esa mano. Era mucho dinero, que, como si de un milagro se tratara, volvió a su dueña acrecentado. La reina había ganado la partida.

Demasiado fácil para tamaño peligro.

A la misma hora, en palacio, las puertas de las habitaciones del rey se abrían para dar paso a una hermosa joven, *la bella*, arreglada con un sencillo vestido de generoso escote redondo que más bien parecía una camisa de dormir. Poco tardó Felipe en encontrarle sustituta a Eufrasia de Guzmán.

Con qué facilidad se aplasta el pasado con un presente apetecible que ofrece el atractivo de la novedad envuelta en la piel de la juventud.

Las puertas se cerraron de nuevo tras ella, y Magdalena Girón, hija de la condesa

de Ureña, se deslizó al interior de la cama del rey como un felino, dispuesta a conocer de cerca la imprudencia más impúdica del llamado *rey prudente*.

La necesidad de Isabel de buscar consuelo en Juan iba en aumento. Se lanzó a una especie de carrera sin freno con él a la búsqueda de tantas cosas y tan desiguales entre sí, que desistió de pensar permanentemente si lo que hacía estaba bien o si podría tener consecuencias. Le satisfacían la intimidad y el sexo que compartían, y no había más planteamientos que valieran frente a ese sentimiento tan cierto.

Una tarde lo sorprendió pidiéndole que le llevara *El Estanque*. Tenía que ser al momento, sin que hubiera acto oficial alguno que justificara su exigencia. A Juan le resultó extraño. Aquella noche iban a mantener un encuentro íntimo y no adivinaba el motivo de querer verlo unas horas antes, obligándole a sortear la vigilancia que siempre la rodeaba. Temía levantar sospechas presentándose con el diamante en los aposentos de la soberana en un momento del día en que su presencia no podía resultar más que altamente sospechosa.

—¿Por qué ponéis a prueba mi amor?

Juan era listo y no encontraba otra explicación posible. Consiguió camuflar la joya para hacer creer a los centinelas y a la camarera mayor que acudía a una llamada de la reina para algún asunto relacionado con las joyas reales pero manifestándose al mismo tiempo desconocedor de la posible causa de tal requerimiento. La camarera ya no se fiaba de él pero no estaba en su mano impedir que visitara a la reina con cualquier excusa.

—¿Conocéis algún amor que no haya sido puesto a prueba? El amor, en sí mismo, es la mayor prueba entre dos personas —sentenció Isabel.

—¿Qué he de hacer, entonces, con la joya? ¿Puedo devolverla ya? —preguntó Juan convencido del valor que tenía para la reina saber hasta dónde estaba él dispuesto a llegar por ella, y ya se lo había demostrado.

Se equivocaba, sin embargo. Sus intenciones eran distintas.

—No os precipitéis, querido Juan. Dejadlo aquí. Os prometo que mañana, al amanecer, restituiréis *El Estanque* a su lugar. Confiad en mí.

Juan entonces le besó la mano con más entrega de lo que le correspondería a un súbdito, pero la reina, sin más, ordenó que se despidiera, dando paso a las damas de compañía que aguardaban solícitas su llamada para volver a entrar.

Se giró hacia la ventana aparentando interesarse por el cambio de tiempo, para evitar que las damas notaran su sofoco y la expresión de gozo dibujada en el rostro.

A la hora concertada, la puerta de la cámara privada de la reina, con ella a solas en el interior, carece de vigilancia, quebrantando todas las normas de seguridad. Pero las

órdenes de la soberana ni se contravienen ni se cuestionan.

—Así pues, Juan tiene el paso abierto a una escena que a ella le recuerda, nada más sentir su presencia, aquella otra soñada en la que lo esperaba dentro de la bañera. No podía evitar que permanentemente emergiera su recuerdo. Ahora, como en el sueño, él se queda extasiado al adentrarse en una atmósfera densa por el humo de las velas y el olor de las camelias blancas que inundan la habitación. El blanco es el color de su reina, y le es ofrendado en los momentos importantes para ella. Por eso ya sabe que éste lo va a ser. Avanza parsimonioso hacia lo que más impresiona de la estampa. Al fondo, Isabel, dándole la espalda como en el sueño de pecado que había tenido, va cubierta por una imponente capa de terciopelo negro sobre la que se difumina el color de su hermosa y larga cabellera que luce suelta. Él no tiene por qué saber que es la capa que estrenó el día de su boda en Guadalajara. Ésta es, sin duda, una ocasión de gran significado para ella.

Su reina lo ha dispuesto todo para el rato de intimidad que se disponen a compartir. A vivir. A disfrutar. El secreto encerrado en el cofre de un tesoro que nadie más conoce y al que hoy añadirán otro episodio memorable.

—Qué larga se me ha hecho la tarde... —confiesa ella sin volverse para mirarlo mientras él camina hacia ella.

—Ya estoy llegando, Isabel... —responde faltándole, casi, las palabras de tan emocionado como está ante la puesta en escena que le dedica la mujer más codiciada por todos.

—No sigas avanzando. Quédate ahí, donde estás.

Se vuelve hacia él en el gesto más seguro de toda su existencia. Con un poderío del que nadie más que una reina joven como ella puede hacer gala.

Cómo suponer que algo así existe, como no sea en la imaginación. Pero lo que están viviendo es real. Al girarse despacio, Isabel le permite comprobar que está desnuda. Por único atuendo, la capa sujetada por una lazada al cuello. Y *El Estanque*, que reposa sobre su desnudez. Nada más le cubre la piel. Nada, más que el diamante y el arrebató concupiscente que siente por ese hombre cuya sola mirada le resulta lujuriosa y enormemente excitante.

Isabel eleva los brazos con la elegancia de un pavo real desplegando azules alas y deja completamente al descubierto la belleza de su cuerpo. Se desata el lazo del largo cuello y deja resbalar por su contorno la capa que cae al suelo. El brillo de su piel nacarada se funde con el del diamante para confundir a Juan. Su reina ha tomado la iniciativa.

Transcurren segundos que se hacen horas, en los que Juan se deleita en el goce de la contemplación de lo que ante él se ofrece, mientras la respiración se acelera y su cuerpo se envalentona. Al sentirse ambos abocados al amor sin medida, se rinden ante el mismo abriéndose el uno para el otro. Toman del amante lo que desean sin

trazar fronteras.

Juan da cuenta de su hermosura susurrándoselo mientras busca donde mejor besarla. Belleza que se roba para ser su único poseedor. Las manos, avanzando por el cuerpo joven que tanto ha sufrido por la enfermedad, mimando los rincones que se estiman más vulnerables, con extraordinario tacto que empieza a descomponerse entre los dedos ágiles del amante para dar paso a una explosión que le parece a Isabel ajena al mundo de los mortales. Empieza a creer que en esto consiste la inmortalidad y se deja llevar por el hombre que la ha introducido tan sabiamente en este sueño de fuego que ahora es realidad.

Ruedan como un solo cuerpo sobre la capa de terciopelo extendida en el suelo. Recreándose en caricias, la joven reina sigue descubriendo sensaciones que la conducen al placer. Pasan horas agotándose de satisfacción en el conocimiento de lo que cada uno tenía oculto. Ya no hay secretos. Quedan las ganas de que el tiempo pase pronto y vuelvan a encontrarse como han hecho estas últimas veces. Y, sobre todo, como ha ocurrido hoy.

Los cabos de las velas apenas arden. Las blancas camelias, sin la ayuda de la luz para ser enaltecidas, desaparecen quedando convertidas en ligeras huellas en el aire, que conservan la virtud de irradiar un intenso aroma.

Isabel y Juan se transforman en meras sombras que se extinguen con la llegada del alba. La hora bruja en la que él ha de salir a toda prisa llevando consigo una joya oculta bajo la ropa, para devolverla de inmediato a su lugar, y otra guardada en su corazón de hombre, al que pertenece para siempre.

Siempre, es decir mucho.

La inmortalidad es aún más.

Isabel navega entre los dos mundos que transmutan las penas de su vida en dicha divina.

El buen tiempo acompañó el despertar de la reina, que amaneció exultante, de un humor excelente. Pidió que descorrieran los pesados cortinajes para poder contemplar a través de los cristales la inmensidad de Madrid a sus pies. Y el sol irradiándola de fuerza.

Era impensable que nada pudiera enturbiar su felicidad. Cuando irrumpió nerviosa la camarera mayor le costó asimilar lo que le decía porque seguía aún en otro mundo, el de la noche pasada, del que el profundo olor de las camelias le impedía salir.

—¿Es que no me oís?!

La segunda vez que tuvo que repetirlo, lo hizo alzándole la voz, una actitud impensable ante una reina pero la situación lo requería.

—Majestad, ha desaparecido *El Estanque*.

¿Cómo iba a ser cierto? Qué difícil encajar un revés como ése. Seguro que era un error. Tenía que serlo. Se vistió a toda prisa para ir a averiguarlo. Estaba en juego, para ella, mucho más que un diamante.

En mitad del lógico revuelo, el guardajoyas y su ayudante fueron requeridos para dar explicaciones. El robo era insólito, nunca antes había desaparecido una de las joyas más valiosas de la Corona española, así que se trataba de un hecho de extrema gravedad.

Cristóbal de Oviedo llegó con el semblante demudado para rendir cuentas, ante los reyes y su séquito personal, de lo sucedido.

—Ma-ma... majestad —los nervios le hicieron tartamudear—. Yo... no-no tengo idea... de lo que...

Tuvo que ser la camarera mayor quien le urgiera a contar lo que supiera, dado que ni el rey ni la reina decían nada. Ella permanecía sentada apretándose ligeramente el vientre porque algo presentía dentro de su cuerpo. Algo feo. Malo. Lleno de infelicidad que ansiaba salir fuera.

Al fin, el guardajoyas tomó fuerzas para decir del tirón dirigiéndose al rey:

—Majestad, lamento decirlo que no sólo ha desaparecido *El Estanque* —se detuvo unos segundos—. A Juan de Nápoles tampoco se le halla por ningún lado.

La reina cayó desplomada al suelo.

XVII

No debéis levantaros hasta que no os encontréis mejor.

Isabel desistió del intento de incorporarse de la cama. Era incapaz. El cuerpo le pesaba como una losa y brazos y piernas se mantenían agarrotados por la tensión y el dolor de una pérdida incierta. Se vio postrada en el lecho, rodeada de médicos, sin recordar el desmayo.

Nada intuía de lo que podía haber ocurrido con Juan y el diamante. Aún le costaba pensar en una posible traición, y menos después de la noche que habían pasado juntos. Era imposible que hubiera vivido una mentira con ese hombre en el que confiaba a ciegas porque él le había demostrado que podía hacerlo. ¿Por qué, entonces, iba a contradecirse a sí mismo y traicionar la confianza ganada? Tenía que haberle sucedido algo, y muy grave, que le impidiera devolver *El Estanque*.

Viendo que no era cosa suya, los médicos abandonaron la estancia prescribiendo sólo unas infusiones para templar su ánimo. Por más que preguntaron a la enferma y a su camarera mayor, no obtuvieron ninguna respuesta clara acerca de lo que le pudo haber pasado, así que salieron sin demasiadas preocupaciones atribuyendo el vahído a la frágil salud de la reina que encajó con dificultad el contratiempo que suponía el robo de la joya.

—Desde este momento tenéis que empezar a olvidar lo que ha ocurrido —la condesa intentaba ser comprensiva.

—Eso es muy fácil de decir pero imposible de conseguir.

—Majestad, vuestra única preocupación ahora debe ser restableceros y pensar en el futuro heredero que habréis de darle a España.

—¿Por qué siempre que pasa algo sale a relucir el heredero como si fuera a aliviar todos los males? ¿De verdad creéis que ahora puedo pensar en ello?

—Es lo único que os puede liberar de la carga que soportáis desde esta mañana en que se conoció la noticia. Dejad que otros se preocupen por *El Estanque*.

La reina contestó con amargura.

—*El Estanque* es lo que menos me preocupa. ¿Qué precio puede tener un diamante frente a todo cuanto somos vulnerables de perder en esta vida de una noche a la mañana? En un suspiro, condesa, en tan sólo un suspiro de pronto se nos escapa la felicidad entre los dedos, no podemos retenerla, cuando minutos antes creíamos estar rozando el cielo.

—Miradlo de esta manera: os habéis arriesgado demasiado y algo tenía que ocurrir en cualquier momento.

—¿Estáis hablándome de un castigo de Dios?

—No creo que Dios tenga nada que ver con esto. Jugar con fuego entraña el riesgo de quemarse. Y, sinceramente os digo, creo que habéis estado a punto de

quemaros.

—Os equivocáis. Las brasas me han alcanzado.

—¿Es que creáis estar exenta de una posible traición de un vulgar sirviente?

—¡No os permito que habléis de ese modo, condesa!

—Está bien, está bien, disculpadme y no os alteréis, os lo ruego.

—No tenéis ningún derecho. Aún desconocemos lo que verdaderamente ha sucedido. ¿Y si le hubiera pasado algo? ¿Por qué nadie ha pensado en que él haya podido ser la víctima? Oh, Dios —se cubrió el rostro con las manos—, a saber qué le habrán hecho para robarle *El Estanque*. ¿Por qué a nadie se le ha ocurrido esa posibilidad?

—Porque nadie va a presuponer la inocencia de un cualquiera.

Las palabras de la camarera mayor estaban siendo de gran crudeza. Seguramente no habría podido decir las de la misma manera de no haberse producido el acercamiento entre ella y su señora a raíz del nombramiento como duque de su hijo primogénito. Esa decisión y lo que vino después en Osuna las unió, y predispuso a la condesa de Ureña a la fidelidad incondicional y perpetua hacia la reina. Ese nuevo rango incluía también la sinceridad, aunque esto último es la condición más difícil con la que cumplir en según qué situaciones. En ésta lo era, y bien que lo sentía.

—El tiempo pondrá la realidad de mi parte, ya lo veréis, condesa —la reina no estaba dispuesta a rendirse a lo que para los demás era una evidencia.

—El tiempo no coloca las cosas, sólo las hace más viejas, como a todos. Deberíais descansar antes de que lleguen las visitas.

La arropó con cariño para que durmiera un rato.

Con Isabel estaban ya reunidos Carlos, Juan de Austria y Juana, cuando llegó la princesa de Éboli para visitar a la reina. Lo primero que hizo fue alabar el buen gusto por las camelias blancas. «No hay otro perfume natural mejor que éste, ¿no os alivia tenerlo cerca?», y preguntó después la razón de tantas flores.

—Me sentía de buen humor ayer —respondió Isabel de mala gana.

Ana de Mendoza venía contenta y dispuesta, al parecer, a animarla aunque de una forma un tanto peculiar.

—¿Os habéis enterado ya de la noticia? —no miró a nadie en particular—. Dicen que han hallado muerto a Juan de Nápoles —entonces sí apuntó con la mirada a la reina.

Isabel sintió una punzada honda en el corazón. Apretó los puños para no chillar y, atenta, la camarera mayor la atendió antes de que los presentes notaran su grado de alteración ante una noticia que no debería afectarle de esa manera. Se le suponía preocupada por el diamante pero no por un vulgar sirviente encargado de su custodia. Al contrario: todos en la corte deseaban lo peor para ese malnacido capaz de

traicionar a la Corona.

—¿Cómo no hemos sabido nada? —se extrañó Juan de Austria.

—Ya sabéis que algunas noticias circulan con más rapidez que otras. Seguro que no tardaréis en tener detalles.

—¿Y qué pasa con *El Estanque*? —quiso saber su cuñada Juana.

—Me temo que eso nunca lo averiguaremos. El de Nápoles habrá encontrado la manera de ponerlo a buen recaudo.

—¿Cómo ha muerto? —preguntó derrumbada la reina ante el silencio de todos.

Se miraron entre sí, sorprendidos del interés y, a su vez, aguardando con curiosidad la respuesta que esperaban proviniera de la princesa de Éboli, a quien se veía muy informada.

—Como muere la gente de su calaña —les dio lo que querían, aun hiriendo a Isabel—. Apuñalado en cualquier callejón del peor barrio de la villa. Allí donde ninguno de nosotros pondríamos jamás un pie. Es todo cuanto sé.

La condesa de Ureña, protegiendo la mano derecha de Isabel bajo un pliegue de las sábanas para que nadie se diera cuenta, se la sujetaba fuertemente, acariciándola con la calidez que sugiere el consuelo ante una desgracia.

Madame Vineux, preocupada por las recaídas que estaba teniendo la reina, comentó a la camarera mayor que sería bueno hacérselo saber a la reina Catalina.

—No hará falta comunicarle nada. Esto pasará pronto, ya veréis —respondió convencida la condesa de Ureña, conocedora de la razón de los males de su señora.

La reina empezó a aturdirse al oír hablar a todos a la vez. Sólo faltaba el príncipe Carlos con su inoportunidad habitual.

—Isabel... Isabel, me han dicho que habéis tenido un desvanecimiento —le besaba atropelladamente las manos arrodillado ante la cama—. No os preocupéis, pronto sanaréis. Aquí me quedaré a vuestro lado hasta que lo hagáis.

—No es necesario, vamos —su tío lo levantó en volandas para alejarlo de Isabel.

Ella les oía como una única voz lejana, con el pensamiento puesto en Juan y en todo lo malo que estaba sucediendo cuando todavía su olor permanecía en ella. Era muy poco el tiempo transcurrido y mucha la desgracia.

—Condesa, acercadme una camelia.

La camarera cortó el tallo de una de las flores y se la acercó. Isabel la colocó sobre su pecho. El cansancio la venció hasta dejarla dormida oliendo las blancas camelias mientras los demás bajaban el tono de sus voces.

Cuando el rey fue a visitarla por segunda vez aquella tarde, la encontró en brazos de un sueño profundo que la hacía parecer tan inocente a los ojos del esposo como una niña.

Por la noche, en lugar de retirarse a su habitación, la condesa de Ureña fue en busca

de uno de los médicos de la casa. No quería que nadie lo avisara para que no corriera la voz de su indisposición. Durante toda la tarde estuvo aguantando náuseas y continuos mareos que no respondían a ninguna causa aparente. Y sintiéndose más fatigada de lo normal decidió acudir al consejo del doctor que, después de un primer reconocimiento, decidió observarla más a fondo a primera hora del día.

—¿Lo ha oído bien?, antes incluso de que levanten a la reina quiero verla, sin falta. Tómeselo en serio.

Para que pudiera descansar le dio un jarabe que controlaría la fiebre incipiente. María de la Cueva no estaba dispuesta a enfermar cuando tanto la necesitaba su señora. Su intuición la hacía incluso oler en el aire la alteración que se vivía tras muchos de los muros del alcázar y veía peligrar la estabilidad emocional de la reina, que podría ocasionar perjuicio para el futuro de la Corona. Se consideraba en la obligación de aunar los intereses del trono con los personales de Isabel para evitar que se hundiera, y aun no siendo fácil la tarea debía entregarse a ella con todas sus fuerzas. De manera que haría caso al médico y dejaría que la examinara de inmediato. En ello le iba la vida a la reina.

Felipe trató de restar importancia a la desaparición de *El Estanque* para no preocupar más a Isabel. Pero era sólo una actitud de consideración hacia ella, porque sin que se enterara desplegó a un gran número de hombres con el objetivo de dar con Juan de Nápoles y más aún de recuperar el diamante. Con el robo se jugaba, por encima de la segura irritación de su mimada esposa o del valor económico de la joya, su prestigio y la imagen de fortaleza de la institución que él representaba. ¿Qué pensarían en Europa sus adversarios cuando fueran conocedores de que el rey español no era capaz siquiera de salvaguardar sus tesoros personales? Lo debilitaría inevitablemente. Así que tenía que darse prisa en conseguir alguna información fiable que condujera al paradero del ladrón.

Gómez de Silva, su secretario, se tomó el asunto como algo personal. No paraba un minuto en veinticuatro horas, comía sin perder tiempo en sentarse y apenas si dormía. Y pasó días sin ver a su esposa.

—Os va a quitar la salud —le amonestó ella—. Sois mucho más importante que ninguna joya, no tenéis que tomarlo tan a pecho.

Aprovechó una noche en que por fin Ruy se decidió a descansar, para hacerle una cariñosa recriminación a la que él respondió gentil.

—Ana querida, sé que os preocupáis por mí y os lo agradezco. Pero ese diamante significa mucho para nuestro rey. Es su joya más valiosa.

—Y vos sois el marido más valioso de la corte —bromeó divertida la princesa de Éboli antes de dejarse besar por él, que apagó de un soplo las velas y empezó a palpar su cuerpo bajo las sábanas.

Por mucho empeño que le ponía el rey Felipe, los días pasaban sin rastro de Juan

de Nápoles ni de El Estanque. Era como si se los hubiera tragado la tierra. Nadie había visto nada que condujera a localizar al ayuda de guardajoyas. No lo vieron salir. Tampoco huir por los alrededores. Sus huellas, volatilizadas, no podían hablar por él. Los colaboradores más cercanos al rey temían que en cualquier momento pudiera desatarse una cólera que se veían incapaces de contener.

Para Isabel, los días se hacían largos como una mala enfermedad. Su cuerpo se fue restableciendo, no sin dificultad, mientras su cabeza se deshacía en preguntas sin respuestas por las que estuvo a punto de enloquecer.

El rey no quiso confesarle lo que en realidad pensaba acerca de su estado. Estaba seguro de que algo se escondía tras el robo, pero se aplicó a sí mismo la experiencia de que el pasado se destruye en cuanto toma cuerpo porque abandona el presente y no puede interferir en nuestra vida. Juan de Nápoles sólo le interesaba como ladrón de *El Estanque*, y como tal tendría su merecido en cuanto lo encontraran. Por lo demás, había muerto. Como el pasado.

Respecto del lamentable estado anímico de la reina, la camarera mayor le hizo considerar lo beneficioso que sería un cambio de humor para evitar que aumentara la susceptibilidad del rey en torno a la figura del desaparecido ayuda de guardajoyas, convertido en ladrón. «Jamás os rindáis ante el rey», le dijo la condesa a la reina, «no sabéis si busca con ahínco al de Nápoles para encontrar la joya o porque en cualquier caso, aunque no la hubiera robado, querría acabar con él por lo que ya sabéis. Vos tenéis que comportaros como si fuera lo primero, nunca, por nada del mundo, dándole la razón en lo segundo». En el tedio en el que se instaló Isabel le fueron de gran ayuda los consejos de su camarera mayor, acercándose más a ella conforme se distanciaba de la princesa de Éboli y hasta de su propia cuñada, Juana, quienes habían sido sus amigas más allegadas hasta entonces. Pero con ellas no podía compartir el peor de los secretos del que sólo la camarera estaba al tanto: el del pecado imborrable.

Le hizo caso. Con gran esfuerzo se repuso, mostrando al mundo, y sobre todo a su esposo, su mejor cara mientras por dentro moría a solas con su desdicha. A todas horas preguntaba a la condesa si había noticias de Juan y *El Estanque*. No se cansaba de hacerlo, porque lo contrario sería dejarse vencer por la muerte en vida. Sus pocos años a duras penas soportaban tres pérdidas tan importantes seguidas. Sus dos hijas y Juan estaban condenados a ser un recuerdo. Y contra esa condena luchaba permanentemente, porque así como el aborto natural era inevitablemente definitivo, en el caso de Juan no todo estaba perdido. Seguía teniendo el convencimiento de que la traición era inconcebible con el amor, al menos en su caso.

—Está muerto, mi señora, muerto —insistía su camarera mayor—. Por lo que más queráis, aprended a vivir con esa certeza.

—¿Lo que más quiero, decís? ¿Y qué es lo que más quiero? ¿Lo sabéis vos...? Porque yo ya no lo sé.

Su esposo se encargó de responder. El heredero surgía una vez más como la razón más poderosa de su vida. Él, que aún no existía, debía convertirse en lo más amado, lo más ansiado por la reina.

Felipe le aconsejó dar largos paseos a caballo por la vasta extensión de la Huerta de Vargas adquirida por el rey para ella cuando tomó la determinación de trasladar la corte a Madrid. Debía salir de su encierro para ver la realidad de una manera más alegre. La condesa de Ureña, desolada por no poder acompañarle debido a la fatiga que le impedía cabalgar, le aconsejó que aparcara la tristeza y llenara sus pulmones del aire fresco y del verde que rodeaba el alcázar. A la reina le gustaba no sólo la naturaleza del paraje sino también, o quizás más aún, el entramado de galerías y pasadizos subterráneos que acogían en sus entrañas los jardines de la impresionante casa-palacio de los Vargas, con sus exclusivos Reservado Chico y Reservado Grande. Bajo los reservados se ocultaba la galería de las grutas diseñada por Felipe como escenario para los juegos y diversiones de los nobles. Isabel conoció ese mundo bajo tierra de la mano de su cuñada Juana nada más llegar a Madrid. No era un sitio demasiado visitado. En las últimas horas del día podría dar miedo, pero la reina no lo tuvo aquella lejana noche en que se atrevió a adentrarse en las grutas, cuando ya todos dormían, guiada por Juan de Nápoles. Fue una osadía que hubiera tenido quién sabe qué consecuencias de no haber actuado con sigilo. Juan quiso llevarla a donde nadie pudiera imaginar, donde nadie les encontrara jamás, y ella se dejó conducir feliz en su abandono. Allí, bajo los arcos que sostenían el peso de la tierra, se besaron como nunca mientras él le fue quitando la ropa sin muchos miramientos para acariciarla entera.

El estallido de la pasión, frenesí desatado, sus dedos primero en la boca de Isabel y luego lanzándose a la aventura de recorrerla introduciéndola de lleno en los oscuros mundos del placer que encontraron en aquel lugar, el rincón más apropiado para amarse.

«Juan, Juan, ¿dónde estás...?», clamaba ahora Isabel con la desesperación de saber que lo más probable es que fuera precisamente debajo de la tierra donde descansara el joven. Hubiera escarbado con sus propias manos desde los pasadizos de la Huerta de Vargas en cualquier dirección hasta dar con el cuerpo de su amado.

La reina retornó a los pediluvios recomendados por su madre y que eran objeto de chanza por parte de los médicos. Todas las mañanas, religiosamente, se daba un gratificante baño de agua tibia en la que esparcían hierbas aromáticas. Y por la noche se bañaba entera igualmente en agua tibia cuando iba a recibir la visita del rey. Los encuentros íntimos requeridos siempre por el esposo se reiniciaron con bastante

rapidez.

El heredero. La mágica palabra que más salía últimamente de la boca del rey. Ésa y «pillaremos al ladrón», que repetía sin cesar. Ella casi prefería la primera porque le producía menos remordimientos y también menos dolor.

Y dolor volvió a sentir con el sexo conyugal. Isabel notó la desesperación de Felipe por conseguir un heredero cada vez que intentaba penetrar en su cuerpo. Las caricias formaban parte de un territorio prohibido ahora más que nunca ya que no perdía un segundo en intentar dejar dentro de la reina el salvoconducto que le podría llevar hasta el ansiado hijo varón que un día vería sentado en el trono en lugar de a su primogénito Carlos. Las embestidas de las primeras veces tras la llegada de la menarquia regresaron al lecho marital instalándose en el universo de las obsesiones.

Contrariamente a lo que supondría una liberación, las obsesiones impiden que lo que las originan fluya con naturalidad. Viendo que el embarazo no se producía, Felipe apeló a su sentido religioso. Sólo la intervención de un santo podría conseguir lo que no parecía estar al alcance de las personas de carne y hueso. En esta ocasión iba a ser san Eugenio el encargado de la delicada tarea. Isabel confiaba más bien poco en los posibles logros de un cuerpo incorrupto, pero es cierto que recordaba con estupefacción cómo su hijastro Carlos se recuperó milagrosamente en Alcalá de Henares de las consecuencias de la grave caída gracias a la cercanía de fray Diego momificado. Optó, pues, por dejar hacer a su marido. Tampoco perdía nada probándolo. Por segunda vez, un santo se desplazaba de un lugar a otro por capricho del rey de España.

Lo cierto es que, conforme avanzaban los preparativos para el traslado de los restos de san Eugenio, la reina fue llenándose de ilusión, aunque lo único que verdaderamente deseaba era ver aparecer a Juan y que su muerte hubiera sido una pesadilla que un buen día se desvanece. Pero Felipe había conseguido contagiarle su innata devoción que le libraba de muchos sufrimientos, y que suponía un gran logro para un hombre desconfiado por naturaleza como él, «No podemos confiar ni en nosotros mismos», solía decir, «sólo en las bondades del cielo. La fe mueve más que un ejército». Y no un ejército sino un importante séquito acompañó la urna de bronce con incrustaciones de plata en la que viajaron los restos de san Eugenio desde la iglesia de San Dionisio, en París. La reina no veía el momento en que se encontrara con lo que quedaba del santo. Estaba ya nerviosa cuando le informaron de las pocas leguas que quedaban para la entrada del cortejo en Madrid, y no quiso seguir esperando. Para sorpresa del rey, ella dispuso que partieran de inmediato a fin de encontrarse con la comitiva en Getafe, como así hicieron. Fue todo tan rápido que no pudo prepararse como debiera, pero, al correr los rumores más veloces que el viento, hubo mucha gente recibiendo y aclamando en la pequeña localidad madrileña que no esperaba una visita de ese rango. Los problemas surgidos de la improvisación

se paliaron con las ganas que tenía la familia real de encontrarse con el santo, movida por la obsesión de engendrar sin problemas de una vez por todas. Y engendrar varón.

El ansiado encuentro se produjo, por fin, a mediados de noviembre. Fue espectacular el momento en que la urna hizo su aparición entre el gentío que se había ido congregando hasta formar una muchedumbre ansiosa por ver a su reina. Acabó siendo un acto recargado, lleno de barroquismo y afectación, donde no faltaron las lágrimas de su cuñada Juana y los vítores al rey. Isabel se abalanzó para abrazar el pequeño cofre, después lo devolvió a sus portadores para postrarse ante él y, con los ojos cerrados, rezar. Rezar y rezar sin parar, pidiéndole, en medio de un silencio sepulcral, que diera vida a su vientre. Aunque también le pidió que Juan no estuviera muerto. En un momento dado, se apartó de la multitud solicitando unos minutos de recogimiento a solas con el mártir para prometerle que al primer hijo que tuvieran le pondrían de nombre Eugenio en agradecimiento a su bondad generosa. Y se atrevió a hablarle de la necesidad que tenía de Juan para poder vivir, pidiéndole ayuda para sobrellevar la carga de la vida sin él.

Se había llegado a un punto en el que quedaba fuera de lugar creer que, después de tan largo viaje, el santo no cumpliera su misión. La reina regresó a Madrid renovada, con la ilusión de que pronto engendraría, aunque también con la pena de no haber podido estar acompañada de alguien importante en cualquier paso que daba en su vida. Su camarera mayor languidecía en una habitación de palacio presa de unas fiebres tercianas que no barruntaban nada bueno. Fue a visitarla nada más regresar de Getafe, viéndose muy honrada por ello la condesa. Le contó con detalle el encuentro mantenido con el santo en medio del fervor popular y le intentó transmitir su fe en que san Eugenio la preñaría.

—No ha de ser él sino vuestro amado esposo, del que se espera que tenga el tacto necesario para una buena procreación. Yo también confío en que esta vez se haga realidad.

Un mes más tarde se confirmó el nuevo embarazo de la reina, celebrado en estricta intimidad familiar. La primera decepción del falso embarazo y el posterior aborto habían dejado una marca fatídica en ellos así como en el pueblo. La prudencia se imponía como norma en el comportamiento público de los monarcas. La vida se encargó de que así fuera.

El primer gesto que tuvieron fue de gratitud hacia san Eugenio rezándole en la capilla del alcázar. Y fue allí donde la reina se emocionó mirando embelesada a su marido como si él poseyera la clave de un misterio descubierto. El misterio no era otro que el fervor de Felipe por los santos y por sus dones sobrenaturales. El culto a las reliquias de los mártires, como había quedado demostrado en dos ocasiones de gran importancia, regía su vida, marcando a veces sus decisiones de Estado.

Isabel se hincó de rodillas ante la imagen del Cristo que presidía la capilla. Impresionaba verla rozando el éxtasis piadoso que abarcaba algo más que el embarazo: imploraba, así, el regreso de Juan sano y salvo de donde quiera que estuviera o lo tuvieran retenido. Pero al cruzar la mirada con la camarera mayor le pareció que ésta le recordaba sin necesidad de palabras que Juan estaba muerto. Muerto.

Muerto. Como una letanía. Como un repiqueteo. Muerto martilleaba en su cabeza. Miró el Cristo que presidía el altar y quedó prendada de la finura con la que se había esculpido la imagen. El blanco del mármol de Carrara le trajo a la memoria un fogonazo con los momentos vividos junto a su amor en Osuna, entre el blanco de las calles y las noches acristaladas de estrellas.

Noches que no volverían nunca más. Lo asumió, perdidos sus ojos en los detalles de la hermosa escultura del Cristo atribuido al italiano Benvenuto Cellini por la similitud con otro del que se sabía que acababa de esculpir el maestro florentino para su panteón funerario, aunque corrían rumores de que los Médicis andaban interesados en adquirirlo por una sustanciosa cantidad de dinero. Era tan real el Cristo, que los pliegues de la piel tallados en el mármol parecían humanos. Era tan verídico como la ausencia definitiva de Juan de Nápoles. Entendió que él no volvería y rezó por su alma celebrando todo lo vivido.

María de la Cueva hubo de retirarse a toda prisa al empeorar de sus fiebres. Estaba claro que no eran unas vulgares tercianas y la reina le reprendió por haber hecho el esfuerzo de asistir a ese momento de recogimiento y oración. Se lo agradecía pero, viendo su cara, supo que el empeño no valía la pena. «Lo primero es su salud», convino la reina con los médicos que la retiraron a su habitación a descansar y a aplicarle unos emplastos para controlar la calentura.

Aquella noche fue terrible para la condesa. Estuvo delirando varias horas sin que los doctores hallaran el motivo. Isabel se mantuvo a su lado hasta que la enferma recobró la conciencia y, al ver a la reina velándola, le dijo que no era digna de tan alta entrega y generosa dedicación. Hacia las cinco de la madrugada, Isabel, vencida por el sueño y comprobando que la condesa se había estabilizado, decidió intentar dormir un rato, pero se fue preocupada no viendo a los galenos ponerse de acuerdo sobre el diagnóstico.

El rey, tan dado a las interpretaciones cabalísticas, al zodíaco y a la quiromancia, quizá encuentre en los astros o en las rayas de las manos alguna explicación a la agitación que se produce esta noche en distintas estancias de palacio. A la suya han ido a parar fantasmas con malas intenciones, las peores, que pueblan la noche de martillos y cristales dispuestos a cortarle el corazón. Dos pesadillas le despiertan sucesivamente. En una ve fetos sin cabeza, son de niños varones. Y en otra se ve a sí

mismo menguando hasta desaparecer de la faz de la tierra. Tras el segundo mal sueño despierta chorreando de sudor y comienza a vomitar. Los médicos maldicen la suerte de que la enfermedad corra tan diligente por todos los rincones en una misma noche.

Una terrible premonición es la causa de que al rey se le desbarate el cuerpo. Gira y gira en su cabeza mientras él se repite que no puede ser. Echa a los doctores con destemplanza. Lo que quiere es estar solo pero al mismo tiempo lo teme. Porque teme lo que piensa.

Él es el culpable. Eso es lo que cree. Sólo él y su estirpe tienen la culpa de su incapacidad para engendrar varones normales. Es una imperfección que consiste en un castigo de Dios y como tal lo vive. ¿Qué esperanza le queda, entonces, de tener un heredero? Ninguna.

Hace veinte años que la descendencia se le resiste y su primogénito es un renglón torcido de la naturaleza. ¿Qué ha hecho mal?, se repite entre ahogos producidos por los espasmos del vómito. Cuando intentan asearle se defiende como una fiera a la que le han dado el tiro de gracia.

Tiene las entrañas revueltas. La sangre le hierve. Brama su imperfección a gritos.

—Majestad —se atreve a hablarle el médico de la familia, Antonio de Paz, que ha regresado después de que los hubiera expulsado a todos de su presencia—, no os atormentéis. Todos los síntomas que presenta la reina responden a un embarazo de varón.

Y entonces el galeno le explica que ha sido concebido en invierno —la mejor época para la preñez de un niño—; que la reina está teniendo pocas náuseas —los vómitos frecuentes indican que es una hembra o un aborto apremiante—; y que cuando se superan los treinta años, como es el caso del rey Felipe, se multiplican por cuatro las posibilidades de fecundar un varón.

Felipe, sin embargo, parece no escuchar. Prefiere oír las voces de su interior que importunan sugiriendo que parir hembras es un acto de procreación inferior, realizado a desgana. Creía amar a su esposa, algo que no es obligación de un rey, como se sabe. Pero él sí, la ama, y por primera vez en tres matrimonios. Y cuando yace con Isabel cree no mostrarse precisamente desgana. ¿A qué, entonces, ese castigo?

—¡Majestad! ¡Majestad! —grita alarmado el doctor cuando le ve poner los ojos en blanco.

El rey lo para con el brazo de un golpe seco. Fuerte. Imposible adivinar de dónde le sale esa fuerza descomunal.

Pide que lo dejen a solas. Ya está limpio de sudor y vómito. Los espasmos se espacian hasta desaparecer. Ahora lo que tiene son escalofríos y necesita ser arropado con varias mantas y un edredón. Tiembla pero quiere hacerlo en soledad.

En su soledad terrible, colmada de obsesiones, de pesadillas y de angustia.

Pronto acabará este maldito año. Un año de infortunios. Los pocos días que

quedan están llamados a eternizarse. Y el rey le ruega a Dios que se apiade de su alma imperfecta y dé forma en las entrañas de la reina al futuro heredero.

Aquel año, las Navidades resultaron extrañas. Isabel las vivió con la alegría del embarazo. Felipe, contento junto a ella. Pero planeando sobre ambos, varias sombras que enturbiaban el horizonte más cercano. La de Juan de Nápoles, cuya muerte había eliminado cualquier posibilidad de hallar *El Estanque*. Y otra peor: la del agravamiento de la salud mental del, hasta ahora, único sucesor al trono, Carlos.

El secretario personal del rey, Gómez de Silva, harto de intentar remediar lo irremediable, le puso al corriente del comportamiento inaceptable de su hijo en los actos oficiales y de protocolo en los que tenía la misión de representar a la Corona y a los que, además, llegaba siempre tarde y desaliñado. Tampoco el servicio salía bien parado. Después del famoso episodio en el que quiso desvestir a una ayudante de cocina, se dedicó a lanzar objetos peligrosos contra los criados cuando le venía en gana. Más de uno tuvo que ser atendido por las heridas causadas. La situación se hizo insostenible mientras crecía en Felipe el temor a que se hicieran públicos los detalles del mal estado de la cabeza de su hijo, con la desconfianza que ello supondría para el pueblo. En ese momento lo último que convenía al trono era que los súbditos tomaran conciencia de que el único aspirante a él era un tarado mental incorregible. Cierto que el embarazo de la reina era un alivio, pero existía el miedo de que para cuando naciera la criatura ya fuera demasiado tarde y se hubiera organizado una revuelta popular o algo similar. Y es que los fantasmas aumentaban de tamaño en la mente del rey. Eran demasiados los frentes a los que tenía que atender. Se ponía en lo peor con todo lo que tuviera que ver con su hijo. Tal vez la reina pudiera ayudarle. No se le había ocurrido antes. Entre los negros espíritus surgió en él la buena idea de que Isabel, que jamás había mostrado atracción por los asuntos de Estado y no participaba en ninguna decisión de su esposo, podía, sin embargo, serle útil en el control de un problema familiar como el que representaba el príncipe.

Ella aceptó. Durante una semana, sin faltar un solo día, mantuvo largas conversaciones con él haciéndole entender lo perjudicial que era su comportamiento para todos. Pero no vio ninguna evolución, ni tampoco gesto alguno de contrición.

El último día, viernes, Carlos acudió a la cita con la intención de proponerle a su madrastra un intercambio que facilitara su enmienda. Isabel, inocente, creyó ver una vía abierta para rectificar su absurdo comportamiento. Sin embargo, se quedó helada al oír la propuesta del príncipe, en quien reconoció de nuevo al monstruo del origen de su relación. Un ser inmundo del que manaba la peste de la procacidad llevada al límite de lo deshonoroso. Carlos se atrevió a declararle su amor, ante la incredulidad de Isabel, diciéndole que si era correspondido cesarían de inmediato sus locuras. «El amor lo consigue todo, ¿verdad, mi delicada Isabel?», palabras que salieron como

espumarajos de su boca. Tras el estupor, vino la furia de la reina.

La reina. La madrastra deseada.

La fragilidad de su salud hacía necesario que se le evitaran disgustos, pero aquél le vino dado sin que pudiera haberlo presentido. Ya no albergaba dudas acerca de la anormalidad del príncipe. Y cuando el rey le preguntó por los resultados de su mediación, ella calló el incidente y le hizo creer en la posibilidad de que el hijo mejorara, aunque no hubiera ninguna razón en que apoyarse para afirmarlo. Cuando se comprobara que no era así, ya se vería lo que hacer. No tenía más capacidad para aguantar esa absurda situación, ni se le ocurría mejor manera de salir de ella, al menos por el momento.

La llegada del mes de abril no trajo nada bueno a sus vidas, siendo la reina quien más iba a acusar el duro golpe. Su camarera mayor se consumía en el lecho al no haber podido superar una recaída. Finalmente, los médicos, después de tenerla meses en observación, diagnosticaron una infección múltiple que le afectó a los riñones y al hígado, colocándola en una delicadísima situación. Llevaba ya dos semanas en cama.

La cuenta atrás empezaba para ella. La resignación, fruto de la fe cristiana, le ayudaba a pasar este trance con la esperanza de reunirse pronto con su esposo allá donde él estuviera, seguramente en el espacio destinado a las almas buenas.

—Condesa, no podéis abandonarme.

—Mi querida niña... —la cercanía de la muerte le liberaba de las maneras protocolarias—, me tendréis siempre a vuestro lado.

—Pero es viva como yo os necesito, no como un recuerdo.

—No desdeñéis los recuerdos porque a veces son la única salvación que nos queda. Gracias a ellos nos mantenemos vivos en muchos casos. Vamos... no lloréis por mí, os lo suplico.

Isabel no podía contener las lágrimas de impotencia. La vida se le iba a su camarera mayor y con ella se llevaría un pedazo del recuerdo de Juan de Nápoles. Su secreto. Se creía incapaz de sobrellevarlo sola, sin la templanza ni el manto protector de la condesa.

—Hablad de algo, no os durmáis, condesa, temo que no despertéis.

A Isabel le desesperaba la fugacidad de la existencia. En un segundo pasó de considerarse joven a sentirse acabada. Como si quisiera comprimir los años para irse al mismo tiempo que María de la Cueva, junto a ella.

—Contadme cosas de Osuna, habladme de vuestros recuerdos, ya que ellos, decís, son capaces de mantenernos vivos.

—Llevaré Osuna en mi corazón, es cuanto os puedo decir. Estoy tan fatigada...

Isabel se dio cuenta de que el tiempo se acababa. Se acercó a ella para hablarle en voz baja con ánimo de no molestarla.

—Quiero que sepáis lo importante que habéis sido en mi vida. Sé reconocer vuestra lealtad. Sufro sin Juan, de la misma manera que sin mis hijas que no han llegado a vivir y sin mi padre. Y de la misma forma que sufriré, a partir de ahora, sin vos. Si el Señor lo ha dispuesto así, hágase Su voluntad, pero sabed que me rebelo ante vuestra muerte que me deja tan sola en este mundo.

Y tomó su mano inerte. Era ya noche cerrada cuando le llegó la hora. Entonces, el rey, que quiso respetar la intimidad de la reina con su camarera mayor en el momento último de la expiración de ésta, entró en la estancia para acompañar a su esposa en su dolor, ajeno a la oculta verdad del mismo.

QUINTA PARTE

La derrota

XVIII

Valsaín, Segovia, mayo de 1566

Valsaín. Sus densos y húmedos bosques, crecidos entre las cuencas de una tríada de ríos —el Eresma y sus afluentes Acebeda y Peces, que convergen con el Adaja y van a desembocar en el Duero—, acogieron a la familia real en el sexto mes de gestación de Isabel por decisión personal del rey. La corte se trasladó al suntuoso palacio del Bosque, en la vertiente norte de la sierra de Guadarrama, donde se dispondría todo lo necesario para que el parto se desarrollara en medio de un ambiente grato, lleno de paz y tranquilidad, en plena naturaleza, lo que tanto gustaba a la reina y que Madrid no podía ofrecerle.

Fue Enrique III, de la dinastía de los Trastámara reinante en Castilla, quien ordenó construir un pabellón de caza conocido como Casa del Bosque, posteriormente ampliado por su nieto Enrique IV.

Sobre ese albergue, Felipe, gran aficionado a la caza y a las monterías, había erigido catorce años atrás un espléndido palacio como un paraíso en el que poder evadirse de las intrigas palaciegas y de las preocupaciones de hombre de Estado. En aquellos parajes campaban para solaz real grandes animales, osos, jabalíes... Y su homónimo del reino animal, el que Felipe consideraba el rey de los bosques: el ciervo.

Aquí pasó muchos veranos y quiso que el primer fruto de su amor con Isabel de Valois, que parecía que por fin iba a llegar a buen término, viniera al mundo en este rincón único. Lejos de todo y cerca del Edén. Un lugar mágico del que ella se enamoró nada más conocerlo. En el fondo, Valsaín le recordaba en algo a los añorados bosques de Blois. Naturaleza en estado puro, pero sobre todo naturaleza majestuosa.

Aunque Valsaín, a diferencia de los bosques franceses que formaban parte de la infancia de Isabel, tenía un toque de sobrenaturalidad. El paso del tiempo, ayudado por el viento y la lluvia de siglos, talló en las rocas figuras monumentales que parecían dioses de granito portadores de misterios ancestrales. La humedad y la espesura de la vegetación coronaban el halo enigmático de las extensiones de árboles que rodeaban el palacio.

Los hermanos del rey, Juana y Juan de Austria, y el príncipe Carlos, también acompañaron en el viaje, al igual que, como era costumbre, su secretario personal, el príncipe de Éboli, junto con su esposa.

Entre el séquito no faltó la joven Magdalena Girón. Como era, igualmente, costumbre. En los desplazamientos a las distintas residencias familiares se contaba

siempre con las damas a las que el rey tenía gran afinidad. Lejos de lo que ocurría tan sólo unos meses atrás, Isabel había dejado de pensar en ellas. Se diría que no pensaba en ellas ni en nada. Su único anhelo era que el parto no se complicara y pronto pudiera acunar en sus brazos a su hijo. Lo demás, el mundo, la gente, las personas de su entorno o el peso de la Historia, que antes sentía como una piedra aplastando sus hombros, pasaba a formar parte de un sinsentido que movía ahora los hilos de la vida. Confiaba en que su hijo le devolviera un poco de la fuerza que tan necesaria iba a ser para vivir por él. Solamente por él. Por nada ni por nadie más merecía ya la pena vivir.

Pasado el primer deslumbramiento ante el lugar, muy pronto empezó a notar la soledad sobre sus huesos, le faltaban aquellos dos apoyos fundamentales en que se habían convertido para ella la condesa de Ureña y Juan de Nápoles. Entonces cambió su percepción del lugar que pasó a resultarle lúgubre, pero lo soportaba por agradar a su marido, tan amante de Valsaín. Llevaba meses ordenando los preparativos para que a ella no le faltara el menor detalle durante su estancia en un momento tan importante como el de parir un heredero. El futuro hombre de la estirpe de los Austrias vendría al mundo en un lugar de privilegio.

Un hombre. Un varón, nacido de Isabel y de Felipe para perpetuar su trono. No podía ser de otra manera.

Comparado con lo que había pasado y superado, la reina llevaba sin dificultad el embarazo. A pesar de que Valsaín no era un lugar alegre, a su salud le sentaba bien el aire puro con el que llenar de vida y de energía sus pulmones. Los paseos a caballo fueron sustituidos por caminatas tranquilas al ser ya su estado de gestación avanzado. La frondosidad de los bosques propiciaba agradables comidas campestres en las que solía participar el rey. Juana propuso disponer una de ellas cerca del río para que resultara más refrescante. A todos les pareció una buena idea, incluso excitante al ser la mayor aventura que se vivía en aquellos días en los que la tranquilidad lo dominaba todo. Llevaron pollo asado, salmón, queso, vino y grandes hogazas de pan recién hecho. Cuando todo estuvo preparado, la estampa parecía un cuadro holandés.

Isabel, con su ya prominente barriga, se movía con torpeza. Era un día de calor bochornoso. Juana se alegró de ver el buen semblante de su cuñada. Al acabar la comida, su dama de compañía, Magdalena, se levantó para dirigirse al agua, dejando al descubierto el anuncio de unos pechos jóvenes que un amplio escote ofrecía a las miradas del rey. Pero también estaba al alcance de los imprevistos e inoportunos ojos de Isabel, a quien no se le escapó el gesto procaz de la joven ni la reacción alegre de su esposo que se aprestaba a seguirla cuando el rayo que acompañó la mirada de su mujer dirigida contra él lo detuvo en seco. Entonces, intentando rectificar su verdadera intención, fue en dirección a la reina para ayudarla a incorporarse.

—Os convendría caminar un poco. Venía a acompañaros, si os parece bien.

No le pareció ni bien ni mal, sino cínica su magistral interpretación. Aceptó la propuesta y mientras caminaban por la orilla viendo ambos alejarse a Magdalena, la reina le habló de cómo imaginaba que sería el hijo que estaba a punto de nacer y de la suerte que tenía al poder contar con las atenciones de su esposo que sólo a ella se debía. «Vos, sólo vos, señora, sois mi reina», mintió el rey teniendo la suerte de que, aunque lo fuera, jamás sus palabras serían entendidas como una mentira.

En su cuenta atrás, Isabel pasaba el día ocupándose de los preparativos del nacimiento del que iba a ser todo un heredero. La ropa ya estaba lista, y el pequeño lecho había sido encargado a un gran artista, el pintor Juan Gutiérrez, que construyó una cuna de viento con un pequeño dosel como cabecero y telas con forma de volantes a los lados. Cuando estuvo terminada, Isabel se imaginó a su pequeño adentro, durmiendo angelical sobre todos los temores que su madre había engendrado con él, aplastándolos con su peso etéreo. Lo vio dormido, sobreponiéndose a ellos, y se agarró al borde de la cuna. La imagen del niño le desató un llanto de alegría, pero también de pena.

En París, conforme se acercaba la fecha del alumbramiento, aumentaba la preocupación de la madre de la reina de España. Catalina tenía demasiado presente la actuación de los médicos, a quienes consideraba unos bárbaros arrogantes, en el anterior embarazo y nadie le quitaba de la cabeza la idea de que habían sido ellos, con su mala pericia, los culpables del aborto. Así, mientras ansiaba, como todos, la llegada de la criatura, a la vez la temía, viéndose impotente ante cualquier contratiempo que pudiera presentarse. «Detenga a esos zafios galenos castellanos», exhortó a Vincent Montguyon, «evite que esos ignorantes desgracien sin remedio a mi hija», y lo envió de nuevo a España. Ni siquiera saber la importancia que tenía este embarazo para el rey Felipe, convertido en cuestión de Estado y supervisado personalmente por él, la convenció para no tener que desplazar otra vez a Montguyon. La distancia entre París y Madrid era mucha y ahora, además, había que prolongar el viaje hasta Valsaín. Pero cualquier intento valía la pena. Era necesario hacerlo.

Montguyon llegó unos días antes de que la reina se indispusiera con vómitos, fiebre y dolores abdominales. Sufría incluso de desmayos ocasionales y sus inevitables jaquecas volvieron a aparecer tornándose insoportables por las noches. Mientras que los médicos españoles no le daban importancia, el francés le recomendó reposo absoluto a la espera de comprobar cómo reaccionaba su cuerpo. Aprovechando el descanso obligado, Gómez de Silva habló con ella para recordarle

que tenía que redactar su testamento antes del parto. Isabel no entendió por qué había que hacerlo si apenas acababa de cumplir veinte años. Al tener noticia de ello, su madre reaccionó pidiendo a su yerno que aboliera de inmediato la ley según la cual se obligaba a las primerizas a testar. Pero la reprobación de Catalina de Médicis incidió poco en Felipe que, muy cortés, le escribió para explicarle el porqué del protocolo español al que su hija acabaría sometiéndose a pesar de su contraria voluntad.

La elaboración de los testamentos era larga y trabajosa, y el de la reina parecía serlo todavía más, por lo que Isabel se fatigó rápidamente. En realidad le importaba poco legar sus bienes, así que le pidió al secretario personal de su marido que lo redactara en su nombre para no tener más que revisarlo y estampar su firma en el documento final.

Hacer testamento tendía un puente entre el presente de Isabel y el futuro que le obligaba a recordar las cenagosas aguas que conducen a la muerte y por las que ya había transitado anteriormente. Por eso no le gustaba la idea. Testar es despedirse un poco de la vida para acortar distancias con el último trance de la misma. ¿Por qué alguien tan joven como ella habría de pensar en que podría morir? Empezó a repasar la lista de los beneficiarios, para decidir lo que les dejaría y no tardó en caer en una profunda tristeza. Igual que cuando un día soleado se encapota con el gris oscuro que provocan las nubes. Días entristecidos los que giraban en torno al testamento de una joven en la veintena de su existencia. Qué pena tan grande no poder ver entre los nombres de los sirvientes el de un simple ayuda de guardajoyas al que querría haberle legado su corazón y hasta su alma si siguiera vivo, porque a él pertenecían. Y en el momento postrero de la muerte todo ha de retornar al origen.

Firmó, intentando que las lágrimas no cayeran y emborronaran el pergamino al mezclarse con la tinta.

Los calambres en las piernas y los insoportables dolores en el vientre anunciaron la inminencia del parto. El rey estaba tan nervioso como ella. Juntó sus manos para que en su cavidad vertieran un jarabe recomendado por Catalina para combatir el dolor de las contracciones uterinas y favorecer la dilatación, y se lo dio a beber con el visto bueno de Montguyon que no bajaba la guardia ni un solo segundo. Era un gesto cargado de simbolismo: se lo ofrecía con sus propias manos, sin ningún utensilio que rompiera la entrega directa de sí mismo como agradecimiento por engendrar a su hijo. Por engendrar al heredero. La pócima algo alivió. Era la madrugada del 12 de agosto. Alguien propuso ir a buscar ya la silla para el parto, mientras los médicos discutían si era mejor utilizar la silla o la camilla para facilitar el alumbramiento. El rey zanjó con un grito las deliberaciones: «¡No hay silla!». La maldecía porque así había parido su primera esposa, María Manuela de Portugal, y el resultado que había dado con el príncipe Carlos no animaba a repetirlo. Las deficiencias de su hijo las

atribuyó a los problemas que se produjeron con la tal silla en el momento de su llegada al mundo. Dio claras instrucciones de que se dispusiera rápidamente la camilla en la que Isabel pariría sin riesgos al heredero. «Se acabaron las sillas para esta dinastía», sentenció por si a alguien no le había quedado claro.

Las dos de la madrugada eran cuando llegó a esta vida el primer descendiente de Isabel y Felipe. Nació sin problemas. Bueno, sí, con uno: resultó ser una niña, no un varón. Isabel Clara Eugenia llevaría su tercer nombre en cumplimiento de la promesa que sus padres le hicieron a san Eugenio de ponerle su nombre al primer hijo que tuvieran, convencidos de que sería niño. Clara correspondía al santo del día del nacimiento e Isabel se lo debía a su abuela paterna, la emperatriz Isabel, y también por ella misma, su propia madre, enlazando incluso en el nombre las estirpes Habsburgo y Valois.

Por la mañana, muy temprano, cuando todavía nadie había acudido a ver a la recién parida, el príncipe Carlos se presentó para darle la enhorabuena. Era ésta la última visita que la reina deseaba tener en las primeras horas estrenadas como madre. Estaba cansada. El parto y la tensión porque todo fuera bien después del anterior embarazo malogrado la habían agotado hasta casi la extenuación. Tras la intensa noche, el amanecer traía la molestia de la claridad anunciando que la actividad se reanudaba.

El día comienza y, con él, la mente se pone a trabajar.

De día se presentan identidades que se querrían inexistentes, o por lo menos que estuvieran lejos en el tiempo y en el espacio. Carlos era príncipe e hijastro. Pero también un engendro. Un esperpento de heredero que malograba las expectativas de la familia. A pesar del nacimiento de Isabel Clara Eugenia, él seguía siendo el único sucesor, lo cual era una desgracia, la peor que pudiera asolar a la Corona.

Y allí estaba, solícito, adelantándose a todos, para felicitar a la reina. Aunque también para algo más.

—El nacimiento de vuestra hija es una bendición, y lo celebro. Sin embargo... — tomó aire en el que iba encerrada la fuerza necesaria para decirle lo que venía a continuación—, no puedo evitar, al mirarla, pensar en que podría haber sido fruto de nuestra unión. Seguro que vos también lo pensáis...

Isabel se tensó sin saber cómo pararlo, porque cuando Carlos se encendía, su energía que manaba a borbotones, desordenada, era capaz de arrasar con todo lo que se le ponía por delante. Ésa es la fuerza de la inconsciencia.

La primera reacción de ella fue de cortesía.

—No deberíais decir eso. Si habéis venido a darme la enhorabuena, os lo agradezco. Ya está dicha. Podéis marchar en paz.

—Noooo... mi querida Isabel —se acercó sibilino a la cama y ella se incorporó temiendo cualquier reacción grotesca—, no se despacha así a quien tanto os ama. No puedo reprimir por más tiempo mis nobles sentimientos y os haréis un favor a vos misma si también los liberáis. No sigáis ocultando vuestro verdadero sentir.

—¡Basta ya!, salid de aquí, ¡os lo ordeno!

Las damas, alarmadas, acudieron prestas aunque sin atreverse a enfrentarse al hijo del rey, que no estaba dispuesto a rendirse tan fácilmente.

—¿Dónde vais, osadas? —les dijo levantando los brazos con intención de asustarlas, como si le hubieran picado insectos venenosos—. ¿Vais a ponerle la mano encima al hijo de vuestro soberano? ¡Caerá sobre todas vosotras su ira!

Dieron marcha atrás atemorizadas y entonces aprovechó para retar a su madrastra, como si quisiera darle una última puntada antes de obedecer y marcharse.

—Querida mía, quien en verdad ama no para hasta conseguir al sujeto de su amor. Yo no tardaré en hacerlo. Os doy mi palabra.

Isabel, llorando a gritos, hubiera querido tomar esa palabra y matarlo con ella. Rabia y lágrimas vertía por el anormal de su hijastro, pero también por el niño que no había querido regalarse a sí mismo a unos reyes que lo esperaban y que tenían que seguir cargando con ese monstruo como heredero.

El varón inexistente, después de tanto esfuerzo.

Nunca imaginó que un recién nacido pudiera ser un puñal clavado en la conciencia de sus padres.

Es una calurosa tarde de julio. En uno de sus aposentos privados, Felipe camina de un lado a otro sosteniendo en los brazos un muñeco de trapo. Un muñeco para el rey, cosido en secreto porque nadie entendería para qué fue encargado.

Lo toma con cariño, como si se le fuera a quebrar, y ensaya muy serio algo parecido a una ceremonia. Y es que el rey se ha propuesto ser él quien lleve a su hija recién nacida ante la pila bautismal llegado el momento. Como no se fía de su habilidad prefiere prepararse con tiempo para estar seguro de que todo irá bien. Produce un poco de risa verlo tomándose los ensayos tan a pecho. Da varios pasos hacia delante sin dejar de mirar el muñeco, se detiene y calcula la distancia que le queda hasta alcanzar la silla que ha dispuesto para que haga las veces de pila. Sigue caminando pero recula porque teme no haberlo hecho bien. Tiene problemas para acomodar al muñeco en el hueco formado por su brazo izquierdo. Antes lo llevaba sujeto con las dos manos, como si fuera una reliquia. No funcionó. Lo intenta ahora con un solo brazo, cree haberlo visto hacer así a las madres. En él, sin embargo, esa postura también falla. ¿Cuál es el problema?

No puede más, se siente ridículo y lanza furioso el muñeco contra el suelo. ¿Por qué demonios no es un varón? Eso es lo que falla. Su hija no podrá reinar.

Los demonios, Lucifer, el maligno Belcebú, Luzbel, se han aliado contra uno de los hombres más poderosos de la Tierra, que se atreve a retarlos. A luchar contra ellos como si se tratara de un ejército a batir en Flandes. Hay que emplearse pronto en la tarea de conseguir un nuevo embarazo y esta vez será el germen del futuro hombre que sucederá en el trono español a Felipe II y heredará su imperio.

No hay tiempo que perder.

La mañana del bautizo, Isabel lucía un traje sobrio confeccionado para la ocasión con su deseo expreso de que no fuera brillante ni ostentoso. La alegría ante el nacimiento de la infanta no le hacía olvidar las pérdidas tan importantes que le habían ensombrecido el alma. No había día en que no notara la ausencia de su camarera mayor, y ni un segundo en que no pensara en Juan y en los momentos pasados junto a él. Momentos que en nada se parecían a los vividos con el rey ni tenían que ver con su condición de reina. Con Juan había sido una mujer que, buscando en sus brazos el consuelo para su corazón herido por el destino, había acabado descubriendo espacios de placer y de sensibilidad que ni siquiera imaginaba que existieran. Recordó aquellas palabras atrevidas que ella aceptó complacida viniendo de su boca: «Dicen que las caricias están reservadas a las putas porque sólo ellas pueden disfrutar del placer...». Placer que le hizo sentir a la reina, descubriéndole la falsedad de esa creencia. «Yo os digo que no es verdad», añadió más tarde, y consiguió que ella pudiera comprobarlo. Eso sí era el privilegio de una reina.

La capilla del palacio del Bosque era un espacio íntimo que incitaba a la celebración familiar. Aunque no eran muchos los asistentes, en sus reducidas dimensiones no cabía un alma más. Isabel miró la carita de su hija y descubrió el estigma del labio de su padre y de su tía Juana, quien, a pesar de presentar un increíble parecido físico con su hermano el rey, gozaba de una serena belleza. De los Valois, la niña no tenía nada. La piel, fina y blanca como el arroz, era de la dinastía paterna, así como el labio prominente que ya podía advertirse en edad tan tierna. De carácter se la veía tranquila. Más que su madre. La reina estaba convencida de que nunca más su espíritu recobraría la calma y que tendría que acostumbrarse a vivir así.

Estaba presente en la ceremonia su recién nombrada camarera mayor, la duquesa de Alba. Con el nacimiento de la infanta se produjeron cambios en la Casa de la Reina, éste el más importante. Aunque la duquesa no reunía el requisito fundamental de ser viuda para ocupar ese cargo de tan alta responsabilidad, el rey la estimó idónea una vez se hubo descartado a la duquesa de Medina Sidonia y a la marquesa de Cañete. En cierto modo casi viuda sí se la podía considerar porque veía a su marido tan poco como una viuda de verdad vería al suyo ya difunto, empleado como estaba siempre el duque en misiones en los por entonces preocupantes Países Bajos.

Entre los asistentes al bautizo se encontraban también Elvira Castillo, contratada

como aya, y Leonor de Vibranco, cuidadora de Isabel Clara Eugenia. El príncipe Carlos —imposible saber si era sincero o realizaba una mera actuación— se emocionó al ver a la recién nacida en brazos de su tío Juan, que fue finalmente el encargado de llevarla ante la pila bautismal para que le impartieran el agua bendita. Después de tanto ensayo, el rey no se atrevió a hacerlo pero observaba muy de cerca todos los movimientos de su hermano y las reacciones de su pequeña, que eran más bien pocas porque se pasó toda la ceremonia durmiendo. Tan sólo protestó al sentir el agua sobre su cabecita pelona, y volvió a dormir minutos después.

Al término de la ceremonia, la princesa de Éboli se acercó alegre a la reina para decirle:

—Ha sido un bautizo magnífico... Perfecto —esto último lo dijo exagerando un poco.

—Sois muy amable, princesa —respondió cortésmente Isabel.

—Qué lástima... lo único que se ha echado en falta ha sido *El Estanque*, tan apropiado para lucir en una ocasión como ésta, ¿verdad?...

La reina captó el falso tono de melancolía empleado por su amiga, pero no quiso seguir tirando de ese hilo. No le gustaba. Hacía tiempo que se había ido distanciando de Ana de Mendoza y en situaciones así se reafirmaba en que era la mejor decisión que podía tomar. Le seguían sorprendiendo algunas de sus reacciones. No venía a cuento sacar a relucir el diamante que ya empezaba a ser considerado por la reina como un objeto maldito por haberle deparado tanta pena.

Y con amargura abandonó la capilla camino del banquete, durante el que no se le vio sonreír ni una sola vez.

Valsaín, Segovia, 16 de agosto de 1566

Querida madre:

La fatalidad nos ha arrebatado a nuestro apreciado Vincent Montguyon, que ha querido Dios llevárselo en tierra extraña, lejos de la Francia que tanto amamos.

Su muerte nos deja huérfanos de su sabiduría, y a mí, al albur de unos galenos en los que confío poco, o más bien nada, a qué engañaros. Sé que el señor embajador os ha dado cuenta puntualmente de lo sucedido.

Seréis conocedora, entonces, de la negativa de mi esposo a que otro médico francés se desplace hasta España para atender mi salud.

Mi intención con esta carta es la de transmitir el dolor que me causa esta pérdida y mi preocupación por cómo me puedan tratar los

médicos españoles a partir de ahora sin la atención continua y generosa de Montguyon, Dios lo tenga en su gloria.

Vuestra hija Isabel

Madrid, enero de 1567

La cámara privada de la reina se estuvo abriendo para recibir al rey al menos tres noches a la semana, agotando la fortaleza física de Isabel que respondía a todos los requerimientos sexuales del esposo con resignación. Aunque en ninguna circunstancia hubiera podido negarse sabiendo que era su obligación, menos aún cuando de lo que se trataba era de buscar a toda costa un varón que salvara a la Corona española de las desgraciadas manos del príncipe Carlos.

Transcurridos cinco meses del parto, la reina volvió a quedar embarazada por tercera vez. Nadie, ni siquiera en la corte de Francia, dudó de que por fin sería un varón. Un niño al que su madre inmediatamente le puso cara, por prematuro que ello pudiera parecer. Los intensos deseos de que así fuera le proporcionaban la ilusión de imaginárselo nada más haberlo concebido. Tendría mucho pelo y rubio, los ojos claros como la piel, igual que su padre, y sería valiente y tocado por el don de la prudencia que ellos potenciarían para que marcara su personalidad ya desde niño. «Hay que ser siempre prudente, no importa que seas rey o comerciante, porque así disponemos de un tiempo para meditar nuestras acciones y hay, pues, menos posibilidad de errar», le decía siempre su padre, curiosamente un hombre que no destacaba por esa misma virtud que acompañaba la fama de quien se acabaría convirtiendo en su marido. Sin embargo, a ella no le parecía que su esposo fuera un hombre tan prudente como para que se le conociera por el sobrenombre que ya estaba difundido por toda Europa. Consideró que la intimidad es lo que determina la verdad de cualquier persona y que el ejercicio de lo público siempre resulta una mentira a medias que sólo en ocasiones se convierte en completa.

Con el embarazo, la reina se entregó por igual al juego y a la oración. Los médicos le aconsejaron largos paseos por el campo a ritmo tranquilo, sin prisas. Ella, sin embargo, experimentó con esa gestación un cambio radical que la llevó a preferir los encierros a las salidas para disfrutar de la naturaleza y el aire puro. Encontraba más tranquilidad alrededor de una mesa de cartas que en el campo.

Volvió a las andadas. A las timbas hasta bien entrada la noche, que a veces se prolongaban incluso más allá de la madrugada. Al riesgo de retar a hombres en una

actividad masculina. A las apuestas de elevadas sumas de dinero. En definitiva, a poner en entredicho el buen nombre de una reina que además estaba embarazada. Tratando de incomodarle lo menos posible por respeto a su estado y a la delicada salud que le había acompañado con anterioridad, no quiso el rey recriminarle su afición de la que no imaginaba de qué pesares le curaba. Curiosamente, en el juego era donde el poder de la reinase presentaba incuestionable y absoluto, a pesar de ser mujer. Imponía su voluntad a su libre antojo.

A misa asistía junto a su camarera mayor y a su cuñada Juana. Rogaba a Dios que algún día le devolviera a Juan para recobrar la alegría y las ganas de vivir. Si realmente estaba muerto, tendría que revivirlo, no se puede dejar tan desolada a una reina. Y también le pedía que el fruto de su vientre fuera esta vez un niño. «Es mucho lo sufrido como para querer seguir castigándome con otra niña», le escribió a su madre cuando faltaban tres meses para el alumbramiento. A diario se la veía en la capilla de palacio, con una naturalidad que hacía creer que su actitud pía arraigaba en ella desde el origen de su vida.

En ocasiones, cuando su trabajo se lo permitía, el rey la acompañaba en sus rezos. Durante los meses que duró el embarazo, y sin dejar de trabajar un solo momento, Felipe no podía quitarse de la cabeza la posibilidad de que naciera otra niña, y en ese caso estudiaba cuál debía ser la actitud más indicada para afrontar el revés. Aunque en los pocos meses de vida que tenía la primogénita Isabel Clara Eugenia había experimentado un sentimiento nuevo que crecía a la par que la niña. Un sentimiento poderoso de unión de su carne y de su sangre que lo ligaba a ella con ternura.

Un sentimiento que jamás había existido para con su hijo Carlos.

XIX

El tiempo discurría lento para Isabel sin la oportunidad de poder rendirle su pena a Juan por su muerte, ya que estaba obligada a generar vida para transmitírsela a su pequeña e intentar engendrar de nuevo con la esperanza puesta en que por fin fuera un niño. Echaba en falta a la condesa de Ureña. No es que se llevara mal con su nueva camarera mayor, María Enríquez de Guzmán, quien por encima del condicionante de tratarse de una mujer casada con el personaje que tan mal recuerdo le traía, le demostraba lealtad y ponía todo de su parte para ayudarle en lo que fuera menester. El problema era que no podía quitarse de la cabeza el día de su boda en Notre Dame y la humillación sentida por el gesto protocolario de su marido, el duque de Alba, tomando posesión del tálamo nupcial en representación de su majestad, el rey. Por primera vez contemplaba lo ocurrido bajo otro prisma diferente. Lo vio distinto con la distancia, no sólo del tiempo, que tampoco había sido tanto, sino de lo mucho vivido. A la fuerza se había hecho mujer, y a la fuerza acató unas normas en España que habían acabado por no molestarle demasiado. Pensó que habría sido parecido de haber estado en Italia o Inglaterra, o en cualquier otro país de aquella extraña y compleja Europa de tan rancias costumbres. Era su destino de matrimoniar con un rey contra lo que debía haberse alzado en su día, y no contra Felipe porque fuera quien finalmente se convirtió en su esposo, ya que podría haber sido con otro monarca. La cuna a veces es difícil defenderla cuando trae aparejado un destino de gobierno y, por tanto, de melancolía oculta bajo el halo de pompa, lujo y representación en la que se movían las monarquías.

A la duquesa de Alba le costaba desempeñar su cometido frente a la hostilidad de la reina a quien tenía que servir. Después de meditarlo ampliamente y de dejar transcurrir un tiempo para ver si la actitud de Isabel cambiaba, viendo que no experimentaba alteración alguna se decidió a hablarle con franqueza. María era una mujer muy directa, de carácter resuelto, que no estaba dispuesta a seguir trabajando por mucho más tiempo sintiéndose incómoda.

—Majestad, os pido disculpas de antemano si lo que voy a deciros lo consideráis imprudente o bien os incomodara. Percibo en vos una actitud hostil en muchos casos que no sé a qué se debe ni si me la merezco, y querría saber si está en mi mano remediarla de algún modo.

Le sorprendió de buen grado a la reina la valentía de la proposición, y sólo por eso ya le pareció que le debía respeto. Era difícil explicarle por qué, efectivamente, su cercana compañía no le resultaba grata. Pero quiso corresponderle con la misma franqueza y, así, comenzó a explicarle la historia de una niña de apenas trece años sobre quien recayó la enorme responsabilidad de reinar en un país que durante mucho tiempo había sido encarnizado enemigo del suyo, y de compartir trono con el rey que

había formado el mayor imperio hasta entonces conocido. Le contó cómo esa niña pasó de jugar con muñecas a gobernar los designios de una población de la que desconocía si sería capaz de aceptarla.

—Vos sabéis lo que es la inocencia, supongo.

—Es obvio que cualquiera lo sabe.

—Pues lo que viví no era tan obvio, os lo puedo asegurar. Jamás hubiera imaginado lo que me esperaba. Ahora me alegro de cuanto he vivido, porque es cierto que con los años se aprende a contemplar la juventud como algo efímero —recordaba una a una las palabras de la condesa de Ureña que entonces, siendo tan joven, le hirieron— y sólo ahora puedo saber lo mucho que la vida me ha regalado. Un buen esposo que me ha permitido gozar de los privilegios de ser reina, una hija sana y un niño que está en camino y que heredará el fruto del trabajo de su padre, conseguido con gran esfuerzo, dedicación y mayor entrega.

—La vida os ha sonreído.

—Sí... —lo dijo con melancolía, en absoluto dispuesta a explicarle que dependiendo de cómo se mirara esa aseveración podría ser cierta o, por el contrario, no ajustarse exactamente a la realidad.

—Sigo sin hallar justificación a vuestra actitud conmigo.

—Veréis, duquesa, me casé por poderes y, como bien sabéis, lo hice con vuestro esposo, el duque de Alba, que actuaba en nombre del rey. Él no tenía ninguna culpa de mi rebeldía ante lo que mis padres habían decidido para mi futuro. En cierto modo comprendía que también a él le habían impuesto su cometido. Yo no esperaba nada distinto a lo acordado para mí y, así, acaté la voluntad de mis padres y me casé sin presentar resistencia alguna. Sin embargo hubo algo con lo que no contaba. Una costumbre francesa de la que nadie me había hablado y a la que hizo honor vuestro esposo tomando simbólicamente el tálamo nupcial en el lugar que le hubiera correspondido al rey. Sé que era un mero trámite, pero por simple símbolo que fuera, una niña de tan corta edad difícilmente podía entender que ese gesto tan adulto, celebrado en presencia de muchos testigos, entre los cuales se encontraban sus propios padres, los reyes de Francia, tenía que encajarlo en su inocencia. Aquella niña era yo y mi inocencia la sentí quebrarse aquel día, después de la fastuosa ceremonia nupcial en la catedral de París.

Tan quebrada como se le tornó la voz.

—Oh, señora... —la duquesa de Alba avanzó solícita, en un espontáneo ademán solidario con la aflicción que mostraba la joven reina.

Ella lo agradeció sin excesivas muestras de complacencia, pero con sinceridad. Su camarera quiso hacerle una declaración expresa de su voluntad.

—No deseo suplantar a la condesa de Ureña, a quien seguro que jamás llegaría a igualar, ni tampoco es ése mi deseo, pero sí que me aceptéis y permitáis que cumpla

con las tareas propias del cargo que me ha sido encomendado.

La reina acabó confesándole que nunca antes había hablado con detalle de aquel difícil momento porque su sola mención era para ella motivo de tristeza. «Las personas no formamos parte de las estrictas costumbres de cada corte», le dijo María Enríquez en su descargo, «sólo somos meros instrumentos de sus inquebrantables tradiciones», y concluyó pidiéndole perdón por posibles heridas pasadas que no habían sido producto de la voluntad de quienes las profirieran.

Lo que no quiso Isabel, porque le resultaba imposible hacerlo, fue decirle que lo peor de gobernar era el poco espacio que el ejercicio del poder deja para el verdadero amor, y menos para un amor deshonesto con alguien de condición social inferior. A pesar de la experiencia acumulada, le seguía resultando difícil adaptarse, y no digamos aceptar, a las dos caras que tenía la verdad en el entorno de un monarca poderoso como lo era Felipe.

Al final de un tranquilo embarazo, el parto se produjo sin ningún sobresalto con la misma técnica de la camilla empleada en el alumbramiento anterior. La recién nacida en nada recordaba a su hermana. Se intuía preciosa bajo el grasiento manto que la cubría nada más asomarse al mundo, y minutos más tarde esa primera impresión pudo confirmarse. Catalina Micaela parecía más delicada que su hermana, su piel era casi transparente y los labios, bien dibujados e increíblemente sonrosados.

A Isabel le reconfortó que su esposo aceptara ponerle de primer nombre el de la abuela materna, Catalina. Lo encontró generoso por parte de él, que trabajosamente intentaba ocultar su profunda decepción ante esta segunda niña. Muy pronto, Isabel le escribiría a su madre hablándole del gesto del rey y describiéndole a la recién nacida. De su desilusión porque fuera otra niña no le hablaría. Hay sentimientos que no corresponde compartir ni siquiera con una madre.

Como ya hicieran tras el parto de Isabel Clara Eugenia, los médicos le controlaron la subida de la leche aplicándole emplastos de jugo de perejil sobre los pezones, lo cual no la tranquilizaba porque se sabía que el periodo de lactancia supone un tiempo de infertilidad para la mujer. Pero como no era digno de una reina amamantar a sus hijos, acató el dictamen médico de que le fuera retirada la leche. Durante más de veinte meses, la nodriza María de Messa se encargó de criar a la segunda hija de los reyes de España, dejándole el paso libre a otra posible fecundación ya que temía que se reprodujera en el rey el mismo episodio que la vez anterior, cuando quiso reanudar cuanto antes las relaciones sexuales para seguir intentando concebir un varón.

Siguiendo la costumbre, tras el parto, en lugar de permitirle el merecido descanso a la madre, ésta recibía con paciencia las visitas de quienes venían a congratularse del nacimiento. Sorprendió que Juana de Austria llegara acompañada de una de sus

damas para darle la enhorabuena a la reina. La dama no era otra que Magdalena Girón. Nadie, más que la propia Isabel, podía saber que no era bien recibida su presencia, y se mantuvo distante con ella. La joven, no obstante, demostró gran prudencia aviniéndose al antojo de la reina, sin dar ningún paso en falso que no se le habría disculpado de ninguna manera, a la espera de que la soberana tuviera a bien dirigirse a ella.

Un recién nacido es siempre una fiesta. Una alegría que se trunca cuando el sexo no es el que debiera. De nuevo la sombra del error de la naturaleza, al haber permitido una niña, planeó sobre la familia real española. Se les privaba de un heredero por segunda vez y después de tres embarazos y un aborto múltiple. Demasiado para que cupiera en tan sólo veintidós años, la edad de Isabel. Un débil cuerpo obligado a soportar excesivas cargas.

Mientras los familiares y allegados la felicitaban por el nacimiento, en silencio le reconcomía la angustia absurda de no haber sido capaz de engendrar un varón, como si el sexo de los hijos pudiera decidirse de antemano por el mero hecho de ser sus padres reyes.

Cuando parecía ir llegando el final de la reunión en torno a la parturienta, Magdalena Girón, aprovechando que, enfrascados como estaban todos en conversaciones cruzadas, en ese momento nadie se dirigía directamente a la reina, se atrevió a expresarle su congratulación, muy distinta de cualquier otra que hubiera recibido. «A veces el Señor nos tiene preparadas gratas sorpresas cuando no las esperamos. Esta criatura os habrá de traer una nueva esperanza en vuestra vida, majestad, y será pronto...». No tuvo tiempo de decirle más, porque Juana se encontraba ya en el corredor y debía seguirla de cerca, como era su obligación.

«Una nueva esperanza», que en ningún caso podría tratarse de su hija. Aún no estaba claro que Catalina Micaela, concebida con ahínco por los reales cónyuges, estuviera destinada a ser una fuente de esperanzas plenas para los mismos.

Lo que hubiera querido decir una simple dama como Magdalena no debería tener mucho valor, pensó la reina. ¿O quizá sí? Tampoco había que buscarle sentido a todo. Estaba recién parida y en esa situación las mujeres extreman la susceptibilidad. Seguramente sería eso y nada más.

Pero el caso es que aquella noche se quedó dormida pensando en lo que la muchacha le había dicho, la «nueva esperanza» de la que le habló, sin saber si era por curiosidad o porque al final iba a resultar una necesidad convertida en deseo que ella no había sabido expresar hasta oírsele decir a la joven.

En efecto, a su vida le hacía buena falta una nueva esperanza.

—Vestíos rápido ¡y marchaos de aquí!

Magdalena Girón se coloca unas simples enaguas y sale de la habitación del rey con el resto de su ropa en la mano. No se siente bien. Humillada quizás no sea la palabra exacta, aunque es cierto que el rey no ha sido precisamente amable expulsándola con esos malos modos.

Magdalena nota como si tuviera algo encallado en su conciencia. Hubiera sido mejor no venir. Esta noche el rey está nervioso, muy alterado, su comportamiento es extraño y no se ha satisfecho sexualmente, cuando en otras ocasiones la bella joven ha sido capaz de hacerle enloquecer en el lecho. No, no ha sido buena idea aceptar esta vez su petición cuando sólo hace dos días que acaba de ser padre de nuevo.

Padre. De otra niña. ¿Por qué un varón no llega? La corrosiva obsesión por un heredero amenaza con destruir al rey más poderoso de la Tierra.

El niño ausente. Niño inexistente. Varón que, sin ser, le reta. Ante nadie, ni enemigo ni ejércitos completos, se rinde este Felipe, más que ante ese anhelado heredero que le ha vuelto a ganar la partida y desde el más allá se burla dramáticamente de él. Se burla de su padre que jamás va a serlo.

«Es un castigo divino», se dice a sí mismo en su desesperación. Castigo de Dios por los múltiples pecados cometidos. Por su afición a las mujeres, por sus innumerables amantes. Por no tener más mano dura con los impíos herejes que ensucian el suelo europeo desde los Países Bajos hasta España. Y seguramente también está siendo castigado por implicarse en algunas ejecuciones, turbias muertes, teniendo la habilidad, sin embargo, de dejar inmaculados su nombre y su fama. Por algo es el rey.

Este repetirse una niña tras otra no puede ser más que un castigo divino. No parece dispuesto Dios a permitir que olvide su natural imperfección que le impide dejar en hembra reinante semilla de varón. De hombre que gobierne cuando él ya no esté.

La desgracia se cierne sobre el monarca. Ese día llegará sin que haya quien tome ese solemne relevo. Un rey no es inmortal. La muerte es la única que no le debe sumisión ni le rinde pleitesía. Habrá de morir, como cualquiera, pero sufriendo como nadie. Es ése un extraño privilegio del que no querría gozar.

La reina se recuperó pronto de este segundo parto. Se dejaba cuidar y seguía los consejos médicos y familiares de alimentarse bien para evitar que se repitieran problemas cuyas posibles consecuencias ya se conocían. Vinieron tiempos de calma en los que disfrutaba con los primeros juegos de Isabel Clara Eugenia y viendo cómo la pequeña Catalina Micaela crecía con buena salud, sentándole bien la leche de la

nodriza.

Temeroso de quedarse sin heredero, el rey rompió la tranquilidad de Isabel requiriendo sexo demasiado pronto, sin tener respeto al puerperio. Ella acataba los ímpetus del marido, no le quedaba más remedio, pero decidió consultar a los médicos acerca de si era bueno comenzar a tan poco tiempo del parto. Difícil papel para los galenos que, si le decían la verdad —que, en efecto, era mejor esperar y dejar un margen más prudente y seguro para la mujer— se oponían a la voluntad del rey en asuntos tan personales. Pero si le aconsejaban que lo hiciera, eran conscientes de que de algún modo, aunque fuera una posibilidad remota, ponían en peligro la integridad física de la reina. Se tomaron todo un día para meditar, no el resultado de la consulta, sino sobre la mejor manera de comunicárselo a la reina que aguardaba impaciente lo que tuvieran que decir. Era evidente que, en la difícil disyuntiva de apoyar al rey o a la reina, iban a optar por el primero.

No quisieron estar presentes todos los médicos cuando llegó el momento del veredicto, para así suavizar una situación que ya de por sí era bastante delicada al tratarse de las mayores intimidades de los reyes. Luis del Toro fue el elegido para comunicarle lo que entre todos habían decidido.

—Majestad, es asunto peliagudo el que nos planteáis y quiero anticiparos que en todo momento hemos tenido en cuenta lo que era mejor para vos —los médicos mienten, como el resto de los mortales—. Aunque es de los cónyuges la decisión, sabed que no entraña para vos ningún riesgo el que decidáis reanudar vuestras relaciones matrimoniales.

Además de mentir, tenía buena habilidad para enmascarar la verdad, que es cosa distinta, como demostró al plantear la posibilidad de que fuera la reina, y no el rey como era lo lógico y lo únicamente posible, quien tomara la decisión de reanudar las relaciones sexuales. «Decidáis», curioso eufemismo para una reina.

El consejo médico la dejó consternada, mientras que Del Toro marchaba con la satisfacción del deber cumplido. Y el rey tuvo la carta blanca que no necesitaba que nadie le otorgara para visitar a su esposa pasados pocos días del parto. Los miramientos se encerraban en los sótanos de palacio quedando reservados a seres inferiores a quienes el nacimiento o el destino habían colocado allí.

Con total desconsideración, el rey hizo uso de su derecho. Y con la misma abnegación de siempre, las puertas de los aposentos de la reina se abrieron sucesivamente las noches en que fue preciso para atender los deseos del rey aunque todavía no hubiera corrido la sangre de la primera menstruación después del parto de la segunda niña.

A decir verdad, no era deseo lo que el rey sentía al entrar en la habitación de la reina, sino la obligación de empezar cuanto antes la tarea de intentar engendrar el hijo que tanto necesitaban.

Una denigración. Una deshonra. Un desdoro, eso era para la reina lo que suponía no ser capaz de parir un heredero. Cualquier mujer de bajo rango podía engendrar niños, varones que poblaban el mundo, salvo la reina, la única de quien todos esperaban que lo hiciera. Se sentía rebajada en su condición de soberana, incompleta como esposa y destrozada como mujer. Derrotada en todos los aspectos.

La derrota de Isabel. Ni las cartas de su madre le servían de alivio. Las visitas tampoco cumplían con la tarea de entretenerla o de alegrarle el día, por eso comenzaba a evitarlas. Su cuñado Juan de Austria, después de haber sido rechazado en dos ocasiones, consiguió que a la tercera aceptara recibirlo para una simple visita de cortesía que acabó no siéndolo. Su verdadera intención era conocer algo de su estado de ánimo, saber cómo se sentía de verdad y el porqué del voluntario encierro que había decidido y que estaba convirtiéndose en la comidilla de todo Madrid. La reina llevaba semanas sin dejarse ver y no acudía a ningún acto oficial.

—Con la vida no se puede mirar para otro lado —le dijo su cuñado—. Seguro que en el futuro seréis una madre excelente. De hecho, lo estáis siendo desde que nació Isabel Clara Eugenia. Ni ella ni su hermana merecen una madre sumida en el desánimo porque ninguna de las dos haya nacido niño.

Por vez primera, Juan de Austria le hablaba abandonando su habitual pose superficial y queriendo llegar al corazón de la reina con la seriedad y la sinceridad que hasta ese momento permanecían ocultas tras otros rasgos más visibles de su carácter. Isabel se sintió, también por primera vez, tranquila con su presencia. Se diría que incluso reconfortada.

—¿Quién os ha dicho a vos que es eso lo que me ocurre?

—Todo el mundo lo comenta en la calle y, por supuesto, también en la misma corte.

—Las habladurías, de nuevo. Siempre vigilando mi vida.

—No son los rumores los que me interesan, sino vos, señora... querida cuñada, permitidme el atrevimiento de así trataros con el único propósito de que abráis vuestro corazón, o de que, en caso de no querer hacerlo, me hagáis el favor, o se lo hagáis a todos los que mucho os quieren, de reconsiderar vuestra actitud y volver a mostraros como verdaderamente sois, esplendorosa como siempre.

—Sí, Juan, tenéis razón. Desde que nació mi segunda hija no quiero dejarme ver por palacio. No soportaría oír cómo me juzgan por no ser capaz de cumplir con lo que se espera de una reina, y que, en este caso, cualquier otra mujer habría cumplido sin problemas.

—¿Cómo podéis saber eso? Vos sois la tercera esposa de mi hermano, nuestro rey, y que yo sepa hasta ahora no ha tenido más que un único hijo, del que mejor me ahorraré comentarios que vos también sabéis acerca de su persona y de su

comportamiento en la corte y fuera de ella. No existen más hijos varones.

—No hay más hijos, que se quiera saber.

—Majestad —empleó un tono tan solemne como rotundo—, no hay más hijos. Esto que os digo es lo que vale.

—De acuerdo, aceptemos lo que vos decís. Pero ¿de verdad creéis que el rey no se habrá llegado a plantear que tal vez hizo un matrimonio equivocado?

—¿Cómo podéis aventurar que de haberse casado con otra mujer ahora sí contaría con un heredero? ¿Conocéis las artes adivinatorias?

—No os burléis de mí.

—Nada más lejos de mi intención.

Hasta entonces, Isabel no había advertido la verdadera belleza de Juan, la serenidad de su sonrisa y su aplomo cuando decidía ser sincero. El cabeza loca con el que había pasado divertidos ratos en los que le seguía el juego de sus dobles intenciones porque siempre contaba con la seguridad de que no se atrevería a dar ningún paso en falso, abrió para ella la caja de uno de sus aspectos ocultos. Y le pareció que su cuñado era, por encima de todo, una gran persona.

Juan de Austria no fue el único que se preocupó aquellos días por la ausencia continuada de la reina. Su amiga, la princesa de Éboli, también había tratado de acercarse a ella con intención de hacer algo para ayudarle a salir del ostracismo en el que voluntariamente vivía pero que, en ningún momento, le había llevado a despreocuparse de sus hijas. Muy al contrario, estaba pendiente de todo cuanto hacían y de su estado de salud, velándolas en algunas noches en las que enfermaban con dolencias propias de sus edades. A pesar de que tenían su aya y su ama de cría personales, las dos niñas eran objeto de todos sus desvelos porque a ellas se debía por encima de todas las cosas.

Cuando la princesa comenzó a hablarle en términos parecidos a los empleados por Juan de Austria, Isabel no quiso que fuera más allá. Reconoció no poder evitar su comportamiento aun sabiendo que era opuesto al que se esperaría de una reina, e hizo propósito de enmienda. «Volved a la vida», le pidió Ana de Mendoza sin saber que esa frase carecía de sentido desde la muerte de Juan de Nápoles. Cómo iba ella a saberlo.

Aun así agradeció aquellas palabras que daban la impresión de estar cargadas de bondad.

—Sois mujer y madre, princesa —dijo la reina—. ¿Cómo os sentiríais si no cumplierais con lo que esperara de vos vuestro esposo? ¿Os imagináis si, además, también un pueblo entero y todo un imperio tuvieran sus esperanzas puestas en vuestra capacidad de ofrecerles como fruto de vuestro matrimonio un sucesor al trono?

—Creo que os exigís demasiado a vos misma. ¿De veras que únicamente es eso lo que os preocupa? ¿No hay ninguna otra razón que os atormente?

—¿Qué otra cosa podría atormentarme que fuera peor que no tener la capacidad de perpetuar la dinastía que represento? ¿Se os ocurre otra?

Ninguna tenía por qué pensar mal de la otra, pero el caso es que ambas recelaron mutuamente de sus verdaderas intenciones. Lo curioso era que cada una de ellas estaba en el convencimiento de que la amiga no podía imaginar a qué se referían. Ni la princesa imaginaba que la reina sabía a qué oscura razón estaba aludiendo al preguntarle por otros motivos de tormento, como tampoco la reina se figuraba que Ana de Mendoza pudiera estar al tanto del misterio conocido por una única persona, la condesa de Ureña, ya fallecida. Quiso poner a prueba su fidelidad y prudencia pidiéndole que organizara una timba secreta, sin que nadie se enterara de que la reina, que se ocultaba después del que consideraba su fracaso como madre, se entregaba al juego para desquitarse de sus lamentaciones. Le pidió que lo hiciera pronto y que contara para ello con Juan de Austria.

—Es buen jugador y creo que también es hombre de fiar.

La princesa se despidió prometiéndole reserva en la organización de la cita. Antes de que se marchara, Isabel le hizo una pregunta inesperada:

—Princesa... ¿vos creéis que es posible traicionar a un amigo del alma?

Ana de Mendoza se sorprendió, no podía adivinar a qué respondía ese interés que no venía a cuento.

—No os entiendo... ¿Por qué lo preguntáis?

—No... por nada —se sonrió queriendo borrar su propia pregunta—. Por nada, princesa. Id con Dios.

Hablar de los asuntos del alma no siempre es oportuno.

Durante la partida de naipes, la reina mantuvo peligrosamente el juego guiándose por la ansiedad, cuando las cartas, como cualquier otro juego de azar, son más amigas de la templanza y de espíritus atemperados. Sus ojos siguiendo el corte de la baraja se cargaban de ansias atropelladas de saber qué correspondería a cada contrincante, para ir tramando su jugada.

Juan de Austria lo advirtió y, a pesar de su voluntad de apoyarla, lo tuvo muy difícil, por lo que decidió emplearse a fondo en su propio juego pero sin quitar la vista de las reacciones de la reina, cada vez más entusiasmada viendo que las apuestas crecían sin límite, como venía siendo habitual en los últimos tiempos. También la duración de las partidas se alargaba en las noches, que era cuando se solían disponer estas citas. En aquélla, el juego estaba siendo irregular y la reina, convertida ya en una buena jugadora, lo mismo perdía una importante suma de dinero, que la recuperaba, moviéndose durante horas sobre el filo de la navaja.

Costaba mantener un nivel tan alto de juego durante tanto tiempo seguido sin apenas descanso. Hubo momentos en los que la princesa de Éboli y Juan de Austria contuvieron la respiración viendo hasta dónde estaba dispuesta a apostar Isabel y temiendo que perdiera. Estaba siendo una noche angustiosa y no veían la hora en que se pusiera fin a lo que ya comenzaba a traspasar el límite de lo tolerable en una mujer de su rango.

La reina, a pesar de no perder la concentración en las cartas, se hallaba al mismo tiempo en otras latitudes. Otros pensamientos. En el azar, escondido tras una carta y otra, veía viajar a Juan de Nápoles orillando sus miedos y sus angustias. Trazando, asimismo, el contorno de su ausencia alrededor de la mesa de juego, hasta llegar al lugar por ella ocupado y depositando en su nuca un ligero soplo de aire salido de su boca, un hálito cómplice que venía a recordarle que él estaba allí, con ella.

Isabel les sorprendió con un estremecimiento brusco, tras el cual se levantó de un brinco dejando el juego a medias. Los demás jugadores protestaron pero el cuñado de la reina consiguió que se avinieran a dar por concluida la partida con el compromiso de que podrían desquitarse en otra similar organizada a la mayor brevedad.

Y es que a veces el tiempo y el espacio se aliaban en una revolución que trastocaba su comportamiento y le impedía olvidar.

Lo peor. Que llegara el tiempo del olvido. Pero sólo Isabel sabía que jamás recobraría la calma, que no podría vivir en paz, precisamente porque olvidar no estaba a su alcance.

Aquella misma noche, Felipe se había encerrado a meditar acerca de lo que les estaba ocurriendo. Entendió que era su deber considerar también, junto al suyo propio, el sufrimiento de su esposa. Cada uno, por su cuenta, se sentía responsable de la imposibilidad de tener un hijo varón. Le invadió un inusitado arrepentimiento por haber pensado sólo en sí mismo desde el nacimiento de su hija mayor, y por seguir martirizándose después de tener la segunda niña, como si sólo a él le afectara. Como si la madre de esas niñas, sobre quien recayó con apenas trece años la enorme, y se estaba demostrando que ingrata, responsabilidad de dar un heredero al rey español, no sufriera con ello. No conseguía Felipe borrar de su mente la imagen del semblante ensombrecido por la desilusión que descubrió en el rostro de la reina recién parida. Entonces creyó haber obrado mal desde que nació Isabel Clara Eugenia, por no haberle prestado la debida atención a la persona con la que podía y debía haberme consolado. Juntos. Si en verdad la amaba, ¿a qué venía, entonces, ahogarse a solas en sudor, lágrimas y vómitos, o hundirse en negras noches, si con sólo haber llorado junto a ella se habría podido salvar en parte su conciencia o al menos repartir el dolor? ¿Y a qué venía que, nada más parir la reina esta segunda vez, persiguiera desconsolado a Magdalena para conjurar contra el cuerpo de la joven los demonios

del suyo propio? El de la reina era el cuerpo en el que tenía que haberse deshecho de sus frustraciones para que se hubieran disuelto en aquel que le acababa de dar por segunda vez el fruto de su carne convertido en una hija que crecería y que podría llegar a ser un orgullo si sabían esmerarse en su educación. Y lo mismo cabía pensar de la primera niña.

Reflexionó horas y horas, solo en su despacho, como solía hacer siempre: sin que nadie le molestara cuando se trataba de asuntos de gran importancia. Éste lo era. Al final de la tarde tomó la insólita decisión de manifestar públicamente su amor por su esposa y sus hijas organizando para el domingo siguiente una misa de acción de gracias, a la que asistiría toda la familia real y que se anunciaría al pueblo para que la gente supiera de la humanidad de un rey que, por encima de sus supremas responsabilidades, era un ser humano. Un hombre para quien la familia era lo primero. De ahí el gesto honroso de dar gracias a Dios por haberle concedido dos hijas sanas y hermosas.

Aunque sería un agradecimiento que se entregaba al sentir popular más que a la intimidad familiar.

Una noche, mientras todos dormían, una muchacha se plantó discreta ante la puerta de la cámara de la reina Isabel para cometer, paradójicamente, una gran indiscreción. Una imprudencia imperdonable por la que podría ser duramente castigada. En su ánimo no estaba organizar el escándalo que inevitablemente se formó al negarle el paso los centinelas. Quiso convencerles con palabras educadas de que su misión era de vida o muerte y que si la echaban de allí lo pagarían al enterarse la reina, pero ellos no atendían a razones y a la fuerza se la llevaban cuando apareció madame Vineux cubriéndose como podía la ropa de dormir, para saber a qué se debía semejante alboroto a las puertas del sueño de la reina.

Al ver a la joven la reconoció de inmediato.

—¿Qué hacéis aquí, Magdalena? Podéis soltarla —pidió a los guardianes—, es una dama de doña Juana, la hermana de su majestad.

Magdalena Girón, que en ningún caso hubiera querido ser reconocida, le suplicó que no avisara a la camarera mayor, como se disponía a hacer, porque se acabaría enterando su señora. Le explicó que tenía motivos de gran peso para estar allí, pero a madame Vineux aquello le parecía una locura. ¿A quién se le ocurriría pensar que la reina la recibiría así como así, en privado y a horas intempestivas? «Lo sé», argumentó la joven, «por eso os digo que se trata de un asunto verdaderamente decisivo para ella».

La dama francesa le dijo que en ese caso, tratándose de algo de tanta trascendencia, había que avisar a la duquesa de Alba y que lo haría por la mañana. Sin embargo, Magdalena se negaba a marcharse y le rogaba que no hiciera tal cosa

porque la reina podía enfadarse si alguien se enteraba de «un asunto de gran discreción del que no puedo seguir hablando, creedme, sólo es de la incumbencia de nuestra majestad», concluyó. Madame Vineux no daba crédito ante la desfachatez de la joven, que, a decir verdad, parecía estar pasándolo mal. Entonces no supo qué pensar. Si estaba mintiendo, ¿qué iba a conseguir más que ser despedida al amanecer?, porque no esperarían más tiempo para hacerlo. El atrevimiento era mucho y la hora, absolutamente inadecuada. No entendía qué podría perseguir la joven si cualquier posibilidad era negativa para ella, así que decidió darle una oportunidad, sobre todo cuando la vio arrodillarse para suplicarle que le dejara cumplir con su encomienda: «Por lo más sagrado, madame, no habléis de esto con nadie y no digáis que me habéis visto, sólo dejadme hablar con la reina, os alegraréis de haberlo hecho».

Madame Vineux decidió acceder a la habitación de Isabel para informarle de lo que estaba ocurriendo y esperar sus instrucciones. Aunque era entrada la noche, la reina todavía no dormía. Pero en caso de haberlo hecho, a buen seguro que le habrían despertado ya las voces producidas por el incidente.

Al acabar de relatarle con detalle lo que Magdalena había contado, la reina le permitió la entrada. Ofuscada por el cariz que habían tomado los hechos, cuando ella hubiera pretendido la mayor de las reservas, lo primero que hizo fue disculparse por presentarse de esa manera tan poco correcta, y después añadió muy educadamente: «Lo que os vengo a decir exige que os hable a solas, si a vos, majestad, os parece bien».

Así se procedió.

—Muy importante ha de ser lo que tenéis que decirme, para presentaros a estas horas.

—Tiene que ver con el secreto que mi madre se llevó a la tumba.

La reina se puso en guardia, cambiándole el semblante. De repente sintió miedo. Temor a una posible extorsión, o a nada bueno, en cualquier caso.

—¿Secreto, decís? No sé a qué os podéis referir.

Magdalena, dándose cuenta de que la reina se colocaba en una posición a la defensiva, intentó tranquilizarla.

—No temáis, porque ni siquiera a mí me dijo de qué se trataba. Sin embargo, sí me encomendó que, dentro de mis humildes posibilidades, y aun sin ser dama personal vuestra, estuviera siempre dispuesta a serviros si en algún momento fuera necesario y aunque se tratara de asuntos delicados.

—Aunque se tratara de... —se lo pensó antes de decirlo—... de algo que pudiera parecer reprochable a los demás. Siempre, me dijo, siempre ha de primar el hecho de que sea beneficioso para la reina.

Calló un instante para calibrar el efecto que estaban teniendo en la soberana sus

palabras, y remató:

—Y creo que esto lo es.

Suspiró hondo, como si se hubiera quitado un enorme peso de encima. En ningún momento olvidaba lo arriesgado que era hacer lo que ella estaba haciendo, importunar a la reina a deshoras para contarle un suceso de relevancia que, en el fondo, se lo estaba desvelando a medias, porque aún no le había aclarado exactamente lo que pretendía.

Al pedirle la reina que lo hiciera, Magdalena tomó sus precauciones diciéndole que para conocer aquello que resultaba tan vital para su persona era necesario que la acompañara sin que nadie tuviera conocimiento de que lo hacía. Y debía ser esa misma noche.

—No sé si sois temeraria o simplemente una loca.

—Majestad, por la memoria de mi madre os ruego que me creáis.

—¿Cómo voy a dar un paso si no me contáis a qué me expongo?

—Vos, a nada si lo dais. En cambio yo corro gran peligro si os lo digo y no me creéis, cosa que entendería que sucediera porque sólo si lo veis con vuestros propios ojos os parecerá cierto.

—¿Por qué os habría de creer? ¿Tenéis alguna razón que resulte convincente?

—Majestad... nunca cometería perjurio sobre la memoria de mi querida madre.

—Desde luego es una buena razón. Está bien, lo pensaré.

Parecía que Magdalena estuviera a punto de salirse con la suya. Ahora el problema era el tiempo.

—Entiendo que lo queráis pensar —respondió con tacto—, pero esto no puede esperar, porque cuando lo sepáis, nunca me perdonaríais que os hubiera permitido perder un solo día. Las cosas ocurren en su momento, y no en otro. Ha de ser esta noche, protegidas por la oscuridad en la que nada ni nadie se distingue.

—Magdalena, no tentéis vuestra suerte. Ya es mucho si os digo que me lo pensaré, no queráis tenerlo todo en una sola noche.

—Vos querríais, majestad, tenerlo, no ya esta noche, sino en este instante. Y cuando lo sepáis, desearéis que el tiempo no corra, ya veréis.

La reina empezaba a impacientarse mientras iba en aumento su curiosidad. A pesar de lo cual intentó mantener la calma y, a la vez, las riendas de la situación.

—Ésa es mi última palabra. Será la noche de mañana.

—Si ésa es vuestra voluntad... —hizo una genuflexión agachando la cabeza con un gesto que pretendía ser de gran humildad.

Antes de marcharse le explicó que debían partir a escondidas cada una montando su caballo y le indicó la puerta del alcázar por la que saldrían.

—Permitidme añadir algo, majestad —dijo en el umbral de la puerta—. Sé que no me creéis del todo y que os tomáis el día de mañana para pensároslo. Estáis en

vuestro derecho, pero hay una segunda razón para seguirme que no depende de nadie más que de vos y que os la dará vuestro corazón. Preguntadle a él.

En aquel momento dejó de parecerle una insolencia la actitud de Magdalena y de darle importancia al hecho de que se tratara de la amante de su marido. En el fondo, después de oír esto último que le dijo, hubiera querido salir esa misma noche. Lo habría hecho de no sentir la necesidad ante ella de mantener con firmeza su posición de reina por encima de la petición de una simple doncella cuya veracidad estaba en el aire.

«Majestad, ¿os encontráis bien?», quiso saber preocupada madame Vineux al ver salir a la joven. A lo que la reina respondió con un franco «No lo sé. Sinceramente... no lo sé».

Tampoco se sabía quién le robó el sueño a la reina esa noche. Las horas pasaron densas, como si estuvieran rellenas de una pasta compacta y amarga, hallándola el alba sin haber conseguido pegar ojo.

El día transcurrió de igual forma, entre ansiedad e incertidumbre. No podía mandar llamar a Magdalena, hubiera sido imprudente, pero quería hacerlo. Se esforzó enormemente por serenarse y, finalmente, lo consiguió y fue capaz de contener su inquietud hasta el anochecer.

Aproximándose la hora fijada para la cita con Magdalena comenzó a vestirse, con ropa que no llamara la atención, como le recomendó la joven. A las doce en punto acudió a una de las puertas de los sótanos de la zona oriental del alcázar, por donde difícilmente alguien transitaría a aquellas horas. Magdalena la esperaba con dos monturas y tomaron camino al trote hacia un rumbo desconocido para ella.

Resultaba curioso que el recelo que les hacía permanecer mudas, de hecho no hablaron en ningún momento desde que se encontraron en el punto fijado, les impelía a confiar la una en la otra. Quizás en situaciones tan extrañas sea la confianza la mejor salida, o de lo contrario la reina jamás habría dado el paso de seguirla sin saber adónde, ni lo que le aguardaba.

Transcurrida media hora larga, en la que anduvieron atravesando barrios no demasiado recomendables, Magdalena se detuvo ante un portal que no destacaba en nada. Era una casa modesta y antigua, con sólo dos ventanas en la fachada. No estaban tan lejos de palacio como podría esperarse por el tiempo empleado en llegar, pero resultó que la joven había dado un largo rodeo para asegurarse de que nadie les seguía. Todas las precauciones parecían pocas.

Se apearon de los caballos y sólo entonces Magdalena se dirigió a la reina para pedirle que entrara en la casa con templanza y preparada para presenciar algo que, con toda seguridad, iba a causarle una gran impresión. Aprovechó para solicitar su perdón de nuevo por su proceder que, esperaba, entendiera cuando fuera testigo de lo que iba a suceder esa noche. Dicho lo cual dio tres golpes en la puerta, esperó unos

segundos y volvió a golpear dos veces más.

El corazón de la reina sacudía su pecho y sintió cómo se le encogía cuando vio que se abría una minúscula rendija en la puerta para dejarles penetrar en la oscuridad del interior. No se veía nada. Tras ellas, con suavidad, la puerta volvió a cerrarse de inmediato y entonces emergió ante ambas una sombra sosteniendo una vela.

Un interludio. Un paso atrás en el tiempo y una búsqueda desesperada de la certeza de estar viviendo el presente.

Lo inesperado, por más que se desee, a veces resulta irreal.

Hubo miedo en la reina; un no saber imposible de soportar. Cuando iba a desplomarse, Magdalena, solícita, evitó la caída sosteniéndola con fuerza. Sospechaba que algo así pasaría y por eso se mantuvo a poca distancia de ella. Era lo menos que podía ocurrirle a quien cree estar viendo un fantasma, pero un fantasma al que se ama con todas las fuerzas de la vida, capaces de atravesar la muerte o, incluso, de cortarle el paso a la misma.

Recuperó el habla, aunque seguía sin saber si estaba en el mundo de los vivos o de los muertos.

Entonces pudo pronunciar su nombre, tantas veces repetido, el nombre que habitaba en su boca desde que lo creyó muerto: «¡Juan!».

XX

Ahora, un paso adelante en el tiempo y un deseo desesperado de consumir este momento que de pronto, despejando oscuros nubarrones de su paisaje de melancolía, se ha tornado presente cierto. Se abren ante ellos los labios del universo para saciar sus sedientas bocas a golpe de deseo.

Lo inesperado, quizás por ser tan deseado, es esta vez pura realidad.

Isabel tuvo la sensación de que nada más pronunciar su nombre, Juan cobró vida después de haber permanecido un tiempo dormido. Se abrazó a él como quien se abraza a un sueño deseando que no acabe, y acarició su rostro con deleite. Cada surco, cada pliegue de su piel, lo seguía con la yema de sus dedos. Él, por su parte, tampoco fue capaz de pronunciar nada más allá de su nombre, «Isabel», que repitió sin cansarse hasta que tomaron conciencia de que estaban solos. Magdalena, haciendo gala de una extraordinaria prudencia y de un más que demostrado respeto, había desaparecido de la escena sin hacer ruido, cumpliendo el papel que le había encomendado su madre, la condesa de Ureña, justo antes de morir. Al darse cuenta de su ausencia, la reina lamentó no haber confiado en ella en el mismo instante en que se puso en riesgo para contarle que Juan estaba vivo, «porque cuando lo sepáis, nunca me perdonaríais que os hubiera permitido perder un solo día», le advirtió y no se equivocaba. Consideró a Magdalena de otra manera tan distinta a como lo había hecho hasta entonces, que tuvo la sensación de que la acababa de conocer. La joven le había abierto la puerta de su secreto mejor guardado, tras el cual le acechaba la vida encarnada en Juan.

En Juan revivido. Había hecho caso a la joven interrogando a su propio corazón acerca de las razones que tendría para dejarse guiar a ciegas con tal cautela y secretismo, y el corazón le devolvió la respuesta en forma de angustia, de ganas desaforadas de que aquel día que se le hizo eterno hasta verse en su cabalgadura ya de noche acabara de una vez esperando algo que desconocía pero reconociendo en ello el sabor de lo auténticamente anhelado e imprescindible. Aunque, ciertamente, se le hizo eterna la espera.

La eternidad, hallada en un andurrial de la ciudad. Había estado compartiendo con Juan, sin saberlo, el mismo espacio, respirando el mismo aire de Madrid, pisando, quizás, las mismas calles. «Vos querríais, majestad, tenerlo, no ya esta noche, sino en este instante. Y cuando lo sepáis, desearéis que el tiempo no corra, ya veréis...», le había anticipado certeramente Magdalena. Deseó quedarse fundida en él, en aquella destartada habitación, en la infinitud del tiempo.

Ambos querían decirse tanto, que luchaban contra la dificultad que tenían las

palabras para salir formando frases coherentes que expresaran el sufrimiento por el que cada uno había pasado y resumiera las experiencias vividas en ausencia del otro. Cuando por fin consiguieron un mínimo orden en sus ideas y sentimientos, Isabel arrancó a llorar lágrimas de alegría mientras le lanzaba una pregunta tras otra, queriendo saber qué le había pasado, por qué estaba allí, quién era el autor del robo de *El Estanque*... Había miles de interrogantes. Pero lo que más interés tenía para la reina era saber cómo había sido posible que no se pusiera en contacto con ella durante todo ese tiempo. De la incertidumbre en el primer momento del impacto de verlo vivo, había pasado a la alegría desbordante y después a la ofuscación. Estaba confundida y sobrepasada por las circunstancias que eran favorables en tanto Juan seguía con vida, pero rápidamente empezaron a acercarse fantasmas de todo tipo que le hicieron plantearse dudas necesitadas de contestación con toda urgencia.

Él lo entendía, así como comprendía también la impresión que se llevó al saber que no estaba muerto. Por eso no se demoró más en explicarle la historia desde su origen, pidiéndole antes que le creyera en todo lo que le iba a decir.

—Creo que he demostrado confiar en ti. Aceptaré como verdad lo que me digas —aclaró ella.

Entonces le contó que el verdadero autor del robo de *El Estanque* lo había encerrado en una especie de calabozo en desuso, para hacer creer a todos que él había sido el ladrón. A dicho lugar llegó inconsciente y, por tanto, no tuvo conocimiento de dónde estaba hasta que consiguió escapar de allí.

—Pero tuve que hacer algo terrible para liberarme de aquel encierro.

—Nada puede ser más terrible que el dolor que me causó la que creí tu verdadera muerte.

—He matado a un hombre, Isabel. Tuve que matar para salvar mi vida y poder venir a buscaros.

Prefirió besarla después de habérselo dicho, antes que seguir hablando, evitando también así la respuesta de ella. Y había tanto que contarse que enseguida comenzaron a desfilarse los sentimientos y los hechos vividos durante ese paréntesis. Isabel le habló de sus dos hijas, preciosas y queridas, pero mencionando, aunque sin profundizar demasiado en ello, la frustración que sentía al no ser capaz de darle a España un heredero como se esperaba de ella. Es curioso lo que el trono conlleva para quien lo ocupa. En su estreno como reina maldecía la pérdida de su espacio personal, y sin embargo, incluso en un momento que podría ser considerado como de los más personales que se pueden vivir, como era estar con el amor que creía haber perdido, su responsabilidad como representante de la Corona no dejaba de estar presente. Cierto es que la relación entre ellos había comenzado como consuelo para la reina cuando empezaba a sentir la carga de no poder saciar las expectativas que todos tenían puestas en un inmediato heredero al trono. Ahora le venía a la memoria la

comprensión de Juan en aquella época de dudas y desconcierto.

Él tomó la cara de Isabel con ambas manos para acercarla a la suya y seguir besándola. Los labios, las mejillas, los ojos, el cuello. El mapa de su rostro recorrido sin secretos con idénticos deseos de hacer lo mismo en su cuerpo, pero los sentimientos desbordaban y no daba lugar a tanto. «Encontraré al verdadero ladrón», le juró, pero a la reina eso era lo que menos le importaba, y así se lo hizo saber. «Lo que verdaderamente cuenta para mí es tu vida», añadió antes de volver a dejarse llevar por la experta boca del joven que la buscaba de nuevo.

—Aunque hay algo más —Juan se apartó de ella unos segundos para completar su relato, quería acabar de contarle todo, que no quedara ningún cabo suelto que pudiera pedirle cuentas en cualquier momento—. Sé que no os va a gustar oír esto que me queda por relataros —resultaba curioso ver cómo pasaba del tuteo en lo más íntimo, a utilizar el tratamiento debido a una reina cuando iba a hablar de asuntos que afectaban menos a sus sentimientos—. Antes de que me secuestraran llevaba algún tiempo sustrayendo *El Estanque* sin que nadie se diera cuenta. A veces eran sólo por unas horas, pero otras, una noche entera que me pasaba en vela ante el temor de que alguien pudiera notar la falta de la joya.

—No entiendo. ¿Para qué lo querías?

—No era para mí. Me obligaba a hacerlo una dama misteriosa cuyo rostro siempre mantuvo oculto. Era una simple emisaria, aunque jamás supe quién la enviaba.

—¿Por qué la obedecías? Lo que hacías era una falta gravísima.

La respuesta que Juan podría darle evidentemente la comprometía y quiso prevenirla. Ya eran demasiadas las emociones.

—Me amenazó con hacerle saber al rey que os veáis conmigo si no accedía a su petición.

—¡Eso es rastro!

—Lo es.

—Me imagino por lo que habéis pasado, es horrible.

—Creo que no podríais llegar a imaginarlo, pero es mejor así. Cada vez que aparecía y tenía que entregarle *El Estanque*, lo vivía como una traición a vos, mi reina.

Al referirse a ella con esas dos últimas palabras, *mi reina*, no lo hacía como un súbdito, sino que sonaron a la ternura que Isabel recordaba en él durante los últimos encuentros antes de su desaparición. En especial, la última noche. La suave capa de terciopelo negro resbalando por su cuerpo hasta mostrar al completo su desnudez. Y en mitad de la piel tan blanca, emergiendo, en una imagen insuperable, el brillo escandaloso y acerado de *El Estanque* colgado del cuello.

—Algunos quisieron hacerme creer que me habías traicionado —le explicó Isabel

—, a mí y a la Corona, siendo un vulgar ladronzuelo, y no miento si digo que hubo un momento que me resultó particularmente doloroso en el que a punto estuve de aceptar que así era. Sin embargo, te juro que en el fondo de mi corazón siempre anidaba la confianza en tu persona. Ya me lo dijo Magdalena, que escuchara a mi corazón. Y en él estabas con todo tu honor restablecido, siempre. Pero, cuéntame, ¿cómo diste con ella? ¿Y por qué ella?

—Eso ¿qué puede ya importar?

—Quiero saberlo todo, lo necesito para empezar de nuevo inmaculada, libre de ataduras, desconfianzas o palabras armadas de doble filo.

—No penséis en nada que no sea que gracias a Magdalena podemos estar aquí ahora. Era muy difícil fiarse de alguien, y pensé que siendo hija de quien fue tan leal a su reina... tal vez conocería historias que no deben estar en boca de nadie —y unió la suya a la de ella por un breve instante—. Daré con la identidad del verdadero ladrón. Te doy mi palabra.

—No, no, no... —Isabel volvió a besarlo y después continuó hablándole entre susurros—. No me importa, estás vivo... vivo, Juan, con eso tengo bastante.

Pero para él era de vida o muerte salvar su honor no sólo ante la reina.

—Lo sé, Isabel, pero yo no pararé hasta encontrarlo porque sólo entonces podré recuperar una vida normal.

—No te engañes, tu vida nunca podrá ser normal, como tampoco lo era antes. ¿Olvidas que soy la reina? Ojalá pudiera yo misma olvidarlo. Por circunstancias distintas, nuestras vidas no pueden ser normales.

—Pero al menos podré salir de mi agujero. Hasta que no se encuentre al verdadero ladrón de *El Estanque* tendré que seguir aparentemente muerto. ¿Os imagináis cómo sería mi vida si regreso creyendo todos que yo soy el ladrón?

—Tienes razón. Por lo que parece es alguien de palacio, cercano al rey o al menos con capacidad para hacer que un mensaje le llegue.

—Eso podría ser, aunque no hay que olvidar que esta corte es muy dada a extender un rumor infundado y uno de esa categoría se extendería veloz por todo el reino.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó Isabel con recobrada inocencia en su expresión.

Juan sabía tan poco como su amada. Las ganas de verla y de que ella supiera que no estaba muerto se impusieron a la elaboración de ningún plan. Era a partir de ahora cuando convenía pensar, sin precipitarse, lo que debían hacer. No se podían permitir ningún error, y a la vez tampoco parecían dispuestos a renunciar a encontrarse a escondidas cuantas veces fuera posible.

Se despidieron hasta el día siguiente. Estaba claro que no podrían esperar más de un día para verse de nuevo. Magdalena la aguardaba justo delante de la puerta.

Salieron juntas a toda prisa y montaron en sus respectivos caballos, dejando atrás, Isabel, los anhelos recobrados.

De regreso, mientras cabalgaba bañada en el helor de la fría madrugada, soñaba con las plateadas aguas del Sena. Y ella y Juan de Nápoles conjurando su amor para toda la eternidad sobre uno de los puentes de madera que atraviesan el río, mientras sus cuerpos forman una sola figura en las sombras entremezcladas con el agua.

Las cosas en palacio iban empeorando en la misma medida en que era visible la progresión favorable del ánimo de la reina. Su alegría contrastaba con el mal humor del rey provocado por su hijo Carlos cuya demencia iba camino de alcanzar las más altas cotas, inflamándose la paciencia del padre hasta que, por fin, estalló. Y lo hizo estando presente Isabel. Ella, que había ido ocultando muchas de las majaderías de su hijastro para no deteriorar más las relaciones entre padre e hijo, entendía las razones de su esposo para estar permanentemente irritado por los problemas que le generaba su comportamiento fuera de todas las reglas de protocolo o simplemente de lo que se consideraba buenas costumbres. Sin embargo, aun entendiéndolo, vio al rey tan fuera de sí diciendo que iba a tomar serias medidas contra él, que intentó calmarlo haciendo de pacífica mediadora.

—Tenéis que entender que es demasiado joven —le dijo en tono conciliador.

—También podría considerarse lo mismo de vos porque apenas si os lleva ocho meses de ventaja en la vida, y sin embargo mirad la diferencia: reináis y sois madre de dos criaturas. ¿De verdad creéis que su problema es la juventud?

Tenía razón. Ella sabía que era cierto lo que decía porque nunca conseguía olvidar el ímprobo esfuerzo que le había costado adaptarse a su nueva vida. A pesar de sus pocos años, conocía al detalle lo que significaban el sacrificio de la renuncia y las responsabilidades.

Pidió a su esposo que tuviera un poco más de paciencia y que intentara hablar con su hijo mostrándose severo pero a la vez cariñoso: «Veréis cómo así reacciona. Quizás lo que está intentando es llamar la atención de su padre. En el fondo es un niño y os requiere».

No era así, porque Carlos había demostrado que la atención que más le interesaba reclamar era la de su madrastra. Pero eso jamás lo tendría por qué saber su padre.

Tres golpes seguidos en la aldaba, una pausa y otros dos más son la señal convenida para que los de dentro sepan quién ha llegado. En la puerta se abre una pequeña rendija, suficiente para que acceda Isabel. Llega vestida con austeridad, muy sencilla, nadie diría que es la reina. «No os dije ayer que os encuentro más hermosa y bella aún de lo que recordaba, vuestra presencia supera con creces el recuerdo...», le dice

Juan antes de pasar a la estancia donde les espera una intimidad deseada pero que no había podido habitar la imaginación porque es difícil imaginar el sexo con un muerto y hasta la noche anterior Juan de Nápoles lo estaba para ella y para los demás.

Los cuerpos se exploran recordándose y se dan cuenta de que no se habían olvidado. En cada uno de ellos permanecía el otro imborrable, llenando la ausencia de añoranzas que ahora son revividas como el presente más firme.

Temblorosa desnudez. Caricias que parecen regresar de otro mundo.

La gloria se acabará alcanzando en unas horas. Lo saben. No tienen prisa. Antes quieren recrearse en el recobrado placer de dejar volar sus manos por los rincones donde el cuerpo más agradece ser besado.

No esperaba la reina que el príncipe Carlos quisiera verla para hablarle de la mala relación con su padre. Recordaba lo ocurrido la última vez que el rey le pidió ayuda como esposa para que intentara hacer entrar en razones a su hijastro y que rectificara su reprobable actitud. Acabó siendo un desastre, y aquella semana en la que lo trató a diario, una de sus peores pesadillas. Ahora hubiera podido negarse a volver a intentarlo, pero temía que Carlos tuviera alguna reacción impropia y fuera peor. Por otro lado, jamás había visto al rey tan alterado ni tan furioso por su culpa, así que pensó que valía la pena un nuevo intento, aunque se lo planteara como el último que hiciera.

Estaba dispuesta a explicarle que, si no cambiaba de actitud, su padre pensaba tomar serias medidas para conseguirlo por otros medios menos benévolos y que era mejor para él evitar más provocaciones. Pero la realidad venía con intención de que un nuevo cambio alterara el rumbo de sus vidas, en el que ella se iba a ver involucrada.

Carlos acudió lloroso, realmente como un niño, y le sorprendió con una visión de la realidad que creyó, en un principio, exagerada.

—¡Tenéis que ayudarme!, mi padre pretende encerrarme —se hincó de rodillas ante ella y, nervioso, le agarraba los bajos de la falda mientras le hablaba con actitud suplicante—. Por Dios, os lo ruego, interceded ante él... ¡Dios mío!, ¿qué será de mí?

—Por favor, levantaos. Será más fácil hablar así.

Pero el príncipe no parecía dispuesto a levantarse y se tiró de lado, histriónico, arrastrando por el suelo la tela de la falda a la que seguía agarrado en una posición cada vez más incómoda.

—¿No os doy pena...? ¿Es que no os doy pena?

La escena era patética. Isabel se retiró para soltarse y le conminó a que se comportara como un hombre si pretendía mantener una conversación con ella. Le volvió la espalda para evitarle el bochorno mientras recomponía su postura.

Cuando le oyó sacudirse la ropa, signo evidente de que ya no andaba tirado por el

suelo, se giró para mirarle a la cara y entonces se sintió profundamente desolada al comprobar cómo el miedo desfigura la juventud. El príncipe se había convertido en una criatura aterrorizada que suplicaba perdón por delitos no reconocidos y cuando, además, ya era demasiado tarde.

—Mi padre va a encerrarme, lo sé —lloraba pellizcándose las manos—, y no lo soportaré... me moriré si lo hace.

Isabel se apresuró a acercársele, impotente por no poder aliviar su angustia aunque dispuesta a intentarlo.

—¿Cómo podéis decir eso? Vuestro padre es bondadoso, jamás haría algo así. Quitaos de encima el miedo que no os servirá más que para consumiros.

—He sido malo ¿verdad...?

Qué crueldad por parte de la vida permitir la alteración de una mente que hace de la persona un adefesio vulnerable. Esa idea movió a la reina a apiadarse de quien tuvo con ella anteriormente un comportamiento indecoroso, porque acababa de entender el verdadero alcance de su enfermedad mental. Lo vio tan indefenso que se le hizo un nudo en la garganta pensando en la debilidad que movía los hilos de la vida del pobre muchacho.

—Creo que... —por fin pudo hablar— tal vez deberíais intentar que vuestro comportamiento sea más correcto. Más... apropiado para un príncipe. Es lo único que vuestro padre espera que hagáis, enmendar vuestra actitud. Nada más.

—¿Nada más...? ¿Así de fácil? —respondió con los ojos hinchados por el llanto—. ¿Le pediréis, entonces, que no me encierre?

—Por supuesto, contad con ello. Pero no temáis, él nunca hará eso.

Y se dejó besar la mano antes de despedirlo, soportando el rastro que dejaban las babas y que esta vez sólo le produjo pena pero no asco como tiempo atrás.

Aquella noche volvió al encuentro con Juan haciéndole partícipe de la compasión sentida por su hijastro y del convencimiento de que era una fatal fantasía creada en su pueril imaginación. Pero pronto dejó de pensar en él para entregarse a lo que le hacía feliz. Con Juan recuperó sentimientos olvidados y sensaciones pasadas. Y el placer. Aquello de lo que no tenía idea que existiera cuando empezaron a intimar y que acabó formando parte de su esencia, de su ser, haciéndola sentir una mujer diferente a todas por ser reina: reina de un lecho que no era el del rey.

Isabel extrajo un anillo de su dedo anular derecho, un pequeño aro de plata sin adornos con una abertura para regular el tamaño, y se lo colocó a Juan en un lóbulo de la oreja causándole un ligero estremecimiento de placer que fue seguido de pequeños mordiscos que ella no pudo reprimir. Era un recuerdo de su hermano Francisco, muerto un año después de casarse ella con Felipe, que quiso regalarle como demostración de su incondicional amor. De su entrega sin reparos.

Juan volvió a hablarle de la necesidad de encontrar al culpable del robo de *El Estanque*, la misma persona que durante un tiempo había estado haciéndole chantaje utilizando su relación ilícita, porque quería volver a estar vivo con todas las de la ley. Isabel tuvo dudas acerca de lo que ella pensaba a ese respecto. La ilusión de poder disponer de Juan a todas horas en palacio o de verlo cuando quisiera se cruzó violentamente con el sentimiento egoísta de que si todos seguían considerándolo muerto nadie sospecharía de sus salidas nocturnas y no tendrían miradas malsanas que pudieran acabar dando pie a rumores o a comentarios malintencionados. Iba a ser mucho más fácil y cómoda la relación concupiscente con un amante «muerto».

Finalmente le pidió:

—No tengas prisa por encontrarlo...

—¿No quieres apoyarme? ¿No prefieres que se sepa en poder de quién está el diamante que, en ese caso, podría recuperarse?

—Juan, no hay joya, por más valiosa que sea, incluso perteneciendo al codiciado joyel de los Austrias, que pueda compararse al valor que supone tenerte sólo para mí, sin el miedo a que en cualquier momento podamos ser descubiertos.

—No sé qué pensar de lo que dices. No sé cómo tomarlo.

—Tómalo como lo que es: la declaración de amor más pura y más perversa que jamás hayas oído. Palabras pronunciadas por una mujer en cuya boca escandalizan. Pero sólo tú las escuchas, por eso las digo.

En los años que llevaba sentándose en el trono no había sido nunca tan sincera con nadie. Posiblemente ni consigo misma. Y lo hizo, no por lo que despertaba en ella el haber recobrado a Juan, sino por la necesidad que sentía de recuperar también a la persona que ella había sido mucho antes de llegar a España.

Impresionada por la forma en que se había mostrado el príncipe en su presencia, decidió hablar con su esposo. No tanto temiendo que fuera verdad la sospecha del joven, sino por compartir con él su perplejidad ante la situación y tratar de buscar una salida que no fuera demasiado hostil para el enfermo. Porque así, como un enfermo, pasó a considerarlo y por ello quería buscar un remedio antes de que su mal derivara en auténtica locura.

Mantuvieron la conversación acerca de Carlos durante una comida, solos el rey y la reina, en el palacio de El Escorial, en una de las alas que ya estaban acabadas de construir, al que se habían trasladado para pasar un breve periodo de descanso. Faltaban sólo dos días para Navidad. Isabel estaba de buen humor. A Felipe se le apreciaba mejor cara que en jornadas anteriores, aunque no conseguía sacudirse de encima el gesto de permanente preocupación que últimamente le acompañaba día y noche. Preocupación que no le importó evidenciar puesto que abordó el tema nada más empezar a comer diciendo que la situación de su hijo era ya insostenible: «Tengo

que hacer algo para frenarlo, pero aún no sé el qué», confesó con amargura. Entonces Isabel le desveló su dramático encuentro con él y cómo le conmovió su actitud, «vulnerable, temerosa e inocente, en el fondo, al temer que seríais capaz de encerrarlo para el resto de sus días».

Esto último incomodó mucho al rey, sorprendido de que el príncipe pudiera haberle dicho algo semejante a la reina.

—¿Sabéis de dónde ha sacado esa idea?

—Lo desconozco. Ya le dije que era una fantasía más propia de un niño que de un adulto, y que tenía que quitársela de la cabeza.

—No entiendo por qué ha acudido a vos.

—No le reprendáis por eso. Supongo que espera que interceda por él si es que en algún momento hubierais podido pensar en hacer algo así. Algo en lo que no habéis pensado nunca..., ¿verdad? —quiso despejar dudas que se negaba a reconocer como tales.

El rey se quedó mirando pensativo su copa de vino intacta y, sin cambiar de postura ni dirigirse a Isabel de manera directa, como si le hablara al aire, respondió devolviéndole otra duda:

—¿Me creéis capaz de hacerlo?

Ella dejó de comer. Le pareció que el ambiente se estaba espesando. Hubiera deseado con todas sus fuerzas haberle respondido con un rotundo *no*. Sin embargo, la encrucijada entre la afirmación y la negación no se saldaba con ningún resultado definitivo, dejándola a ella engullida por una tormenta de suspicacias y desconfianzas de la que no sabía cómo salir.

Mientras eso ocurría en El Escorial, en el alcázar madrileño el príncipe Carlos intentaba atar el último cabo de un delirante plan. Después del incidente que había tenido con el duque de Alba un año atrás por ser aquél el enviado, y no él, como gobernador de los Países Bajos, no había renunciado a ese sabroso e inmenso pastel del imperio español. Estaba decidido a viajar hasta allí y pensó en hacerlo a través de Italia. El joven con la edad mental de un niño, el vulnerable, lloroso y aterrado, aquel ser desvalido en definitiva, mostraba su otra cara siendo capaz de urdir durante meses un complot que colocaba a su padre en una más que delicada situación. Fue todo tan oscuro y confuso que las versiones al respecto proliferaron como ratas de alcantarilla. Hubo quien dijo que lo que en verdad pretendía era ponerse al frente de los insurrectos flamencos al considerar justa su causa, aun sabiendo que iba en contra de los intereses de la Corona hispana y, por tanto, de su progenitor.

Lo tenía todo atado, o así lo creía él, cuando, faltándole sólo lo más importante, que era el medio de transporte para llegar hasta Italia, el mismo día en que los reyes discutían durante la comida acerca de qué hacer con él, se atrevió a solicitar a su tío

Juan de Austria las galeras necesarias para cruzar el Mediterráneo camino de Flandes, prometiéndole, a cambio, el reino de Nápoles. Le explicó que iba a aprovechar la expedición para pasar por Alemania, donde se casaría con su prima Ana. Juan, atónito, partió rumbo a El Escorial con objeto de informar al rey en cuanto se marchó el príncipe con la falsa promesa de que dispondría de las naves, para que no sospechara que iba a ser delatado.

Al presentarse en el despacho del soberano, éste conservaba aún el mal sabor de boca de la conversación con la reina, que había dado por concluida a toda prisa para atender la urgencia de su hermanastro. Le pareció increíble lo que le contaba, aunque sabía que no mentía y llevaba tiempo temiendo que pudiera pasar algo similar. «No es un tarado sino un necio de nacimiento», le dijo a Juan antes de pedirle de manera tajante que abortara la operación con diplomacia para, así, disponer de un pequeño margen de tiempo que le permitiera obrar sin posibilidad de equivocarse.

—Decidle que necesitáis de todas las Navidades para conseguir navíos en condiciones —le pidió con firmeza— y mientras tanto ordenaré que organicen un cónclave de médicos, letrados de la corte y teólogos para decidir el futuro del príncipe.

Con eso bastaba. Juan de Austria, que ya preveía lo que podría suceder, se marchó pesaroso dejando a su hermano meditar en soledad acerca del verdadero sentido de un error, de lo que significa equivocarse, y después hizo lo mismo con el concepto contrapuesto: el acierto. Acabó haciendo el ejercicio —necesario cuando la que iba a tomar era una decisión que podría marcarle de por vida— de preguntarse qué suponía en su caso errar o acertar, si con ninguna de las dos opciones iba a ayudar a su hijo a controlarse o incluso a estar a salvo, ni tampoco estaba tan claro que pudiera frenarse una posible traición. Durante horas prolongó lo que le pareció, al final, una larga agonía.

La agonía de una decisión que no quería tomar como padre pero que se convertía en su gran decisión como monarca. Estaba a punto de saber que en su situación ni el padre ni el rey se salvarían del dolor y quizás tampoco —siendo esto lo peor— de los remordimientos que no desaparecen más que cuando llega la muerte de quien los padece.

Tanto le costó tomar la determinación, que la familia no regresó a Madrid hasta mediados del mes de enero de un nuevo año que estaba condenado a ser definitivo en la vida de destacados miembros de la Corona española. Un año horrible, fatídico, que llamaba a las puertas de palacio con gran empuje. Al día siguiente de la llegada, todos asistieron a la misa de domingo. Todos excepto el príncipe Carlos y su tío Juan, quienes, al otro lado del alcázar, en una de las habitaciones del primero situada en una de las torres, discutían acaloradamente. El joven había llamado a su tío para exigirle una fecha definitiva en la que disponer de los barcos solicitados para sus

planes de llegar a los Países Bajos. De la conversación dedujo que su tío no sólo no pensaba acceder a su petición, sino que posiblemente ya lo había delatado. Entonces, furioso como nunca, desenvainó su espada con ánimo de atacarlo pero, a pesar de la fuerza que da la locura, resultaba una lucha desigual ya que Juan de Austria era hombre de buena planta y, sobre todo, bregado en el uso de las armas. Aun así, pasó un mal rato hasta que llegó el personal de guardia y lo ayudó a reducir a su sobrino cuando parecía estar a punto de asomarse peligrosamente al abismo de la demencia.

En su enajenación había llegado demasiado lejos. No se preocupó de calcular las posibles consecuencias que podría acarrearle un hecho de tal gravedad, cavando con sus propios actos, con sus acciones delirantes, el foso en el que habría de caer en un viaje sin posible retorno.

La reunión de los expertos convocados para esa misma noche vino a confirmar lo que el rey y su hermano esperaban con pesadumbre: la actitud díscola y alocada del príncipe era una amenaza para la estabilidad de la monarquía y de ninguna manera podría permitírsele que abandonase España. Ésa era la primera medida que aconsejaban tomar. Había otra infinitamente más delicada en tanto que, por tratarse de su hijo, afectaba a los sentimientos personales del rey. «En este momento no lo trato como hijo, sino como futuro heredero del trono que se atreve a cuestionar». Las palabras del monarca crearon un enorme silencio en el grupo reunido en torno a una mesa larga y rectangular presidida por él. «Los peligros no entienden de los lazos que se le suponen a la sangre, y en este momento el príncipe Carlos es un peligro para España», añadió para que a todos les quedara claro que el monarca estaba dispuesto a actuar contra su propio hijo. Sólo quedaba fijar el tipo de castigo que le impondría con el fin de tenerlo bajo su absoluto control.

Concluida la reunión, pidió a su hermano Juan y a su secretario de Estado, Antonio Pérez, que se quedasen. La última palabra la tendría él como soberano, pero necesitaba compartir el valor de la decisión que estaba a punto de tomar con al menos dos personas de su estricta confianza. Pérez había sustituido al príncipe de Éboli, precisamente la persona que lo había hecho venir de Italia para introducirlo en el servicio del rey. Felipe, aunque conservaba su buena relación personal con Gómez de Silva, había preferido un cambio en la secretaría de Estado en favor de la juventud y el empuje de Pérez, cuyo padre había sido su primer secretario.

Esperó a que el resto de los asistentes acabara de salir del despacho para exponer su idea, que, por otro lado, era la misma que tanto Pérez como su hermano tenían en la cabeza. El rey lo intuyó. Por eso, como las palabras que iba a decir dolían, intentó acortarlas lo más posible.

—Será en su habitación del torreón. El mismo lugar donde ha atacado hoy a mi hermano.

Silencio.

Juan de Austria lanza un suspiro de desahogo que, en realidad, es de lamento.

—No hay más remedio.

—Así se hará —responde igualmente escueto Antonio Pérez.

No hubo necesidad de explicar que era imprescindible tener cerca al príncipe para que no fuera un encierro demasiado llamativo de puertas afuera. Siempre podrían aducir que estaba recluido para un largo reposo por prescripción médica. O, por qué no, que el rey se había visto obligado a ordenarlo por servir a Dios y a los intereses del reino, sin dar más explicaciones. Pero los tres sabían que la principal razón de no encerrarlo en otro lugar lejos del alcázar era que así no lo perdían de vista y resultaría imposible que pudiera urdir ningún otro plan con ayuda exterior.

No obstante, al quedarse solo, en la mente del padre resonaron las palabras de su anterior secretario: «Considerar una posible traición de vuestro hijo sería otorgarle un grado de inteligencia del que vos sabéis que no dispone». Pero eso no fue capaz de decirlo en ese momento delante de testigos.

No bien llegado el amanecer, la reina irrumpió en el despacho de su esposo como una exhalación candente en un páramo de hielo. Felipe, que no había dormido en toda la noche, se encontraba a esas horas tempranas en la sola compañía de Antonio Pérez, a quien Isabel escudriñó con ojos de pocos amigos antes de atreverse a proferir una recriminación que fue una saeta atravesando la madrugada.

—¿Cómo habéis podido hacerlo? Si es vuestro hijo, señor, ¡vuestro hijo!

Se acercó a él sin importarle la presencia del secretario, seguida de la duquesa de Alba que claramente había estado tratando de impedir su propósito de pedirle cuentas al rey.

—Todavía podéis decirme que no es cierto lo que ha llegado a mis oídos. Aún confío en vos.

Se calló a la espera de una respuesta. Pero, en vista de que ésta no llegaba, alimentó su desafiante actitud.

—Existe una posibilidad de que no sea cierto... Decídmelo, Felipe. Se trata de una calumnia, ¿verdad? Vos no habéis encerrado a vuestro hijo...

Para qué seguir esperando en vano. Se dejó caer vencida sobre una silla. Ahí tenía la respuesta que estaba pendiente: el rey sí era capaz de recluir en una torre a su primogénito. En cuestión de horas toda Europa sabría que el hijo del soberano español era prisionero de su propio padre.

Su padre, el poderoso Felipe II. El marido de Isabel de Valois. Padre, también, de sus hijas.

A la salida del despacho se encontró de frente con su cuñado Juan que iba a incorporarse a la reunión, y le espetó con malos modos un «¡Vos también!» que daba

muestra de su enojo. Los acontecimientos se habían precipitado y todos actuaban intentando adaptarse a lo que iba sucediendo en cada momento, lo cual no restaba un ápice de tensión. Al hermano del rey le afectó ver tan alterada a la reina ante una decisión que también él, como Pérez y el propio rey, consideraba inevitable. Trató de responderle pero ella ya caminaba rápida dándole premeditadamente la espalda y se lanzó a darle alcance.

La cogió del brazo, un gesto francamente osado, para detenerla. Ella entonces se giró hacia él furiosa.

—¡No os atreváis a tocarme! Vuestras manos están también manchadas por la traición y por la crueldad.

—Os equivocáis, majestad, es para evitarla por lo que se ha confinado al príncipe. Porque supongo que es a eso a lo que os referís.

—El príncipe es un infeliz al que mataréis en vida si lo dejáis ahí encerrado.

—Un infeliz no conspira contra el rey y menos si es su padre.

—Jamás me haréis creer que ha sido capaz de semejante canallada. Os estáis equivocando y Dios os lo hará pagar caro.

—¿También al rey? —Juan de Austria dio un giro a su actitud para retarla.

—¿Le he mencionado yo, acaso?

—Ha sido él quien ha ordenado el encierro. ¿Os atreveríais a condenar a vuestro esposo?

Con un gesto de ostensible desaire, dio la vuelta para proseguir su camino con pasos decididos y rápidos sin darle respuesta alguna.

—¡Isabel! —le gritó—, ¡Isabel!

Pero la reina se perdía ya al doblar una esquina por los corredores del alcázar arrastrando la cola del vestido con tal fuerza que pareció que quisiera barrer con ella toda la podredumbre que jamás sería capaz de considerar admisible para un trono.

Al cabo de un rato, durante el desayuno de la reina, Juan de Austria se presentó de improviso ante ella, rompiendo de nuevo las normas de protocolo. No tuvo que presentar excusas ni decir nada siquiera, porque su sola presencia bastaba para adivinar su intención. Llegó enlutado hasta las cejas en señal de duelo por la decisión de su hermano de encerrar al príncipe, desplegó teatralmente los brazos ante ella y después recogió el derecho sobre el pecho al tiempo que se inclinaba en un saludo reverencial.

—Majestad... ¿no me creíais afectado por lo que le pase a mi sobrino?

—Vos mismo, con vuestro decisivo apoyo a vuestro hermano, lo habéis conducido hasta el lugar donde se encuentra.

—Mi hermano me acaba de llamar payaso porque voy así vestido y me ha obligado a quitarme de inmediato este luto. Pero lo he hecho por vos, señora, porque

creo que no sabéis reconocer los sentimientos ajenos.

—Y vos desconocéis que el verdadero luto es el que se lleva por dentro, el que no anda necesitado de disfraces que a veces no hacen otra cosa que enmascarar la verdad.

Para entonces hacía ya unas horas que permanecía encerrado en un torreón del alcázar el príncipe Carlos. Ésa era la verdad. «No soy loco sino desesperado, ¿es que quiere vuestra majestad matarme o tan sólo privarme de la vida en un encierro?», le había espetado a su padre cuando al despertar lo encontró en la cabecera de su cama, armado y acompañado de varios hombres dispuestos a consumir la detención. Requisaron un pequeño baúl donde suponían guardados comprometedores documentos que no se molestaron en leer y, después de cegar las ventanas con anchos tablones de madera, lo dejaron bajo custodia de Ruy Gómez de Silva, príncipe de Éboli.

El rey no soportó ver llorar a su hijo como un niño asustado y fue el primero en salir, dejándolo expuesto a los peores fantasmas, que son los del cautiverio. Los que una mente mermada como la suya podría desatar en las interminables horas de confinamiento que tenía por delante sin fecha de final. Aquella madrugada del 18 de enero resultó fría para todos. Heladora para el desdichado Carlos que la sintió en sus huesos como un frío mortal.

Isabel necesitó más que nunca los brazos de Juan al final de una jornada terrible, y en busca de ellos fue ligera, atravesando las calles de Madrid como una flecha que apuntaba al centro del corazón del hombre que la aguardaba.

Rompió a llorar de rabia contenida nada más verlo y se derrumbó inmediatamente después. Allí estaban aquellos brazos anhelados esperando para recogerla si era necesario, y lo fue. La urgencia de la desesperación de la reina, entre lágrimas y besos, los sumió a ambos en un ardor capaz de destapar tesoros añorados que se presentaban en forma de caricias y que propiciaron la desnudez de manera tan brutal y rápida, como natural, en cuanto pisaron la habitación que dejó a Isabel sin habla. Juan la había llenado de camelias blancas que esparcían su olor intenso por el aire y entre las sábanas que pronto desharían. Despojada de toda ropa, arrancó algunas flores para restregarlas por su cuerpo desnudo y dejar que luego la lengua de su amante recogiera el olor adherido a cada porción de su piel.

Pasaron alrededor de una hora susurrándose palabras entrecortadas que salían al paso de las manos como preludio del estallido de placer. Desatados los instintos, los cuerpos se dejaron gobernar por ellos.

—¿Sabes que desde que desapareció *El Estanque* ésta es la primera vez que lo

echo de menos? —confesó ella jadeante—. Me gustaría llevarlo sólo para ti, como aquella noche, sobre mi cuerpo...

—Tu cuerpo que venero... —se apresuró a decirle él mientras ganaba posiciones en el mapa de su piel.

Siguieron dejándose llevar sin poner ningún límite a sus actos, intercambiando atrevimientos como jamás había hecho Isabel ni siquiera estando con él. Quisieron revivir la última noche que pasaron juntos antes de su desaparición, para superarla como verdaderos amantes al borde del abismo que representa el infinito. El deseo sin fronteras. El sexo abierto y puro.

El olor de la camelia. El blanco, el color de la pureza del sexo que se ofrecían mutuamente.

Como si estuvieran fuera de sí, cabalgaban dos potros saciándose sus mutuos afanes. Sobre una pequeña mesita, junto a la cama, dos copas de vino a medio beber. Juan tomó una, bebió un trago lentamente y la acercó a los labios de ella para que la apurara; después, de un golpe seco, la quebró contra la madera y, con el trozo del pie de cristal que le quedó en la mano, la acercó lentamente a Isabel para contar con su consentimiento antes de proceder a realizar una hendidura en una de sus nalgas, que le causó más placer que dolor al atreverse a intuir lo que venía después. En efecto, Juan pasó su sexo por el corte, arrastrando la sangre que luego acabó de llevarse con su lengua antes de besarla como si quisiera fundirse en el interior de aquella boca de reina y amante. Bañándose en sangre y saliva que se confundía con la suya. Lamiéndole las aristas al deseo.

Cayendo abatidos ante un inabarcable océano de placer.

La finitud que llega. Pero antes, el desgarrar de la cima desde la que van bajando. «El amor es lo que nos mueve a esto», le dice Isabel exhausta, «el amor, que nos arroja a este infierno placentero».

«Sí», responde él, «el amor que nos hace amar la vida y no desear jamás la muerte».

Durante los días siguientes corrieron ríos de tensión por todas las esquinas y rincones del alcázar. Doña Juana penaba por la suerte de su sobrino, a quien no se le permitía visitar. Mientras, la princesa de Éboli intentaba acompañar a la reina siempre que ésta lo permitía, uniéndose a la permanente presencia de la camarera mayor. Todos los apoyos en aquellos momentos eran pocos, aunque ninguno servía de gran alivio. Lo único que podían hacer era compadecerse de la desgracia del príncipe y esperar a que el rey hiciera lo propio y pusiera fin al cautiverio.

Sorprendía la entereza de la reina, a quien volvieron a ver lozana y vistiendo

como antaño preciosos trajes de llamativos colores que acompañaban su alegría. Únicamente se había recatado algo en sus excesos desde que Carlos fue encerrado. No podía dejar de pensar en él, en cómo serían sus días sin posibilidad de ver el sol. Se lo imaginaba intentando asomarse a las ventanas y golpeando las maderas para arrancarlas y recuperar la visión de las cumbres nevadas de la sierra madrileña.

La princesa de Éboli, aprovechando una tarde en la que Juana no quiso acompañarlas en los juegos de mesa y la camarera mayor se había ausentado por unos minutos, le habló a Isabel de los rumores que corrían por la corte. Se empezaba a decir que el rey había encerrado a su hijo al descubrir la indebida atracción que sentía por su madrastra. Una atracción que poco tenía que ver con la relación filial.

—Eso es una calumnia, princesa.

—Lo sé, pero es mi obligación de amiga ponerlos en aviso.

—Y como tal os lo agradezco.

—La gente suele ser malévola.

—No sé cómo a alguien se le puede ocurrir que el príncipe, en sus condiciones que todos conocemos, tenga amores conmigo. Sólo puede ser obra de una mente retorcida, y sabed que esas personas no merecen la atención de nadie.

—En estos menesteres de bulos de amoríos la gente no entiende de correcciones, majestad. El pueblo parece estar necesitado de turbias historias sentimentales.

—¿Me estáis queriendo decir que el pueblo necesita de cosas sucias para no morir de asco?

En ese momento entró la duquesa de Alba.

—¿Quién se muere de asco? —preguntó desenfadada sin saber de qué hablaban.

—Nadie, duquesa, nadie —contestó la reina queriendo marcar en ese punto el final de la incómoda conversación—. La princesa sólo gustaba de bromear con tonterías para entretenerme.

La reina despidió sonriente a Ana de Mendoza. Quizás porque prefirió, en lugar de enfadarse, pensar en las horas que faltaban para volver a estar con el de Nápoles. También pensó en que Ana no podía imaginar que, en cierta manera, le hacía gracia que la gente creyera que ella podía estar en amores con su hijastro, cuando la realidad la acunaba en los brazos de otro hombre.

Un hombre valiente que estaba dispuesto a dar su vida por ella.

En aquel tiempo de incertidumbres, Isabel de Valois requería de respuestas. Después de su conversación con la princesa de Éboli sintió con más fuerza la necesidad de conocer las verdaderas razones que habían llevado al rey a ordenar el encierro de su hijo. Nadie hasta entonces le había dicho por qué se decidió hacerlo en aquella maldita madrugada del 18 de enero. Acerca de lo que pasó ese día o en las horas previas, nadie le habló. Daba la sensación de que quisieran protegerla con el silencio.

Pero el silencio difícilmente es un tranquilizador de conciencias. Desde luego no lo era para la reina, que, en su inquieta búsqueda de la verdad, apeló a Juan de Austria, para lo cual tuvo que hacer las paces con él. O su cuñado tenía un gran corazón o quiso hacer ver que lo tenía, porque se sintió dolido por la manera en que había sido tratado por ella y así de abiertamente se lo dijo cuando la reina lo reclamó para que le diera su versión de los hechos. Hechos que todavía no conocía, porque también a raíz de este suceso se generaron todo tipo de interpretaciones, a ninguna de las cuales había dado el menor crédito.

Él le contó que había sido atacado por su sobrino con intención de matarlo por no haberle ayudado en su delirante plan de gobernar los Países Bajos junto a los insurrectos flamencos, ofreciéndole detalles de la petición de navíos que le había hecho. No le quedó más remedio que rendirse a la evidencia de la conspiración ya que en eso coincidían todos, incluidas personas que le merecían suficiente confianza como su cuñada Juana. Así de majadero resultó el príncipe habiéndose creído capacitado para organizar una sucia confabulación contra su padre. Sin embargo le costaba creer que pudiera atreverse a atacar nada menos que a su tío, que siempre se había comportado tan bien con él.

Entonces Isabel explicó que a sus oídos había llegado otro suceso distinto del que, de ser cierto, ella misma creyó que seguramente el príncipe ni fue consciente. Al parecer, a Carlos no se le ocurrió nada mejor que pedirle varios caballos al caballero mayor, don Fadrique de Portugal, para emprender viaje a un enigmático rumbo que no estaba dispuesto a desvelarle. Como era de esperar, don Fadrique, después de guardar todos los equinos y poner a buen recaudo los aparejos de las monturas, avisó sin perder tiempo al rey de las intenciones de su hijo.

—Sois libre de creer lo que vuestra voluntad mejor considere —se defendió Juan de Austria—. Pero sí os digo que tan cierto como que ahora estoy aquí ante vos, fue el que yo sentí la espada de mi sobrino rasgar el aire rozándome la cara y que aquel ataque pudo haber sido para mí mortal.

—¡No digáis eso!

—¿Qué voy a decir, si no, si se trata de la verdad?

La verdad. Qué bien tanpreciado y tan devaluado, al mismo tiempo, entre la realeza. Hubiera querido Isabel saber en qué rincón de las intenciones de su cuñado se escondía la verdad. Cualquiera de las dos versiones podría ser cierta, o incluso las dos, pero la del ataque era doblemente costosa de asimilar: el desgraciado de Carlos no sólo estaba mentalmente mermado y sufría cautiverio, sino que en cualquier momento podría ser capaz de una locura de consecuencias incalculables si no se le vigilaba de cerca. Empezó a considerar, por primera vez, que quizá el encierro era una buena medida preventiva, y entonces se dio cuenta de la dificultad que debió entrañar para el rey tomar esa decisión y, apesadumbrada, comenzó a pensar en lo

que Felipe seguramente estaría sufriendo.

El rey miraba la calle a través de la ventana, serio, con las manos anudadas a la espalda, estrujando entre ellas temores y la posibilidad de que otra decisión indeseable le rondara. No se giró cuando entró su secretario personal en el despacho. Antonio Pérez traía la mala noticia escrita en el semblante. Se habría deducido con facilidad nada más verlo, si lo hubiera hecho el rey, pero éste se mantuvo en la misma posición: traspasando el cristal con la mirada, a la espera de que su servidor le notificara el resultado de sus averiguaciones, que presentía que no le iba a gustar.

Sin más testigos de lo que se iba a oír que ellos mismos, empezaron a desovillar la madeja de la verdad que bien enmarañada venía. No era fácil sacar a flote la evidencia de lo real. Se hizo como conviene en estos casos, tirando del cabo con lentitud, digiriendo cada paso que se daba.

—¿Qué hay en ese lugar al que siempre acude?

—No... —no es que el secretario evitara responder, su lealtad al monarca se lo habría impedido, sino que no sabía cómo empezar—. Bueno... verá, majestad...

—Es mejor que comencéis ya —el rey, que se mostraba impostadamente tranquilo, seguía dando la espalda a Pérez.

—Juan de Nápoles no ha muerto.

Y esperó los segundos necesarios para darle tiempo al rey a aceptar el ensamblaje de esas seis palabras, «Juan-de-Nápoles-no-ha-muerto», dejadas como un reguero de explosivos en la capa más consciente de su pensamiento.

Antonio prosiguió:

—Vive al otro lado de la ciudad. Con él es con quien se ve la reina cuando sale de palacio por las noches. Le acompaña la dama Magdalena Girón.

—¿Magdalena? —se sorprendió. A cada descubrimiento, todo se enredaba. Apretó las manos con más fuerza, sin retirarlas de la espalda. Pérez, que las tenía de frente, creyó que podría estar haciéndose daño e intentó, entonces, liquidar el asunto cuanto antes.

—¿Qué queréis que haga?

El rey se tomó su tiempo para meditar. Imperturbable, después dijo:

—Todos lo siguen dando por muerto, ¿verdad?

—Así es, majestad. Madrid ya se ha olvidado de él.

—Entonces lo mejor es que siga estando muerto... ¿Habéis entendido?

No hizo falta responder. Antonio Pérez salió del despacho sin despedirse, dejándolo a solas con negros fantasmas revoloteando en su cabeza.

Y durante largo rato siguió mirando por la ventana.

La reina tenía un nuevo encuentro con el napolitano esa noche. A media tarde, Magdalena hizo lo posible por aproximarse a ella para decirle confidencialmente que la cita había tenido que ser cancelada y que en privado le explicaría los motivos. «Acudiré a vuestra habitación a las once de la noche. Ordenad que no me impidan el paso», y sin darle tiempo a que preguntara nada desapareció sumiéndola en una zozobra que se mantuvo hasta llegada la hora convenida. Isabel la esperaba vestida como todas las noches en las que acudía a verse a escondidas con Juan, dispuesta, le dijo, a escuchar lo que tuviera que contarle pero que después saldrían como siempre hacia el escondite del joven porque ninguna razón en el mundo podría evitar que fuera a su encuentro.

—Ésta sí, majestad —replicó muy seria Magdalena.

La reina se asustó por el tono y le pidió que le contara rápidamente lo que estaba ocurriendo.

—Majestad... será mejor que toméis asiento.

Lo hizo despacio y sin dejar de mirarla. Se apoyó en los brazos del sillón y, agarrándolos por los extremos, se aferró fuertemente a ellos. El nudo que se le estaba formando en la garganta empezaba a dolerle. Se dio cuenta de que no podía hablar porque estaba paralizada. Y su corazón, sin embargo, se aceleraba sin pausa.

—Siento... lamento muchísimo lo que voy a deciros —Magdalena trataba de encontrar las palabras adecuadas—. Majestad, no volveréis a verle.

Un caudaloso río de lágrimas circulaba por el interior de su cuerpo cubriendo de agua salada su dolor sin poder brotar al exterior. No hubiera hecho falta que Magdalena le dijera que había muerto porque lo leyó en sus ojos nada más verla y en la aflicción con la que le dijo ese «no volveréis a verle».

«Está muerto, Isabel, él está muerto», se dijo a sí misma. Ningún miembro se le movía. Sus músculos, sus huesos, y hasta los poros de la piel, todo se concentraba en la sola idea de que Juan ya no figuraba entre los vivos.

Estaba muerto. Tras oír la frase de Magdalena, en la que no decía que lo estuviera, volvió a preguntarle a su corazón igual que aquella noche en que la joven se lo sugirió. Y esta vez el corazón le respondió con la muerte. En aquel corto espacio de tiempo que se habían disfrutado en una segunda vida jamás contempló la posibilidad de que tuviera cabida la muerte definitiva.

Por fin exhaló un grito ahogado que fue seguido de una hemorragia nasal. Agitada, Magdalena quiso salir para que llamaran al médico, a sus damas o a la camarera mayor, pero la reina se lo impidió. Se tumbó en la cama y le dio instrucciones para que le ayudara a cortar la sangre. Tardaron media hora en controlarla y la joven dama

se sorprendió de la entereza demostrada por la reina desde el momento en que le había dado la mala noticia.

Repuesta de la hemorragia, Isabel la obligó a acompañarla a la casa donde mantenía sus citas con Juan de Nápoles, lo que Magdalena consideró una auténtica locura. Intentó disuadirla pero la reina, que parecía poseída por un cuerpo ajeno al de ella y encargado de ordenar sus movimientos, no dejaba de repetir que necesitaba verlo con sus propios ojos mientras buscaba ropa de abrigo para salir de inmediato arrastrando con ella a la muchacha.

—Ya me hicieron creer una vez que estaba muerto. ¿Cómo sé que ahora no está sucediendo lo mismo? Tal vez estéis equivocada, Magdalena. Tengo que verlo... tengo que verlo...

Cabalgaron a toda velocidad cruzando un Madrid que le resultó irreal e inhóspito. El escenario de su mayor pesar. Ya en la casa, se detuvo ante las escaleras que tantas noches había subido con la ilusión de lo que arriba le esperaba al lado de Juan. Fundida con él en un acto de vida una noche tras otra. Temía ahora, sin embargo, ascender hacia la muerte, aunque en el fondo de su alma deseaba que se tratara de un error, un mal sueño que a veces volvía en recuerdo de la primera vez que lo dieron por muerto. Quizás estuviera ocurriendo lo mismo que entonces y fuera sólo una equivocación a punto de subsanarse en cuanto pusiera un pie en la habitación y lo viera vivo, aguardándola en la cama, al calor de las velas y con dos copas de vino sobre la mesilla. Como la última noche.

Sí. Así sería. Seguro.

Esperaba, incluso, encontrarse la estancia teñida del blanco de las camelias con que Juan le obsequió la última vez.

Con ese pensamiento se vio pisando el peldaño que anunciaba el final de la escalera. Aguantó la respiración en el momento de entrar en la estancia donde felizmente pudo ver a Juan tumbado sobre la cama. Pero conforme se fue acercando a él a pasos cadenciosos percibió el frío de ese cuerpo que tan vigorosamente la había amado tantas veces. Y tuvo que enfrentarse a la cruel evidencia de lo inerte. Al absurdo de dejar de existir sin razones.

Juan había recibido numerosas puñaladas, lo que parecía indicar que lo atacaron a traición o cuando no podía defenderse por la causa que fuera. Sus ropas manchadas de sangre lo envolvían haciendo de mortaja y vio que el aro de plata que ella le regaló permanecía en el lóbulo de su oreja izquierda. La reina se abrazó al cadáver de su amante y sólo entonces lloró, pareciendo su llanto un desgarró ensordecedor en mitad del silencio de la noche.

Cuánto echó de menos Magdalena a su madre. Impresionada por el impúdico dolor que contemplaba en la reina, no encontraba la manera de consolarla y mucho menos

de arrancarla del lecho mortuorio junto al que se mantuvo llorando hasta que despuntaron las primeras luces del día. La dama consideró que permanecer allí por más tiempo podría comprometer a la soberana y tiró de ella como pudo hasta la calle temiendo que sin el amparo de la oscuridad nocturna alguien pudiera reconocerla.

Cuando alcanzaron una de las entradas traseras del alcázar, Magdalena se sintió a salvo mientras que para Isabel se iniciaba un calvario que ya, en aquellos momentos, comenzaba a dejar su huella en la delicada salud que se había mantenido sin dar problemas hasta entonces y alentada por la fuerza que le daba sentirse amada por Juan. Pero Juan ya no estaba. No la amaría nunca más. «Ahora sí es cierto, majestad, él está muerto», le repetía Magdalena para que asumiera la realidad, como en otro tiempo hiciera su madre, la condesa de Ureña, cuando creyeron erróneamente su muerte.

La reina se derrumbó sobre el lecho minutos antes de que irrumpieran sus damas en la cámara para, como todas las mañanas, ayudarle a levantarse. Pero ese día adujo sentirse indispuesta a fin de que le dejaran a solas con sus pensamientos que daban vueltas en torno a Juan cubierto de sangre.

La muerte... ha desplazado definitivamente a la vida en el corazón de Isabel. La suya propia comienza a irse por todos los rincones de su cuerpo.

Su cuerpo... que ya no reconoce. Poco le interesa si no puede ser de Juan.

La vida... que ya no desea. Pero, aunque se revuelva contra ello, es ineludible el compromiso que se adquiere con la vida cuando se nace. Demasiados menesteres. Hay que respirar, alimentarse, sentir, amar... llorar.

Llorar... como habrá de hacer durante el tiempo que le resta por vivir.

—¿Por qué lo habéis hecho?

Con los ojos hinchados y enrojecidos, la reina le hablaba a su esposo con la comida en la mesa sin probar bocado.

Él, que esperaba por parte de ella todo tipo de preguntas que pudieran importunarle, se puso tan tenso ante la que acababa de formularle que también dejó de comer. No sabía cómo afrontar, sin que erosionara la relación entre ellos, la infidelidad de su esposa cuando ya se había extinguido definitivamente. Daba por hecho que se estaba refiriendo a la muerte de Juan de Nápoles, y se preguntaba cómo habría podido saber que él era el artífice de su muerte. Esperó un tiempo prudencial antes de responder, por si ella se rendía.

—¿Es que no vais a responderme?

La mirada vidriosa de Isabel era mucho peor que sus preguntas. Más desoladora para el rey, que seguía esperando ahora sin rumbo. Hasta que ella le dejó respirar

tranquilo.

—Sois su padre. ¿Después de tantos días no merezco que me expliquéis por qué lo habéis encerrado?

Fue igual de duro para uno y otro. Isabel hubiera podido compadecerse de él como padre, tal y como empezó a hacer antes de que Juan falleciera, pero ahora todo era distinto. La vida había cambiado, girándose del revés. El orden lógico de las cosas se manifestaba en ella invertido, provocándole una absoluta falta de orientación en cada paso que daba. La enorme pena que le embargaba, descomunal y rotunda, le permitía al menos no olvidarse de su hijastro para quien solicitaba la piedad del padre.

—Supongo que estáis al tanto de las intenciones del príncipe de ponerse al frente de los rebeldes flamencos —acabó respondiendo él.

—Flandes queda tan lejos...

—¿No os parece suficiente la evidencia de que haya pedido caballos y barcos para salir de España con ánimo de casarse en Alemania con su prima Ana y llegar hasta los Países Bajos? Ha sido tan necio como para pedirle las naves a su propio tío.

—Vos también creéis que lo atacó —lo dijo como si fuera una decepción.

—¿Por qué no os quitáis la venda de los ojos? ¿A tanto llega vuestro aprecio por su persona que os impide ver lo que está ocurriendo?

—Lo respeto por cuanto es sangre de vuestra sangre.

—Mi sangre, sí, que está dispuesto a derramar en su propio beneficio. Hay muchas cosas que desconocéis. Jamás imaginaríais hasta dónde puede llegar su demencia.

La reina se sintió mal al oír aquello porque, más allá de imaginarlo, lo había padecido en silencio. El suyo no fue un asunto de intereses políticos, ni de batallas ni de herejía. El que sufrió de su hijastro fue un ataque más puro: el que es movido por la vileza del ser humano cuando se deja guiar por sus más bajas e innobles pasiones. Pero era mejor olvidarlo en ese momento en que intentaba salvarlo.

—Si el príncipe ha sido capaz de maquinarse contra vos, como decís, y de querer matar a su tío, aunque se me hace bastante difícil considerar que haya sido así, os suplico clemencia en su nombre. Siquiera sea por humanidad, Felipe. No os considero hombre capaz de atrocidades. No cometáis una con vuestro hijo.

Y no pudo evitar llorar en su presencia desconsoladamente, pareciéndole al rey que lo hacía para ablandarle el corazón y conseguir un indulto para Carlos.

Tal vez dedicara a ello una parte de sus lágrimas pero era Juan quien se llevaba consigo el resto de ellas para siempre.

Iba por el tercer día en que el rey reclamaba la presencia de Magdalena Girón en sus aposentos sin conseguir que la trajeran a su presencia. Poco acostumbrado a las

negativas, y menos aún de los favores sexuales de una dama, decidió enojado que iría él mismo a buscarla, una actitud impensable en un rey pero Felipe, además de testarudo y caprichoso, necesitaba desahogar en ella las inquietudes de su cuerpo alterado por los últimos acontecimientos y no era tampoco algo que hiciera por primera vez.

A escondidas de sus servidores y guardias, recorrió los pasillos en dirección a la planta superior donde se alojaban las damas hasta dar con la habitación de Magdalena. Golpeó la puerta varias veces. Nadie respondía. Pero él tenía el convencimiento de que la joven estaba dentro, así que siguió llamándola aun sabiendo que se exponía a generar un escándalo. Le dijo desde el otro lado de la puerta que hacía tres días que la estaba reclamando y que nadie debe arriesgarse a contravenir las órdenes del rey. En el interior, ella sólo pensó en que eran los mismos días que llevaba muerto Juan y llorando Isabel.

Se encogió sentada en el borde de la cama y escondió la cabeza entre las rodillas mientras se tapaba los oídos deseando que el rey se cansara pronto de esperar. Porque ella ya no podría volver nunca más al lecho del monarca.

XXI

Durante los siguientes once días, el príncipe Carlos se negó a comer. Era una extraña actitud de protesta, ya que alternaba varias jornadas seguidas sin probar bocado y después ingería alimentos de una sola vez pero en cantidad suficiente como para morir de hartazgo. Fueron su confesor y su médico personal quienes le disuadieron de continuar con tales desajustes y le aconsejaron poner fin al ayuno voluntario. Curiosamente, para adoptar esa medida había dado muestras de una voluntad de la que carecía en general ante cualquier otra decisión.

Dejando de comer pretendía llamar la atención de todos y propiciar el perdón de su padre. Pero hasta en eso actuó como un niño porque una vez lanzado al ayuno, su comportamiento distaba de ser el de un adulto consecuente con sus actos. Lloriqueaba, gritaba e incluso pateaba, día y noche. Aunque hay que entender que su vida se reducía al espacio contenido entre cuatro paredes de gruesas piedras, frías como témpanos, en el que no podía hacer otra cosa que pensar. Y eso, para un perturbado como él, resultaba el peor castigo.

Tampoco contaba con la luz del exterior, y mucho menos con las maravillosas vistas que hubieran podido suponer un alivio para su espíritu aprisionado. Oía el rumor de la gente abajo, en la calle, imaginándose metido en el bullicio de la misma manera que hacía cuando gozaba de libertad.

Acabó por hacer caso, deseó comer y sobre todo vivir. Le acometieron unas irrefrenables ansias de recuperar sus energías, pero para entonces ambos deseos, comer y vivir, se presentaban difíciles de cumplir ya que las consecuencias que habían provocado en su organismo tantos días de ayuno eran irreversibles. Su cabeza pedía alimentarse mientras su cuerpo se negaba.

El fin se iba acercando.

Fueron las horas más bajas vividas por el rey Felipe. Horas acumuladas de pesadumbre en las que flotaba la necesidad perenne del deber cumplido por encima de su sentimiento paternal. La soledad del poder le asfixiaba pero no conseguía enternecerle el corazón. Durante aquel mes de julio trabajó con dificultad y pasó la mayor parte del tiempo solo en su despacho donde más de un día le sorprendió la madrugada despierto en su sillón en mitad de la oscuridad, con las velas consumidas en los candelabros. Lo tomó como el mínimo tributo que podía rendirle a su hijo al que, lo supo desde el mismo instante en que participó personalmente en el arresto, no pensaba perdonar que hubiera intentado arrebatarse el poder de malas maneras. Era el fruto de su vida y para él y por él hubiera trabajado de no haber sido un disminuido y alocado personaje, lamentable para la buena imagen de la monarquía.

En su mente se inició la inevitable procesión de los buenos y los malos momentos vividos con su hijo. Desde aquel penoso nacimiento que ya marcó en el principio lo que sería su futuro, hasta las escasas muestras de afecto que manifestó y que siempre le producían una efímera sensación de esperanza. En ese recorrido del recuerdo no faltaron las situaciones angustiosas en las que no supo qué hacer con él, como por ejemplo el penoso episodio en el que se vio obligado a hacer frente a una elevada cantidad pagada como compensación a una familia a la que le quemó la casa con todos sus ocupantes dentro porque paseando por la calle le cayó accidentalmente el contenido de un orinal que en aquel momento vaciaban sin imaginar que el príncipe pasaba justamente por debajo. A una de las hijas, además, le propinó una brutal paliza, y si no mató al padre fue porque afortunadamente sus lacayos consiguieron detenerlo. O cuando obligó a un zapatero a hervir un par de zapatos que le había encargado para él, y después a comérselos porque no le sentaban bien.

Felipe se preguntaba sin cansarse, una y otra vez, por qué, por qué, por qué; una retahíla que se le introducía en las venas para filtrarse en lo más recóndito de su ser. Por qué pensó en traicionarle. Con lo fácil que habría sido vivir sin meterse en líos el tiempo que Dios hubiera dispuesto para él. En su obligación de padre, lo habría querido y protegido.

Si Carlos no hubiera sido tan molesto...

Pero era su hijo. Aunque, pensándolo bien, con la merma intelectual con la que nació, amén de los defectos físicos que tampoco le ayudaban demasiado, quizá fuera mejor evitarle una posible madurez ingrata y aún peor vejez.

Sabía que muchos esperaban que alzara la mano para anunciar el levantamiento del castigo. Pero su mano parecía agarrotada. Múltiples razones le impedían izarla en favor de su hijo. ¿Y si fuera el miedo lo que la retenía? ¿Miedo a matarse a sí mismo al dejarlo morir a él? ¿Miedo, tal vez, a otro castigo de Dios que se sumara al que le impedía procrear una normal descendencia masculina? Entendió que por encima de él estaba el brazo ejecutor del Altísimo ante quien no valen vanas palabras.

Quizá se tomara también como un castigo el tremendo ataque de gota que padeció en aquel mes de abril, uno de los peores sufridos hasta entonces. Durante casi una semana sus médicos intentaron combatir el dolor y atajar la inflamación de la muñeca derecha, pero se tardó en conseguir tanto una cosa como otra. Daba la sensación de que las funciones corporales del rey se hubieran propuesto entorpecer su mejoría. Sentía sus órganos enloquecidos como si los tuviera metidos dentro de su cabeza, y por primera vez en toda su vida intentó hacerse a la idea de cómo sería el interior de la de su hijo; de qué fantasmas poblarían su mente desde la infancia haciendo

estragos en ella. Y se compadeció de él.

Por si fueran pocas las desgracias, uno de los sustentos fundamentales para la reina, o el propio Carlos, en aquellos días, Juan de Austria, se vio obligado a ausentarse de la corte para cumplir con la misión de combatir contra los corsarios en el Mediterráneo. La mañana de principios de junio en que partía hacia Cartagena, donde embarcaría, quiso despedirse de su cuñada, a quien encontró muy decaída en una de las salas de recreo. La vio marcada por el signo de la derrota, y eso le disgustó porque en aquel momento no estaba en su mano poder hacer nada por ella. En cuestión de horas se hallaría lejos, llevando consigo la ineludible presencia de aquéllos a quienes dejaba atrás. Su hermano, el rey. El desdichado de su sobrino, así como sus pequeñas sobrinas Isabel Clara Eugenia y Catalina Micaela. Su hermana Juana...

Y la reina Isabel. Se alejaba de ella con un doloroso sentimiento de culpa por la imposibilidad de permanecer a su lado para consolarla, y de mucho pesar al verla tan triste. Reclamaba sin decirlo la sonrisa de una bella Isabel vestida con alegres colores y su carácter animoso que duró sólo un tiempo ya lejano. Demasiado. «Prometedme que os cuidaréis», le pidió como despedida, a lo que ella respondió preocupándose del príncipe: «¿Y a él?, ¿quién cuidará del infeliz Carlos? Con vuestra marcha desaparece uno de sus apoyos, y yo misma os echaré de menos».

Como nadie había de testigo, don Juan de Austria tuvo un gesto que ninguna reina hubiera podido permitir. En este caso quedaría reservado para ellos. Tras besarle la mano, no pudo reprimir el deseo espontáneo de abrazarla. Isabel le dejó hacer. Fue un abrazo breve e intenso, como si se tratara de una despedida irremediable y llamada a perdurar en el tiempo.

La salud de la joven volvió a quebrarse, esta vez sin razón aparente. Retornaron las recurrentes jaquecas que le impedían conciliar el sueño por las noches sin que sirvieran de nada las diferentes hierbas tranquilizantes que los médicos le fueron administrando en infusiones hasta dar con alguna que se mostrase eficaz. Pero todos los esfuerzos resultaron inútiles. La reina no dormía, había perdido el apetito y empezaba a presentar signos de un evidente cansancio que aumentaba tras los repetidos ataques de vómitos.

Las mujeres de su entorno más cercano se volcaron en ella con gran empeño, haciendo cada una lo que podía o mejor sabía hacer. La permanente ayuda de la camarera mayor, la duquesa de Alba, se alternaba con los rezos de su cuñada Juana, que se repartía solícita entre la madre y las niñas intentando asegurarse de que las tres estuvieran bien atendidas. También la princesa de Éboli estaba pendiente de la evolución de Isabel, permaneciendo a su lado siempre que le era posible. Intentó

convencer al rey, a petición de la reina, de que reclamara a su madre el envío de otro médico francés de su confianza en sustitución del fallecido Montguyon, que tanto bien le había hecho. Sin embargo, Felipe no accedió a esa solicitud. Él jamás estuvo de acuerdo con la presencia de Montguyon y, a pesar de sus aciertos frente a los desatinos de los médicos españoles, se mantuvo firme en su negativa de entonces a que nunca un francés volviera a meter las narices en la salud de la familia real española, lo cual sentó muy mal a la voluntariosa Catalina, pero al rey Felipe, entre tantos y graves problemas que le rodeaban, el enojo de su suegra le traía bastante sin cuidado.

La duquesa de Alba, viendo cada día peor a la reina, ordenó venir al doctor Juan Maldonado para que vigilara de cerca su evolución. La presión arterial se elevó con gran riesgo para su vida mientras que el funcionamiento de los riñones era cada vez más dificultoso.

Lo que no advirtió Maldonado fue la mirada extraviada de la reina, perdida en la nada, que ni siquiera se alteraba con la visita que de vez en cuando le hacían sus dos pequeñas.

En las largas horas de desvelo, Isabel paseaba con la imaginación por la inhóspita estancia que la presencia de Juan de Nápoles esperándola para amarla convertía en el rincón más cálido del mundo. Igualmente, imaginaba a su cuñado luchando como un héroe entre las olas de un mar embravecido. Y viajó hasta las últimas horas de vida de su padre. Pensando en el dolor que debió causarle la punta astillada de aquella lanza mortal que se le clavó en el ojo, llegó hasta las heridas infligidas al napolitano, cerrando así el círculo de los recuerdos que tanto pesar le causaban. Lloró con amargura por el sufrimiento de las puñaladas que acabaron con la vida del joven convirtiéndolo en un cuerpo inerte que en nada recordaba el vigor con que se manifestaba con ella en la intimidad.

Añorado Juan, que no merecía sufrir y menos aún morir.

Poco a poco, con exasperante lentitud, Isabel se fue consumiendo. Con la llegada del verano, su salud empeoró como el goteo del agua que cae de los tejados después de la lluvia. Fue obligada a guardar reposo absoluto, como si pudiera descansar quien ha perdido las mejores razones para vivir.

La libertad. El único sueño que se podía permitir el príncipe Carlos. Lejos quedaba la época en la Universidad de Alcalá de Henares junto a sus queridos tíos Juan, a quien a punto estuvo de asesinar, y Alejandro Farnesio. Aquellos felices diecisiete años en los que, fuera del control directo de su padre, campaba a sus anchas por los ambientes universitarios disfrutando de todo cuanto Alcalá le ofrecía, menos del estudio.

Hubiera pedido perdón por todas sus absurdas ideas a cambio de un día, un solo día, gozando del sol alcalaíno en los patios de la universidad, mientras a lo lejos se veían lozanas jóvenes confundidas con la alegría del paisaje, tan verde en las proximidades del Henares.

No soportaba Carlos por más tiempo el encierro. Creyó que se volvería loco, como si no supiera que lo estaba desde siempre. Cierta día, cansado de no saber qué hacer ni qué pensar, y tras una tremenda comilona, no se le ocurrió mejor idea para combatir el sofocante calor veraniego que, en plena y difícil digestión, rociar su cama con agua helada, tumbarse sobre ella y empaparse él mismo de hielo. Hasta en el final perduró el niño que era. La edad mental no perdona el correr de los años. Puede, quizá, que lo que haga sea, precisamente, empeorar. El caso es que aquella tarde retozó en aquel helor, que ahora sí se convertiría en mortal, de una manera no demasiado distinta a la de un gorrino en una pocilga. Fue tan feliz y le subió tanto la fiebre que ni siquiera se enteró de que la vida se le escapaba por los poros de la piel que había querido refrescar absurdamente.

Costó muchas deliberaciones llegar a la conclusión de que era mejor informarle de que se estaba muriendo. A Isabel le pareció, como más tarde se demostraría, una cruel barbaridad porque no suponía la mente de Carlos con la capacidad necesaria para asumirlo. En efecto. Aunque en un primer momento dio la sensación contraria al confesarse y hacer acto de contrición por sus errores, cuando fueron a impartirle la extremaunción se rebeló ante su suerte y así pasó tres días más, furioso en mitad del delirio de la febrícula y soportando fuertes diarreas que lo acabaron de consumir.

La reina, cuyo estado no era mucho mejor que el del príncipe, se empeñó en abandonar el reposo prescrito por los médicos para ir a visitarlo en contra del consejo del rey, que habría hecho mejor en seguir, porque el cuadro de horror que presenció le afectó peligrosamente. No estaba su ánimo preparado para pasar una prueba tan dura. Se conmovió al ver el despojo humano en el que había acabado convertido quien estaba llamado a ser el heredero al trono español. Allí se encontró de frente con la podredumbre, pero no en el cuerpo del desgraciado moribundo, sino flotando en el ambiente de una corte corrompida por las intrigas y el desconcierto.

El 24 de julio, seis meses después de iniciarse el encierro, se anunció la muerte del Príncipe de Asturias cuando no hacía más de quince días que había cumplido veintitrés años. Le llegó a las cuatro de la madrugada. Una muerte brutal pero rápida y sin rodeos. Poco digna de un príncipe.

Por la mente de Isabel desfilan los ecos de la vida que perteneció a su hijastro. Remembranza de momentos capturados en su memoria, buenos, malos y aterradores, de un príncipe a cuyo corazón estuvo destinada de niña. Un príncipe que fue, en primer lugar, una aceptable imagen en un cuadro que le hicieron llegar de Madrid y que al cobrar vida se convirtió en un adefesio, un monstruo irreconocible en la pintura de Sánchez Coello, tan mayestática y medida, tan disimuladora de la joroba y del cuerpo patiocorto y cojo. Tan poco fiel a una realidad que hería. Aquella risa de payaso borracho atraviesa un puñado de años y se traslada como el ruido de un latigazo a su aposento horas después de haber parido a Isabel Clara Eugenia, en aquella delirante declaración de amor. Las palabras desencajadas que entonces la soliviantaron, ahora le apenan sobremanera. Porque está claro que la muerte barre lo peor de lo que somos y limpia nuestra imagen que se eternizará maquillada por el tránsito a otro mundo donde ya nada tendrá importancia.

Pobre Carlos, morir con veintitrés años. Muerto de hambre. Muerto de locura. De desorden, muerto.

El muerto con el que habrá de cargar el padre, como una sombra amenazante que no le dejará vivir en paz. Ésa es la condena del fruto inerte de su propia carne y de su misma sangre.

Sangre que se extingue, salpicando antes los miedos de Isabel temerosa de que un padre que es capaz de hacer eso con un hijo pueda repetirlo con otro. ¿Qué protección es capaz de garantizarle ella a sus hijas? Aunque nadie haya dicho todavía que la muerte del príncipe fuera obra suya.

—Los rumores se extienden, Isabel —afirma la princesa de Éboli—, son ya muchos los que dan por hecho que el rey ha ordenado matar a su hijo o, si es mejor decirlo así, propiciar su muerte como si fuera inevitable.

Ana de Mendoza se hace eco de lo que las piedras de la capital del imperio claman a gritos: la tragedia inmensa de un parricidio en la familia real.

En la primera noche que sigue al luctuoso hecho, la reina cree no estar segura de poder soportar la pena, no ya de la muerte, sino y sobre todo, de no haber podido ayudar al infeliz para evitarla. La conmiseración que siente por su hijastro esta noche necesita vivirla junto a Juan, lejos de palacio, pero, de nuevo, él no está. Yace tan muerto como el príncipe, sólo que ella no sabe dónde pueda hallarse ahora su cuerpo. Tantas veces se ha preguntado dónde reposará su amado el sueño eterno. Magdalena la arrancó del lecho de la muerte antes de que la situación pudiera comprometerla y no volvió a saber nada más del hombre a quien tanto quiso.

Esta noche desearía estar lejos, en especial de su marido. Permanece en ella la duda, inmensa, dolorosa, de si él ha sido responsable, como ya se dice por los callejones de Madrid, de ordenar la ejecución de su propio hijo.

Lo que sí tiene claro es que la ha propiciado al no haberlo perdonado. Y eso para ella es lo mismo que empuñar un arma.

Nadie menciona la otra cara de la misma tragedia: la del rey a quien el pueblo, en silencio, ya hace culpable. Un rey que vive la peor secuencia de su vida. La más oscura. Durante días no quiere recibir a nadie en su despacho ni tampoco ver a Isabel. Teme enfrentarse a ella; y a ella lo mismo le sucede. La reina no sabe cómo afrontar unos hechos que su mente es incapaz de abarcar. ¿A quién le sería posible entender, descifrar o aceptar un suceso tan lamentable y monstruoso?

Porque monstruoso es matar al monstruo. Nadie puede tener la vida de otros en sus manos, ni siquiera la de sus hijos, y que el rey de España pensara que su poder alcanzaba a disponer de esas vidas para que dejaran de existir, llena a la reina de un miedo que se escapa a todo control. No ve posibilidad de dominarlo y se empieza a plantear cómo podrá vivir junto Felipe a partir de ese momento.

Cómo vivir a partir de esa muerte.

La primera vez en que Isabel y Felipe se encuentran tras la desaparición del príncipe permanecen durante largos segundos sin hablarse. Se miran mutuamente, escudriñando los rincones ocultos de sus almas que permanecen más escondidas que nunca, recelosas del temor del otro. Ella continúa postrada en la cama sobrellevando a duras penas el empeoramiento de su salud.

Él tiene ganas de decirle: «Nada de esto ha ocurrido y no debes tener miedo de mí, hagamos como si nada hubiera pasado y pensemos en los muchos años que nos quedan por vivir juntos intentando tener a nuestro lado a un heredero digno de ocupar nuestro trono, nuestro, Isabel, tuyo y mío», y siente unas irrefrenables ganas de besarla pero se reprime. Comenzar a hablar se hace difícil porque cualquier cosa que diga podría entenderse en un sentido distinto al pretendido. Decide entonces apelar al sentimiento como medio para quebrantar el muro levantado entre ambos que, en este momento, no parece que fuera posible tirar abajo. Pero al menos tiene que intentarlo.

—Vos, Isabel, ¿también os sentís tan vacía como yo por la pérdida del príncipe?

Se equivocó al creer que sería más fácil el diálogo si le hacía partícipe de su pena como padre, porque lo que ha conseguido, de entrada, es que desconfíe más de él al no poder creerse que sea tan cínico.

Isabel calla, evaluando las variables que pueden estar propiciando el comportamiento del rey, pero no llega a ninguna conclusión rápida. Nada que pueda orientarla en una dirección o en otra; a pensar en el bien o en el mal. La duda no está escrita en el rostro del soberano, sino que parece grabada en él con sangre. Así, al menos, la percibe la reina. Decide responderle, también como él, con una verdad

velada, demasiado opaca.

—Por supuesto. No puedo sino sentir hondamente su pérdida.

Su pérdida. Carlos ha muerto. Pero antes, la desaparición de Juan de Nápoles ya la había vaciado por dentro.

El Estanque había acabado por convertirse en una especie de corazón brillante y lacerado para Juan. El objeto de su desdicha, en la corte y en la vida. Entre la joya y la reina discurrieron sus últimos momentos en el alcázar antes de ser secuestrado.

Porque... se trató de un secuestro. Así se lo explicó él y ella lo creyó.

Isabel se pregunta quién sería el autor del robo, porque sólo él podría dar razón de la muerte del de Nápoles. No le importa dónde pueda estar oculto el diamante, pero sí, en cambio, conocer la identidad del asesino. Es imposible que sea cierto lo que oyó en los corredores acerca de que quien entre maleantes anda, como maleante muere, refiriéndose a él. «Un ajuste de cuentas», había llegado a comentar su cuñada Juana cuando lo dieron por muerto la primera vez.

Ajustar cuentas con él querría. Todas las pendientes. Pero para eso debería estar muerta. Porque sólo en el universo de las almas podrá ya volver a compartir el mismo espacio con Juan.

XXII

Aranjuez, 22 de septiembre de 1568

Enfundados en la fiebre acudieron a ella, agolpándose, los recuerdos de sus innumerables ratos de amor clandestino con Juan. Sus palabras, que resultaban dulces como el membrillo entonces, surgían ahora amargas como la hiel. «Juan de Nápoles era un traidor y así debe ser recordado», afirmó convencida Ana de Mendoza. Tenía, en ese caso, que borrar de su memoria las artimañas que empleó para conseguir sus favores.

Así, de esta manera tan injusta, se interpretaba la historia vivida y ocultada ante los demás.

La traición la acabó contemplando, sí.

Pero costaba aceptarla.

Tormento que corroe por dentro. Consuelo no se halla.

—Él os quiso robar y lo consiguió —es la idea que le metió en la cabeza la princesa de Éboli, empeñada en hacerle cargar al desaparecido con la responsabilidad del robo de *El Estanque*—. A saber dónde estará el diamante ahora. Tal vez habrá ido a parar a manos de cualquier descendiente de ese traidor, o tal vez... de alguna mujer... Es más probable, desde luego, que lo robara para una mujerzuela.

Isabel no pudo componer esa imagen en su cabeza. Juan traicionándola y colocando *El Estanque* en el cuello de otra mujer mientras ambos se ríen de la reina. Qué motivos tendría la princesa para empeñarse en torturarla con esa crueldad desmedida.

Ella carecía de razones con las que poder rebatir a su amiga sin descubrirse. Pensaba para sus adentros en la imposibilidad de considerar fútil un amor que llegó anticipado por la grisura de los días en Toledo, por el frío de la nieve de Roncesvalles o la ceremonia de su boda en París. A todas esas circunstancias que acompañaron a la reina se anticipó ese amor porque estaba aguardándola, reposado, a la espera de emerger cuando Dios lo dispusiera.

Un amor que venía necesitado de nacer del consuelo para la chiquilla que era entonces Isabel de Valois.

Aquella chiquilla había acabado por creer ahora la versión maliciosa de la princesa de Éboli, desconfiando, no ya de Juan de Nápoles, sino incluso de sí misma, de lo que había vivido y sentido con él. A la joven que vino de París se le endureció el corazón gracias, en parte, a influencias como la de su amiga Ana de Mendoza que

de un tiempo a esta parte la importunaba con sus malvados comentarios.

Ya no supo qué pensar de los inolvidables días en los que recobró a Juan hasta que lo volvió a perder de la forma más incuestionable que es la muerte. La pasión con la que se entregaron al reencuentro no podía ser falsa. Sus pensamientos se ofuscaron enredándose en una mente obtusa y emborronada por efecto de la fiebre. «Esta calentura nos puede traer un disgusto serio, no me gusta, no me gusta nada», comentó el doctor Luis del Toro a la princesa, que dio por acabada su visita a la enferma para ir en busca de doña Juana. Quería comentarle lo preocupante que estaba haciéndose la situación.

El rey ordenó un rápido traslado a Aranjuez creyendo que un cambio de aires y de escenario le sería beneficioso. Pese a todo, instalados ya en la residencia veraniega, Isabel empeoraba ahora con celeridad. A mediados de septiembre sufrió un cólico en el riñón derecho y Juan Maldonado anunció que un mal desenlace podía llegar en el momento más inesperado. Los cambios en su estado de salud empezaban a producirse, al igual que todo lo que ocurría a su alrededor, con mucha rapidez. Quizás demasiada.

Viernes, 1 de octubre de 1568

—Qué poco avanza el calendario. Qué lento se me hace el ritmo del reloj. Dentro de cinco días mi pequeña Catalina cumplirá su primer año de vida, eso sí que ha pasado rápido como un ligero golpe de viento. Sin embargo, estos días últimos, que parecen resistirse al inevitable discurrir del tiempo, se resienten en mi ánimo. Se me están acumulando aquí, ¿no lo notáis...?

La reina se hallaba en la sola compañía de Magdalena Girón, no había querido que nadie más pasara a atenderla esa mañana a fin de poder mantener un rato de conversación a solas con ella. Le señalaba el vientre como si fueran visibles a los ojos de cualquiera los estragos íntimos que acarrea la pena honda.

—Aquí, ¿lo veis?, aquí noto un peso incómodo que habrá de ser de tanto tiempo como llevo enferma. ¿Cuánto más querrá Nuestro Señor que este mal se prolongue?

La muchacha permanecía en silencio, respetuosa con el dolor de su reina y respondiendo con su prudente actitud a la confianza demostrada al confesarle pequeñas confidencias.

—Cada vez se me hace más dificultoso el habla, querida Magdalena...

—Sssshh..., no habléis entonces, mi señora... —con ternura, le colocó gentilmente alrededor de los labios una gasa empapada en agua.

La reina, agradeciéndole el gesto con la mirada, se esforzó en sonreírle ligeramente. Esperó un par de minutos, en los que Magdalena no se movió ni abrió la

boca, para tomar fuerzas y proseguir la conversación en la que se veía que tenía un interés claro.

—¿Qué pensáis del amor?

—Majestad, no sé qué deciros.

—Sencillamente vuestra opinión acerca de lo que representa para vos el amor.

—No sé... —estaba desconcertada, no se vio capaz de vislumbrar el camino a seguir y agachó la cabeza azorada. Temía que sacara a relucir la antigua relación mantenida con el rey.

—¿Vos creéis que cada persona está destinada a alguien en particular?

Ante el silencio de Magdalena, siguió preguntándole, aunque en realidad se preguntaba a sí misma.

—¿Podemos amar a una sola persona? ¿A un solo hombre, en nuestro caso, o Dios admite que nos entreguemos a otro que no sea nuestro esposo, o bien a otra mujer, cuando se trata de un hombre... una mujer que le dé lo que no consigue darle la esposa...?

Magdalena se sintió incómoda pero no podía adivinar que la reina no cargaba tanto contra ella, como contra la doble moral que se vio obligada a aceptar nada más casarse con el rey. Que Felipe se hubiera acostado con Magdalena, o con Eufrasia de Guzmán, o con alguna otra, como había ocurrido, no iba a representar jamás un problema. Sin embargo, un solo Juan de Nápoles en la vida de la reina bastaba para haber hecho tambalearse el trono y exponerse al escarnio público de toda Europa, en caso de que el rey se hubiera enterado.

Habría mirado con desconsideración a Magdalena por sus amores pasados, pero no podía olvidar su comportamiento leal cuando Juan apareció después de que lo dieran por muerto. Jugándose la vida, o al menos y con toda seguridad su futuro en la corte, la condujo hasta él y mantuvo el secreto de las citas clandestinas entre los reencontrados amantes. Así como su madre amparó la delicada relación en sus inicios, Magdalena siguió al pie de la letra las recomendaciones de la condesa de Ureña cuando, antes de morir, le pidió que cuidara de la reina e hiciera lo que fuera por ella, ofreciéndole su fidelidad y su mutismo ante lo que viera, sin forjarse opinión ninguna. «Sólo los reyes pueden juzgarse a sí mismos, jamás un plebeyo opinará sobre ninguna acción soberana». Ésta, le dijo la condesa a la hija, es la mayor enseñanza cuando se sirve a un rey o a una reina, y se ha de saber valorar siempre ese privilegio.

—Espero que mi cuñada no se moleste porque os haya reclamado —la reina prosiguió después de una larga pausa—. ¿Imagináis por qué lo he hecho?

—No, mi señora.

—Pues... porque creo que me queda poco ya... No siento la vida donde hay que sentirla... —ahora se palpó el corazón—, esto hace tiempo que se secó. Y bien que lo

sabía vuestra madre... No sé qué habría hecho todos estos años sin ella. La extraño tanto... Supongo que como vos...

—Por supuesto, majestad, siempre añoro a mi madre.

—Cuán poco preparados estamos para la muerte de quien amamos más que a nuestra propia persona. Alguien sin el cual creemos no saber caminar, estar ciegos, mudos, y querríamos morir con él...

Una mueca de dolor le cerró los ojos, sabiendo con claridad Magdalena a lo que se estaba refiriendo la reina, que en ese momento dejó de hablar. A la joven le preocupó el mal color que se estaba adueñando de su rostro al mismo tiempo que lo invadía un sudor escandaloso. Le puso la mano en la frente y la notó ardiendo.

En efecto, la calentura se disparó y el paisaje de la habitación cambió como de la noche al día, llenándose de gente, damas de su servicio personal, médicos y secretarios reales, la camarera mayor y la cuñada, entre otros. Magdalena, asustada ante lo que estaba presenciando, se quedó arrinconada en una esquina, inmóvil, observándolo todo con preocupación. De vez en cuando los huecos que se abrían entre los presentes permitían a la reina comprobar que la fiel muchacha seguía allí, de pie, cerca de ella, tranquilizándola con su presencia. Aunque antaño contrincante en el lecho del rey, en el presente les unía un lazo más poderoso que el de la sangre: el del conocimiento de un secreto inconfesable. La sentía, por tanto, como el único vínculo con la memoria de Juan de Nápoles, y estaba agradecida y en deuda con ella.

Infinitamente agradecida por haberle devuelto la vida durante unas intensas semanas que ahora parecían un breve instante.

En las horas siguientes, el estado de la reina se deterioró gravemente, acercándola a la tragedia del desenlace fatal. No consiguieron administrarle ninguna medicina porque su estómago las rechazaba todas entre fuertes vómitos. Los movimientos musculares que le producían las náuseas pusieron a prueba su resistencia física, debilitada hasta el extremo. De pronto, la joven reina parecía una sombra de sí misma, pero una sombra criminal y arrasadora, consciente del final.

Sábado 2 de octubre de 1568

Fourquevaux se aproximó a la cama para poder escucharla más claramente dado que hablaba en un tono muy bajo fruto de la debilidad.

—Embajador, velad vos por la paz, como el rey lo hará por nuestras hijas. No permitáis que mi muerte siembre el desconcierto en las relaciones entre Francia y España. Encargaos de que mi hermano, rey de los franceses, así como también mis

hermanas, sean generosos con su pueblo y se empleen en combatir la herejía que, en caso contrario, podría llegar a España. Eso sería nefasto para nuestro rey Felipe. Habréis, pues, de intentar que se frene su avance en Francia para así proteger esta España que he gobernado junto a mi esposo y padre de mis dos queridas hijas. Aahhh... mis niñas... ¿Seréis tan amable de enviar a buscarlas? Ruego a Dios que me permita vivir hasta poder celebrar el primer cumpleaños de mi pequeña Catalina Micaela, para el que sólo faltan cuatro días. ¿Consideráis que llegaré viva al 6 de octubre? Sí, ¿verdad...? Dios no puede hacerme esto.

Antes de aprestarse a satisfacer el ruego de la reina, Fourquevaux asintió con la cabeza, otorgándole el beneficio de la ilusión aunque no confiara en que pudiera hacerse realidad. Poco optimismo generaba su estado, por más que conservara la lucidez por completo y pudiera mantener alguna conversación como ésta. La idea con la que el embajador francés corrió a buscar a las pequeñas era la de que la reina tenía puesto un pie en el cielo, que es adonde se les dice a los niños que van sus padres cuando se mueren, y que eran precisamente sus hijas quienes la retenían en el mundo de los vivos. Fourquevaux se la imaginó como un ángel, porque así, como un ángel de veintidós años, estaba postrada en la cama, libre de toda inocencia pero a la vez conservando el germen de la que en su día caracterizó su espíritu. Aquella inocencia con la que llegó a España y que quedó sepultada bajo las blancas nieves de Roncesvalles apresadas para siempre en su memoria.

Las niñas entraron de la mano del padre. Al verlas, Isabel se emocionó y pareció recobrar la energía perdida, siquiera fuera un espejismo. Quiso acariciar primero a la más pequeña, Catalina Micaela, diciéndole:

—Cómo me gustaría que tu abuela Catalina pudiera ver los rasgos de los Valois, los signos de nuestra estirpe, que se perpetúan en tu carita.

Las manos largas y de finos dedos de la niña, y la boca pequeña, idénticas a las de su madre. Los labios sonrosados, al igual que las mejillas, la nariz recortada y las cejas que ya se perfilaban finas a tan corta edad, recordaban también las facciones de Isabel.

Era muy distinta a su hermana mayor, que ya tenía los dos años cumplidos. A esa edad, Isabel Clara Eugenia podía entender que algo no precisamente alegre le ocurría a su madre, y ésta, en un afán de protegerla, no quiso prolongar su estancia para evitarle, así, un sufrimiento innecesario.

Tras depositar la madre sobre sus cabecitas los últimos besos de su vida, se las llevaron de ella para siempre.

Felipe se sentó a su lado, le tomó las manos y las comenzó a acariciar.

—Veréis cómo muy pronto vais a estar restablecida y podremos celebrarlo con ellas.

—No sufráis por mí. Sé que lo decís con la mejor intención. Es hora de promesas y palabras dadas que se habrán de cumplir. Y os pido que me prometáis amor incondicional y entrega a nuestras hijas. No me queda mucho tiempo, tal vez un día más, o tan sólo horas. Me iré más tranquila con vuestra promesa, sabiendo que no les faltará de nada y que haréis de Isabel y de Catalina personas de gran talla moral.

—Lo serán porque hijas vuestras son y sabrán honrar con orgullo a su madre que las verá crecer, estoy seguro.

—Persona de fe sois, desde luego. Por lo que veo, más que yo.

—No os preocupéis ahora de la fe.

—La necesito para la pregunta que os voy a hacer. ¿Seríais capaz de hacer algo en contra de los intereses de nuestras hijas?

—Creo que vos tenéis la respuesta y la podéis dar en mi nombre.

—No, Felipe. Me acerco a la hora de la verdad más pura y necesito que lo digáis vos y que seáis sincero.

—Jamás haría nada que pudiera perjudicarlas.

La voz de la reina se iba debilitando. Fuerzas ya no tenía justo cuando más las necesitaba al decirle al rey lo siguiente en presencia de testigos:

—¿Podríais llegar, si lo considerarais necesario, a encarcelar a alguna de ellas?

Felipe hizo un gesto a todos para que salieran de la habitación. Quedaron solos, frente a frente, sin testigos, para hablar de la situación dolorosa e íntima que sólo a ellos concernía.

—¿Por qué decís eso?

—Me hace sufrir el solo pensamiento de verlas privadas de libertad por su propio padre. Es una pesadilla que me persigue desde que el príncipe Carlos quedó atrapado en su habitación, encerrado hasta morir.

—¿Hubierais preferido ver en malas manos el trono que defendéis? Mi hijo era incontrolable, ingobernable como bien sabéis. La única manera de evitar una locura sin remedio fue esa especie de encierro, no era una prisión. Además, él mismo se mató, no lo hice yo, como sé que pensáis.

—Quien induce mata igual que quien ejecuta.

El rey pensó en su idea del brazo ejecutor de quien todo lo ve. Un Dios que estaba dejándolo desamparado. Y sintió un estremecimiento al recordar su orden de asesinar a Juan de Nápoles. Ese hombre, muerto para siempre y enterrado en el olvido de todos.

De todos menos de la reina. La miró con ternura sin saber cómo decirle que era ella, su tercera esposa, la mujer a quien más había amado en toda su vida y que posiblemente no volviera a amar así a ninguna otra.

En lugar de eso sólo añadió:

—Tengo que atender unos asuntos urgentes que reclaman mi intervención, pero

os dejó en buenas manos. Ordenaré a la princesa de Éboli que sea la primera en entrar para acompañaros. Volveré en unas horas. O, si dormís, no os molestaré hasta mañana.

Al filo de la muerte, las pocas horas que separan de un mañana se convierten en una sima a la que uno querría ya asomarse sin dejar pasar más tiempo.

La princesa de Éboli, en quien se advertía un gesto nervioso, tomó asiento junto a ella. Inconscientemente se tocaba de vez en cuando su rica falda como si estuviera inquieta por algo.

—Ana, sólo una mujer sabe de sus entrañas mejor que nadie —le dijo la reina.

—Esfuerzos no son recomendables ahora, debéis descansar.

—¿No veis que es imposible el descanso? Siento que hay vida en esto que me arde tan adentro —se llevó las manos al abdomen por encima de las sábanas— y temo estar matándolo.

—Vamos... —con un cariñoso gesto, Ana de Mendoza le intentó hacer callar mientras acariciaba su frente—, ¿cómo podéis decir esas cosas?

—Porque las siento, Ana, porque las siento.

Apareció en su rostro una mueca de dolor. Sudaba y el pulso, que ya la había dejado tranquila durante al menos unas horas, volvía a acelerarse.

—Los médicos conocen mejor que nadie lo que tenéis.

Pero ambas sabían que la princesa estaba siendo compasiva con ella, porque desde que Isabel se convirtió en reina de España le pareció que era inherente a su nueva condición el que los galenos se cebaran en despropósitos y diagnósticos errados. Se preguntaba qué no harían con las gentes del pueblo si eran capaces de equivocarse de forma tan estrepitosa con una reina.

—Son los riñones, majestad, una vez más —era el diagnóstico de Juan Maldonado, que había entrado sigiloso para controlar su estado.

—Quedaos tranquila, ya veis que los doctores están actuando —la princesa de Éboli seguía dispuesta a consolarla.

Era preferible casi que no lo hicieran. Mejor que quienes se quedaran tranquilos fueran ellos y de esa manera la dejaran morir en paz. Contrariamente a lo que se podía esperar de un médico, los que atendían a la familia real no le parecían a Isabel que estuvieran destinados a aliviarle el sufrimiento, así que hubiera dado la poca vida que le quedaba porque no volvieran a ponerle las manos encima.

La fatiga era excesiva, como el anhelo de que todo acabara. Bien o mal. Pero que el final llegara cuanto antes, a ser posible pasados cuatro días para que le diera tiempo a celebrar el primer cumpleaños de su pequeña Catalina Micaela.

Les pidió a quienes habían vuelto a entrar en la estancia que la abandonaran. Quería quedarse sola de nuevo con la princesa de Éboli, sin más testigos que la verdad despojada de subterfugios. Después de su esposo, ahora le tocaba a quien había sido en un principio su más íntima amiga en España.

La verdad llegada en la hora más verdadera. La hora del tránsito. Muchos presintieron estar viviendo un momento histórico creyendo que iba a darle a Ana de Mendoza directrices acerca de su familia y del futuro. Pero en mucho se equivocaban. Isabel se disponía a hablarle con la extraña sinceridad de la que únicamente pueden hacer gala las mujeres, tan acostumbradas a meterse en las entrañas de la vida aunque ello duela y resulte pesaroso. Isabel le contó que durante años había oído por los pasillos nombres de mujeres que martirizaban sus oídos e inundaban de incertidumbres su corazón. Las posibles amantes del rey. Las mujeres que ocupaban la cama de su señor aunque probablemente no su corazón y ni tan siquiera su interés.

Le dijo que deseaba hablar de ello antes de morir.

—Por favor, no digáis eso. A qué hablar de la muerte en esta hora.

—Bueno sería que os dejarais de necedades, princesa, de lo contrario no acabaremos nunca. Seguro que sabéis a quiénes me refiero. Eufrasia... Catalina... —al pronunciar prolongaba las letras en el espacio ocupado por el perdón—, hasta la bella Magdalena Girón, hija de quien fue mi camarera mayor, mi bien añorada condesa de Ureña. Dicen que Magdalena fue la última mujer que interesó a mi esposo. Ahora qué más da... Eran nombres, los suyos, que escupían las paredes del alcázar. Pero a todos ellos me tuve que sobreponer si quería cumplir con mi deber de reina y de esposa. Llegado este momento certero de la muerte no me importa reconocer que estaba al tanto de todo. Sólo hay algo que llevo adentro desde hace tiempo, y con lo que no me puedo ir de este mundo porque tal vez no me dejaría descansar en paz, que es lo que más deseo ahora, querida princesa. Descansar en paz.

—No penséis en ese descanso, os queda todavía mucho por vivir. —Ana de Mendoza seguía hurgándose, distraída, en la falda.

—Os he dicho que os dejéis de tonterías, de frases que parecen escritas con un molde para consolar a quien sea, ya se trate de una reina o de un pordiosero. Ahora quiero apartarme de mi amiga para hablarle a la gran dama que sois como princesa de Éboli.

—No entiendo lo que queréis decir.

—Os precipitáis y eso nunca es bueno. Enseguida entenderéis a lo que me refiero —puso expresión de recordar algo intensamente mientras le hablaba—. Las habladurías han sido tan malas conmigo...

—Bien sabéis que no hay que hacerles caso. Los chismorreos son armas que carga el diablo. Mirad, si no, lo que decían de vos y vuestro hijastro.

Una leve sonrisa, apenas esbozada, iluminó por unos segundos el rostro de Isabel

para hacer frente a ese comentario a cuya malignidad no le hallaba motivo.

—Ay, querida —le respondió—, sabéis perfectamente que la edad mental del pobre Carlos era incompatible con el amor de una mujer.

Su mirada fue a extraviarse en un punto de la estancia que bien podría haber sido el limbo. Era inevitable que volvieran a ella las lágrimas que derramó por el príncipe Carlos, destinadas a una clemencia que le fue denegada. Los malos momentos que le había hecho pasar con su delirante inclinación hacia ella quedaban sepultados por el peso de su muerte. Seguramente si María Manuela de Portugal hubiera estado viva jamás habría permitido que un acto tan contra natura se llevara a cabo en la figura de su hijo, por más que el propio rey se hubiera empeñado en convencerla a ella, Isabel, de que aquel encierro era lo mejor para todos, incluso para el desgraciado Carlos. Por eso no pudo por menos que preguntarle a Felipe si sería capaz de hacer algo así también con alguna de sus dos hijas. Sus pequeños tesoros, inocentes y hermosos, que con tanto esfuerzo había traído al mundo. La sola idea de ver a cualquiera de las dos en el lugar de Carlos hizo que recorriera todo su cuerpo un escalofrío que no debía de ser muy diferente al que acompaña al óbito.

Una momentánea parálisis del cuerpo, traída por esos pensamientos, le hizo creer que había llegado el momento, así, de aquella manera, con el corazón puesto en esas dos criaturas que eran tan hijas suyas como del rey de España. El mismo que había encerrado a su primogénito hasta conducirlo a la muerte sin mancharse un dedo.

El mismo, también, que presidió el único auto de fe al que había acudido la reina, en Toledo, y cuyo recuerdo no consiguió jamás sacudirse de encima. Cuando la muerte llama parece que nos tengamos que acordar de otras muertes habidas antes. Las de los herejes se acompañaban del terror y la barbarie, dejando un rastro de olor a pieles muertas en el fuego de la Inquisición y de almas destruidas sin la esperanza de otra vida mejor. Pensó entonces que su esposo era un hombre a quien se le permitía negarle el cielo a los impíos.

—¡Señora, señora, ¿qué os ocurre?!

Ana de Mendoza detuvo a tiempo los malos pensamientos de Isabel, que con enorme dificultad se sobrepuso para seguir hablando, aunque ya apenas si se la oía.

—Ya nada ha sido igual entre nosotros... entre el rey y...

—¿En qué estáis pensando? —Ana le habló pausadamente, creyendo que estaba al borde del delirio—. No debéis fatigaros.

—Después de la muerte del príncipe, todo cambió. Al menos... para mí. ¿Qué pensáis vos? Al fin y al cabo conocéis a mi marido casi tanto como yo, aunque puede que más —hizo el esfuerzo de girar la cabeza para mirarla de frente—, ¿o me creéis equivocada también en eso? Conocéis muy íntimamente al rey, ¿no es cierto?

—No sigáis por ese camino —Ana empezaba a incomodarse.

—¿Por qué?

—Porque no es sano.

—¿Ni tampoco cierto... princesa...?

Hubo un silencio prolongado en el que la reina, empeñada en obtener respuesta, insistió:

—¿Por qué no me contestáis?

—¿Por qué no lo dejáis ya?

Ana le tomó una mano y, cargada de lo que parecía una gran sinceridad, cambió su tono:

—Querida, no soporto veros sufrir. Por favor, olvidadlo, nada de eso hace honor a la verdad.

—No os atreváis a hablarme de honor en mi lecho de muerte. Me cuidáis y al mismo tiempo sois mala conmigo, perversa, incluso. Hace tiempo que dejé de confiar en vos. Podéis marcharos cuando queráis, no tenéis ninguna obligación para con mi persona, pero tampoco ningún derecho.

Ana de Mendoza entendió que ya nada podría hacer regresar a la reina del lugar espantoso en el que gobierna la desconfianza sin retorno, y le dolió tener que despedirse de ella como amiga.

Isabel se sentía, de alguna manera, liberada. Ya nada le importaba. Y, aunque la princesa de Éboli dio por finalizada la discusión en el punto en el que la había dejado la reina, decidió quedarse junto a ella en silencio. A pesar de todo, le apenaba acabar así su amistad. Y salvo que Isabel la expulsara de allí a patadas, pensó en permanecer a su lado porque estaba convencida de que la reina se moría.

Sin atender a las reservas que debería haber mantenido, Isabel, sintiendo en su cuerpo de repente una extraña laxitud y una necesidad irrefrenable de colgarse del recuerdo, dejó salir de entre sus labios el nombre de Juan, repetido en tres ocasiones. A esas alturas, ya qué más le daba que lo oyera la princesa, si le hacía mucho bien pronunciarlo para tener presente lo cierta y real que había sido la existencia de Juan de Nápoles.

Entonces, Ana de Mendoza se atrevió a volver a dirigirse a la reina:

—Tal vez un vulgar plebeyo no merecía ser vuestra perdición.

Isabel no podía creerlo. Acababa de oír con claridad la forma en que la princesa de Éboli se refería a Juan. Su mente estaba cada vez más confundida porque la realidad se iba complicando más en el último momento de su existencia. Se extrañó de que lo supiera. No sabía qué decirle ni qué preguntar para averiguar hasta dónde conocía su historia.

En realidad le daba igual lo que Ana supiera del amor que mantuvo con ese hombre. Nada tenía importancia en esas últimas horas.

—Las paredes hablan en muchas direcciones. No sólo el rey o el príncipe, que Dios lo tenga en su gloria, son objeto de las habladurías —la princesa respondió a lo

que ella no preguntaba.

Isabel y Ana hablaban sin mirarse la una a la otra, como si se estuvieran refiriendo a terceras personas.

—¿Él lo sabía? —le preguntó la reina en alusión a su esposo.

La princesa eludió la respuesta directa, dado que con lo que iba a decirle no resultaba necesario.

—Debéis tener claro que os ama. Cualquiera en su lugar os habría tachado de mujer indeseable para alguien de la talla de un rey como el español. Pero él no ha querido hacer caso de las murmuraciones, a las que, por otro lado, tan dada es esta corte.

«Él lo sabía», se repitió mentalmente la reina. El juego de las mentiras se destapa en la hora final, pero ni aun siendo ésta la mejor para las verdades es posible encontrar la paz.

La noche cayó sobre las almas en busca de redención. Isabel le pidió que corriera los pesados cortinajes, a lo que la princesa se resistió excusándose por carecer de la fuerza necesaria para moverlos.

—No es tarea de princesa.

—Haced lo que podáis, pero corredlos —ordenó la reina—, si habéis tenido fuerza y empuje para hacer cosas peores esto no os costará demasiado.

La de Éboli, volviendo a palparse la ropa sin darse cuenta, movió las cortinas hasta donde pudo sin esforzarse mucho, lo justo para que la reina quedara tranquila, y le advirtió que por tres veces su camarera mayor había venido para insistir en que tenía que comer algo.

—No es comer lo que necesito sino sacarme de dentro todo aquello con lo que no quisiera morirme.

Expulsar los demonios del cuerpo, como creían los médicos españoles. Y con ellos, todo lo bueno y todo lo malo. Las venturas y las desventuras. La ilusión y la desconfianza.

Lanzar al vacío los remordimientos, las penas y hasta los recuerdos, y dejar la esencia, únicamente lo que somos, para despedirnos sin lastre del mundo de los vivos.

La princesa de Éboli había quedado absorta en sus pensamientos alejada de la cama, con la espalda rozando una de las pesadas cortinas que había intentado mover, mirando en dirección a la reina pero claramente sin fijarse en ella. Agarrada con fuerza al tejido de su ropa, los brazos caídos y un rictus severo en el rostro, comenzó a caminar despacio hacia Isabel como quien se dirige al cadalso.

Mientras, de forma intermitente, el nombre de Juan regresaba a los labios de la reina sin pudor alguno, como si estuviera sola.

Anochecía en el exterior. La luz de la estancia se iba extinguendo al no haber acudido nadie aún a prender las velas. Cuando la princesa llegó al borde del lecho revolvió las entretelas de su falda hasta encontrar un pequeño hatillo atado muy prieto y lo depositó sobre la colcha con suma delicadeza.

—¿Qué lleváis ahí? —le preguntó Isabel.

Sin responder, la de Éboli empezó a deshacer el nudo de la cuerda hasta abrir el pequeño paquete. Lo llevaba bien envuelto en tejido de seda color hueso y un lazo de raso marrón.

Surgió como una aparición. Relumbrante. Mayestático. Alejado del presente aunque bien real era y allí estaba. No se trataba, pues, de ninguna alucinación. La reina miró con dificultad y creyó haber abandonado este mundo porque le pareció una ensoñación. Ningún otro diamante podría haber brillado entre la penumbra, más que *El Estanque*, que arrancó una lágrima de los ojos de Isabel.

—Así que fuisteis vos... —expresó con el hilo de voz que la tremenda emoción le permitía.

Y entonces sintió el latido de Juan en su cuerpo y le dolió tanto que se hizo necesario dejar que de él brotaran palabras condenables en una mujer casada pero permitidas cuando ya nada importa:

—Sólo he conocido en mi vida una ambición que no fuera malsana: la de un hombre que vino de Nápoles con la firme intención de entrar a servir no en cualquier sitio, y lo consiguió después de haberse formado lo suficiente como para llegar a ser ayudante del guardajoyas de la corte... No niego que eso pudo saberle a poco en determinado momento... —iba haciendo pausas—. Era ambicioso, claro que sí, pero ambicioso de mí por encima de todas las cosas desde el instante mismo en que nos conocimos —ahora se veía crecida, sacando fuerzas del recuerdo—. Si pensáis que fui tonta buscando a un plebeyo cuando a mi lado tenía a un rey, os equivocáis. Éste a quien menospreciáis codiciaba atesorar cuanto pudiera, no lo niego. ¿Y sabéis qué...? Yo fui su riqueza... Y he de confesaros que él fue la mía —cerró los ojos con amargura tan sólo unos segundos para poder decir lo que venía a continuación; parecía otra persona distinta a la de horas, incluso días, antes—. No imagináis qué terrible pena siento en este momento al saber que vos, princesa, fuisteis la causa de mi desgracia. Os aseguro que no me importaba *El Estanque* más que él. Si me lo hubierais pedido a mí, yo misma os lo habría entregado para que Juan quedara indemne. Y ahora pienso que al hacerlo responsable de la joya firmé su sentencia de muerte porque lo interpuse, sin poder imaginarlo, entre vos y el diamante.

—Isabel, yo os juro que nada sé de su muerte.

—¡Callad! ¡Callad, maldita Ana! Princesa maldita... Vos, después de intentar

quitarlo de en medio la primera vez, y viendo vuestro fracaso, os empleasteis bien en acabar con su vida definitivamente.

—No sé de qué me habláis. Admito la osadía de haberlo encerrado, pero qué queréis que hiciera, era mucho el riesgo si lo dejaba en libertad sabiendo quién había sustraído *El Estanque*.

—Si fuisteis tan valiente para robar la joya más valiosa de la Corona, sedlo ahora para afrontar la verdad, y decidme por qué ordenasteis su muerte —estaba perdiendo los nervios, y la fatiga, hecha un ovillo con la rabia, se escribía en letras mayúsculas en su cara.

—Nada volví a saber de él después de que consiguiera escaparse —insistió la princesa.

—¡Mentís!

—Os juro que es la verdad.

—¿La verdad...? Mancilláis esa palabra al escupir sobre ella montañas de mentiras. Ni siquiera saber tan próxima mi muerte os llena de misericordia. No tenéis ningún derecho de privarme de morir en paz. Y no podré hacerlo hasta que confeséis vuestras perversiones, princesa de Éboli. Se ha dicho de mí que soy caprichosa, pero ahora acierto a entender que mi capricho no era nada comparado con el vuestro, que se mezcla con la ambición más desmedida y llena de maldad.

—De lo único que puedo confesarme es de haber lucido sobre mi cuerpo vuestra joya. Yo no maté a Juan de Nápoles.

—No estéis tan segura.

—¿Me vais a delatar? —había más frialdad que miedo en sus palabras.

—Os lo merecéis.

—Pero ¿lo haréis?

La reina quiso responderle con una pregunta cuya respuesta no estaba segura de querer oír:

—¿Por qué, Ana de Mendoza, por qué...? ¿Qué motivo os llevó a actuar de esa manera?

Como se temía, la pregunta era incómoda para ambas. Y mientras la princesa callaba, Isabel fue desgranando para sí los ingratos momentos que tuvo que haber vivido Juan al cumplir con el mandato de entregarle la joya, y la imaginada soledad tan espantosa en la que se mantuvo. Jamás ella llegó a intuir lo que podía estar pasando a sus espaldas. Él nunca le contó nada ni dejó entrever que pudiera tener ningún problema, cuando lo que le estaba sucediendo era de tal gravedad. Maldecía a su antigua amiga por haberles destrozado la vida a ambos, y esperó hasta sentirse verdaderamente segura de lo que iba a decir.

—Era la manera de estar con el rey, ¿verdad? Poseyendo *El Estanque* os sentíais... en cierto modo... su mujer, ¿no es eso?

—Vos, Isabel, nunca habéis sabido valorar lo que teníais.

—Aunque así fuera, no era asunto de vuestra incumbencia.

—Alguien tenía que ocuparse de vuestro esposo. Es rey, no lo olvidéis —Ana de Mendoza endurecía su tono severo a cada frase que decía.

—Qué necia fuisteis, princesa, otras había más jóvenes y bellas para consuelo de los humores íntimos del rey.

El silencio se interpuso entre las dos mujeres heridas. Fue la reina quien continuó hablando. De ella era el privilegio y el derecho de la última palabra, y estaba por ver cuándo llegaba.

—¿Desde cuándo habéis gozado de *El Estanque*, princesa de Éboli? —llamarla por su rango completo era una demostración de la lejanía en la que la había colocado respecto de su persona.

—Desde que estabais recién llegada de visitar al príncipe Carlos en Alcalá, cuando tuvo el grave accidente que a todos nos preocupó.

—Aunque, por lo que veo, vos teníais otras preocupaciones más innobles.

Le hizo daño saber que la fecha coincidía con la primera vez que tuvo relaciones íntimas con Juan. Comenzó a llorar en silencio. Curiosamente se encontraba tranquila, tal vez imbuida de la serenidad que no hace sino anunciar la muerte.

Se consideró víctima de la ambición de quienes la habían rodeado durante nueve años. El rigor de las costumbres de la corte española, que tanto le molestó al principio, era algo insignificante comparado con las luchas ambiciosas para conseguir todo aquello que supusiera poder. Podía ser una joya o bien una persona. Cualquier haber material o cualquier ser humano se convertían en objeto codiciado si significaba la aproximación a la supremacía del valor más absoluto.

Nueve años de reinar en España le habían bastado para tener claro que el poder no es nada cuando no permite en sus fronteras amores enredados en la verdad. Pero es posible que nadie más que ella lo considerara de esa manera.

La princesa cogió *El Estanque* de la cama, que Isabel ya ni se molestó en mirar, y lo guardó en un joyero colocado sobre una cómoda. El último esfuerzo realizado al hablar se había llevado consigo el postrero estertor. La reina se adentró en una nube en la que flotaban ella y Juan entre blancas camelias de algodón formando el lecho que envolvía siempre su unión carnal. Lo harían por última vez pero sería para siempre.

Antes de que la princesa de Éboli mandara llamar a quienes eran imprescindibles para pasar el momento último de vida oyó que la reina le decía con enormes dificultades:

—Doña Ana de Mendoza... he de pedir un favor. Haced que me llenen esta habitación de camelias blancas. Pero que lo hagan rápido... Ya no tengo mucho tiempo...

Entonces, el desgarró lanzado al aire por la voz rota de la joven calló de un solo golpe a todos, hombres y mujeres que iban entrando ordenadamente a la estancia precedidos por el rey Felipe. Fue un grito doloroso, como si de repente un rayo fatal hubiera partido el tiempo en dos: un antes y un después, siendo ya la hora de esto último.

EPITAFIO

El maestro Juan López de Hoyos encargó a su discípulo Miguel de Cervantes Saavedra un soneto para incluir en la *Historia y relación verdadera de la enfermedad, felicísimo tránsito y sumptuosas exequias fúnebres de la serenísima Reyna de España doña Isabel de Valoys nuestra Señora*, que fue colocado en la madrileña iglesia de las Descalzas Reales durante el funeral celebrado el 24 de octubre de aquel doloroso año de 1568.

El joven Cervantes escribió dicho Epitafio a los veintiún años, tan sólo uno menos que la reina fallecida. Una reina francesa en corazón español.

*Aquí el valor de la española tierra,
aquí la flor de la francesa gente,
aquí quien concordó lo diferente,
de oliva coronando aquella guerra;*

*aquí en pequeño espacio veis se encierra
nuestro claro lucero de occidente;
aquí yace enterrada la excelente
causa que nuestro bien todo destierra.*

*Mirad quién es el mundo y su pujanza,
y cómo, de la más alegre vida,
la muerte lleva siempre la victoria;*

*también mirad la bienaventuranza
que goza nuestra reina esclarecida
en el eterno reino de la gloria.*

Isabel de Valois quedaría ligada para siempre a la trayectoria literaria de Miguel de Cervantes ya que un año antes de morir, con motivo del parto de su segunda hija, Catalina Micaela, el futuro autor de *El Quijote* le escribió el que fue el primer soneto de su vida.

AGRADECIMIENTOS

Mi sincero agradecimiento a Berenice Galaz —feliz coincidencia de nombre—, de La Esfera de los Libros, por el entusiasmo demostrado desde el instante en que empezó a leer las primeras líneas. Gracias al historiador José María Solé por no dejar en ningún momento que me sintiera sola en la marea de la Historia. Su ayuda ha sido inestimable para el desarrollo de la novela y la posterior corrección del texto.

A Paco Ledesma, por acompañarme en mi viaje a la fascinante Osuna del siglo XVI.

A Mabel Beltrán. Y a Silvia Bastos por su apoyo y su confianza en mí.

Y gracias, especialmente, a mi familia y a mis amigos por haber permitido mis reiteradas ausencias durante largos meses para entregarme a los brazos de un sueño que yo misma desconocía que tuviera y que puso ante mis ojos Ymelda Navajo. Por ello le estaré siempre agradecida.



MARI PAU DOMÍNGUEZ nació en Sabadell, Barcelona, en 1963.

Estudió Ciencias de la Información y comenzó su trabajo periodístico en el Periódico de Catalunya y posteriormente en Diario 16. Fue redactora y reportera en TVE en Catalunya, pasando después a la misma cadena en Madrid, después en TV3, Telemadrid, en donde tuvo programa propio, la SER y Punto Radio. Ha colaborado en revistas como Elle o Interviú y más recientemente en Yo Mujer de El Mundo.

En 1993 publicó su primer libro *La ex siempre llama dos veces* y desde entonces ha publicado las novelas *La tumba del irlandés* (2000), *Dime que no eres tú* (2006), *El diamante de la reina* (2008), su primera novela histórica, *La casa de los siete pecados* (2009), con la que obtuvo el I Premio CajaGranada de Novela Histórica y *Una diosa para el Rey* (2011), así como el ensayo sobre la maternidad *Ahora o nunca* (2001). Su poemario *Universo en ciernes* se ha convertido en un disco-libro en el que han colaborado intérpretes como Miguel Ríos, Ana Belén, Víctor Manuel o Luis Eduardo Aute.